

LES NŌVE DE ISHTŌR

ABRAHAM MERRITT

PARTE I

1

La nave se acerca

Un zarcillo de aquella extraña fragancia ascendió en espiral, saliendo del gran bloque de piedra. Kenton sintió cómo acariciaba su cara, igual que una mano engatusadora.

Había tenido conciencia de la fragancia —un perfume extraño, sutilmente penurbador, evocador de fugaces imágenes desconocidas, de trazos de pensamientos que se habían escapado antes de que la mente pudiera atraparlos —, desde que despojara de sus vestiduras a aquel bulto que Forsyth, el viejo arqueólogo, le había enviado del sepulcro de arena de la Babilonia muerta hacía ya tanto tiempo.

Sus ojos volvieron a medir el bloque: ciento veinte centímetros de largo, un poco más de alto, una pizca menos de ancho. Era de un amarillo desgastado, con los siglos colgándole como un ropaje visible sólo a medias. Por un lado estaba la inscripción, una docena de líneas paralelas de escritura cuneiforme arcaica, tallada, si Forsyth había acertado en sus deducciones, en el reino de Sargón de Akkad, hacía sesenta siglos. La superficie de la piedra estaba arañada y llena de agujeros, y los símbolos en forma de cuña, mutilados y medio borrados. Kenton se inclinó un poco sobre ella, y ya más de cerca, le rodearon aquellas espirales perfumadas, agarrándose como un sinfín de zarcillos, como pequeños dedos anhelantes, suplicantes, rogando...

Rogando por su liberación.

¿Qué tontería era ésa que estaba soñando? Kenton se sobrepuso. Tenía un martillo allí a mano; lo levantó y golpeó el bloque, impaciente.

Y el bloque respondió al golpe.

Murmuró; el murmullo se hizo más alto; más alto todavía, con un débil tono de campana, como el de un lejano carillón de jade. Los murmullos cesaron, ahora no eran más que tañidos altos y suaves; claros, más claros cada vez que sonaban, acercándose, volando por los corredores infinitos del tiempo.

Se produjo un agudo crujido. El bloque se partió. Del golpe surgió un resplandor como de perlas rosadas, y con él, una oleada tras otra de aquella fragancia que ya no buscaba, que ya no anhelaba ni suplicaba.

Ahora era jubilosa, triunfante.

Había algo dentro del bloque. Algo que había estado allí, escondido desde los tiempos de Sargón de Akkad, hacia seis mil años.

Los carillones de jade volvieron a sonar. Repiquetearon agudos, y luego se volvieron hacia atrás por los corredores infinitos por los que habían llegado. Se extinguieron; y al morir, el bloque se derrumbó; se desintegró; se convirtió en un remolino de polvo chispeante que se asentaba con lentitud.

La nube giró en remolino, una vorágine de niebla brillante. Se desvaneció como una cortina que se arranca de un tirón.

Y donde había estado el bloque... ¡un barco! Flotaba sobre un lecho de olas redondeadas, cortadas en lapislázuli y cuya espuma estaba formada por cristales de roca lechosos. Su casco era de cristal, cremoso y débilmente luminoso. Tenía la proa en forma de esbelta cimitarra, curvada hacia atrás. Bajo la punta curvada había un camarino cuyos lados, que daban al mar, estaban formados, como los de un galeón, por la proa, que se elevaba hacia arriba. Allí donde el casco formaba este camarino, un débil cristal, sonrosado y cremoso, se hacía más profundo a medida que los lados se alzaban; al final resplandecían con un brillo que tornaba el camarino en una joya rosada.

En el centro de la nave, ocupando un tercio de su longitud, había un foso; desde la proa hasta su borde, rematado por una barandilla, bajaba una cubierta de marfil. Allí había otro camarote, más largo que el de proa, pero rechoncho, y hecho de ébano. Ambas cubiertas se prolongaban en amplias plataformas, a cada lado del foso. Hacia el centro de la nave, la cubierta de marfil y la negra se encontraban en una extraña sugerencia de fuerzas contendientes. No se fundían la una en la otra. Acababan allí abruptamente, borde con borde, hostiles.

Del foso despuntaba un altísimo mástil, alargado y verde, como el corazón de una inmensa esmeralda. De sus crucetas surgía una amplísima vela, resplandeciente como seda tejida con ópalos de fuego; del mástil y las vergas caían unos estays de oro entrelazado. De cada costado del barco sobresalía una fila de siete grandes remos, con sus palas escarlata hundiéndose en la profundidad de la cresta de perlas de unas olas de lapislázuli.

Y toda aquella riqueza de joyas estaba hecha por el hombre. ¿Cómo podía ser, se preguntaba Kenton, que no hubiera visto antes aquellas figuritas?

Era como si hubieran surgido de la cubierta... Una mujer salió por la puerta del camarote rosado, el brazo todavía extendido en ademán de cerrarla... y había otras siluetas de mujer sobre la cubierta de marfil, tres de ellas agachadas, con la cabeza inclinada; dos sostenían un arpa, y la tercera una flauta doble.

Figuras pequeñas, de no más de cinco centímetros de altura.

¡Eran juguetes!

Era extraño que no pudiera distinguir sus rostros, ni los detalles de sus vestidos. Los rostros eran indefinidos, borrosos, como si los cubriese un velo. Kenton se dijo que aquella neblina era algo que había en sus ojos, y los cerró por un momento.

Al abrirlos miró hacia abajo, examinó el camerino negro y fijó los ojos perplejo. La cubierta negra estaba vacía cuando vio la nave por primera vez, eso podía jurarlo.

Ahora había allí cuatro figuras, junto al borde del foso.

Y la desconcertante neblina que rodeaba los juguetes era más densa. Desde luego, debían ser sus ojos: ¿qué otra cosa podía ser? Se acostaría un rato y así descansaría. Se dio la vuelta, reacio, y se dirigió lentamente hacia la puerta. Allí se detuvo, dubitativo, y se volvió para mirar aquel misterio brillante.

La parte de la habitación que quedaba detrás de la nave estaba cubierta por la niebla. Kenton sintió un estruendo como de batalla o tormenta; un rugido de tempestades infinitas; un caos de agudos alaridos, como si cayeran sobre él poderosos vientos en cascada. La habitación se partió en mil pedazos, se disolvió. En medio del clamor se oyó claramente el sonido de una campana: una dos, tres...

Conocía aquella campana. Era su reloj, que daba las seis. La tercera nota se quedó cortada a la mitad.

El suelo, sólido, sobre el que estaba de pie, se derritió. Se sintió suspendido en el espacio, un espacio lleno de neblinas de plata.

La neblina se deshizo.

Kenton vio un océano azul inmenso, lleno de olas, y la cubierta de un barco, relampagueando unos doce pies por debajo de él. Sintió un choque repentino que le adormeció, un golpe sobre la sien derecha. Relámpagos resquebrajados como venas de la negrura que cubrieron la visión del mar y el barco.

2

La primera aventura

Kenton se quedó tumbado, escuchando un murmullo suave, persistente y continuo. Era como las crestas de las olas perezosas al romperse. El sonido le rodeaba por todas partes; un susurro ondeante se hizo cada vez más insistente. Un débil golpeteo a través de sus párpados cerrados. Sintió un movimiento debajo de él, una suave elevación y una caída. Abrió los ojos.

Estaba en un barco, tumbado sobre una estrecha cubierta, con la cabeza apoyada en el antepecho. Delante de él había un mástil que se erguía en un agujero. Dentro del agujero había unos hombres encadenados, empujando unos remos enormes. El mástil parecía estar hecho de madera cubierta de un esmalte translúcido, como de esmeralda. Aquello removía recuerdos que quería olvidar ¿Dónde había visto antes un mástil así?

Sus ojos treparon por el mástil. Había una amplia vela; una vela de seda tornasolada. Sobre su cabeza se sostenía un cielo formado por una suave neblina de plata.

Oyó una voz de mujer, de tono profundo, líquidamente dorada. Kenton se incorporó, mareado. A su derecha había un camerino construido en el hueco formado por una proa en forma de cimitarra; brillaba con un resplandor rosado. En la parte superior había un balconcillo; en él florecían pequeños árboles, y entre sus ramas batían las alas de nieve unas tórtolas de pies y picos púrpura, como mojados en vino de rubíes.

En la puerta del camerino había una mujer, alta, liviana como un sauce, cuya mirada fija se perdía tras él. A sus pies se encontraban tres muchachas agachadas. Dos de ellas sostenían un arpa, y la otra una flauta doble contra sus labios. De nuevo se removieron aquellos recuerdos desagradables, que se desvanecieron y se olvidaron cuando Kenton posó su mirada sobre la mujer.

Sus ojos enormes eran verdes como la profundidad de un bosque, e igual que éste, estaban llenos de sombras que se movían. Su cabeza era pequeña; sus rasgos finos, la boca rosada, delicadamente amorosa. En el hueco de su cuello había un lunar; un cáliz para los besos, que estaba vacío de ellos y deseoso de que lo llenaran. Sobre las cejas llevaba una media luna de plata, esbelta como una luna nueva. Sobre cada cuerno de la media luna caía una cascada de pelo rojo dorado, enmarcando su hermoso rostro; la cascada caía en anillos casi hasta sus pies calzados con sandalias.

Parecía joven como la primavera, y sin embargo, tan sabia como el otoño. Primavera de algún Boticelli arcaico, pero también Mona Lisa. Si bien de cuerpo virginal, desde luego no de alma.

Él siguió su mirada. Ésta le dirigió por el foso de los remeros. Allí había cuatro hombres de pie. Uno le sacaba a Kenton una cabeza, y era de constitución corpulenta. Sus ojos pálidos miraban a la mujer sin pestañear; amenazadores, malignos. Su cara era imberbe y pálida. Su enorme cabeza plana estaba afeitada; su nariz, curvada como un pico de ave; de sus hombros colgaban ropajes negros, que le caían hasta los pies. A su izquierda había dos cabezas rapadas, delgadas, lobunas, con ropajes negros; cada uno de ellos llevaba un cuerno de latón en forma de caracola.

Los ojos de Kenton se detuvieron en el último del grupo, fascinados. Este hombre estaba en cuclillas, con su barbilla puntiaguda descansando sobre un tambor cuyos lados curvos resplandecían de escarlata y azabache, con las escamas pulidas de alguna serpiente gigantesca. Sus piernas eran robustas, pero como de enano; su torso el de un gigante, enmarañado y nudoso, prodigiosamente poderoso. Sus brazos simiescos estaban abrazados al barril, rodeándolo; los largos dedos se apoyaban sobre sus puntas en la tapa del barril como si fueran patas de araña.

Su rostro fue lo que impresionó a Kenton. Sardónico y malicioso, no aparecía en él la perversidad concentrada que había en los otros. La enorme abertura de su boca recordaba la de una rana, y había algo de humor en sus finos labios. Sus ojos profundos, centelleantes y negros, buscaron refugio en la mujer de la media luna con franca admiración. De los lóbulos de sus prominentes orejas colgaban aros de oro extendido con martillo.

La mujer caminó rápido hacia Kenton. Cuando se detuvo, él podría haberla tocado sólo con estirar el brazo. Y; sin embargo, parecía no verle.

—¡Ho Klaneth! —gritó—. Oigo la voz de Ishtar. Viene hacia su nave. ¿Estás listo para rendirle homenaje, Escoria de Nergal?

Una llamarada de odio pasó por el pálido rostro de aquel hombre inmenso, como una ola del diablo.

—Esta es la nave de Ishtar —respondió él—, y sin embargo, mi Temido Señor también la reclama. ¿Sharane? La Casa de la Diosa rebosa de luz; pero dime, ¿no se oscurece tras de mí la sombra de Nergal?

Y Kenton vio que la cubierta sobre la que estaba este hombre era negra como el azabache pulido, y la memoria volvió a luchar por ser escuchada.

Un viento repentino sacudió el barco, como una mano abierta, inclinándolo. De las palomas que había en los árboles del camerino rosado surgió un tumulto de gritos; volaron como una nube blanca salpicada de carmesí, y cantaron alrededor de la mujer.

Los brazos simiescos del tamborilero se desasieron, con sus dedos de araña posados sobre la parte superior del tambor. La oscuridad se volvió más intensa en torno a él, y le cubrió; la oscuridad envolvió como un manto toda la popa de la embarcación.

Kenton sintió que se unían fuerzas desconocidas. Se deslizó, colocándose en cuclillas, apoyándose contra los baluartes.

De la cubierta del camarote rosado surgió un sonido de trompetas de oro, desafiante, inhumano. Volvió la cabeza, y su cabello se erizó y se puso de punta.

Apoyado sobre el camarote había un enorme globo, un globo como una luna llena; pero no blanco y frío como la luna, sino vivo, como emitiendo una incandescencia rosada. Derramó sus rayos sobre la nave, y donde había estado la mujer llamada Sharane ahora... no había ninguna mujer.

Bañada por los rayos del globo se mostraba gigantesca. Las pestañas de sus ojos estaban bajadas, y a través de ellas aún brillaban los ojos. Kenton los vio claramente: ojos duros como el jade, mirando airados a través de las pestañas cerradas, como si estuvieran hechas de gasa. La esbelta media luna que había sobre sus cejas era un arco de fuego vivo, y a su alrededor, las mechadas de su pelo rojo dorado batían y golpeaban.

Alrededor, dando vueltas y vueltas, en anillos clamorosos sobre la nave, giraba la nube de palomas, con sus alas de nieve batiendo y sus picos rojos abiertos, chillando.

En medio de la negrura de la popa del barco rugió el trueno del tambor de serpiente.

La negrura se hizo más clara. Un rostro asomó, medio cubierto por un velo, sin cuerpo, flotando en las tinieblas. Era la cara de aquel hombre, Klaneth, y sin embargo no más suyo que aquél que le retaba era de la mujer, Sharane. Los pálidos ojos se habían convertido en charcos gemelos de fuego infernal, sin pupilas. Con cada latido del corazón, el rostro flotaba en el aire, enmarcado por la oscuridad. Las tinieblas cayeron sobre él y lo ocultaron.

Entonces, Kenton vio aquella sombra que colgaba como una cortina sobre el centro exacto de la nave, y se agachó con dificultad a unos diez pies de la parte donde la cortina dividía la nave en dos. La cubierta sobre la que él yacía era de pálido marfil, y sus recuerdos volvieron a agitarse, pero no se despertaron. El resplandor que salía del globo rosado golpeó la cortina de sombras y formó sobre ella un disco más ancho que la nave, igual que una telaraña de rayos que giraban como si fueran los de una luna sonrosada. La sombra se cernió sobre la telaraña reluciente, luchando por abrirse paso a través de ella.

Desde la negra cubierta llegó el redoble del tambor de serpiente; las descaradas caracolas gimieron. El trueno del tambor se confundió con el gemido del cuerno; ambos se convinieron en pulso de Abaddón, guarida de malditos.

De las tres mujeres de Sharane surgió una tormenta de sonidos de arpa, arpegios como ráfagas de flechas diminutas, y con ellos, sonidos chillones de

jabalina de la flauta doble. Flechas y jabalinas de sonido pasaron a través del repiqueteo atronador del tambor y el bramido de los cuernos, agotándolos, reduciéndolos.

De la sombra surgió un movimiento; algo se agitaba; se reproducía.

Sobre el rostro de aquel disco de resplandor hormigueaban negras sombras. Sus cuerpos eran como larvas monstruosas, como babosas, sin rostro. Rasgaron la telaraña, lucharon por abrirse paso a través de ella, la golpearon.

Y la telaraña cedió.

Sus bordes se mantuvieron firmes, pero lentamente el centro se desplazó hacia atrás, hasta que el disco quedó como la mitad de una enorme esfera hueca. Dentro del hueco se arrastraban, se retorcían y se agitaban las monstruosas siluetas. Desde la negra cubierta, el tambor y los cuernos de latón anunciaron el triunfo.

Volvió a sonar el grito de la trompeta dorada, procedente de la cubierta de marfil. Del globo salió una cascada de una incandescencia insoportable. Los bordes de la telaraña se doblaron hacia afuera y se curvaron. Se cerraron sobre el negro huevo; y dentro de ella, el huevo se arremolinó, y forcejeó como un pez en la red. Y como una red, levantada por una mano poderosa, la telaraña subió, balanceándose, por encima de la nave. Su brillo aumentó hasta igualar el del globo. De aquellas siluetas de negrura de la red salió un débil lamento, agudo, obscuro. Y las siluetas se encogieron, se disolvieron, desaparecieron.

La red se abrió. De ella salió una nubecilla de polvo de ébano.

La telaraña volvió a meterse en el globo que había salido de ella.

Y después, lentamente, el globo desapareció.

Desapareció también la sombra que había envuelto la cubierta negra. Y muy alto, sobre la nave, volaban en círculo las níveas palomas, gritando victoria.

Una mano se posó en el hombro de Kenton. Miró a los ojos sombríos de la mujer llamada Sharane; ahora ya no era una diosa, sólo una mujer. En sus ojos leyó la sorpresa, la incredulidad atónita.

Kenton se puso en pie. Un impulso de dolor cegador atravesó su cabeza. La cubierta daba vueltas a su alrededor. Trató de dominar aquella sensación de mareo; no podía. La nave daba vueltas bajo sus pies, y más allá, formando círculos más amplios, daban vueltas el mar de turquesas y el horizonte de plata.

Ahora formaban todos una vorágine, un remolino hacia cuyo fondo se dirigía él, más rápido, más rápido todavía. Una niebla indefinida la rodeaba. Volvió a escuchar aquel tumulto de tempestades; los chillidos de los vientos del espacio. Los vientos se extinguieron. Hubo tres claras notas de campana...

Kenton estaba de pie en su habitación.

Aquella campana era su reloj, que daba las seis. ¿Las seis? Pues el último sonido de su propio mundo, antes de que aquel mar místico lo hubiera barrido

de debajo de sus pies, había sido la tercera campanada de aquella hora, atrapada en una media nota.

¡Dios! Vaya un sueño. ¡Y todo durante media campanada!

Levantó la mano y tocó un cardenal que empezaba a abultarse encima de la sien derecha. Dio un respingo... bueno, al menos el golpe no lo había soñado. Tambaleándose, se dirigió a la nave enjorada. La miró fijamente, incrédulo. Los juguetes que había sobre ella se habían movido, y habían aparecido juguetes nuevos. Ya no había cuatro figuritas sobre la cubierta negra. Ahora había sólo dos. Una estaba allí de pie, mirando hacia la cubierta de estribor que había junto al mástil, con su mano apoyada sobre el hombro de un soldado de juguete de barba roja y ojos de ágata, vestido con una reluciente cota de malla.

Tampoco estaba la mujer que había en la puerta del camarote cuando Kenton liberó la nave del bloque. En el umbral sólo había cinco delgadas muchachas con jabalinas en las manos.

La mujer estaba ahora en la plataforma de estribor, inclinada junto a la barandilla.

Y los remos del barco ya no se encontraban enterrados en las olas de lapislázuli. Estaban erguidos, preparados para hundirse en el agua.

El retorno de la nave

Una por una, Kenton tiró de las figuritas, de cada uno de aquellos juguetes. Inamovibles, duros como el diamante, cada uno de ellos parecía formar parte de la propia cubierta. La fuerza que Kenton pudiera ejercer no lograría moverlos y, sin embargo, algo los había desplazado. ¿Y de dónde habían llegado los nuevos? No había ninguna niebla alrededor de las figurillas, ni ninguna bruma; cada uno de sus rasgos estaba claramente delimitado. El juguete que señalaba en la cubierta negra tenía unas piernas enanas, arqueadas; su torso era el de un gigante; su calva destellaba, y en sus orejas llevaba unos aros de oro. Kenton le reconoció: era el que golpeaba el tambor de serpiente.

El juguete que figuraba la mujer inclinada tenía una media luna de plata sobre la cabeza, y sobre sus puntas caía una cascada de cabellos rojos dorados.

¡Sharane!

Y el lugar hacia el que miraba, ¿no era donde estuvo echado él, en aquella otra nave de su sueño? ¿Aquella... otra nave? Volvió a mirar sus cubiertas, ébano y marfil, su camerino rosado y su mástil de esmeraldas. Había sido esta nave que ahora tenía delante, y no otra. ¿Un sueño? Entonces, ¿qué fue lo que había movido a los juguetes? La sorpresa de Kenton aumentó. Se dio cuenta de que no podía pensar con claridad, con aquella nave llenándole los ojos; parecía atraer sobre sí toda su atención, mantenerle al acecho, llenarle de una tensa expectación. Descolgó algo que pendía de la pared y lo lanzó contra aquel misterio resplandeciente. Salió de su habitación, luchando a cada paso contra un deseo imperioso de volver la cabeza. Cruzó la puerta arrastrándose, como si unas manos estuvieran asiéndole los tobillos, tirando de él hacia atrás.

En el baño examinó el cardenal que tenía en la cabeza. Era bastante doloroso, pero nada serio. Media hora de compresas frías quitarían toda marca evidente del golpe. Se dijo que podía haberse caído al suelo, turbado por aquellos extraños perfumes... pero sabía muy bien que no.

Kenton cenó solo, sin hacer caso apenas de lo que le habían puesto delante, con la mente andando a tientas entre las perplejidades. ¿Cuál era la historia del bloque de Babilonia? ¿Quién había metido el barco dentro? ¿Y por qué? La carta de Forsyth decía que lo había encontrado en el Monte llamado 'Amrán, justo al sur del Qser, o «palacio» en ruinas de Nabopolaser. Había pruebas, y Kenton lo sabía, de que el monte 'Amrán era el lugar donde estaba el E-Sagilla, el «zigurat» o templo escalonado que había sido la Gran Casa de los Dioses en la antigua Babilonia. El bloque debió haberse mantenido con especial deferencia, según dedujo Forsyth, ya que sólo de ese modo pudo haberse

salvado de la destrucción de la ciudad a manos de Sennacherib. Después debieron colocarlo en el templo reconstruido.

¿Y por qué se había preservado con tanta reverencia? ¿Cómo un misterio tal, como aquel barco, se había mantenido prisionero en aquel bloque de piedra?

La inscripción podía haber proporcionado alguna pista, de no haber estado tan deteriorada. En su carta, Forsyth había indicado que el nombre de Ishtar, Diosa Madre de los Babilonios —Diosa de la Venganza y la Destrucción, también— aparecía una y otra vez; también estaban muy claros los símbolos en forma de flecha de Nergal, Dios de los Hados Babilonios y Señor de los Muertos; los símbolos de Nabu, el Dios del Juicio, aparecían muchas veces. Estos tres nombres habían sido casi las únicas palabras legibles en el bloque. Era como si el ácido de los tiempos que había grabado los demás caracteres se hubiera mantenido alejado de éstos.

Kenton podía leer la escritura cuneiforme casi tan bien como su inglés materno. Recordó entonces que en la inscripción se había relacionado el nombre de Ishtar con su aspecto iracundo más que con su lado dulce, y que, los signos de advertencia, de peligro, estaban siempre asociados con los símbolos de Nabu.

Forsyth no había advertido aquello, evidentemente; o sí lo había advertido, no lo había considerado digno de mención. Ni se había dado cuenta, aparentemente, de los perfumes ocultos en el bloque.

Bueno, no tenía sentido pensar en la inscripción. Se había ido para siempre, con el polvo al que quedó reducida.

Kenton empujó su silla hacia atrás con impaciencia. Sabía que durante la última hora había estado eludiendo aquello, dividido entre el deseo ardiente de volver a la habitación donde estaba el barco y el temor de que cuando lo hiciera, se encontraría con que toda aquella aventura había sido una ilusión, un sueño; que las figurillas no se habían movido en realidad; que estaban como habían estado cuando liberó la nave; que era sólo un juguete, gobernado por juguetes... nada más. No iba a eludirlo durante más tiempo.

—No quiero que se me moleste más por esta noche, Jevins —dijo a su mayordomo—. Tengo que hacer un trabajo importante. Si alguien pregunta por mí díles que estoy fuera. Voy a encerrarme en mi cuarto y no quiero que se me moleste salvo si se trata de la trompeta de San Gabriel.

El viejo criado, que Kenton había heredado de su padre, sonrió.

—Muy bien, señor John —dijo—. No permitiré que nadie le moleste.

Para llegar al cuarto en el que se encontraba la nave, Kenton pasó por otro donde guardaba sus más extraños tesoros, procedentes de los rincones más apartados del mundo. Al pasar, sus ojos captaron un vívido fulgor azul que le mantuvo inmovilizado, como si le sujetara una mano. El fulgor venía de la

empuñadura de una espada que había en una de las vitrinas, una curiosa arma que había comprado a un nómada del desierto en Arabia. La espada colgaba de una vieja capa, en la que iba envuelta cuando el árabe se coló en su tienda. Siglos desconocidos habían suavizado el azul de la capa, por la que se retorcián grandes serpientes plateadas entretejidas cabalísticamente con la tela y con las telarañas.

Kenton descolgó la espada. Más serpientes de plata, homónimas de las de la capa, se entrelazaban en su empuñadura. De ella salía una barra de bronce, de veinte centímetros de largo y siete de espesor, redonda como un báculo. Esta barra se hacía más ancha y más plana cada vez, hasta formar una hoja de sesenta centímetros de largo y quince de anchura en el centro. En la empuñadura había estado engarzada una enorme piedra de un azul como de nube.

La piedra ya no estaba empañada. Era translúcida y brillaba como un zafiro inmenso.

Obedeciendo a un pensamiento a medio formar, que enlazaba este nuevo enigma con los juguetes en movimiento de la nave, cogió la capa y se la echó sobre los hombros. Con la espada en la mano quitó el cerrojo de la puerta más cercana y la cerró tras sí, volviendo a echar el cerrojo. Se dirigió después hacia la nave tapada y la despojó de su ropaje.

Con el corazón latiéndole fuertemente, Kenton se retiró.

Ahora sólo había dos figuras: el tamborilero, agachado, con la cabeza apoyada en los brazos, sobre la cubierta negra; y en la cubierta de marfil una mujer, inclinada sobre la barandilla y mirando hacia abajo, hacia los remeros.

Kenton apagó la luz y se quedó esperando.

Los minutos pasaban arrastrándose, uno tras otro. Resplandores fugitivos de las luces de la avenida penetraban por las cortinas de las ventanas y se reflejaban en la nave. Apagado, pero regular, llegaba el rumor del tráfico, salpicado de estallidos de bocinas, explosiones silenciadas, la voz tan familiar de Nueva York.

Y aquello era un halo, que tomaba forma alrededor de la nave... ¿Y qué había sido del tráfico de la carretera?

La habitación se estaba inundando con el silencio, igual que una tubería se llena de agua.

Entonces un sonido rompió el silencio; un sonido parecido al batir de pequeñas olas acariciadoras. Los sonidos le golpeaban los párpados, adormecedores, ejerciendo presión sobre ellos. Con un enorme esfuerzo, los entreabrió.

Delante de él había una amplia cortina de niebla, una bruma plateada en forma de globo que flotaba sobre él. Dentro de la bruma, un barco iba a la deriva, con los remos en calma y la vela a medio izar. En la proa curvada

crepitan las olas diminutas, olitas de turquesa pálido con bordes de espuma tejida con encaje.

La mitad de la habitación estaba perdida en las ondas de aquel mar que se acercaba; la parte en la que él se encontraba estaba muchos metros por encima de las olas: tan lejos, allá abajo, que la cubierta del barco quedaba al nivel de sus pies.

La nave se acercó. Se preguntaba por qué no se oían vientos furiosos ni clamor de tempestades; ningún sonido, excepto el débil susurro de las olas con bordes de espuma.

Al retroceder, sus pies tocaron con la pared. Antes de que se lanzara a la deriva en aquel mundo de neblinas, el barco chocó contra su pecho.

Ahora sí soplaban los vientos a su alrededor; vientos que aullaban y chillaban. Los oía de nuevo, pero no los sentía. Y de pronto, el clamor se extinguió.

Los pies de Kenton pisaron una superficie firme.

Se encontraba sobre una cubierta de marfil, frente a un camarote rosado cuyos arbolillos en flor estaban repletos de palomas de patas bermellón y picos de carmesí, arrullándose. Entre él y la puerta de este camarote había una muchacha, con sus profundos ojos castaños llenos de misterio y aquella misma incredulidad atónita que había visto en los de Sharane cuando su mirada cayera sobre él por primera vez, a los pies del mástil de esmeralda.

—¿Eres tú el Señor Nabu, que ha llegado así, por el aire, con su capa de sabiduría y con las serpientes que se entrelazan sobre ella? —susurró—. No, no puede ser, pues Nabu es muy anciano, y tú eres joven. ¿Eres su mensajero?

Cayó a sus pies, cruzó las manos, con las palmas hacia afuera, sobre la frente. Después se agachó y corrió hacia la puerta cerrada del camarote.

—¡Kadishtu! —Golpeó la puerta con el puño—. ¡Oh, Santa, un mensajero de Nabu!

La puerta del camarote se abrió. En el umbral apareció la mujer llamada Sharane. Su mirada le recorrió por completo; después se dirigió a la cubierta negra. Él fue detrás. El que golpeaba el tambor de serpiente estaba allí agazapado; parecía dormir.

—¡Vigila, Satalu! —susurró Sharane a la muchacha.

Ella cogió la mano de Kenton. Le llevó hacia la puerta. Allí había dos muchachas mirándole fijamente. Ella las echó.

—¡Fuera! —susurro—. Salid fuera a vigilar con Satalu.

Salieron del camarote. Ella corrió hacia una puerta interior y tiró de una barra que la atravesaba. Se volvió, dándole la espalda; después caminó lentamente hacia Kenton. Estiró sus dedos esbeltos; le tocó sus ojos con ellos, su boca, su corazón, como para asegurarse de que era real.

Cogió sus manos entre las suyas y se inclinó. Después posó sus cejas en las muñecas de Kenton; los mechones de su pelo las bañaban. Su cabello era una red de seda hacia la que volaba el corazón de Kenton, deseoso de ser atrapado.

Él se calmó; retiró las manos de las de ella; se entregó a su magnetismo.

Ella levantó la cabeza y le miró.

—¿Qué tiene que decirme el Señor Nabu? —Su voz mecía a Kenton con una peligrosa suavidad y con sutil provocación—. ¿Cuál es tu palabra, mensajero? Seguramente escucharé, porque en su juicio, ¿no ha enviado el Señor del Juicio a alguien a quien no debería ser difícil escuchar?

Hubo un asomo de coquetería, como el flirteo de un admirador pícaro, en aquellos ojos de bruma, vueltos hacia él por un instante.

Emocionado por su cercanía, buscando a tientas un suelo firme, Kenton buscó palabras para responderla. Tratando de ganar tiempo, examinó el camarote. En el extremo más alejado había un altar. Estaba cuajado de gemas luminosas, perlas y pálidas piedras lunares y cristales lechosos. De siete cuencos de cristal colocados ante él salían todavía llamas plateadas. Detrás del altar había una alcoba, pero el brillo de las siete luces escondía cualquier cosa que hubiera en ella. Tuvo un ligero sentimiento de posesión de aquella alcoba velada por las llamas: algo se alojaba allí.

En la parte más alejada había un diván, bajo y amplio, de marfil con cristales engastados y decorado con arabescos dorados. De las paredes colgaban tapices de seda multicolores, tejidos con flores. Suaves y esponjosas alfombras de seda y pilas de almohadones cubrían el suelo del camarote. Detrás, a la izquierda, se abrían dos grandes ventanas bajas, a través de las cuales pasaba un torrente de luz plateada.

Del poyete de una de ellas voló un pájaro; un níveo pájaro con pico y patas escarlata; escrutó a Kenton, se arregló las plumas, se arrulló, y se fue volando.

—¿Tú... vienes de Nabu? —preguntó ella, y esperó una respuesta. Él todavía no había encontrado palabras para responderla—. Has de ser un mensajero, si no, ¿cómo podrías haber aterrizado en la nave de Ishtar?... Y vas envuelto en la capa de Nabu... y llevas su espada... muchas veces la he visto, en su santuario, en Uruk... y estoy harta de la nave —susurro—. Iría otra vez a Babilonia. Oh, Dios, ¡cómo añoro Babilonia!

Ahora le llegaron las palabras a Kenton.

—Sharane —dijo él con atrevimiento—, traigo un mensaje para ti. Es la verdad, y nuestro Señor Nabu es el Señor de la Verdad, así que debe proceder de él. Pero antes de dártelo, dime, ¿qué es esta nave?

—¿Qué es esta nave? —Se apartó de él, con una duda enorme ahora en su semblante—. Si de verdad vienes de Nabu, tienes que saberlo...

—Yo no lo sé —le dijo—, ni siquiera conozco el significado del mensaje que traigo; es para que tú lo interpretes. Sin embargo aquí estoy, en esta nave, ante ti. Y en mis oídos escucho el mandato —debe susurrármelo el propio Nabu— de que no debo hablar hasta que tú me hayas dicho qué es este barco.

Durante un momento ella permaneció de pie, escrutándole, estudiándole.

—Los caminos de Dios son extraños —suspiró al fin—. Son difíciles de entender. Sin embargo, obedeceré.

PARTE II

4

El pecado de Zarpanit

Se deslizó sobre el diván y le atrajo hacia sí. Después posó suavemente una mano sobre su corazón. El corazón de Kenton dio un respingo bajo su tacto; ella lo sintió también y se apartó un poco, sonriendo, observándole a través de sus pestañas curvadas, casi cerradas. Dobló las piernas, sentándose sobre los pies calzados con sandalias; sus manos blancas se abrazaron rodeando sus rodillas. Cuando habló, su voz era suave, apenas entonando las palabras.

—El pecado de Zarpanit, la historia de su pecado contra Ishtar; Ishtar, la Diosa del Poder, Madre de dioses y hombres, Señora de los Cielos y la Tierra... que la amaba.

»Zarpanit fue sacerdotisa superior de Ishtar en su Gran Morada de Uruk. Ella era «Kadishtu», la Santa. Y yo, Sharane, de Babilonia, era quien estaba más cerca de ella. Yo era su sacerdotisa, y era amada por ella casi como ella era amada por Ishtar. A través de Zarpanit, la Diosa aconsejaba y advenía, recompensaba y castigaba a reyes y hombres. La Diosa entró en el cuerpo de Zarpanit como en un lugar sagrado, viendo a través de sus ojos y hablando con sus labios.

»En aquel tiempo, el templo en el que habitábamos se llamaba la Casa de las Siete Zonas. En él estaba el Santuario del Pecado, Dios de los Dioses, que habita en la Luna, hijo de Shamash, cuya morada es el Sol; de Nabu, Dios del Juicio; de Ninib, el Señor de la Guerra; de Nergal, el Oscuro sin Cuernos, que dirige la Guerra; y de Bel-Merodach, Señor Todopoderoso. Y sin embargo, aquella era sobre todo la morada de Ishtar, que se alojó allí por derecho propio, templos todos y cada uno de ellos, dentro de su hogar sagrado.

»Desde Cuthaw; en el Norte, desde el templo en que el Oscuro Nergal gobernaba, igual que Ishtar gobernaba en Uruk, vino un sacerdote a sentarse sobre la Zona de Nergal, en la Casa de las Siete Zonas. Su nombre era Alusar, y tan unida como estaba Zarpanit a Ishtar, estaba él unido al Dios de los muertos. Nergal se manifestó por medio de Alusar, habló a través de él, y se alojó a veces dentro de él, justo como hacía Ishtar con su sacerdotisa Zarpanit. Con Alusar llegó un séquito de sacerdotes, y entre ellos ese engendro de la casta de Nergal, Klaneth. Y Klaneth estaba tan unido a Alusar como yo a Zarpanit.

Levantó la cabeza y miró a Kenton a través de las pestañas de sus ojos entornados.

—Ahora te conozco —exclamó—. Hace un momento apareciste sobre el barco y presenciaste mi pelea con Klaneth. Ahora te conozco, aunque entonces no llevabas la capa ni la espada... y te desvaneciste cuando te miré.

Kenton sonrió.

—Tenías cara de asustado —dijo ella—, y me miraste fijamente, con los ojos llenos de miedo... ¡y desapareciste!

Ella se incorporó a medias. Kenton vio que la sospecha volvía a pasar por ella; el sarcasmo que había en su voz le sumió en una furia rápida e hirviente. La atrajo hacia sí.

—Yo era aquel hombre —dijo él—. Pero no sería culpa mía desaparecer, si he vuelto tan rápidamente como me ha sido posible. Tus propios ojos te mintieron. No pienses jamás que los míos tuvieron miedo de ti. ¡Míralos ahora! —le ordenó él agresivamente, con fiereza.

—¡Ya basta! —Ella le apartó—. No leo ningún mensaje urgente ni veo unos ojos distintos... Sin embargo, me retracto: no parecías temeroso. ¡No te desvaneciste! Y cuando hables, yo te entenderé, sin duda. ¡Que así sea!

»Entre Ishtar y Nergal —continuó con la historia interrumpida—, existe, y siempre ha de existir, un odio y una lucha sin final. Pues Ishtar da la vida, y Nergal la quita; ella es Amante del Bien, y él es Amante del Mal. ¿Y cómo van a estar unidos el Cielo y el Infierno? ¿O la Vida y la Muerte? ¿O el Bien y el Mal?

»Y sin embargo ella, Zarpanit, «Kadishtu», la Santa de Ishtar, su bien amada, conectaba los tres. Porque contemplaba con deseo aquello de lo que debió apartarse; y amaba aquello que debía odiar.

»Sí... ¡la Sacerdotisa de la Señora de la Vida amaba a Alusar, Sacerdote del Señor de la Muerte! Su amor era una llama viva, por cuya luz sólo podía verle a él, y a él solamente. Si Zarpanit hubiera sido Ishtar, habría ido al Refugio de los Perdidos, por Alusar, igual que hizo la diosa por su amado Tammuz, para atraerle, o para vivir allí con él.

»Sí, aunque fuera para vivir con él allí en la fría oscuridad donde los muertos se arrastran débilmente, llamando con sus débiles voces de pájaro. En la frialdad de los dominios de Nergal, en la escasez de la morada de Nergal, en la negrura de su ciudad, donde la sombra más profunda de la tierra sería un rayo de luz del sol, Zarpanit habría sido feliz, sabiendo que estaba con Alusar.

»Le amaba tanto...

»Yo la ayudé en su pasión, por amor a ella —susurro—. Pero Klaneth se arrastraba siempre detrás de Alusar, esperando la ocasión de traicionarle y ocupar su puesto. Y sin embargo, Alusar confiaba en él. Una noche...

Se detuvo un momento, con el rostro crispado por los horrores rememorados.

—Una noche, cuando Alusar yacía con Zarpanit... en la cámara de ella... sus brazos la rodeaban... los de ella rodeaban su cuello... los labios de ambos estaban unidos...

»Y aquella noche bajó Ishtar de los cielos, y entró, ¡y la poseyó...!

»Mientras, en aquel mismo instante, de su oscura ciudad vino Nergal... y tomó posesión de Alusar...

»Y allí, uno en brazos del otro, mirándose a los ojos, sorprendidos en el fuego del amor mortal... estaban... Ishtar y Nergal... el Cielo y el Infierno... el Alma de la Vida apareándose con el Alma de la Muerte.

Se estremeció y sollozó, y los minutos pasaron lentos antes de que volviera a hablar de nuevo.

—Enseguida, aquellos que se abrazaban fueron separados por la fuerza. Fuimos abofeteados por un huracán, cegados por un relámpago; azotados y lanzados contra las paredes. Y cuando recobramos la consciencia, los sacerdotes y sacerdotisas de las Siete Zonas nos habían atrapado. ¡Ya se conocía el pecado!

»Sí, aunque Ishtar y Nergal no se hubieran... conocido... esa noche ya habría sido funesta aunque Zarpanit y Alusar no lo hubieran sabido. Pues Klaneth, a quien creyeron en guardia, les había traicionado y había llevado sobre ellos el castigo.

»¡Maldito sea Klaneth! —Sharane levantó los brazos, y el pulso de su odio golpeó a Kenton como un martillo de fuego—. Que se arrastre, ciego y agonizante, en la fría negrura de la morada de Nergal. Pero, ¡Diosa Ishtar! ¡Iracunda Ishtar! Entrégamele a mí primero, para que pueda enviarle allí donde quiero que vaya.

Cómo juzgan los dioses

—Durante un tiempo —dijo ella—, estuvimos tumbados en la oscuridad, Zarpanit y yo, las dos juntas... y no sabíamos dónde estaba Alusar. Grande había sido la falta de los dos, y yo había tomado . No se iba a decidir enseguida nuestro castigo. Yo la reconforté lo mejor que pude, amándola, sin preocuparme de mí misma, pues su corazón ya estaba a punto de romperse, sin saber qué harían con aquel al que amaba.

»Transcurrió una noche más hasta que vinieron los sacerdotes. Nos sacaron de la celda y nos llevaron en silencio al portal del Du-azzaga, la Cámara Brillante, la Sala del Consejo de los Dioses. Allí había otros sacerdotes con Alusar. Abrieron el portal con cautela y nos empujaron a los tres adentro.

» Ahora mi espíritu se hundía de verdad, y tenía miedo; y además, sentía temblar el alma de Zarpanit.

»Pues el Du-azzaga estaba lleno de luz, y en los lugares de los dioses no se sentaban sus imágenes, sino los propios dioses. Cada uno de ellos, escondido tras una nube chispeante, nos miraba. En el lugar de Nergal había una oscuridad feroz.

»De la brillante niebla de azur que había ante el Santuario de Nabu salió la voz del Señor del Juicio.

»—Así pues, grande es tu falta, mujer —dijo—, y la tuya, sacerdote, que nos ha turbado incluso a nosotros, los dioses. Y ahora, ¿qué tenéis que decir, antes de ser castigados?

»La voz de Nabu era fría y desapasionada, como la luz de las lejanas estrellas, y sin embargo, había comprensión en ella.

»Y de pronto, mi amor por Zarpanit se inflamó y me aferré a él, y eso me dio fuerzas; mientras, a mi lado, sentía su alma erguida, desafiante, su amor alzándose ante ella, como si fuera un escudo. Zarpanit no respondió: simplemente estiró los brazos hacia Alusar. El amor de él se mostraba tan inmovible como el suyo. Él la abrazó.

»Sus labios se unieron... y olvidaron a los dioses que les juzgaban.

»Entonces, Nabu volvió a hablar.

»—Estos dos portan una llama que nadie salvo Ishtar puede apagar, y tal vez ni siquiera ella.

»Entonces, Zarpanit se liberó de los brazos de su amado; se acercó a la gloria en la que se ocultaba Ishtar, le hizo una reverencia y se dirigió a ella:

»—Oh, sí, madre. ¿No eres tú la madre de ese fuego que llamamos amor? ¿No lo creaste tú, y lo pusiste como antorcha ante el Caos? Y después de

hacerlo, ¿no sabías lo poderoso que era aquello que habías creado? ¿Era ese amor del cual tú eres la madre, oh Santa Ishtar, el que llegó sin ser llamado, a este templo de mi cuerpo, que era tuyo, y que lo es todavía, aunque tú lo has abandonado? ¿Es culpa mía que el amor haya sido tan fuerte como para romper las puertas de tu templo? ¿O es culpa mía que su luz me dejara ciega para todo excepto para él, en quien brilló? Tú eres la creadora del amor, oh Ishtar, y si tú no lo querías para conquistar, entonces ¿por qué te hizo tan poderosa? Si el amor hubiera crecido y se hubiera hecho más fuerte que tú, que lo creaste, ¿cómo podemos nosotros, un hombre y una mujer, ser culpables de no haber sido capaces de sobreponernos? Y si el amor no fuera más fuerte que tú, al menos lo hiciste más fuerte que el hombre. Entonces castiga al amor, tu criatura, oh Ishtar, y no a nosotros.

»Fue el Señor Nabu el que rompió el silencio de los dioses:

»—Hay verdad en lo que dice. De la llama que portan ya conoces los caminos, oh Ishtar, mucho mejor que nosotros. Por lo tanto, eres tú quien debe responder.

»De la gloria que cubría a la diosa como un velo surgió una voz, dulce pero entrecortada por un asomo de ira.

»—Hay verdad en lo que dices, Zarpanit, a la que una vez llamé hija. Ahora, a causa de esa verdad, voy a aplacar la ira. Me has preguntado si el amor es más fuerte que yo, que lo creé. Ya lo veremos. Tú y tu amante os alojaréis en un lugar que se abrirá para vosotros. Estaréis siempre juntos. Podréis miraros, vuestros ojos podrán encontrarse... pero no vuestros labios ni vuestras manos. Podréis hablar, pero no acerca de esa llama denominada amor. Porque cuando surja y os reúna, entonces yo, Ishtar, entraré en ti, Zarpanit, y lucharé contra él. Pero no será la Ishtar que conocéis. No, será mi hermana, a quienes los hombres llaman la Iracunda, la Destructor. Ella os poseerá. Y así será hasta que la llama que hay entre vosotros se doblegue, o se extinga.

»La voz de Ishtar estaba tranquila. Los dioses se sentaron, en silencio. Entonces, desde aquella feroz negrura del Santuario de Nergal rugió la voz del Señor de la Muerte:

»—Eso dices tú, Ishtar. Pero yo, Nergal, te digo lo siguiente: estoy aquí, con este hombre que es mi sacerdote. No es que esté yo muy descontento de él, ya que gracias a él te he mirado a los ojos tan de cerca, oh Madre de la Vida. — La negrura se estremeció de risa—. Yo estaré con él, y me uniré a ti, Ishtar la Destructor. Sí, con artes para ponerme a tu altura y fuerzas para afrontarlo contigo... hasta que yo, no tú, haya apagado esa llama. Pues en mi morada no arde tal fuego, y yo lo apagaré en ellos para que mi oscuridad no sea violada cuando estos dos vengan hacia mí.

»Y de nuevo la risa sacudió la nube de ébano, mientras la gloria que cubría a la diosa temblaba con su ira.

»Pero nosotros tres escuchábamos desesperados, porque si mal nos habían ido las cosas, mucho peor era escuchar estas bromas del Oscuro sin Cuernos hacia la Madre de los Cielos.

»La voz de Ishtar llegó, aun mas débil:

»—Que así sea, oh Nergal.

»Los otros dioses permanecían en silencio, y me pareció que tras sus velos se miraban interrogantes unos a otros. Por fin se oyó la voz desapasionada de Nabu.

»—¿Y qué pasa con esta otra mujer?

»La voz de Ishtar, impaciente:

»—Que su destino sea igual al de Zarpanit. Que Zarpanit pueda llevar a su séquito allí donde vaya.

»Después intervino Nabu de nuevo:

»—El Sacerdote Klaneth... ¿va a quedar libre?

»—¿Qué? ¿Acaso mi Alusar no va a tener también su séquito? —se burló Nergal—. No, deja que Klaneth y los otros se queden con él y le ayuden.

»Me pareció que los dioses se miraban otra vez unos a otros, interrogantes. Entonces Nabu preguntó:

»—¿Ha de ser así, oh Ishtar?

»E Ishtar respondió:

»—Que así sea.

»El Du-azzaga se apagó, y yo me confundí con la nada.

»Cuando despertamos estábamos en este barco encantado, en este extraño mar, en este extraño mundo, y todos los dioses que nos habían juzgado en el Du-azzaga se habían ido. Yo estaba con Zarpanit, y también la mitad del grupo de muchachas del templo, a las que ella había amado.

Y con Alusar estaban Klaneth, y un grupo de acólitos negros de los suyos. Nos habían proporcionado unos remeros robustos, esclavos del templo, un par para cada remo. Habían decorado la nave y se habían ocupado de que no nos faltase de nada.

Una llamarada de odio pasó por sus ojos un instante.

—Sí —dijo—. Los amables dioses hicieron todo lo posible para que nos encontráramos cómodos. Después botaron el barco a este extraño mar, en este extraño mundo, como campo de batalla para el Amor y el Odio, arena para la Iracunda Ishtar y el Oscuro Nergal, cámara de tortura para su sacerdotisa y su sacerdote.

»Fue en este camarote donde despertó Zarpanit, con el nombre de Alusar sobre sus labios. Después salió corriendo por la puerta, y Alusar salió del negro camarote gritando su nombre. Le vio llegar hasta la línea donde la cubierta negra se encuentra con ésta, y allí algo extraño la rechazaba, como si la empujaran hacia atrás unos brazos. Porque allí hay una barrera, mensajero, una

barrera levantada por los dioses, que ninguno de los que estamos en el barco puede traspasar. Pero entonces no sabíamos nada. Y Alusar también fue rechazado.

»Cuando se levantaron, llamándose, estirando los brazos, luchando por rozar sus dedos, cayó sobre Zarpanit la hermana de Ishtar, la Airada, la Destructora, mientras que alrededor de Alusar las sombras se hacían más profundas, hasta que le cubrieron. Al final las sombras se abrieron, y lo que había sido el rostro de Alusar se dibujó en ellas, mirando fijamente, y ahora era la cara de Nergal, Señor de los Muertos.

»Así sucedió... después de que los dioses lo hubieran decretado. Y aquella pareja inmortal que cobijaban los cuerpos de estos dos mortales que se amaran tanto, se enzarzó en una batalla, y se lanzaron su odio el uno contra el otro, como si fueran espadas, mientras los esclavos que remaban encadenados en el foso se encogían de miedo y desvariaban, o caían sin sentido bajo los horrores que se desencadenaban sobre ellos. Y las doncellas del templo se lanzaban a cubierta o corrían, gritando, hacia el camarote que no podían ver. Sólo yo no lloraba ni huía, yo, que desde que vi los rostros de los dioses del Du-azzaga nunca pude volver a sentir miedo.

»Y así sucedió. No sé durante cuánto tiempo. En este lugar no parece existir el devenir, pues no hay noche ni día tal como los conocemos en Babilonia.

»Y Zarpanit y Alusar luchaban por unirse, y la Iracunda Ishtar y el Oscuro Nergal les mantenían apartados. Muchos son los ardidés del Señor de las Sombras, y no pueden contarse sus armas. Muchas son las artes de Ishtar, y, ¿no está su aljaba siempre llena? Mensajero, no se cuánto resistió aquel dúo. Sin embargo, siguieron luchando por romper la barrera, impulsados por su amor. Y siempre... siempre ardieron las llamas que llevaban dentro —susurró—. Ni Nergal ni Ishtar pudieron aplacarlas. Lo único que hizo su amor fue crecer más fuerte. Un día...

»Fue en medio de una batalla. Ishtar había tomado posesión de Zarpanit y estaba allí donde esta cubierta toca el foso de los remeros. Nergal se había introducido en Alusar y esparció su semilla maligna por todo el foso, a través de los relámpagos de la diosa.

»Y mientras permanecía agachada, observando, en la puerta de este camarote, vi temblar el resplandor que cubría a Ishtar, como si estuviera apagándose. Vi el rostro de Ishtar oscilar y descomponerse, y aparecer el rostro de Zarpanit allí donde había estado el de Ishtar.

»La oscuridad que envolvía al Señor de los Muertos se iluminó, como si en ella hubiera prendido una potente llama.

»Entonces Ishtar dio un paso... y otro, y otro... hacia la barrera que se levantaba entre la cubierta negra y ésta. Pero me pareció que no se movía por su

propia voluntad. ¡No! Iba deteniéndose, reacia, como si algo más fuerte que ella la empujara. Y al moverse, también se movía Nergal dentro de sus sombras para unirse a ella.

»Se acercaron más y más. Y el resplandor de Ishtar crecía y menguaba. Las sombras que vestían a Nergal se hacían más claras, más oscuras, se aclaraban otra vez. E involuntaria, pero inexorablemente, se acercaban cada vez más el uno al otro. Yo podía ver el rostro de Alusar, el sacerdote, que se hacía visible, abriéndose paso entre las sombras, despojándose de la máscara de Nergal.

»Despacio, los blancos pies de Zarpanit llevaron a Ishtar hacia la barrera; y despacio, despacio, al mismo paso que ella, vino Alusar a reunirse con Zarpanit. ¡Y se encontraron!

»Se dieron las manos, se unieron sus labios, se abrazaron... antes de que el dios y la diosa que les habían conquistado pudieran salir de ellos.

»Se besaron y se abrazaron. Cayeron sobre la cubierta... muertos. Muertos... uno en brazos del otro.

»Ni Ishtar ni Nergal habían triunfado. No. Era el amor de hombre y mujer lo que había triunfado. Hubo vítores para el dios y la diosa... las llamas estaban libres.

»El sacerdote había caído a este lado de la barrera. Nosotros no separamos sus manos. Unidos, cara a cara, lanzamos a la deriva sus cuerpos.

»Entonces yo corrí a matar a Klaneth. Pero se me había olvidado que ni Ishtar ni Nergal habían triunfado. Así pues, la diosa se derramó sobre mí, y Nergal volvió a Klaneth. Y estos dos poderes batallaron como en tiempos antiguos. Y otra vez, esta barrera invisible se elevaba inexpugnable, apartando a los del lado blanco de la cubierta de los del lado negro.

»Y sin embargo, yo era feliz, pues sabía que Zarpanit y Alusar habían sido olvidados por ellos. Se me ocurrió que la lucha había ido más allá de los dos que habían escapado. Que ahora no les importaba, ni a la Iracunda Ishtar ni a Nergal, que se hubieran ido el sacerdote y la sacerdotisa, ya que en mi cuerpo y en el de Klaneth todavía podían luchar el uno contra el otro por poseer la nave.

»Y así navegamos... y luchamos... y navegamos y luchamos... No sé por cuánto tiempo. Muchos, muchos años deben haber pasado desde que yo vi a los dioses en Uruk, pero mira, sigo siendo tan joven como entonces, y tan pura. O al menos, así lo dice mi espejo —suspiró.

6

¿No soy yo... una mujer?

Kenton se sentó en silencio. Desde luego que era joven y pura... Y Uruk y Babilonia montañas de arena desgastadas por el tiempo, durante estos miles de años.

—Dime, Señor —su voz le hizo ponerse en pie—: ¿todavía posee tanto honor el Templo de Uruk entre las naciones? ¿Está Babilonia orgullosa de su supremacía?

Kenton no habló, pues creía que había sido lanzado a alguna realidad ajena y luchaba con fuerza por despertar a la razón.

Y Sharane, subiendo los ojos hasta su rostro perturbado, le contempló con una duda cada vez más grande en los ojos. Se incorporó a su lado, se quedó de pie, temblando como la hoja de una espada iracunda en una vaina suavemente floreada.

—¿Tienes algún mensaje para mí? —gritó—. Habla, rápido.

Mujer de ensueño o mujer enredada en antiguas brujerías, sólo había una respuesta para Sharane: la verdad. Y decirle la verdad fue lo que hizo Kenton, empezando por la llegada del bloque de Babilonia a su casa, sin olvidar ningún detalle que pudiera hacer todo mas simple para ella. Sharane le escuchaba con la mirada fija, bebiendo sus palabras, alternando la sorpresa con una total incredulidad; y éstas, a su vez, alternándose con el horror y la desesperación.

—Incluso el lugar donde se asentaba el antiguo Uruk está casi perdido —concluyó él—. La casa de las Siete Zonas es un montón de arena del desierto barrido por los vientos. Y Babilonia, la poderosa Babilonia, ha estado durante años al nivel de la basura.

Ella se puso de pie y se dirigió hacia él con ojos resplandecientes, mientras su pelo rojo dorado caía en suave cascada.

—¡Embustero! —gritó—. ¡Embustero! Ahora te conozco... ¡eres tú, fantasma de Nergal!

Una daga brilló en su mano; él la cogió por la muñeca justo a tiempo, luchó con ella y la tumbó sobre el sofá.

Ella se relajó, colgando medio inconsciente de sus brazos.

—¡Polvo de Uruk! —gimoteó—. ¡Polvo de la casa de Ishtar! ¡Uruk polvo! ¡La casa de Ishtar polvo! ¡Babilonia un desierto! Y Sargón de Akkad, muerto hace seis mil años, dices, hace seis mil años. —Se estremeció, soltándose de su abrazo—. Pero si eso es cierto, ¿qué soy yo entonces? —susurró, con los labios blancos—. ¿Qué soy yo? Seis mil años, y más, han pasado desde que nací... ¡y aún vivo! ¿Qué soy yo entonces?

El pánico se apoderó de ella. Sus ojos quedaron sin brillo y se agarró con fuerza a las almohadas. Él se inclinó sobre ella; ella le rodeó con sus blancos brazos.

—¿Estoy viva? —gritó—. ¿Soy humana? ¿Soy... mujer? —Sus suaves labios se pegaron a los de él, suplicantes; el manto perfumado de su pelo le cubrió. Ella le sostuvo, su cuerpo liviano fuertemente rígido, imperantemente desesperado. Kenton sintió el pulso asustado de la mujer contra su corazón galopante. Y, entre uno y otro beso, ella suspiraba—: ¿No soy una mujer... y estoy viva? Dime, ¿no estoy viva?

El deseo le llenó por completo y empezó a devolverle sus besos, uno a uno. Templando la llama de su deseo estaba el claro reconocimiento de que no era un repentino amor por él, ni la pasión lo que le había lanzado a sus brazos.

Era terror lo que había detrás de sus caricias. Estaba asustada... horrorizada por aquel enorme abismo de seis mil años entre la vida que había conocido y la de él. Colgada de él, luchaba por reconfortarse. Había sido relegada al último atrincheramiento de una mujer: la reivindicación primera de su ego femenino, la certeza de su feminidad y su atractivo inexpugnable.

No, no era para convencerle de que sus besos le quemaban los labios: era para convencerse a si misma.

A él no le importaba. Ella estaba en sus brazos. Le devolvió cada uno de sus besos.

Ella le apartó de su lado y se puso en pie.

—Entonces, ¿soy una mujer? —gritó triunfalmente—. ¿Soy una mujer, y estoy viva?

—Una mujer —respondió él con dificultad, con todo su cuerpo temblando hacia ella—. Viva, Dios mío, sí.

Ella cerró los ojos; un gran suspiro la hizo estremecer.

—Y eso es verdad —gritó—. Y si lo que tú me has contado es la verdad... Ahora... quédate en silencio. —Le puso a prueba—. Si soy una mujer y estoy viva, todo lo que tú me has contado es mentira... pues no es posible que yo estuviera donde ahora está el polvo de Babilonia, ni que haga seis mil años que vi la nave. ¡Perro embustero! —gritó, y con la mano llena de anillos pegó a Kenton en la boca.

Los anillos le hicieron un corte profundo. Al verle caer hacia atrás, aturdido por el golpe y por el repentino cambio de su suerte, Sharane abrió violentamente la puerta interior.

—¡Luarda! ¡Athmal! ¡Todos! —llamó violentamente—. ¡Rápido, atad a este perro! Atadle... pero no le matéis.

Del camarote salieron en torrente siete guerreras con faldas cortas, desnudas hasta la cintura, con jabalinas ligeras en la mano. Se colgaron de él.

Cuando le estaban atacando, Sharane cogió la espada de Nabu y se la arrancó de la mano.

Y ahora aquellos cuerpos jóvenes, fragantes, le envolvieron en anillos de carne femenina, suave e inexorable como el acero. Le echaron la capa azul sobre la cabeza, y se la ataron alrededor del cuello. Kenton despertó de su estupor, rugiendo de rabia. Se soltó, se quitó la capa y saltó hacia Sharane. Más rápidos que él, los cuerpos livianos de las doncellas la protegieron de su embestida. Le lanzaron sus jabalinas, pinchándole como hace un matador para reducir a un toro que embiste. Le empujaron más y más hacia atrás, rasgándole las ropas y haciéndole sangrar aquí y allá.

Durante el tormento escuchó la risa de Sharane.

—¡Embustero! —se burló—. ¡Embustero, cobarde y loco! ¡Instrumento de Nergal, enviado a este lugar con una historia falsa para minar mi valor! ¡Vuelve a Nergal, vete con otro cuento!

Las doncellas guerreras lanzaron sus jabalinas, impulsadas hacia delante como si fueran una. Se lanzaron sobre él; piernas y brazos entrelazados le rodearon y le tiraron al suelo. Maldiciendo, dando puñetazos y patadas, sin preocuparse ya de que fueran mujeres, Kenton luchó contra ellas. Frenético, se mantuvo en pie con dificultad. Sus pies golpearon el dintel de la puerta del camarote rosado. Se tiró al suelo, arrastrando consigo su peligrosa carga. Dando tumbos, llegaron hasta la puerta. La abrieron, y pasaron casi rodando, golpeando la cubierta de marfil.

Tras él se oyó un grito, un chillido de advertencia procedente de Sharane: un mandato urgente, ya que lo que asía sus brazos y piernas se relajó; las manos que le apretaban se apartaron.

Sollozando de ira, Kenton se puso en pie. Vio que estaba casi a caballo de la línea que había entre la cubierta de marfil y la negra. Se le ocurrió que por eso había hecho Sharane que sus furias le soltaran; porque él las había arrastrado demasiado cerca de su misteriosa amenaza.

Y de nuevo le fustigó su risa. Ella estaba de pie en la galería de pequeños árboles en flor, con sus palomas volando alrededor. Sostenía en la mano la espada de Nabu; la levantó burlonamente.

—¡Eh, mensajero mentiroso! —se burló Sharane—. ¡Eh, perro derrotado por mujeres! ¡Ven a coger tu espada!

—¡Iré, maldita! —gritó él, y se puso en pie. La nave cabeceó. Perdido el equilibrio, Kenton cayó hacia atrás y fue tambaleándose hacia la línea donde se juntaban la cubierta negra y la de marfil.

Se tambaleó sobre ella... ¡sin sufrir ningún daño!

Algo más profundo que su consciencia registró aquel hecho; lo registró como de una importancia crucial. Cualquiera que fuese el poder de la barrera, Kenton era inmune. Se afianzó para volver a la cubierta de marfil.

—¡Detenedle! —sonó la voz de Klaneth.

A mitad de su carrera, unos fuertes dedos le agarraron el hombro y le obligaron a volverse. Miró a la cara al tamborilero. Las garras del tamborilero se elevaron y Kenton fue también elevado, como un cachorro.

Y jadeando, como un cachorro indignado, Kenton se tambaleó sobre sus pies. Un anillo de hombres con túnicas negras se cernía sobre él, hombres con túnicas negras cuyos rostros estaban pálidos como los de un muerto, impasibles; hombres con túnicas negras que se cernían sobre él apretando los puños. Más allá del círculo estaba de pie el guerrero enviado con su barba roja y sus pálidos ojos de ágata; y a su lado, el Sacerdote Negro.

Kenton no se preocupó de ninguno de ellos. Se revolvió. Las negras túnicas se lanzaron sobre él y le inmovilizaron.

De nuevo bandeó el barco, esta vez con mas violencia. Kenton, con los pies levantados del suelo, cayó hacia un lado. Una ola crepitó sobre él. Otra ola le levantó y le balanceó a un lado y a otro. Se hundió y luchó por subir. Después se quitó el agua de los ojos y buscó el barco. Se había levantado un viento que rugía ensordecedor. La nave proseguía arrastrada por el viento, a unas cien yardas de allí. Gritó y nadó hacia ella. La vela se cayó; los remos se hundieron, intentando mantenerla contra el viento. Más rápido, más rápido, el barco voló con un estallido.

Se perdió en una neblina de plata.

Kenton cesó en sus esfuerzos y flotó abandonado en un mundo desconocido.

Una ola le golpeó y se levantó tras ella, jadeando. Después le golpeó el timón. Escuchó el oleaje atronador, el siseo de las olas, empujadas hacia atrás por una muralla de roca. Otra ola le alcanzó. Luchando encima de la cresta vio ante él un pináculo de piedra amarilla que se erguía sobre un nido de inmensos cantos rodados, contra los cuales rompían las olas, formando un surtidor de espuma.

Una ola gigantesca le elevó y le lanzó contra el pilar amarillo.

La intensidad de este impacto no fue mayor de lo que sería pasar a través de una espesa telaraña, pues las distancias en que se movía le parecían infinitas y creía estar en una suave y profunda oscuridad. Le acompañaba un clamor ensordecedor de enormes tempestades. Su movimiento se detuvo abruptamente, y el ruido de las tempestades cesó.

Yacía boca abajo; sus dedos asían un tejido áspero que crepitaba caprichosamente a su tacto. Rodó con las manos extendidas; una de ellas agarró una madera fría y pulida. Se sentó.

¡Estaba otra vez en su cuarto!

Kenton se puso en pie trabajosamente y se quedó allí tambaleándose, aturdido. ¿Qué era aquello que oscurecía la alfombra a sus pies? Era agua, agua que caía de él, agua con una extraña tonalidad... agua carmesí.

Se dio cuenta de que estaba calado hasta los huesos. Se chupó los labios. Estaban salados. Sus ropas aparecían rasgadas y desgarradas, y de ellas goteaba la sal.

Y de una serie de heridas brotaba sangre que se mezclaba con el agua.

Tropezando, se dirigió hacia la nave enjoyada. En la cubierta negra había un grupo de figurillas, inclinadas, mirando por la barandilla.

Sobre la galería del camarote rosado había una figura diminuta: ¡Sharane!

La tocó. Dura como el diamante, fría como el diamante, ¡un juguete!

Y sin embargo, era Sharane.

Una rabia frenética le recorrió todo el cuerpo, como una ola que vuelve. Con el eco de la risa en sus oídos, Kenton buscó maldiciendo algo con lo que hacer añicos la brillante nave. Nunca más volvería Sharane a reirse de él.

Cogió una pesada silla por las patas, la sostuvo sobre su cabeza y se colocó un instante en posición para dejarla caer...

De repente, más allá de la sal de sus labios, Kenton saboreó la miel de sus besos... los besos de Sharane.

La silla cayó de sus manos.

—¡Ishtar! ¡Nabu! —susurró, y cayó sobre sus rodillas—. ¡Llebadme otra vez a aquel barco! ¡Ishtar! ¡Haz conmigo tu voluntad, pero llévame otra vez a tu nave!

Esclavo de la nave

Su respuesta fue rápida. A lo lejos escuchó un rugido atronador, como de infinitas olas que golpean en una costa bordeada de rocas. Se hizo más fuerte.

Con un trueno de aguas inmensas desapareció la pared exterior de su cuarto. Donde había estado la pared estaba ahora la cresta de una enorme ola que se elevaba. La ola se dobló, cubrió a Kenton, le levantó y le hizo rodar. Después salió despedido y luchó denodadamente por respirar.

¡Estaba otra vez flotando en el mar de turquesas!

La nave se encontraba cerca. ¡Cerca! Su proa en forma de cimitarra casi le golpeó la cabeza. De ella colgaba una cadena de oro que rozaba apenas las olas. Kenton intentó cogerla... no pudo.

Cayó hacia atrás. El lado brillante de la nave pasó rápido por su lado. Y volvió a saltar. Había otra cadena, negra, que colgaba de la popa y salpicaba al rozar la punta de las olas.

La agarró. El mar se rasgaba contra sus muslos, sus piernas y sus pies. Implacable, se afirmó con fuerza. Una mano tras otra, con cuidado, subió impulsándose hacia arriba. Ahora estaba justo bajo la barandilla. Lentamente, levantó la cabeza para echar un vistazo.

Unos largos brazos le alcanzaron; largas manos le asieron por los hombros, le levantaron, le echaron sobre la cubierta y le mantuvieron allí sujeto. Después le pusieron una correa de cuero alrededor de los tobillos y le ataron los brazos a los lados del cuerpo.

Miró a la cara del hombre de boca de rana que golpeaba el tambor. Y por encima de uno de los enormes hombros del tamborilero, el rostro de Klaneth miraba fijamente. Escuchó su voz:

—¡Mételo dentro, Gigi!

Sintió cómo el tamborilero le levantaba, con la misma facilidad que si fuera un bebé. Y aquellas enormes manos le llevaron, como en una cuna, hasta la puerta del camarote rosado.

El tamborilero puso a Kenton de pie, mirándole con ojos curiosos, casi divertidos. Los ojos de ágata del guerrero barbudo y los ojos pálidos de Klaneth se introdujeron en él con curiosidad.

Kenton se fijó en los tres. Primero en el sacerdote negro: enorme, lleno de arrugas, como un elefante; su carne era pálida y muerta, como si la sangre corriera por sus venas a demasiada profundidad para revelar el paso cansado de su marea baja; el rostro de Neron remodelado a partir de arcilla fría por unas manos entumecidas.

Y después Gigi... el tamborilero. Su rostro parecido al de una rana, con las orejas puntiagudas, las piernas arqueadas y cortas; un cuerpo de gigante de caderas para arriba; unos hombros gigantes de los que colgaban unos brazos largos y simiescos, cuya fuerza había sentido Kenton; la abertura de aquella boca mostraba unas comisuras en las que se alojaba un humor malicioso. Había en torno a él algo de los antiguos dioses de la tierra, un toque de Pan.

El barba roja: un persa sacado de aquel tiempo en que los ejércitos persas llegaron a un mundo que después vería a las legiones romanas. O así le pareció a Kenton, a juzgar por aquella túnica de malla ligera, las piernas envueltas en sedas, las botas altas y las dagas curvas, y la cimitarra en su cinturón enojado. Y humano como el mismo Kenton. En torno a él no había nada de aquel sabor a osario de Klaneth, ni el aire grotesco de Gigi. Los labios rojos, llenos tras la barba cuidadosamente arreglada, eran sensuales, amaban la vida; su cuerpo era robusto y musculoso; su rostro más blanco que el del propio Kenton, pero sombrío y profundamente sellado con un aburrimiento medio resignado y medio desesperado, que incluso su alegre y franca curiosidad hacia Kenton no lograron aliviar.

Delante de él había una losa de sanguinaria. Seis sacerdotes se arrodillaban sobre ella, adorando algo que había dentro de un nicho, justo encima de la losa. ¿Qué era aquello? No podía determinarlo... sólo podía decir que su aliento era infernal. Un poco más grande que un hombre, la cosa que había en el nicho era negra y sin forma, como hecha de sombras heladas. Aquello temblaba, palpitaba, como si las sombras, que eran su sustancia, se espesaran continuamente a su alrededor, pasaran dentro y fueran sustituidas rápidamente por otras.

La cámara era oscura, las paredes más sombrías que el mármol negro mate. Más sombras colgaban de las paredes oscuras y se apiñaban en los rincones; sombras que parecían esperar únicamente una orden para hacerse más profundas y convertirse en aquella sustancia.

Sombras profanas, como aquellas que arropaban la cosa del nicho.

Más allá, como en la cámara de Sharane, había otra cámara, y congregados en multitud, en la puerta, había una docena o más de sacerdotes con túnicas negras y rostros blancos.

—Id a vuestros sitios.

Klaneth se volvió hacia ellos, rompiendo el silencio. Salieron. El sacerdote negro cerró la puerta tras ellos. Tocó con el pie al que estaba más cerca de los que había allí arrodillados.

—Nuestro Señor Nergal ya tiene bastante —dijo—. Mirad: se ha tragado vuestras oraciones.

Kenton miró a la cosa que había en el nicho. Ya no era sombría, ni estaba cubierta de brumas. Ahora se mostraba allí, perfectamente delimitada. Su

cuerpo era el de un hombre, y su cara tenía el mismo aspecto demoníaco que había visto al sacerdote negro en la primera aventura que tuvo en el barco.

¡La cara de Nergal, Señor de los Muertos!

¿Qué eran aquellas sombras heladas que temblaban envolviendo la estatua?

Sintió los ojos de Klaneth buscándole, clandestinamente ¡Un truco! Un truco para asustarle. Se encontró de lleno con la mirada del sacerdote negro; sonrió.

El persa rió.

—Eh, Klaneth —dijo—. Ese intento de huida se ha quedado corto. Tal vez este extranjero ha visto tales cosas antes. Tal vez es un hechicero y puede hacer cosas mejores. Cambia de táctica, Klaneth.

Bostezó y se sentó en un sillón bajo. El rostro del sacerdote negro se endureció.

—Es mejor que te calles, Zubrán —dijo—. Si no, puede que Nergal cambie su táctica de forma que tu incredulidad se desvanezca para siempre.

—¿Incredulidad? —repitió el persa—. Oh, Nergal es lo bastante real. No es la incredulidad lo que me fastidia. Es la eterna monotonía. ¿Es que no puedes hacer algo nuevo, Klaneth? ¿No puede Nergal hacer algo nuevo? Cambiar su táctica por mí, ¿eh? Por Ahrimán: eso es todo lo que yo quisiera que hiciese, si es que puede.

Volvió a bostezar, exageradamente. El sacerdote negro refunfuñó; se volvió a los seis orantes.

—¡Marchaos! —ordenó—. ¡Y enviadme a Zachel!

Desfilaron por la puerta exterior. El sacerdote negro se dejó caer sobre otro asiento, estudiando a Kenton; el tamborilero se agachó, observándole también; el persa refunfuñó para si mismo, jugando con el puño de su daga. La puerta se abrió y en el camarote entró un sacerdote que llevaba en la mano un largo látigo cuya sinuosa correa, rematada en metal, iba enrollada varias veces alrededor de su antebrazo. Se inclinó ante Klaneth.

Kenton le reconoció. Cuando estaba echado en cubierta, junto al mástil, había visto a este hombre sentado en una plataforma elevada, al pie del mástil. Era Zachel, el vigilante de los esclavos de la galería y de los remeros, y aquella larga correa estaba medida para golpear al más apartado de ellos si se rezagaba.

—¿Es éste el hombre que viste sobre la cubierta hace algunos sueños? —preguntó Klaneth—. ¿Es éste el que yacía allí y, según dices, se desvaneció cuando la perdida de Ishtar se inclinó para tocarle?

—El mismo, maestro —respondió el vigilante, acercándose a Kenton y examinándole.

—Entonces, ¿adónde fue? —dijo Klaneth, preguntándose más bien a sí mismo que al otro—. ¿A la cámara de Sharane? Pero entonces, ¿por qué le echó

ella, azuzándole a sus felinos? ¿Y de dónde salió aquella espada que blandía ella, retándole a que fuera a quitársela? Yo conozco esa espada...

—Él no entró en su cámara aquella vez, maestro —interrumpió Zachel—. Yo la vi buscándole. Y volvió a su sitio sola. Él había desaparecido.

—Y eso —meditó Klaneth—, eso fue hace dos sueños. Y el barco ha navegado mucho desde entonces. Nosotros le vimos luchando con las olas, muy lejos de nosotros. Y sin embargo, otra vez está sobre el barco... y con sus heridas frescas aún, sangrando todavía como si no hubiera pasado más que un instante. ¿Y cómo pasó la barrera? Sí... ¿cómo pasó la barrera?

—Ah, al fin te has fijado en un problema real —gritó el persa—. Déjale que me explique eso... y, por los Nueve Infiernos, no me tendrás por compañero durante mucho tiempo, Klaneth.

Kenton vio al tamborilero hacer un gesto clandestino de advertencia a Zubrán; vio cómo los ojos del sacerdote negro se entornaban.

—¡Ho, ho! —rió Gigi—. Zubrán bromea. No encontraría la vida allí como finge encontrarla aquí, con nosotros. ¿Verdad, Zubrán?

Volvió a hacer aquel gesto de advertencia, fugaz. Y el persa lo advirtió.

—Sí, supongo que es así —respondió de mala gana—. De todos modos, no he hecho un juramento a Nergal. No obstante —murmuró— los dioses dieron a las mujeres un arte que no ha resultado aburrido desde que hicieron el mundo.

—Ellas perdieron ese arte en la morada de Nergal —dijo el sacerdote negro, sombríamente—. Mejor será que lo recuerdes y frenes esa lengua tuya antes de que te veas en un lugar peor que éste... donde al menos tienes tu cuerpo.

—¿Puedo hablar, maestro? —preguntó Zachel, y Kenton sintió una amenaza en la mirada que el vigilante le dirigió.

El sacerdote negro asintió.

—Creo que pasó la barrera porque no sabe nada de nuestro Señor —dijo Zachel—. Desde luego, puede que sea un enemigo de nuestro Señor. Si no, ¿por qué fue capaz de librarse de las manos de nuestros sacerdotes, desaparecer en el mar, y regresar?

—¡Enemigo de Nergal! —musitó Klaneth.

—Pero eso no quiere decir que sea amigo de Ishtar —observó el tamborilero, suavemente—. Es verdad que si hubiera jurado ante el Oscuro no podría pasar la barrera. Pero también es verdad que si hubiera jurado ante Ishtar, habría sido igualmente imposible.

—¡Cierto! —El rostro de Klaneth se aclaró—. Y yo conozco esa espada: lleva la hoja del propio Nabu.

Permaneció en silencio por un momento, pensativo. Cuando habló, había cortesía en su oscura voz.

—Extranjero —dijo—, si te hemos tratado mal, perdónanos. Los visitantes no son frecuentes en esta nave. Tú, permite que te diga, nos sorprendiste con tus modales. Zachel, suelta sus ataduras. —El vigilante se inclinó y con cierto resentimiento liberó a Kenton de las correas.

—Si, como creo, te envía Nabu —continuó el sacerdote negro—, te diré que yo no tengo ninguna disputa con el Sabio ni su gente. Ni mi maestro, el Señor de la Muerte, está siempre en disputa con el Señor del Juicio. ¿Cómo podría estarlo, cuando lleva uno las llaves del conocimiento de esta vida, y el otro las llaves que abren las puertas del conocimiento definitivo? No, aquí no hay disputas. ¿Te ha favorecido Nabu? ¿Fue él quien te envió a esta nave? Y... ¿por qué?

Kenton permanecía en silencio; buscaba desesperadamente alguna forma de responder al sacerdote negro. Pero sabía que no podría darle largas como había hecho con Sharane. Sabía también que no tenía ningún sentido decirle la verdad, como se la había dicho a ella... y ser expulsado por ello como una rata atrapada. Había un peligro, un riesgo mayor que aquel al que se había enfrentado en el camarote rosado. Le interrumpió la voz de Klaneth:

—Pero, favorecido por Nabu, como tal vez seas, parece que no has podido librarte de perder su espada, ni de las jabalinas de las mujeres de Ishtar. Y si eso es así, ¿puedes librarte de mi látigo y de mis cadenas?

Y mientras Kenton seguía allí, todavía en silencio, un brillo lobuno iluminó sus pupilas muertas, y el sacerdote negro se puso en pie gritando:

—¡Respóndeme!

—¡Responde a Klaneth! —rugió Gigi—. ¿O es que el temor que le tienes ha acabado con tu lengua?

Bajo la aparente indignación de la voz del tamborilero, Kenton presintió una advertencia amistosa.

—Si ese favor podría haberme salvado, no lo hizo —dijo sombríamente.

El sacerdote negro se dejó caer sobre el asiento, riendo entre dientes.

—Ni podría salvarte si yo decretara tu muerte —dijo él.

—Muerte... si él lo decreta —graznó Gigi.

—Quiquiera que seas —continuó el sacerdote negro—, vengas de donde vengas o como vengas... una cosa parece cierta: tienes poder para romper una cadena que me exaspera. No Zachel, quédate —dijo al vigilante, que había hecho un movimiento para irse—. Tu opinión también es buena. ¡Quédate!

—Hay un esclavo muerto junto a los remos —dijo el vigilante—. Voy a soltar sus cadenas y a retirarle.

—¿Muerto? —Había un interés nuevo en la voz de Klaneth—. ¿Cuál es? ¿De qué murió?

—¡Quién sabe! —Zachel se encogió de hombros—. De aburrimiento tal vez. Era uno de los primeros que vinieron a navegar con nosotros. El que se

sentaba al lado de aquél de pelo claro del norte, el que compramos en Emakhtila.

—Bueno... ha servido durante mucho tiempo —dijo el sacerdote negro—. Ahora está con Nergal. Deja que su cuerpo lleve las cadenas un poco más de tiempo. Quédate conmigo.

Volvió a hablar a Kenton, deliberadamente, con determinación:

—Yo te ofrezco la libertad. Yo te daré honores y riquezas en Emakhtila, a donde navegaremos tan pronto como hayas cumplido mi mandato. Allí te harás sacerdote, y tendrás un templo si quieres. Oro y mujeres y rango... si haces lo que yo deseo.

—¿Qué debo hacer para ganarme todo eso? —preguntó Kenton.

El sacerdote negro se puso en pie y dobló la cabeza, de forma que sus ojos miraban directamente a los de Kenton.

—¡Matar a Sharane! —dijo.

—No hay mucha envidia en ello, Klaneth —dijo el persa, en tono de broma—. ¿Es que no has visto cómo le pegaban las muchachas? Es como enviar un hombre a atrapar una leona cuando ya ha sido apaleado por sus cachorros.

—No —dijo Klaneth—, no quiero que pase por la cubierta abierta, donde seguramente le verían los guardianes de Sharane. Puede trepar por el casco de la nave... por la cadena, e ir de un saliente a otro. Hay una ventana tras el camarote en el que duerme ella, Puede entrar por ahí a gatas.

—Mejor será que preste juramento a Nergal antes de tomar ese camino, maestro —interrumpió Zachel—. Si no, puede que nunca mas volvamos a verle.

—¡Estúpido! —dijo Gigi—. Si hace sus votos a Nergal tal vez no pueda ir a ninguna parte. ¿Cómo sabremos entonces que la barrera no se cerrará para él, como lo está para nosotros, que hemos jurado ante el Oscuro, como lo está incluso para aquellos que han prestado juramento ante Ishtar?

—Cierto —asintió el sacerdote negro—. No nos atrevamos a arriesgar a este bien hablado, Gigi.

—¿Por qué ha de morir Sharane? —preguntó Kenton—. Dejadme tomarla por esclava y así podré devolverle sus burlas y sus golpes. Dádmela a mí, y podréis quedaros todas las riquezas y honores que me habéis ofrecido.

—No. —El sacerdote negro se acercó más, buscando sus ojos con mayor determinación—. Debe morir. Mientras ella viva, la diosa tendrá un recipiente en el que derramarse. Con Sharane muerta, Ishtar no tendrá nada en este barco mediante lo cual manifestarse. Esto lo sé yo, Klaneth. Con Sharane muerta, Nergal gobernará... ¡a través de mí! ¡Nergal triunfará a través de mí!

En la mente de Kenton había tomado forma un plan. Prometería matar a Sharane. Se deslizaría en su camarote y le contaría los planes del sacerdote negro. De algún modo, de alguna manera, conseguiría que le creyera.

Demasiado tarde se dio cuenta, por la cara del sacerdote negro, que Klaneth había captado sus pensamientos. Demasiado tarde recordó que los ojos penetrantes del vigilante le habían estado observando, sin perder el más fugaz cambio de expresión, interpretándolo todo.

—¡Mira, maestro! —protestó Zachel—. ¡Mira! ¿No puedes leer ese pensamiento, como yo lo he hecho? No se puede confiar en él. Me has tenido aquí como consejero y has dicho que mi consejo era bueno; entonces, déjame decir lo que tengo en la mente. Pensé que este hombre se había desvanecido al pie del mástil, tal como te dije. Pero ¿de verdad lo hizo? Los dioses van y vienen por el barco según su voluntad. Pero los hombres no. Creímos verle luchar con las olas, allá atrás, lejos del barco. Pero ¿le vimos de verdad? Puede haber estado dormido todo este tiempo por algún hechizo, escondido en el camarote de Sharane. Le vimos salir de allí...

—Pero empujado por sus mujeres, Zachel —interrumpió el tamborilero—. Expulsado. Vencido. Recuerda eso. Allí no había amistad, Klaneth. Se le habían lanzado a la garganta como los perros a un venado.

—¡Un truco! —gritó Zachel—. Una escena para confundirte, maestro. Podrían haberle matado. ¿Por qué no lo hicieron? Sus heridas no son más que pinchazos de alfiler. Le empujaban, sí, pero, ¿hacia dónde? Hacia nosotros. Sharane sabía que él podía cruzar la barrera. ¿Nos habría hecho entrega ella de una nueva fuerza si no tuviera un plan? ¿Y cuál podría ser ese plan? Sólo uno. Traerle aquí para matarte a ti, igual que tú has planeado enviarle a matarla a ella.

—Es un hombre fuerte, ¡y se deja pegar por unas muchachas! Tenía una espada, una hoja afilada y sagrada, y deja que una mujer se la arrebate. ¡Ho, ho! —se rió Zachel—. ¿Te crees todo esto, maestro? Bueno, pues yo no.

—¡Por Nergal! —juró Klaneth, lívido—. Ahora, por Nergal...

Agarró a Kenton por los hombros, le lanzó por la puerta del camarote y le sacó hasta la cubierta. Él le siguió con paso ligero.

—¡Sharane! —aulló—. ¡Sharane!

Kenton levantó la cabeza, mareado; la vio de pie, junto a la puerta del camarote, rodeando con sus brazos la esbelta cintura de dos de sus damiselas.

—Nergal e Ishtar tienen trabajo en todas partes —se burló el sacerdote negro—. La vida en el barco se hace muy aburrida. Hay un esclavo a mis pies. Un esclavo tumbado. ¿Le conoces tú, Sharane?

Se inclinó y levantó a Kenton, igual que un hombre levanta a un niño. Su rostro, frío, despreciativo, no cambió.

—No significa nada para mí. Gusano —respondió ella.

—Nada, ¿eh? —rugió Klaneth—. Y sin embargo fue voluntad tuya que él viniera a mí. Bien; pues tiene una lengua embustera, Sharane. Según la antigua ley de los esclavos, será castigado por ello. Le haré enfrentarse a cuatro de mis

hombres. Si los domina, me quedaré un tiempo con él... para divertirnos otro poco. Pero si le vencen, entonces le arrancaré su lengua embustera. Y te la regalaré a ti como prenda de mi amor, ¡Oh sagrada Vía de Ishtar!

—¡Ho, ho! —rió el sacerdote negro al retirarse Sharane, pálida—. Una prueba para tus brujerías, Sharane. Para hacer hablar a esa lengua. Hazla... — zumbó la espesa voz—, hazla susurrar su amor por ti. Decirte lo hermosa que eres, Sharane. Qué maravilla, ¡oh, dulce Sharane!, reprocharte un poco también, quizás, que me haya sido enviada a mí para que la arrancara.

—¡Ho, ho! —rió Klaneth; entonces, como escupiendo las palabras, dijo—: ¡Tú, mujerzuela del templo!

Tiró a Kenton un pequeño látigo para que lo cogiera.

—¡Ahora lucha, esclavo! —gruñó—. Lucha por tu lengua embustera.

Cuatro de los sacerdotes se acercaron, sacando de sus hábitos tiras de cuero con puntas de metal. Le rodearon formando un círculo, y antes de que Kenton pudiera reunir fuerzas estuvieron sobre él. Se le lanzaron encima como cuatro lobos hambrientos, fustigándole con los látigos. Los golpes caían sobre su cabeza y sus hombros desnudos. Intentó con todas sus fuerzas detenerles, hacerles retroceder. Las puntas de metal se clavaban profundamente. De los hombros, del pecho y la espalda empezó a caer una lenta lluvia de sangre.

Una correa le cruzó la cara, cegándole casi.

A lo lejos oyó la voz dorada de Sharane, gritando con sorna.

—¡Esclavo! ¿Es que no puedes ni luchar siquiera?

Maldiciendo, dejó caer su látigo inútil. Justo frente a él, muy cerca, estaba el rostro sonriente del sacerdote que le había pegado. Antes de que pudiera levantar de nuevo su látigo, el puño de Kenton había aterrizado de lleno en su boca. Sintió, más allá de los nudillos, los huesos de la nariz que se quebraban, los dientes que se movían. El sacerdote cayó hacia atrás; fue rodando hasta la barandilla. Rápidamente los otros tres se lanzaron sobre él; se lanzaron sobre su cuello, arañándole, luchando por tirarle al suelo. Se desasíó. Los tres quedaron apartados por un momento; después salieron corriendo. Uno quedó un poco más retrasado que los otros. Kenton le cogió por un brazo, se lo retorció y, tirándole por encima del hombro, lo puso junto al costado que aún tenía atado y lanzó al sacerdote por los aires, contra los otros dos, que estaban en posición de ataque. El cuerpo salió volando. Se quedó corto. La cabeza chocó contra la cubierta. Se produjo un agudo chasquido, como un fagot al romperse. Por un momento, el cuerpo quedó quieto, con los hombros tocando la cubierta, las piernas retorciéndose como si estuvieran en medio de un grotesco salto mortal. Después se relajaron y se quedaron quietas.

—Buen tiro —oyó decir al persa.

Unos largos dedos le agarraron por los tobillos; sus pies se levantaron del suelo. Al caer vio un rostro que le miraba fijamente, un rostro que no era más

que una mancha roja; la cara del primer sacerdote al que había derrotado. Al caer, Kenton estiró los brazos. Unas garras apretaron su garganta. Entonces pasó por la mente de Kenton algo horrible que había hecho en un combate desigual, en un campo de batalla en Francia. Levantó la mano derecha, con los dedos extendidos. Encontraron refugio en las cuencas de los ojos del estrangulador; apretaron cruelmente; apretaron sin descanso. Oyó un aullido de agonía; lágrimas de sangre chorrear por sus manos; aquellos dedos asfixiantes se apartaron de su garganta. Donde habían estado los ojos ahora había dos cuencas rojas en carne viva, con unos horribles colgajos.

Kenton se puso en pie de un salto. Pisoteó el rostro manchado de carmesí que le miraba, pisó una vez, dos, tres veces... y la presión que apretaba sus tobillos desapareció.

Vio a Sharane, con su rostro blanco, los ojos abiertos de par en par; se dio cuenta de que la risa del sacerdote negro había cesado.

El cuarto acólito corrió hacia él, aferrando un brillante cuchillo de hoja ancha. Kenton bajó la cabeza, y corrió a su encuentro. Le agarró la mano que sostenía el cuchillo; dobló el brazo hacia atrás; oyó el chasquido del hueso. El cuarto sacerdote chilló y cayó al suelo.

Vio a Klaneth, con la boca abierta, mirándole fijamente.

Saltó directamente a la garganta del sacerdote negro, el puño derecho balanceándose hacia arriba, hacia la mandíbula. Pero el sacerdote negro estiró los brazos y le agarró en pleno salto; le levantó por encima de su cabeza, le balanceó y le lanzó contra la cubierta.

Kenton cerró los ojos: entonces... aquello era el fin.

Oyó la voz del persa, urgente:

—¡Eh, Klaneth, eh! ¡No le mates! Por Ishak, del Profundo Infierno, ¡no le mates! ¡Klaneth! ¡Déjale para luchar en otra ocasión!

Entonces oyó al tamborilero...

—¡No, Klaneth! ¡No! —Sintió que los talones de Gigi le atrapaban fuertemente con un doble apretón—. ¡No, Klaneth! Ha luchado honradamente, y muy bien. Tenerle a él sería tener con nosotros una especie rara. Tal vez cambie de opinión, con un poco de disciplina. Recuerda, Klaneth: puede atravesar la barrera.

La enorme envergadura del sacerdote tembló. Lentamente, sus manos empezaron a bajar hacia Kenton.

—¡Disciplina? ¡Ha! —Era la voz gruñona del vigilante—. Dámelo a mí, maestro, para sustituir al esclavo que murió a los remos. Yo le enseñaré un poco de disciplina.

El sacerdote negro dejó caer a Kenton sobre la cubierta; se quedó allí, mirándole por un momento. Después asintió, se dio la vuelta y se dirigió altivo

hacia su camarote. Kenton, sobrecogido por la reacción, se acurrucó; las manos agarraban sus rodillas.

—Desencadena al esclavo muerto y retírale, Zachel —oyó decir a Gigi—. Yo vigilaré a este hombre hasta que regreses.

Kenton oyó al vigilante alejarse refunfuñando. El tamborilero se inclinó sobre él.

—Buena pelea, cachorro de lobo —susurro—. Buena pelea. Ahora, a tus cadenas. Obedece. Ya llegará tu oportunidad. Haz lo que te digo, cachorro de lobo, y yo haré lo que pueda.

Se alejó. Kenton, extrañado, levantó la cabeza. Vio cómo se inclinaba el tamborilero, cómo levantaba el cuerpo del sacerdote con el cuello roto, y con un movimiento de su largo brazo, lo lanzó, formando un remolino, por encima de la baranda del barco. Inclínándose otra vez, lanzó el cuerpo de aquél cuyo rostro había pisoteado Kenton.

Se detuvo vacilante ante aquel horror quejumbroso, de cuencas vacías, tropezando y cayendo por cubierta. Entonces, con una mueca de sarcasmo en la boca, lo levantó por las rodillas y lo tiró por la borda.

—Así, más tarde habrá menos por lo que preocuparse —murmuro Gigi.

Un temblor sacudió a Kenton; los dientes le castañetearon; sollozó. El tamborilero le miró, con una duda divertida.

—Has luchado bien, cachorro de lobo —dijo—. Entonces, ¿por qué tiembles como un perro apaleado a quien le han robado un hueso a medio morder?

Puso ambas manos sobre los hombros sangrantes de Kenton. Bajo su tacto, se tranquilizó. Era como si a través de las manos de Gigi fluyera algún torrente de fuerza de la que bebía su alma. Como si hubiera abierto algún antiguo manantial, algún tranquilo estanque de arcaica indiferencia hacia la vida y hacia la muerte, la corriente fluyó a través de él.

—Bien —dijo Gigi, y se puso de pie—. Ahora Zachel vendrá a buscarte.

El vigilante estaba junto a Kenton; tocó sus hombros; le indicó un pequeño tramo de escaleras que llevaban hasta el foso de la galera. Con Zachel tras él, Kenton bajó los escalones, hacia la oscuridad del foso. Tropezó por el estrecho pasillo; le detuvo un enorme remo sobre cuyo mango se inclinaba una cabeza, cubierta de cabellos rubios y largos, como los de cualquier mujer, con los hombros recorridos por guirnalda de músculos. Este remero de pelo dorado dormía. Tenía alrededor de la cintura un grueso aro de bronce. Del aro colgaba una fuerte cadena, con el extremo sujeto a una argolla que se hundía profundamente en la parte trasera del banco sobre el que se sentaba. Sus muñecas estaban esposadas. El remo sobre el que descansaba su cabeza también estaba sujeto con argollas. Entre las muñecas esposadas y el remo atado colgaban otras grandes cadenas.

Había un arete vacío encadenado, al lado izquierdo del durmiente; del remo que había a su izquierda colgaban de unas cadenas dos esposas vacías.

Zachel empujó a Kenton hacia el banco que había junto al remero durmiente; rodeó su cintura con el arete de bronce vacío. Después lo ajustó y lo cerró.

Empujó las manos de Kenton, que no opusieron resistencia, al interior de las abrazaderas que colgaban del remo, las cerró y echó el candado.

Y de pronto, Kenton sintió sobre él el calor de una mirada; miró a sus espaldas. Apoyado sobre el remo, vio el rostro de Sharane. Había compasión en su mirada; y cayó en la cuenta de algo que hizo que su corazón palpitara violentamente.

—Yo te enseñaré disciplina, no temas —dijo Zachel.

Kenton volvió a mirar a sus espaldas.

Sharane se había ido.

Se inclinó sobre su remo, junto al gigante durmiente.

Se inclinó sobre su remo...

Encadenado a él.

¡Esclavo de aquel barco!

La historia de Sigurd

Kenton despertó con el sonido de un silbato. Algo le chasqueó en el hombro, como el roce de una plancha caliente. Levantó la cabeza del lecho de sus brazos, con una sacudida; miró estúpidamente sus muñecas encadenadas. De nuevo, el golpecito en el hombro, mordiéndole la carne.

—¡Arriba, esclavo! —oyó decir a una voz gruñona; una voz que conocía, y luchó con su mente profundamente estupefacta por colocarse—. ¡Arriba! ¡Al remo!

Y después otra voz, muy cerca de él, susurrando ronca, pero llena de una cálida camaradería:

—¡En pie! ¡Antes de que este látigo te llene la espalda de runas sangrientas!

Luchó por ponerse en pie; las manos le caían mecánicamente sobre dos hendiduras, lisas y desgastadas, del eje de madera al que estaba encadenado. Así, de pie sobre el banco, sus ojos contemplaron un océano de turquesa, tranquilo, sin olas, dentro de un enorme recipiente invertido de neblinas de plata. Ante él había cuatro hombres, dos de pie y dos sentados, agarrando dos grandes remos que, al igual que el que él asía, impulsaban la nave por uno y otro costado. Detrás de ellos se extendía una cubierta negra...

Los recuerdos se agolparon, borrando su somnolencia. La primera voz había sido la de Zachel, y los toques calientes sobre su piel eran la mordedura de su látigo. Volvió la cabeza. Vio un grupo compuesto por otros hombres, negros y de piel oscura, sentados o de pie junto a enormes remos barredores, inclinándose y levantándose, enviando la Nave de Ishtar a cortar el tranquilo mar azul. Y allí, sobre la plataforma que había en la carlinga del mástil estaba Zachel, sonriendo burlescamente. Una vez más el largo látigo golpeó a Kenton.

—¡No mires atrás! ¡Rema! —gruñó Zachel.

—Yo remaré —susurró la segunda voz—. Ponte de pie y balancéate al mismo tiempo que el remo, hasta que recuperes las fuerzas.

Miró hacia abajo, y vio una cabeza de rubios cabellos, largos, como de mujer. Pero nada había de femenino en el rostro que por un instante se elevó hacia él. Sus ojos eran fríos y azules como el hielo, aunque ahora estaban ablandados por una tosca amabilidad. La piel estaba curtida por las tormentas, bronceada por las tempestades. Tampoco había nada de femenino en los músculos que se hinchaban en sus hombros, en su espalda y en sus brazos cuando mecía el enorme remo, manejándolo con la misma facilidad con que una mujer maneja una escoba.

Era un nórdico de los pies a la cabeza; un vikingo sacado de alguna antigua saga, y como Kenton, esclavo de la nave. Era el gigante que estaba durmiendo sobre el remo cuando las cadenas de Kenton se cerraron.

—Soy Sigurd, hijo de Trygg —murmuró el nórdico—. ¿Qué golpe de mala suerte te ha traído a este barco de brujos? Habla bajo, y agáchate sobre el remo. Ese demonio de la correa tiene un oído muy fino.

Al movimiento del remo, Kenton subía y bajaba, de pie sobre aquel banco. El aturdimiento que se había apoderado de su mente estaba pasando; pasaba incluso más deprisa a medida que su mano, fuertemente aferrada al remo, bombeaba la sangre de sus venas. El hombre que tenía al lado gruñó su aprobación:

—No flaquees, tú —susurró—, el remo aburre, pero a través de él fluye la fuerza del mar. Debes tomar esa fuerza en pequeños sorbos, lentamente. Debes coger fuerzas lentamente. Entonces, puede que tú y yo, juntos...

Se detuvo; lanzó a Kenton una mirada indirecta, cautelosa.

—Por tu aspecto, eres un hombre de Eirnn, de las islas del sur —susurró—. Ninguna queja tengo de ellos. Siempre que nos hemos encontrado cara a cara, nos hemos batido valientemente con la espada. Muchos golpes nos hemos dado mutuamente, y las complacientes walkirias nunca se volvieron al Valhalla con las manos vacías cuando nos encontramos con los hombres de Eirnn. Hombres valientes, hombres que morían gritando, besando la hoja de su espada y la punta de su lanza con la misma alegría con que se besa a una novia ¿Eres tú uno de ellos?

Kenton pensó con rapidez. Tenía que formular una respuesta astuta, para sellar esta camaradería que se le ofrecía con tanta sencillez; no podía desconcertarle diciéndole toda la verdad, ni ser tan abstracto como para levantar sospechas.

—Kenton es mi nombre —respondió suavemente—. Mis padres eran de Eirnn. Conocían bien a los vikingos y sus barcos: no me dieron en herencia enemistad alguna contra ellos. Yo seré amigo tuyo, Sigurd, hijo de Trygg, ya que ninguno de los dos sabemos por cuánto tiempo debo permanecer aquí, trabajando a tu lado. Y porque tú y yo juntos...

Hizo una pausa significativa, igual que había hecho el vikingo. El nórdico asintió, y después volvió a lanzarle aquella mirada amable.

—¿Cómo es que te ha caído esta desgracia? —musitó—. Desde que me metieron en este barco, en la Isla de los Hechiceros, no hemos llegado a ningún puerto. Tú no estabas aquí cuando me encadenaron al remo.

—Sigurd; por Odín, padre de todas las cosas, que no lo sé.

La mano del nórdico tembló al oír el nombre de su dios.

—Una mano que yo no pude ver me retiró de mi propia tierra y me trajo aquí. Ese hijo de Hela que gobierna la cubierta negra me ofreció la libertad si

cometía un acto vergonzoso. Dije que no lo haría. Luché con sus hombres y maté a tres. Entonces me encadenaron a este remo.

—¡Mataste a tres! —El vikingo miró a Kenton con los ojos brillantes y la boca abierta—. ¡Mataste a tres! ¡Skoal! ¡Camarada! ¡Skoal! —gritó.

Algo así como una serpiente voladora pasó siseando junto a Kenton; silbó y golpeó la espalda del vikingo. Se alejó, y la sangre manó del sitio donde había golpeado. Volvió a golpear, una y otra vez.

La voz de Zachel gruñó, mezclándose con el siseo de la correa:

—¡Perro! ¡Simiente de cerdo! ¿Te has vuelto loco? ¿Es que quieres que te despelleje?

Bajo el látigo, el cuerpo de Sigurd, hijo de Trygg, se estremeció. Miró a Kenton; tenía un espumarajo sanguinolento en los labios. De pronto, Kenton supo que no era del dolor de los golpes: era de la vergüenza de recibirlos, y de la rabia; supo que el látigo estaba sacándole gotas aún más rojas del corazón, amenazando con rompérselo.

Y Kenton, inclinándose, puso su espalda desnuda entre el látigo y los hombros ensangrentados; y recibió los golpes.

—¡Ha! —gritó Zachel—. ¿Quieres llevártelos tú? ¿Estás celoso de los besos de mi látigo? Bien. Entonces, tómalos.

Despiadadamente, el látigo silbó y golpeó, silbó y golpeó. Kenton soportó estoicamente su mordedura, sin apartar el escudo de su espalda del cuerpo del vikingo, recibiendo cada una de aquellas agonías afiladas, pensando cómo se lo pagaría cuando llegara el momento.

¡Cuando él hubiera conquistado la nave!

—¡Alto! —A través de sus ojos nublados por el dolor vio al tamborilero inclinándose sobre el foso—. ¿Es que quieres matar al esclavo, Zachel? Por Nergal, silo haces pediré a Klaneth que te encadene a ti un rato a su remo, como atención a mí.

—¡Rema, esclavo! —dijo Zachel resentido.

En silencio, casi desmayado, Kenton se inclinó sobre el remo. El vikingo cogió su mano y la retuvo con un férreo apretón.

—Soy Sigurd, hijo de Trygg, nieto de Jarl, señor de los dragones. —Su voz era suave, y sin embargo tenía ese eco repiqueteante de la palabra rotunda; y habló con los ojos cerrados, como si estuviera ante un altar—. Ahora nos une un pacto de hermandad de sangre, Kenton de Eirnn. Tú y yo somos hermanos de sangre... Por las rojas runas que hay en tu espalda, escritas allí cuando te pusiste entre el látigo y yo. Yo seré tu escudo como tú has sido el mío. Nuestras espaldas serán como una espalda. Tu amigo será mi amigo, y tu enemigo mi enemigo. Y mi vida será para ti cuando la necesites. Así lo juro, por Odín, padre de todas las cosas, y por Aesir, yo, Sigurd, hijo de Trygg. Y si alguna vez rompo este pacto contigo, entonces caeré bajo el veneno de las serpientes de Hela,

hasta que Yggdrasill, el Arbol de la Vida, se marchite, y llegue Ragnarok, la Noche de los Dioses.

El corazón de Kenton se llenó de dolor.

El apretón del vikingo se hizo más firme. Retiró la mano y volvió a inclinarse sobre el remo. No dijo nada más, pero Kenton supo que el lazo estaba sellado.

El látigo del vigilante crepitó y sonó como un un agudo silbato. Los cuatro remeros delanteros levantaron los remos y los clavaron en un hoyo. El vikingo levantó su remo y lo puso también en posición de descanso.

—Siéntate —dijo—. Ahora nos lavarán y nos darán de comer.

Una cascada de agua cayó sobre Kenton, y después otra más. La sal del agua hizo que le escocieran las heridas, y llevó lágrimas a sus ojos.

—¡Calma! —le previno Sigurd—. El dolor pasa enseguida, y la sal te curará.

El agua fluyó sobre él. Dos hombres negros, desnudos hasta la cintura y con cicatrices en la espalda, pasaron por allí. Llevaban un cubo en cada mano, los levantaron, y derramaron el agua sobre dos de los hombres que estaban a los remos. Se dieron la vuelta y regresaron por el estrecho camino que había entre los bancos.

Sus cuerpos eran fuertes. Sus rostros parecían de un friso asirio que ha cobrado vida, delgados, con nariz ganchuda y labios gruesos. Tras aquella expresión no se alojaba mente alguna. Sus ojos miraban fijamente, vacíos.

Volvieron los dos, con otros cubos que vertieron sobre el foso de los remeros, lavándolo por completo. Y cuando hubieron hecho esto, otros dos esclavos depositaron en el banco que había entre Kenton y el nórdico una tosca fuente y una ensaladera. En la fuente había una docena de largas vainas y un montón de pastelillos redondos que se parecían al pan de mandioca, que los pueblos tropicales prensan y cuecen al sol. La ensaladera estaba llena de un líquido oscuro y espeso, de un rojo purpúreo.

Mordisqueó las vainas; eran carnosas y tenían un curioso sabor a carne. Los pastelillos redondos sabían exactamente a lo que se parecían: a pan de mandioca. El líquido era fuerte, penetrante, con regusto a fermento. Parecía que la comida y la bebida les darían fuerzas. El vikingo le sonrió.

—Ahora no hay correa, aunque no podemos hablar muy alto —dijo—. Es la norma. Así que, mientras comemos y bebemos, pregúntame lo que quieras, hermano de sangre.

—Hay dos cosas que quiero saber, entre todas —dijo Kenton—. ¿Cómo llegaste a esta nave, Sigurd? ¿Y cómo llega la comida hasta aquí?

—La comida viene de aquí y de allá —respondió el vikingo—. Es un barco lleno de brujos, y está maldito. No puede estar mucho tiempo detenido en ningún sitio, ni es bienvenido en ningún lugar. No. Ni siquiera en Emakhtila,

que está llena de brujos. Cuando atraca, traen la comida y lo que hace falta rápidamente, y con temor. Se ponen en marcha corriendo y se alejan rápidamente, no sea que el demonio que la posee se enfurezca y empiece a destruir cosas. El pálido hijo de Hela y la mujer de la cubierta blanca poseen una magia poderosa. Algunas veces pienso que ella es hija de Loki, a la que Odín encadenó por su perversidad. Y a veces creo que es hija de Freija, Madre de los Dioses. Pero sea quien sea, es justa y tiene un gran corazón. Yo no siento ningún odio hacia ella.

Se llevó el recipiente a los labios.

—Y en cuanto a cómo llegué aquí —continuó—, es una historia bastante corta. Yo navegaba hacia el sur con la flota de Ragnor. Mancha Roja. Doce grandes dragones teníamos cuando comenzamos el viaje. Navegábamos hacia el sur, por muchos mares, asaltando los lugares por los que pasábamos. Después, al cabo de mucho tiempo, con sólo seis de nuestros diez dragones, llegamos a una ciudad llena de templos erigidos a todos los dioses del mundo... excepto a los nuestros.

»Nos molestó que entre todos aquellos templos, Odín, padre de todas las cosas, no tuviera ninguno. Aquello nos indignó y nos dejamos llevar por la cólera. Así pues, una noche que habíamos bebido vino egipcio en demasía, seis de nosotros nos pusimos en marcha para asaltar un templo, expulsar a su dios, y dárselo a Odín por morada.

»Llegamos a un templo y penetramos en él. Era un templo oscuro, lleno de túnicas negras, como las que hay a bordo de la nave. Cuando les contamos nuestro propósito, empezaron a zumbear como abejas y se lanzaron sobre nosotros igual que una manada de lobos. Matamos a muchos, gritando. Y habríamos ganado aquel templo para Odín, luchando sólo nosotros seis en círculo, pero sonó un cuerno...

—...que convocó a más de los que podíais combatir —preguntó Kenton.

—Nada de eso, hermano de sangre —dijo Sigurd—. Era el cuerno de un brujo. La llamada para dormir. Esparció el sueño entre nosotros, igual que el viento esparce el agua sobre la vela durante una tormenta. Nos heló los huesos, las rojas espadas cayeron de nuestras manos y no volvimos a sentir sus empuñaduras. Y todos caímos entre los muertos, embriagados por el sueño.

»Cuando despertamos, estábamos en un templo. Creímos que se trataba del mismo templo, porque era igual de oscuro y estaba igual de lleno de sacerdotes con túnicas negras. Estábamos encadenados, nos habían hecho sus esclavos, y nos fustigaban. Entonces nos dimos cuenta de que ya no estábamos en la tierra de los egipcios, sino en una ciudad llamada Emakhtila, en una isla de brujos, sobre un mar de lo que yo creo que es un mundo de brujos. Hacia mucho que éramos esclavos de los túnicas negras, mis camaradas y yo, cuando me trajeron a este barco que había anclado en el puerto de Emakhtila. Y aquí he

estado desde entonces, inclinado sobre mi remo, observando sus brujerías y luchando por preservar mi alma para que ellos no la absorban.

—¡Un cuerno que derrama el sueño! —dijo Kenton, sorprendido—. No logro entenderlo, Sigurd.

—Ya lo harás, camarada —dijo Sigurd gravemente—. Lo entenderás bastante pronto. Zachel lo toca muy bien: escucha, ya empieza.

Detrás de ellos sono una nota de cuerno profunda, zumbante, melodiosa. Grave, vibrante, continua, se metía en los oídos y parecía correr a través de ellos, por todos sus nervios, tocándolos, acariciándolos, con los suaves dedos de la sustancia misma del sueño.

La nota siguió zumbando, derramando el sueño.

Los ojos del vikingo eran fieros y estaban tensos de luchar contra el sueño. Despacio, muy despacio, las pestañas los cubrieron. Sus manos se relajaron, los dedos se abrieron, su cuerpo se balanceó, la cabeza le cayó sobre el pecho y se desplomó sobre el banco.

La nota siguió zumbando.

Luchando con tanta fuerza como podía, Kenton no logró librarse de aquella suave y repiqueteante somnolencia que se cernía inexorablemente sobre él, por todos sus flancos. El aturdimiento se apoderó de su cuerpo. Sueño, sueño, enjambres de partículas infinitas de sueño le traspasaron, mezclándose con su sangre y entrando en todas sus venas, en todos sus nervios, obstruyendo su cerebro.

Sus párpados bajaron más y más.

Y de pronto, no pudo seguir luchando. Las cadenas empezaron a sonar y cayó sobre Sigurd...

Algo muy profundo dentro de Kenton le susurró que despertara; algo llegó hasta él procedente del abismo de su sueño encantado e hizo salir a la superficie su conciencia. Lentamente, sus pesados párpados empezaron a levantarse. Después se detuvieron, obedeciendo a una sutil advertencia. Miró a través de las rendijas de sus ojos entornados. Las cadenas que ataban sus muñecas a las esposas selladas del remo eran largas. Se había movido durante el sueño y ahora yacía con la cabeza sobre un brazo extendido encima del respaldo del banco. Estaba frente a la cubierta de marfil.

Allí, en el borde, mirándole, se encontraba Sharane. Velos del más pálido azul, en los que las manos de doncellas asirias muertas hacía mucho tiempo habían bordado lotos dorados, cubrían su pecho, rodeaban su fina cintura y caían hasta los delicados pies, calzados con sandalias. Su doncella de pelo largo, Satalu, estaba junto a ella; se inclinó, examinándole.

—Señora —oyó decir a Satalu—, no puede ser un hombre de Nergal, pues han sido los hombres de Nergal los que le han encadenado aquí.

—No —meditó Sharane—. No; en eso me equivoqué. Si hubiera sido de Nergal, jamás habría podido cruzar la barrera. Ni Klaneth se habría burlado de mí como hizo.

—Es muy apuesto, y joven —suspiró Satalu—, y fuerte. Luchó como un león contra los sacerdotes.

—Hasta una rata acorralada lucha —respondió Sharane con sorna—. Dejó que le encadenaran, igual que un perro apaleado. ¡Y me mintió! Llegó a mí cubierto con plumas prestadas, portando una espada que no sabe usar. ¡Oh! —gritó, y parte de aquél grito era un sollozo—. Oh, Satalu, ¡estoy avergonzada! Mentiroso, cobarde y esclavo, y sin embargo, hace que en mi corazón se mueva algo que nunca se ha movido por un hombre. ¡Oh, estoy avergonzada, estoy avergonzada, Satalu!

—Sharane, ¡no llores! —Satalu cogió sus manos aflautadas—. Puede que no sea nada de eso. ¿Cómo lo sabes? Tal vez dijo la verdad. ¿Cómo sabemos nosotros lo que ha pasado en aquel mundo nuestro, que perdimos hace tanto tiempo? Y él es muy joven... y guapo.

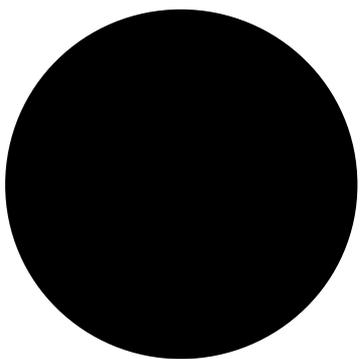
—Al menos —dijo Sharane amargamente—, es un esclavo.

—Sh-h -advirtió Satalu—. Viene Zachel.

Se volvieron y se dirigieron hacia el camarote de Sharane, fuera del campo de visión de Kenton.

Sonó el silbato despertador. Hubo un revuelo entre los esclavos y Kenton gruñó, se levantó, se frotó los ojos y agarró el remo.

Su corazón estaba exultante. No podía haber error alguno en las palabras de Sharane. Ya la tenía. Tal vez por un delgado hilo, pero la tenía. Y si él no fuera un esclavo, cuando dejara de serlo, ¿qué pasaría? Entonces no la tendría ni por un delgado hilo. Seu»-ioame Setude aqoesnírto croTlgado h s



una princesa enamorada, y mi libertad: ésas son las cosas que me trajeron a este barco, tal vez para liberarte cuando llegaras. Con estos hilos los dioses tejen nuestros destinos.

Se inclinó hacia delante. La malicia había desaparecido de sus ojos chispeantes, y ahora se dibujaba una grotesca ternura en su boca de rana.

—Me gustas, lobo —dijo simplemente.

—Y tú a mi, Gigi. —Kenton se tumbó—. Sí, desde luego, me gustas mucho. Y confío plenamente en ti. Pero Zubrán...

—No tengas dudas respecto a Zubrán —contestó Gigi—. También está en esta nave por un engaño, e incluso tiene más ganas de escapar que yo. Algún día te contará su historia, como yo te he contado la mía. ¡Ho, ho! —rió—. Zubrán siempre buscando cosas nuevas, siempre cansándose de lo conocido... Y éste es su destino: ser arrojado a un mundo nuevo y descubrir que es peor que el anterior. No, lobo, no temas a Zubrán. Se mantendrá a tu lado con su escudo y su espada hasta que se canse de ti. E incluso entonces te será fiel. —Adoptó una pose solemne, mirando a Kenton sin pestañear, como si buscara su alma—. Piénsatelo, lobo. Tienes todas las de perder. Nosotros dos no podemos ayudarte mientras Klaneth sea el dueño de la nave. Puede que no te sea posible liberar a ese hombre de pelo largo que se sienta a tu lado. Tienes que enfrentarte a Klaneth y a veinte de sus hombres... ¡y tal vez al propio Nergal! Y si pierdes, tendrás la muerte... y después de una larga, larguísima tortura. Aquí, encadenado a tu remo, al menos estas vivo. ¡Piénsatelo bien!

Kenton le mostró sus manos encadenadas.

—¿Cuándo vas a soltar mis cadenas, Gigi? —fue todo lo que dijo.

La cara de Gigi se iluminó, sus ojos negros destellaron y se puso en pie de un salto, moviendo los aros dorados.

—¡Ahora! —dijo—. ¡Por Sin, Padre de los Dioses! Por Shamash, su hijo, y por Bel, el Destructor... ¡ahora!

Metió la mano entre la cintura de Kenton y el enorme aro de bronce que la rodeaba y lo abrió como si fuera de arcilla. Después rompió los cerrojos de las esposas de Kenton.

—¡Corre, lobo, eres libre! —susurró—. ¡Corre!

Sin mirar atrás, se fue balanceando hacia los escalones del foso y los subió. Kenton se puso en pie lentamente. Las cadenas cayeron y contempló al vikingo dormido. ¿Cómo podría desatar sus grilletas? ¿Y cómo le despertaría antes de que Zachel entrara al foso de los esclavos?

Volvió a mirarle. A los pies del alto taburete del vigilante había un cuchillo brillante, de hoja larga y delgado, que Gigi había dejado caer allí. ¿Para él? No lo sabía. Pero con él podría cortar las cadenas del vikingo. Dio un paso hacia el cuchillo...

¡Cuánto tiempo le llevó dar el segundo paso...!

Y la niebla se interpuso ante sus ojos.

A través de ella oscilaban las formas durmientes de los remeros: eran como fantasmas... Y entonces dejó de ver el cuchillo.

Se frotó los ojos y miró a Sigurd. ¡Era un espectro!

Miró a ambos lados de la nave. Se iban derritiendo al recorrerlos él con la mirada. Vio un retrato del mar de brillantes turquesas. Y después se volvió vaporoso... ¡Ya no estaba! ¡Había dejado de existir!

Entonces Kenton flotó por un instante en una espesa bruma iluminada por un brillo plateado. La luz desapareció. Se lanzó a un negro vacío lleno del tumulto de fuertes vientos.

La negrura desapareció. A través de los párpados cerrados vio la luz. Y dejó de caer. Estaba en pie, balanceándose sobre sus propios pies. Abrió los ojos...

¡Estaba otra vez en su habitación!

El tráfico de la avenida era un murmullo salpicado por los estallidos de las bocinas de los coches.

Kenton se precipitó sobre la nave enojada. Sin contar los esclavos, sólo había una figura pequeñita: un juguete. Un maniquí que estaba en pie, a medio camino entre los escalones del foso, con el látigo a sus pies, y una absoluta sorpresa dibujada en cada una de sus rígidas facciones.

¡Zachel, el vigilante!

Miró al foso de la galera. Los esclavos estaban dormidos, los remos en reposo...

Y de pronto, se vio a sí mismo en un espejo de cuerpo entero. Se quedó sorprendido.

Porque lo que estaba viendo no era el Kenton que había sido sacado de aquella habitación y llevado a las entrañas de aquel mar místico que entraba en ella. Su boca se había endurecido, sus ojos habían perdido la expresión de temor y eran brillantes como los de un halcón. Sobre su pecho, que había ensanchado, se extendían los músculos, no abultados ni protuberantes, pero sí flexibles, gráciles y duros como el acero. Dobló los brazos y los músculos se ondularon a lo largo de ellos. Se volvió y examinó su espalda en el espejo.

Estaba llena de cicatrices, mordeduras ya curadas de aquel látigo. El látigo de Zachel...

Zachel... ¿el muñeco?

¡Aquellas cicatrices no se las había hecho un simple muñeco!

¡Aquellos músculos no se habían desarrollado por unos remos de juguete!

Y de pronto, la mente de Kenton despertó. Despertó y se llenó de vergüenza, de un ardiente anhelo, de desesperación.

¿Qué pensaría Sigurd cuando despertara y viera que se había ido? Sigurd, con el que había pactado hermandad de sangre. ¿Qué pensaría Gigi, que había intercambiado un juramento con él y que había roto sus cadenas?

Le sacudió un escalofrío. ¡Tenía que volver! Tenía que volver antes de que Sigurd o Gigi supieran que ya no estaba en la nave.

¿Cuánto tiempo había estado fuera? Como una respuesta, la campana del reloj empezó a sonar. Contó ocho campanadas.

Dos horas de su tiempo habían pasado mientras estaba en el barco. ¿Sólo dos horas? ¿Y en aquellas dos horas habían sucedido todas esas cosas? ¿Su cuerpo se había transformado... en esto?

Pero en aquellos dos minutos que llevaba en su cuarto, ¿que habría sido de la nave?

¡Tenía que volver! Tenía...

Pensó en el problema que tendría que afrontar. Cuando volviera, si es que era capaz de volver, ¿podría llevarse con él aquellas automáticas?

Con ellas podría neutralizar cualquier hechizo del sacerdote negro. Pero estaban en otra habitación, en otra parte de la casa. Volvió a mirarse en el espejo. Si sus criados le veían así... No le creerían. ¿Cómo iba a explicárselo? ¿Quién le creería?

Y tal vez le echaran de su habitación, donde se encontraba la nave. La habitación donde estaba la única puerta capaz de llevarle al mundo de Sharane.

No podía arriesgarse a salir de la habitación.

Se tiró al suelo y agarró las cadenas doradas que colgaban de la proa de la nave... ¡tan delgadas, tan pequeñas en aquel barco de muñecos enjoados!

Se concentró en el barco. Lo invocó.

Las cadenas doradas se movieron dentro de su mano apretada. Le estaban levantando. De nuevo aquella horrible sensación de retorcimiento que le hería todos los músculos, todos los nervios y los huesos.

Sus pies quedaron libres, colgando.

Fuertes vientos aullaron a su alrededor: sólo durante un latido del corazón. Se detuvieron. En su lugar quedó el apresuramiento de las olas empujadas por el viento. Sintió el beso de su espuma.

Tras él se extendía el mar de azul. Muy por encima se curvaba la proa de la Nave de Ishtar. Pero no era el barco de juguetes enjoados. ¡No! Era la nave enjoadada de la cual la nave de juguete era símbolo... El barco en el que los golpes eran reales y la muerte acechaba: una muerte que incluso ahora parecía estar observándole, preparada para el combate.

Pasó la cadena que había agarrado junto a la proa, por el orificio de la guindaleza, pintado como un ojo enorme entre la pared del camarote que daba a proa y el remate de la proa. Los enormes remos subían y bajaban tras él. Desde allí no podían verle, pues los remeros estaban de espaldas y los agujeros

de los remos cubiertos de una recia piel, a través de la cual pasaban los mangos. Tampoco podía ser visto desde la cubierta negra, ya que estaba bajo el arco que formaba el casco.

Lentamente, en silencio, mano a mano, apretando su cuerpo todo lo que pudo contra el casco, empezó a trepar por la cadena para llegar hasta el camarote de Sharane, hasta esa pequeña ventana que se abría en su cámara, en el pequeño sector de la cubierta que quedaba cerrado tras la enorme cimitarra.

Despacio, muy despacio, trepó. Cada pocos escalones paraba para escuchar. Llegó al final de la puerta de la guindaleza. Entonces echó una pierna sobre la borda y se dejó caer sobre la pequeña cubierta. Rodó a través de la ventana y se mantuvo pegado a la pared del camarote, oculto ahora a todos y cada uno de los ojos de la nave, escondido incluso de Sharane, si se asomaba a aquella ventana.

Se agazapó allí... esperando.

12

Dueño de la nave

Kenton levantó la cabeza con precaución. Las cadenas pasaban por la guindaleza, rodeaban un tosco torno y estaban sujetas a un delgado gancho doble que más parecía un rezón que un ancla. Evidentemente, aunque el control del timón, el mástil y el foso de los remos estaba en manos del sacerdote negro, las mujeres de Sharane se ocupaban del ancla. Descubrió, con cierta ansiedad, una puerta que daba al lado más apartado de la cabina, el sector que alojaba a las Amazonas. Pero no era probable, pensó, que saliera alguna de ellas, ya que la nave estaba controlada por la vela y el remo. De todos modos tenía que correr aquel riesgo.

A través de la ventana abierta que había sobre él, podía escuchar un murmullo de voces. Entonces le llegó la de Sharane, sarcástica.

—Rompió sus cadenas, tal como había prometido... ¡y huyó!

—Pero, señora —dijo Satalu—, ¿dónde podría haber ido? Aquí no vino. ¿Cómo sabemos que no le capturó Klaneth?

—Que no te confunda la ira de Klaneth —respondió Sharane—. Que no te confunda el castigo que dio a Zachel. Ambos eran reales, Satalu.

Así que el sacerdote negro había azotado a Zachel, ¿eh? Bueno, de todos modos eran buenas noticias.

—No, Satalu —dijo Sharane—. ¿Para qué discutir? Se había hecho muy fuerte. Rompió sus cadenas. Huyó. Y así ha demostrado que es un cobarde, como yo le dije, aunque nunca creí que lo fuera. ¡Hasta ahora!

La cámara quedó en silencio. Después Sharane volvió a hablar.

—Estoy harta. Luarda, vigila junto a la puerta. Las demás id a vuestro camarote a dormir, o a lo que queráis. Satalu, cepíllame un poco el pelo y después déjame sola.

Otra vez el silencio; esta vez más largo. Y luego, la voz de Satalu:

—Señora, estáis medio dormida. Me marchó.

Kenton esperó... pero no durante mucho tiempo. El alféizar de la ventana estaba más o menos a la misma altura del ancla que su barbilla. Se elevó suavemente y miró al interior. Su mirada se detuvo primero en el brillo de las gemas luminosas, las perlas y las pálidas piedras lunares, los cristales lechosos. Tuvo la sensación de que estaba desierto, deshabitado. No había llamas encendidas en los siete recipientes de cristal.

Miró hacia abajo. La cabecera del pequeño diván de marfil, con sus arabescos dorados, estaba casi a sus espaldas. Sobre él yacía Sharane, con la cara hundida en las almohadas, vestida sólo con un fino velo de seda y la

cascada de su pelo rojo dorado, y sollozando, sollozando como cualquier mujer con el corazón destrozado.

Sollozando... ¿por él?

Un destello de zafiro, un centelleo metálico llamó su atención. Era una espada. La espada de Nabu. La espada que él había jurado no tomar de manos de ella, y que ganaría por sí mismo y sin su ayuda. Estaba colgada de un estante que había en la pared, justo sobre la cabeza de ella; tan cerca que sólo necesitaba estirar la mano para cogerla.

Se retiró, esperó impaciente que dejara de sollozar. El amor que sentía por ella —o la lujuria— le invadió. Buscó lo que había en su corazón, y no encontró piedad.

Y enseguida se fue apagando su sollozo, hasta que se extinguió. Y tras otro rato de espera, Kenton metió la cabeza lentamente por la ventana. Estaba dormida, con la cara vuelta hacia la puerta del camarote, aún con lágrimas en sus largas pestañas, su pecho subiendo y bajando suavemente con la respiración acompasada del sueño.

Kenton se agarró al alféizar y se impulsó suavemente hacia arriba, hasta que los hombros y el pecho estuvieron dentro. Después se inclinó hasta apoyar la cintura en el antepecho. Entonces sus manos tocaron una de las suaves alfombras que cubrían el suelo. Se deslizó hacia abajo, agarrándose al alféizar con el empeine. Despacio, como un acróbata, bajó las piernas y se tumbó boca abajo, todo lo largo que era, junto a la cabecera de la cama de Sharane.

Volvió a esperar. La respiración acompasada de ella seguía igual. Se agachó y se deslizó hacia la puerta que había entre su camarote y el de las Amazonas. Allí se oía un suave murmullo de voces. Vio una barra que, al bajar, se encajaba en un cerrojo de metal que había al otro lado, asegurándola. Sin hacer ruido, la dejó caer y la cerró. Aquellos gatos estaban ahora encerrados allí, gruñendo.

Echó un vistazo al interior del camarote. Sobre un pequeño taburete había un trocito de seda; sobre una silla había otro más largo, como un echarpe. Cogió el más pequeño y lo enrolló hábilmente hasta formar una mordaza que le sirviera. Cogió después la pieza más larga y la examinó. Era pesada y fuerte, justo lo que necesitaba, pensó... pero no lo suficiente. Se acercó a una de las paredes y arrancó algo parecido que colgaba de allí.

Fue de puntillas hacia la cama de Sharane. Ella se movió, incómoda, como si sintiera sus ojos sobre ella; como si se estuviera despertando.

Antes de que pudiera abrir los ojos, Kenton le había abierto la boca y le había metido dentro la mordaza de seda. Después se lanzó sobre ella, la sujetó simplemente con su peso, le hizo levantar la cabeza y le ató el echarpe. Con gran rapidez la levantó por las caderas, y le ató el resto del echarpe alrededor de los brazos, sujetándolos junto al cuerpo.

Al reconocerle, sus ojos se llenaron de ira. Trató de rodar para liberarse y le golpeó con las rodillas. Kenton cambió su peso de lugar, echándose sobre sus muslos, y le ató las rodillas y los tobillos con el segundo echarpe, el que había arrancado de la pared.

Ahora estaba allí, inmóvil, mirándole. Le arrojó un beso, burlón. Ella trató de lanzarse al suelo. Sin hacer ruido, cogió otras colgaduras y la envolvió con ellas. Al final pasó un par de pesadas cuerdas alrededor de la cama; con ellas la ató firmemente al diván.

Sin prestarle ya atención, se dirigió hacia la puerta de fuera. De alguna forma tenía que hacer entrar a la amazona a la que ella había llamado Luarda en el camarote y dejarla indefensa como a su dueña, e igual de silenciosa. Abrió una pequeñísima rendija de la puerta y miró. Luarda se sentó junto a ella, de espaldas a él, con la mirada fija en la cubierta negra.

Kenton se escabulló y encontró otro trozo de seda. Después arrancó otra colgadura de la pared y convirtió el trozo de tela en otra mordaza. A continuación abrió la puerta como antes, puso los labios en la abertura y moduló su voz para que sonara aguda y suave, intentando que fuera lo más femenino posible:

—¡Luarda! ¡La señora te reclama! ¡Rápido!

Ella se puso en pie de un salto. Kenton se echó atrás, apoyándose contra la pared que había junto al marco de la puerta. Sin sospechar nada, ella abrió la puerta, entró al camarote y se detuvo un instante, con la boca abierta, al ver a Sharane atada e indefensa.

Aquel instante le bastó a Kenton. La mano le rodeó el cuello junto con el brazo, ahogándola. Con la mano libre le metió la mordaza en la boca; en aquel mismo momento cerró la puerta con el pie. La muchacha se retorció en sus brazos como una serpiente. El se las apañó para mantenerla con la boca cerrada hasta que le hubo atado los echarpes alrededor de la mandíbula y la garganta. Ella levantó las manos, agarrándole, y luchó por rodearle con sus piernas. Cuando sus esfuerzos se debilitaron, le ató los brazos a los lados del cuerpo, la dejó en el suelo y le ató, como había hecho con Sharane, los tobillos y las rodillas.

Ahora yacía indefensa, como su ama. Kenton la recogió, la llevó hasta el diván y la metió debajo.

Fue entonces cuando alcanzó la espada y la descolgó. Después se irguió ante Sharane.

No había ningún temor en los ojos ardientes que le contemplaban. Había ira, más que de sobra, pero no miedo.

Y entonces Kenton se echó a reír y se inclinó sobre ella. Después posó los labios en los de ella, amordazados y atados, y besó aquellos dos ojos iracundos.

—Y ahora, Sharane —rio—, voy a apoderarme de la nave... ¡sin tu ayuda!
¡Y cuando me haya apoderado de ella, volveré y te tomare a ti!

Entonces se dirigió hacia la puerta y la abrió suavemente, como si abriera un ojo para ver el barco. Sobre la cubierta negra estaba Gigi agazapado, con la frente apoyada en el borde del tambor y los largos brazos colgando desconsoladamente a los lados de éste. Había en torno al tamborilero una desolación que hizo que Kenton deseara gritarle. Pero la visión de la cabeza de Zachel puso un rápido freno a aquel impulso. Sólo podía ver la parte superior de aquélla por encima de la barandilla que había entre la cubierta de Sharane y el foso de los remeros.

Se agachó todo lo que pudo, hasta que la cabeza quedó fuera de su vista. Sabía que en aquella postura Zachel no podría verle. Se ató la espada al cinturón y se dirigió a cuatro patas hasta la puerta del camarote. Vio que había una ventana en el lugar donde dormían las mujeres de Sharane. Pero no había ninguna puerta que diera al exterior. Para llegar a la cubierta tenían que pasar por su cámara. Si sospechaban que algo le pasaba a su ama y se daban cuenta de que la puerta estaba cerrada, indudablemente saldrían por aquella ventana. Bueno... tendría que aprovechar aquella circunstancia y confiar en que le diera tiempo a hacer la mayor parte del trabajo antes de que se movilaran.

Y si pudiera sorprender a Klaneth en su cubículo, luchar rápidamente y en silencio... entonces el vikingo podría hacer el resto, y las mujeres lo que les diera la gana. Ellas no podrían ayudarle ni impedirselo. Sería demasiado tarde.

Se tumbó en cubierta, escondido detrás de la ventana y escuchó. Ya no había sonidos de voces. Se levantó despacio y vio que desde aquel punto el vigilante quedaba oculto tras el mástil. Observando con cautela al desconsolado Gigi, se puso en pie y miró al interior del segundo camarote. Allí había ocho chicas durmiendo; algunas tenían por almohada el pecho de otras; muchas se acurrucaban sobre almohadillas de seda. Se acercó y cerró la ventana sin hacer ruido.

Pegado a la pared, se arrastró por un lado del camarote hasta la barandilla de estribor. Saltó por encima y se quedó colgando un momento, agarrándose con los dedos a la parte de arriba y buscando con los pies la cadena que colgaba debajo. Después trepó por ella. Cuando llegó a su extremo, se levantó, se agarró otra vez a la barandilla y se desplazó colgando, una mano tras otra.

Ahora tenía el mástil justo delante de él. Había llegado al punto en el que había planeado dar su primer golpe. Tocó la baranda con la barbilla y se deslizó por encima de ella como si fuera una serpiente. Después se quedó pegado a la borda hasta que recobró el aliento.

Ahora estaba totalmente a la vista de Gigi, y según estaba allí tumbado, Gigi levantó repentinamente la cabeza del tambor y miró a Kenton directamente a los ojos. Aquel feo rostro se descompuso en mil arrugas de

sorpresa; y después, instantáneamente, se volvió indiferente, inmóvil. Bostezó y se puso de pie; entonces, con una mano sobre los ojos, miró a babor, como si hubiera avistado algo más allá del mar.

—Por Nergal, Klaneth ha de saber esto —dijo, y se fue contoneando hacia la cubierta negra.

Kenton se dirigió hacia el borde del foso y vio a Zachel subido a su taburete, observando, buscando aquello que aparentemente había llamado la atención del tamborilero.

Kenton se dejó caer al interior del foso. De un salto se colocó junto al mástil. El vigilante se dio la vuelta sobresaltado, abrió la boca para gritar y se llevó una mano al cinturón, donde guardaba la daga.

La espada de Kenton silbó en el aire y le cortó el cuello.

La cabeza cubierta de Zachel saltó de sus hombros, con la boca muy abierta y los ojos fijos. Durante tres latidos, el cuerpo de Zachel se mantuvo en pie, mientras la sangre brotaba de las arterias cortadas y la mano se agarraba aún a la daga.

Después el cuerpo de Zachel se encogió.

El cuerno del sueño se le cayó del cinturón y Kenton se lo arrebató. Las rodillas de Zachel se doblaron y quedaron aplastadas.

De los bancos de los remeros no llegaba sonido alguno, ningún grito. Permanecían sentados, boquiabiertos y con las palas ociosas.

Kenton rebuscó en el cinturón de Zachel para coger las llaves que liberarían a Sigurd. Las encontró, se las quitó, arrancó la daga de los dedos agarrotados de Zachel y corrió por el estrecho pasillo hacia el vikingo.

—¡Hermano! Pensé que te habías ido y olvidado a Sigurd... —barbotó el vikingo—. ¡Por Odín, qué golpe! A ese perro le ha saltado la cabeza de los hombros como si Thor le hubiera golpeado con el martillo...

—¡Calla, Sigurd! ¡Calla! —Kenton forcejeaba con las llaves con desesperada impaciencia, tratando de encontrar la que encajaba en los grilletes del vikingo—. Tenemos que luchar por la nave... mantenernos juntos, tú y yo... Diablos, malditas llaves... ¿cuál es la buena? Si logramos llegar al escondrijo de Klaneth antes de que se dé la alarma, debes mantenerte entre sus sacerdotes y yo. A Klaneth déjamelos a mí. No toques a Gigi ni a Zubrán, el de la barba roja. No pueden ayudarnos, pero han jurado que no lucharán contra nosotros... recuérdalo, Sigurd...

Los aros que esposaban las manos de Sigurd hicieron un ruido y se abrieron, y el candado del cinturón de metal cayó abierto. Sigurd se sacudió las cadenas, estiró las manos y retorció la correa de su cintura. Después se levantó, con la rubia melena ondeando al viento.

—¡Libre! —aulló—. ¡Libre!

—¡Cierra la boca! —Kenton le puso las manos en la boca abierta—. ¿Quieres que se echen sobre nosotros antes de que tengamos ocasión de movernos?

Después colocó la daga de Zachel en la mano del vikingo.

—Utiliza esto —dijo—, hasta que te hagas con un arma mejor.

—¡Esto! ¡Ho, ho! —se rió Sigurd—. ¡Un juguete de niña! No, Kenton... Sigurd puede hacerlo mucho mejor.

Tiró la daga, agarró el enorme remo y lo sacó de los soportes. Después se inclinó rápidamente hacia delante, apoyando el mango del remo contra el costado de babor y se produjo un agudo crujido, un resquebrajarse de madera. A continuación se echó hacia atrás, llevando el remo hacia el otro lado, y se produjo otro crujido. Sigurd tiró del remo, quebrado justo por la mitad, un enorme bastón de diez pies de largo. Lo agarró por el extremo astillado, lo levantó por encima de su cabeza, con las cadenas y las esposas colgando, y lo hizo girar como una maza.

—¡Vamos! —aulló Kenton, y se agachó para recoger la daga.

Ahora llegaba un clamor procedente del foso. Los esclavos estaban forcejeando con sus ataduras y gritando para que les soltaran.

De la cubierta de Sharane llegaron las voces de las mujeres. Las guerreras salieron en cascada por la ventana.

Ya no tenían ninguna posibilidad de coger al sacerdote negro por sorpresa. No había más que una solución: la batalla, con garras y dientes. Su espada y el bastón de Sigurd contra Klaneth y los suyos.

—¡Rápido, Sigurd! —gritó—. ¡A cubierta!

—Yo primero —gruñó Sigurd—. ¡Te cubriré!

Apartó a Kenton y se adelantó. Antes de que pudiera llegar al pie de la escalera, la parte superior de aquélla se había llenado de sacerdotes de cara blanca, gruñendo, con espadas y puñales cortos en la mano.

Los pies de Kenton tropezaron con algo que rodó, haciéndole caer de rodillas. Miró hacia abajo. Era la cara sonriente de Zachel. Su cabeza cortada le había hecho tropezar. Entonces la agarró por el pelo, la levantó y se la tiró a la cara al sacerdote que tenía mas cerca, al final de la escalera. La cabeza echó una mirada al sacerdote, cayó entre los demás y se alejó botando.

Todos se apartaron de ella. Antes de que pudieran reunirse de nuevo, el remo del vikingo golpeó la cabeza de uno de ellos, haciendo añicos su cráneo como si fuera la cáscara de un huevo. Antes de que pudiera levantarlo otra vez, dos de los sacerdotes se habían abalanzado sobre él, arrojándole puñaladas con sus lanzas. La espada de Kenton cayó, clavándose profunda en el hueso de un brazo cuyo extremo estaba tocando el pecho de Sigurd. Con un rápido impulso ascendente abrió al sacerdote desde el ombligo hasta la barbilla. El vikingo soltó una mano del remo, agarró una parte de la segunda lanza, se la arrancó de la

mano al de la túnica negra y se la clavó en el corazón. La espada de Kenton volvió a morder.

Llegaron otros sacerdotes, formando un torrente, por cada uno de los pasillos y por la esquina de la cubierta negra, armados con espadas y puñales, y defendiéndose con escudos.

Bajaban en cascada, gritando.

Y del camarote negro salió Klaneth, rugiendo, con una enorme espada en la mano. Detrás de él iban Gigi y el persa. El sacerdote negro se acercaba. Embistiendo como un toro, atravesó el semicírculo que formaban sus servidores. Pero Gigi y el persa se deslizaron junto al tambor, y se quedaron allí, mirando.

Durante un instante, el sacerdote negro permaneció en pie, erguido como una torre, ante Kenton. Después se agachó como para golpear, y asestó un golpe que iba destinado a abrir a Kenton desde el hombro a la cadera.

Pero Kenton no estaba ya allí cuando cayó el golpe. Más rápido que la espada de Klaneth, se había hecho a un lado de un salto y había lanzado un golpe con su propia espada...

Kenton sintió cómo se clavaba profundamente en el costado del sacerdote negro.

El sacerdote negro aulló y cayó de espaldas. Al instante, sus acólitos corrieron a ponerse entre él y los dos asediados y los rodearon.

—Espalda con espalda —gritó el vikingo. Kenton sintió el murmullo del gran bastón y vio cómo segaba a tres sacerdotes negros, como si fuera un mayal gigante. De un golpe apartó a los sacerdotes que le rodeaban.

La lucha les había llevado junto al tambor. Vio al persa desenvainar la cimitarra y sostenerla con brazo rígido. Estaba maldiciendo, sollozando, temblando como un perro atado a una correa para impedir que se acerque a su presa. Gigi, con la espuma saliéndole por las comisuras de la boca y el rostro contraído, estaba en pie, con sus largos brazos extendidos, las manos temblando, moviéndose con el mismo afán.

Deseaban, Kenton lo sabía, unirse a él y a Sigurd en aquella batalla. Los dos se mantuvieron apartados, sujetos por un juramento que no podían romper.

Gigi señaló hacia abajo. Kenton siguió el gesto con la mirada y vio un sacerdote arrastrándose, espada en mano, y casi dentro del alcance de los pies del vikingo. Si lanzaba la espada contra las piernas de Sigurd, estaba perdido. Olvidando su propia defensa, Kenton se inclinó hacia delante, cortando la trayectoria. La cabeza del sacerdote reptante saltó de sus hombros y rodó.

Pero al levantarse vio de nuevo a Klaneth sobre él, ¡en posición de combate!

—Se acabó —pensó Kenton. Se dejó caer y rodó, apartándose del borde.

No había contado con el vikingo. Sigurd había visto aquella rápida representación a su lado y lanzó el remo, que sostenía horizontalmente, como si fuera un punzón gigantesco y golpeó contra el pecho de Klaneth.

El golpe de espada se quedó corto, y el sacerdote negro fue empujado hacia atrás, a punto de caer debido a su enorme fuerza y a la gran carga que llevaba.

—¡Gigi! ¡Zubrán! ¡A mí! —aulló.

Antes de que Kenton pudiera levantarse, tenía sobre él a dos de los sacerdotes, que intentaban capturarlo y apuñalarle. Soltó la espada y agarró con fuerza el puñal de Zachel, a la vez que se impulsaba hacia arriba. Entonces sintió que el cuerpo que tenía sobre él se agarrotaba y caía como un globo pinchado. También sintió el filo de una espada que le cortaba el hombro y volvió a golpear, ciegamente. Un repentino flujo de sangre le empapó. Oyó un susurro burbujeante, y el segundo peso desapareció.

Agarró su espada y se puso en pie, tambaleándose. De todo el séquito de Klaneth no quedaban en pie más de una docena, que se habían retirado, fuera del alcance del bastón del vikingo. Sigurd estaba en pie, respirando hondo. Y el sacerdote negro jadeaba también, con una mano en el pecho, donde el remo de Sigurd había golpeado. A sus pies había un pequeño charco de sangre, goteando del lugar donde había cortado la espada de Nabu.

—¡Gigi! ¡Zubrán! —jadeó—. ¡Atrapad a estos perros!

El tamborilero le miró de reojo.

—¡No, Klaneth —respondió—. No había ningún voto que nos obligara a ayudarte.

Se inclinó sobre el tambor, lo empujó con sus anchos hombros y lo hizo caer sobre un costado.

De entre los sacerdotes surgió un gruñido. Klaneth se quedó en pie, silencioso, mudo.

De las olas que golpeaban la nave llegaba un sonido... hueco y siniestro.

Un retumbar de trueno, amenazador, maligno... ¡invocador!

El tambor se ladeó y golpeó contra un costado del barco. Las olas lo levantaban y los remos golpeaban la nave.

¡El invocador de Nergal!

La nave tembló. Una sombra cayó sobre el mar. Alrededor de Klaneth empezó a concentrarse la oscuridad.

El tambor tronó con más furia, golpeado por las olas. La niebla que rodeaba al sacerdote negro se hizo más espesa, y tembló. Entonces empezó aquella demoniaca trasmutación del sacerdote de Nergal en la misma esencia del Señor de la Muerte.

—¡Golpea! —aulló Gigi—. ¡Rápido! ¡Muérdele!

Corrió hacia la barandilla y cayó sobre ella.

Kenton corrió hacia aquel horror nebuloso dentro del cual se movía el sacerdote negro. Su espada lo atravesó y golpeó. Escuchó un chillido, agonizante, incrédulo. La voz de Klaneth. Volvió a golpear.

Y al golpear advirtió que el trueno del tambor había cesado, que la voz del tambor se había callado. Escuchó a Gigi gritar:

—¡Vuelve a morderle, lobo! ¡Muérdele bien!

La oscura niebla que rodeaba a Klaneth se aclaró. Estaba allí de pie, con sus ojos muertos cerrados y su mano sosteniendo el brazo del que brotaba la sangre, corriendo entre los dedos que lo aferraban.

Y cuando Kenton volvió a levantar la espada para golpear otra vez al sacerdote negro, le cayó en los ojos la sangre de la mano que sostenía el brazo herido. Ciego, Kenton descargó un pequeño golpe con su espada. El sacerdote negro se precipitó sobre él. Mecánicamente, con la vista debilitada, lanzó su espada para detener aquel impulso. Vio a Sigurd, reduciendo a los sacerdotes que quedaban; escuchó el crujido de un hueso cuando sus cuerpos se encontraron con el remo manchado de sangre.

Su espada volvió a golpear a Klaneth.

Los pies de Kenton resbalaron en un charco de sangre. Cayó al suelo. El sacerdote negro se lanzó sobre él y le rodeó con sus brazos. Rodaron y rodaron. Vio a Sigurd, combatiendo con todas sus fuerzas...

Klaneth rodó y Kenton quedó encima de él. De pronto, el sacerdote dejó de apretar y quedó inerte.

Kenton se arrodilló sobre él y miró al vikingo.

—No es para ti —jadeó—. ¡Es mío!

Buscó la daga que tenía en el cinturón. El cuerpo del sacerdote negro se tomó rígido. Después, como un muelle que se suelta, se puso en pie de un salto, tirando a Kenton.

Antes de que el vikingo pudiera levantar la estaca, Klaneth ganó la barandilla. Saltó por encima de ella y se lanzó al mar.

A unos cien pies de allí flotaba el tambor, con la parte superior rajada por el cuchillo de Klaneth. La cabeza de Klaneth surgió a su lado, y sus manos lo asieron. Al tocarlo, el enorme cilindro se inclinó ante él en grotesca genuflexión. Entonces un sonido de desmayo, como un lamento, surgió del tambor.

De la neblina de plata salió una sombra que se oscureció sobre el sacerdote negro y el tambor. Después los cubrió y se retiró. Donde antes estuviera la sombra, no había ya rastro del sacerdote negro ni del invocador. El hombre y el tambor habían desaparecido...

Dueño de Sharane

Con la furia de la batalla aún en las venas, Kenton miró a su alrededor. La cubierta negra estaba llena de hombres de Klaneth. Hombres rotos, destrozados bajo la maza de Sigurd; hombres a los que su propia espada había arrancado la vida; hombres que formaban montones retorcidos; hombres —aunque no muchos— que todavía se retorcían y se quejaban.

Se volvió hacia la cubierta de Sharane. Sus mujeres, con la cara pálida, se apiñaban en la puerta del camarote.

Y en el mismo límite de la barrera que había entre las dos cubiertas estaba Sharane. Le miró orgullosa, pero con ojos nublados en cuyas largas pestañas todavía temblaban las lágrimas. La diadema de media luna brillante había desaparecido; había desaparecido también aquel aura de la diosa que, incluso cuando Ishtar estaba lejos, persistía a su alrededor, en aquel santuario viviente.

Ahora no era más que una mujer. No... ¡era sólo una niña! Una niña totalmente humana, exquisita.

Gigi y el persa le subieron en hombros.

—¡Ave! —gritó Gigi—. ¡Ave! ¡Dueño de la nave!

—¡Dueño de la nave! —gritó el persa.

¡Dueño de la nave!

—¡Bajadme! —ordenó. Y cuando le dejaron en el suelo, se dirigió a grandes zancadas desde la cubierta de Klaneth a la de Sharane. Se quedó en pie, junto a ella.

—¡Dueño de la nave! —rió—. ¡Y dueño de ti, Sharane!

La cogió por las finas muñecas y la atrajo hacia sí.

Gigi dejó escapar un grito, un gruñido al que hizo eco el persa. El rostro de Sharane palideció...

Del camarote negro salió Sigurd dando grandes zancadas, y en los brazos llevaba aquella oscura estatua del mal en forma de nube que estaba en el santuario de Klaneth.

—¡Alto! —gritó Gigi, y echó a correr. Antes de que el ninivita pudiera alcanzarle, Sigurd había levantado el ídolo y lo había arrojado a las olas.

—¡Ya se ha ido el último demonio! —gritó.

La nave tembló: tembló como si una mano la hubiera levantado por encima de la quilla y la estuviera sacudiendo.

Se detuvo. Las olas se oscurecieron a su alrededor.

En las profundidades de aquellas aguas oscurecidas empezó a brillar una nube escarlata. Y más hondo, bajo las aguas, la nube se movió y se extendió

como una masa de nubes. Se convirtió en una nube carmesí de tormenta, como si fuera una vorágine empapada de negrura. Después salió a flote, y creció cada vez más, mientras el color escarlata se hacía más intenso y sus negros mas amenazadores.

La nube se elevó como un remolino. Unos rayos extrañamente ordenados, horizontales, formando abanicos, surgieron de ella. Aquellas luminiscencias oblicuas, que giraban ahora como una rueda inmensa en el abismo, empezaron a romperse, negras y carmesíes. A medida que se acercaban a la superficie, aumentaba el diámetro de su circunferencia.

Kenton vio unas figuras dentro de ellas, figuras brumosas, cuerpos de hombres agachados, vestidos con armaduras que brillaban de azabache y escarlata.

¡Hombres dentro de las burbujas!

¡Hombres con armadura! Hombres que se doblaban con la cabeza en las rodillas, vestidos con brillantes escamas. Guerreros en cuyas manos había espadas de bruma, arcos de bruma, jabalinas de bruma.

Surgieron los habitantes de las burbujas, millar tras millar. Ya estaban cerca de la superficie del mar. Después emergieron y estallaron.

Por sus superficies resquebrajadas salieron los guerreros. Todos iban ataviados con cotas de malla, la cara pálida, los ojos sin pupilas, a medio cerrar; muertos que surgían del azul oscuro del mar. Las olas saltaban, de cresta en cresta. Corrían por las aguas como por un campo de violetas marchitas. En silencio, cayeron sobre la nave.

—¡Hombres de Nergal! —se lamentó Sharane—. ¡Guerreros del Negro! ¡Ishtar! ¡Ishtar, ayúdanos!

—¡Espíritus! —gritó Kenton, y levantó su espada manchada de sangre—. ¡Espíritus!

Y en su corazón sabía que, fueran lo que fueran, no se trataba de espíritus.

Los de la primera fila se colocaron sobre la cresta de una ola que se curvaba, como si estuvieran sobre una larga carretilla de tierra. Después arrojaron flechas con arcos que ya no eran de neblina. Se produjo un vibrar de cuerdas, un golpeteo como de granizo contra los costados de la nave. Una docena de flechas tiritaron junto al mástil; una cayó a sus pies, toda llena de escamas, como una serpiente negra y carmesí, con la cabeza enterrada en la cubierta.

—¡Ishtar! ¡Madre Ishtar! ¡Líbranos de Nergal! —imploró Sharane.

A modo de respuesta, la nave saltó como si otra mano la hubiera empujado hacia delante.

De los habitantes de las burbujas, que aun seguían saliendo, surgió un chillido. Corrieron tras la nave voladora. Otra lluvia de flechas cayó sobre ella.

—¡Ishtar! ¡Madre Ishtar! —sollozó Sharane.

La oscuridad reinante se deshizo. Durante un instante salió de ella un inmenso globo rodeado de guirnaldas, con pequeñas lunas. De éste salía un fuego de plata; vivo, vibrante, jubiloso. Aquella corriente se sumergió en el mar y se derritió en él. Las sombras se cerraron; el globo desapareció.

Había dejado caer llamas y más llamas de luna. A su encuentro salieron otras enormes burbujas, todas rosadas, de perla y plata, con brillos y destellos del más tierno nácar, resplandores de madreperla, crema de rosas.

En cada una de ellas Kenton presentía una forma, un cuerpo, maravilloso, delicado y delicioso; el cuerpo de una mujer de cuya belleza obtenían su gloria las brillantes superficies de las burbujas.

¡Mujeres dentro de las burbujas!

Las esplendorosas esferas subieron hacia arriba; tocaron la superficie del mar y se abrieron.

Entonces brotaron como un torrente sus habitantes femeninas. Desnudas, exceptuando unas cabelleras negras como la media noche, plateadas como la luna, doradas como el trigo y rojas como amapolas, salieron de las burbujas brillantes que las habían impulsado a la superficie.

Levantaron los brazos, blancos y tostados, brazos rosados como las caracolas y de pálido ámbar, haciendo señas a los guerreros nacidos del mar.

Sus ojos resplandecían como pequeñas lagunas de joyas, zafiros, zafiros azules, negros y pálidos, azabache aterciopelado, piedras amarillas como el sol, de color ambarino de miel; ojos grises como la hoja de una espada tras la luna del invierno.

De caderas redondeadas o esbeltas, virginales y con los pechos altos, se balanceaban sobre la cresta de las olas, llamando, citando a los guerreros de Nergal.

A su llamada, suave como la de una tórtola, quejumbrosa como la de una gaviota, ávida como la de un halcón, suave y aguda, los huéspedes cubiertos de escamas vacilaron y se detuvieron. Los arcos con los que habían estado disparando se cayeron; las espadas salpicaron; las jabalinas bajaron en remolino a las profundidades. Dentro de sus ojos muertos se encendió una llama.

Los guerreros gritaron y se inclinaron hacia delante... hacia las mujeres...

La cresta de las olas sobre las que corrían los guerreros con cota de malla se encontraron con las crestas de las olas en las que se posaban las maravillosas mujeres. Las mujeres cayeron en aquellos brazos de armadura. Durante el tiempo que dura un respiro, las cabelleras negras y marrones, plateadas como la luna y doradas como el trigo, giraron en remolino con las mallas de ébano y escarlata.

Entonces, guerreros y mujeres se confundieron en la forma que iba tras la nave y formaron una sola figura con su estela enjorada y resplandeciente; una

estela que giraba y suspiraba como si fuera el alma misma de mil mares amorosos.

—¡Ishtar! ¡Madre Amada! —rogó Sharane—. Rindamos homenaje a Ishtar.

—¡Rindamos homenaje a Ishtar! —repitió Kenton, y se arrodilló. Al levantarse, la atrajo hacia sí.

—¡Sharane! —suspiró. Los suaves brazos de ella le rodearon el cuello como una guirnalda.

—¡Mi señor! Te ruego que me perdones —suspiró—. Te ruego que me perdones. Pero, ¿cómo podía haberlo sabido, la primera vez que te vi, tumbado sobre la cubierta, y me pareciste tan asustado, y huiste? Yo te amaba. Y sin embargo, ¿cómo podía saber que eras tan poderoso?

Su fragancia le estremeció; la suavidad de Sharane bajo su aliento le hacía un nudo en la garganta.

—¡Sharane! —murmuró—. ¡Sharane!

Sus labios buscaron los de ella y se unieron. El vino desquiciado de la vida corrió por sus venas; en el suave fuego de su boca se quemaron todos los recuerdos, excepto el de aquel momento.

—Yo... me entrego... a ti —suspiró ella.

Entonces recordó...

—Tú no me entregas nada, Sharane —le respondió él—. ¡Yo lo tomo! —La subió en sus brazos; caminó a grandes pasos, atravesando la puerta del camarote rosado; la cerró de un puntapié y echó la barra.

Sigurd, hijo de Trygg, se acercó a sentarse en el umbral del camarote rosado. Pulió la espada del sacerdote negro, cantando en voz baja algún antiguo canto nupcial.

Por la cubierta negra andaban Gigi y Zubrán, arrojando al mar los cuerpos de los muertos; acabando con el dolor de los que aún no lo estaban, y arrojándolos también, después de los otros.

Una paloma, y después otra, salieron revoloteando del balcón de los arbolitos. El vikingo las observaba, cantando todavía. Poco después de la primera salieron otras, siempre de dos en dos. Se arrullaron e inclinaron sus cabezas inquisitivas; piaban y murmuraban. Formaron un semicírculo ante la puerta cerrada del camarote.

Las palomas de blanco pecho, de picos rojos y patas bermellón; las palomas solícitas, acariciantes, pusieron su sello de nieve sobre el camino que llevaba a Kenton y Sharane.

Las palomas de Ishtar les unieron.

PARTE III

14

El retorno del Sacerdote Negro

—Mi amado señor... Kenton —susurró Sharane—. Me parece que ni siquiera tú sabes cuánto te amo.

Estaban sentados en el camarote rosado, la cabeza de ella sobre el pecho de él.

Era un nuevo Kenton el que contemplaba aquel hermoso rostro que se volvía hacia él. Todo lo que en él hubiera de contemporáneo, había desaparecido. Había aumentado de peso, y, tan curtido como su rostro, estaba el ancho tórax que dejaba al desnudo la túnica abierta. Sus ojos azules eran claros e impávidos, llenos de una risueña temeridad; tocados, también, por una impiedad casi feroz. Llevaba, encima del codo izquierdo, un ancho brazalete de oro fino, grabado con unos signos que Sharane había dibujado en él. En los pies lucía unas sandalias que Sharane había decorado con encantos babilonios, para que guiaran sus pasos por una senda de amor que conducía hasta ella, y solamente hasta ella.

¿Cuánto tiempo había pasado desde aquella batalla con el sacerdote negro?, se preguntaba Kenton, mientras ella le atraía a su lado. Parecía una eternidad, ¡y sin embargo, parecía haber sido ayer! ¿Cuánto tiempo? No podía saberlo. No en aquel mundo intemporal donde la eternidad y el ayer se confundían.

Y si había sido hacia poco o una eternidad, era algo que había dejado de importarle.

Siguieron navegando. Y siguieron atravesado mares de azur, recuerdos de aquella otra vida suya que se había reducido y perdido más allá del horizonte de lo consciente, igual que se pierde la tierra más allá de la vista del vigía. Pensó en ello, con un miedo que le aturdiría al considerar que podría haber sido arrojado a aquello otra vez, a su antigua vida.

¡Lejos de la nave! ¡Lejos de Sharane, para no regresar jamás!

Siguieron navegando. La cabina negra, que había sido despojada de todo mal, albergaba ahora al vikingo, a Gigi y al Persa. Sigurd o Gigi manejaban los dos remos principales que, situados a ambos lados de la popa, guiaban la nave. A veces, cuando el tiempo era bueno, las doncellas de Sharane ocupaban su puesto al timón. El vikingo había encontrado un yunque en la bodega que había bajo el camarote negro. Había hecho una fragua y allí forjaba espadas. Había

hecho una para Gigi, de nueve pies de larga, que aquel gigante manejaba como si fuera una vara. Mejor, sin embargo, manejaba Gigi la maza que también había hecho Sigurd para él: tan larga como la espada, con una enorme bola de bronce clavada en un extremo. Zubrán seguía fiel a su cimitarra. Pero el vikingo se afanaba en la forja, fabricando armas más ligeras para las Amazonas de Sharane. Les fabricó unos escudos y les enseñó a usar la espada y el escudo, como se usaban en los viejos tiempos de los vikingos, a bordo de los drakkars.

Y Kenton era ahora parte de aquella instrucción, practicando la esgrima con Sigurd, luchando con Gigi, resguardándose con su propia hoja de la cimitarra de Zubrán.

Gigi era el que animaba.

—¡No estaremos seguros mientras viva Klaneth! —croaba—. ¡Hay que fortalecer la nave!

—Ya hemos acabado con Klaneth —decía Kenton, un poco jactancioso.

—No del todo —respondió Gigi—. Volverá con muchos hombres. Más tarde o más temprano, el sacerdote negro regresará.

Hacía poco tiempo que se había producido una confirmación de sus palabras. Poco después de la batalla, Kenton había cogido a uno de los negros, uno de Nubia, y le había colocado en el asiento de Zachel. Esto, sin embargo, les había hecho perder un remero. Se toparon con un barco, le detuvieron y exigieron un remero. Su capitán, asustado, les dio uno y se alejó rápidamente.

—No sabía que Klaneth ya no está aquí —rió Gigi.

Pero no mucho después se encontraron con otro barco. Su capitán no se detuvo cuando le dieron el alto, y se vieron obligados a luchar. Era una embarcación pequeña, a la que atraparon y capturaron con facilidad. Y aquel mismo capitán les había dicho, con gran pesar, que Klaneth estaba en Emakhtila, que era el Sumo Sacerdote del templo de Nergal que allí había, y uno de los miembros del Consejo de la Casa de Nergal en el Templo de las Siete Zonas. Y aún más, que el sacerdote estaba en muy buenas relaciones con el que llamó Señor de las Dos Muertes, el gobernador, según dedujeron, de Emakhtila.

Klaneth, según dijo el capitán, había dicho que la nave de Ishtar ya no debía temerse, que ahora no estaba en manos de Nergal ni Ishtar, sino de simples hombres y mujeres. Cuando la encontraran, debían hundir el barco, pero tenían que salvar a los hombres y mujeres. Por ellos ofrecía una recompensa.

—Y si mi barco hubiera sido un poco más grande, y mis hombres más numerosos, yo habría reclamado esa recompensa —dijo sin rodeos, para concluir.

Se apoderaron de aquello que buscaban y le dejaron marcharse. Pero a medida que la nave se alejaba, les gritó que aprovecharan la vida todo lo que

podieran, pues Klaneth les andaba buscando en un barco enorme y con muchos hombres, y les daría alcance enseguida.

—¡Ho, ho! —gruñó Gigi, y añadió—: ¡Oh, no! Klaneth nos busca, ¿eh? Bueno, ya te advertí que lo haría, lobo. Y ahora, ¿qué?

—¡Dirígete a una de las islas, tomemos una posición ventajosa, y esperemos a que venga —respondió Kenton—. Podemos construir un fuerte y levantar una línea defensiva. Así tendremos más oportunidades de derrotarlo que desde la nave, si es verdad que nos persigue en una embarcación enorme con muchos soldados.

El plan de Kenton les había parecido bien, y ahora navegaban hacia una isla, con Sigurd dirigiendo, y Gigi, el persa y las mujeres de Sharane observando alerta.

—Sí, mi amado señor, ni siquiera tú sabes cuánto te amo —susurró Sharane otra vez, con ojos de adoración, rodeándole el cuello con los brazos. Sus labios se unieron a los de ella. Incluso en medio de aquel dulce fuego de su boca, él se maravillaba, ciego ante su propio renacer, del cambio de Sharane. Una niña a la que el amor había cambiado desde el día en que él la había llevado a su balcón, desdeñándola como regalo, y tomándola por derecho con sus fuertes brazos.

Le sacudieron recuerdos que se sucedían con rapidez. De Sharane, conquistada; de alguna maravilla no terrena que había surgido en el santuario y con dedos de puro fuego había entretejido su alma con la de ella, con hilos de ardiente éxtasis.

—Dime, mi señor, cuánto me amas —murmuró lánguidamente.

—¡Despertad a los esclavos! ¡Soltad los remos! Se acerca una tormenta! —gritó Sigurd.

Imperceptiblemente, la cabina se oscureció. Escuchó el silbato del vigilante, gritos y pisadas. Soltó los brazos de Sharane, le dio un beso que respondía a su pregunta mejor que las palabras y salió a cubierta.

El cielo se oscureció rápidamente. Se produjo un fogonazo que lo partió en dos, y un golpeteo de timbales, un trueno. Se levantó viento, y empezó a rugir. Recogieron la vela. Antes del estallido, sujeta fuertemente por las manos de Sigurd, la nave voló.

Entonces empezó a llover. A través de la lluvia, se movía la nave, rodeada por una negrura que recorrían miles de serpientes cristalinas multicolores, desde el mar al cielo, cuando caía un rayo.

Una tremenda ráfaga de viento barrió la nave, ladeándola, alejándola. Bufó ante la puerta de Sharane, que se abrió de golpe. Kenton caminó hacia

Gigi, tambaleándose, y gritó a las mujeres que dejaran de vigilar y se metieran dentro. Vio cómo entraban, luchando contra el viento.

—Zubrán y yo vigilaremos —gritó a Gigi—. Tú ayuda a Sigurd con el timón.

Pero apenas había caminado Gigi una yarda cuando el viento se apagó, con la misma rapidez con que se había levantado.

—¡A la derecha! —oyó gritar a Sigurd—. ¡Mirad a la derecha!

Corrieron los tres hacia la barandilla de estribor. En medio de la oscuridad había un débil disco de luminosidad, como una lejana antorcha en la niebla, haciéndose más brillante a medida que disminuía su tamaño.

El disco salió de las nieblas; se convirtió en un rayo brillante que se proyectaba sobre las olas en movimiento y contempló la nave desde arriba. Kenton echó un vistazo a la doble fila de remos que la llevaban a tanta velocidad. Más allá de la luz había un espolón resplandeciente, rematado de filigranas. Sobresalía de la proa como el cuerno de un rinoceronte al embestir.

—¡Klaneth! —rugió Gigi, y corrió, gritando, hacia el camarote negro, mientras Zubrán le pisaba los talones.

—¡Sharane! —gritó Kenton, y corrió hacia su puerta.

La nave viro abruptamente, inclinándose hasta que el agua del mar entró por la barandilla de babor. Los pies de Kenton se levantaron del suelo, rodó hasta la borda y se quedó allí tumbado, sin sentido.

La maniobra de Sigurd no logró salvar a la nave. El birreme había cambiado su ruta y se había colocado en paralelo a ellos, para recortar la hilera de remos de estribor. El vikingo había pensado que resistirían al impacto, pero los remeros del barco enemigo eran muy numerosos y navegaba demasiado deprisa para las sencillas hileras de siete remeros de la nave de Ishtar. Las escobas del birreme se hundieron, demostrando su velocidad. Se balanceó sobre un costado, se recostó contra la nave y partió los remos de estribor como si fueran palillos.

Kenton se puso en pie y vio a Gigi que saltaba hacia él, con la maza de batalla en la mano. A su lado estaba Zubrán, con su cimitarra reluciente y, justo tras ellos, abandonada ya la caña inútil del timón, aparecía Sigurd el vikingo, con el escudo bajo un brazo y su enorme espada en alto.

Cuando llegaron a su lado, Kenton ya no sentía ningún mareo. El vikingo le tiró un escudo y él aferró su propia espada.

—¡Por Sharane! —jadeó. Y allá fueron.

Antes de que pudieran llegar a su puerta y defenderla, un grupo de soldados, con cota de malla y armados con espadas cortas, se había deslizado por un costado del birreme y se dirigían al camarote. Detrás de ellos bajaron otros grupos.

La maza gigantesca de Gigi hizo un remolino y golpeó. La hoja azul de Nabu, la cimitarra de Zubrán, la espada de Sigurd, subían y bajaban, golpeaban y derribaban. En un suspiro todo rezumaba sangre.

Y sin embargo, no podían avanzar ni un paso. Por cada soldado que mataban, llegaba otro a ocupar su lugar. Y del birreme seguían lloviendo hombres.

Silbó una flecha, y se quedó temblando en el escudo de Sigurd. Otra siguió volando y se colgó del hombro de Zubrán.

De pronto se oyó el grito de Klaneth:

—¡Nada de flechas! Coged a ese perro de pelo negro y al rubio vivos. Y matad a los otros, si es que tenéis que hacerlo, con espada.

Los guerreros del birreme les estaban rodeando. Hombro con hombro, lucharon los cuatro en el foso de los remeros. Hombres vestidos con malla caían sobre la cubierta. Siguieron luchando, mientras los montículos de cadáveres crecían a su alrededor. Un corte de espada cruzó el pecho peludo de Gigi, y la sangre empezó a correr en pequeños hilillos. Sigurd sangraba por una docena de cortes. Pero Zubrán, exceptuando la herida de la flecha, no había sido tocado. Luchaba en silencio, pero Sigurd cantaba y aullaba cuando hería a algún enemigo, y Gigi se reía a carcajadas cuando su maza gigante hacía crujir los huesos y tendones.

Pero la barrera de hombres del sacerdote negro todavía se mantenía entre ellos y Sharane.

¿Qué había sido de Sharane? A Kenton le dio un vuelco el corazón. Lanzó una mirada fugaz al balcón. Ella estaba allí, con tres de sus amazonas, espadas en mano, luchando contra los soldados que se deslizaban de dos en dos por un estrecho puente de tablas que habían tendido desde la cubierta del birreme.

Pero aquella ojeada le costó caro. Una espada le mordió en el lado que tenía al descubierto, paralizándole. Habría caído de no ser por la mano del vikingo.

—¡Calma, hermano de sangre! —le oyó decir—. Mi escudo está delante de ti. Toma aliento.

Se oyó un grito triunfante, procedente del barco de Klaneth. Desde la cubierta se extendían dos largas pértigas. Se produjo un arrastrar de sogas, y de su extremo cayó una red, ¡justo sobre Sharane y sus tres damas!

Las mujeres se esforzaban denodadamente para cortar las mallas, pero éstas las inmovilizaban y dejaban indefensas como mariposas.

De pronto se cerró la red, y las pértigas empezaron a levantarse, transportando la carga hacia la cubierta de la nave enemiga.

—¡Ja! ¡Sharane! —se burló Klaneth—. ¡Vasija de Ishtar! ¡Bienvenida a mi barco!

—¡Cristo! —gritó Kenton, y cargó con la fuerza renovada por la furia y la desesperación. Ante el violento ataque, los guerreros se apartaron y Kenton volvió a embestir. Algo, formando una especie de remolino, le lanzó contra el templo. Cayó. Los hombres de Klaneth formaban un enjambre a su alrededor, agarrándole de las manos y por los pies.

Por fin, alguien acudió a ayudarle. Las rechonchas piernas de Gigi estaban encima de él, a horcajadas, su maza silbaba, y los hombres caían derribados de un golpe. Levantó la cabeza, mareado; vio a Sigurd, protegiéndole por la derecha, y a Zubrán por la izquierda y por detrás.

Miró hacia arriba. La red en la que forcejeaban las mujeres, descendía para ser depositada sobre la cubierta del birreme.

—¡Bienvenida, dulce Sharane! ¡Bienvenida!

Se puso en pie, tambaleándose, se soltó de las manos del vikingo, y echó a andar hacia ella.

—¡Cogedle! —aulló el sacerdote negro—, Su peso en oro al hombre que me lo entregue... ¡vivo!

Y entonces los hombres de Klaneth formaron un anillo a su alrededor y le arrastraron. Entre él y los otros tres que habían luchado a su lado se arremolinaba otro grupo de guerreros que cayeron destrozados por la maza, la espada y la cimitarra. Enseguida otros ocupaban sus puestos; y otros más formaban una cuña, aumentando poco a poco la distancia entre Kenton y sus camaradas.

Dejó de forcejear. Después de todo... ¡esto era lo que quería! Era lo mejor. Podían llevárselo... ¡así estaría con Sharane!

—¡Basta! —rugió Klaneth—. ¡Dejad que le vea la semilla de Ishtar!

Las manos de sus captores le levantaron. Oyó el gemido de Sharane.

¡Otro mareo se apoderó de él! Era como si hubiera caído en medio de una vorágine y estuviera siendo engullido por ella, cada vez más adentro.

Tuvo una visión de Sigurd, del Persa y de Gigi contemplándole, y sus rostros eran incrédulas máscaras ensangrentadas. Habían dejado de luchar. Había más rostros, montones de rostros que le miraban con la misma incredulidad, aunque ahora, según le pareció, el terror les ensombrecía.

Después le contemplaron como desde el borde de un prodigioso embudo, a través del cual había empezado a caer.

Las manos que le agarraban se derritieron. Los rostros habían desaparecido.

—¡Gigi! —llamó—. ¡Sigurd! ¡Zubrán! ¡Ayudadme!

Sintió el aullido de los vientos.

Después se convirtieron en una nota de trompeta.

La trompeta cambió, hasta convertirse en un sonido familiar, algún sonido conocido en otra vida, muchos años atrás. ¿Qué era? Se hizo más fuerte, chirriante, perentorio...

¡El chillido de una bocina de coche!

Temblando, abrió los ojos.

Miró a su alrededor; su propia habitación.

Allí estaba tirada la nave enjoyada. ¡La nave de juguete!

Alguien llamó a la puerta, agitada, frenéticamente; hubo un murmullo de voces asustadas.

Después, la voz de Jevins, vacilante, sobrecogida por el pánico:

—¡Señor John! ¡Señor John!

Bajando por el hilo del sonido

Kenton trató de combatir el mareo; extendió una mano temblorosa y encendió la luz.

—¡Señor John! ¡Señor John!

La voz del viejo criado sonaba, agudizada por el terror. Agitó el pomo, golpeó la puerta y se esforzó por hablar.

—¿Por qué... Jevins... —Luchó para dar alegría a aquellas palabras que le salían forzadas, por inyectarles un poco de naturalidad—. ¿Qué pasa?

Oyó un ligero suspiro de alivio, otro murmullo entre los criados, y de nuevo la voz de Jevins.

—Pasé por aquí y le oí gritar, señor ¡Un grito terrible! ¿Se encuentra mal?

Kenton luchó desesperadamente contra aquella terrible debilidad, y consiguió reírse.

—¿Qué? No... me quedé dormido. Tuve una pesadilla. No se preocupe. Váyase a la cama.

—Oh... ¿eso fue? —El alivio se hizo más patente en la voz de Jevins, pero la duda no se había disipado por completo. No se retiró; se quedó allí, dubitativo.

Kenton vio la neblina ante sus ojos, un fino velo de carmesí. De pronto se le doblaron las rodillas; apenas pudo evitar caerse. Fue tambaleándose hacia el sofá, y se hundió en él. Un impulso de pánico le hizo gritar a Jevins que pidiera ayuda, que echara la puerta abajo. Y enseguida, otro impulso le previno de que no debía hacer tal cosa, que tenía que ganar la batalla por sí mismo, si es que iba a volver a la nave otra vez.

—¡Váyase, Jevins! —gritó con aspereza—. Diablos, hombre, ¿no le dije que no quería que nadie me molestara esta noche? ¡Márchese!

Se dio cuenta demasiado tarde de que nunca había hablado así a su anciano criado, que le quería, y él lo sabía, como a un hijo.

Se había delatado a sí mismo, haciendo que las sospechas de Jevins cristalizaran en certeza, la certeza de que en aquella habitación estaba sucediendo algo. El miedo hizo que su lengua funcionara deprisa.

—¡Estoy bien! —Se obligó a imprimir humor en sus palabras—. Pues claro que estoy bien.

¡Maldita niebla! ¿Qué era? Se pasó una mano por delante de los ojos, y la retiró empapada de sangre. La miró fijamente, estúpidamente.

—Ah, muy bien, señor John. —Ya no había duda en su voz, simplemente afecto—. Pero al oírle gritar...

¡Dios! ¿Es que no se iba a marchar nunca? Recorrió con los ojos el brazo, desde la mano hacia arriba. Aparecía rojo de sangre, hasta el hombro. Los dedos goteaban.

—No ha sido más que una pesadilla —interrumpió tranquilamente—. No volveré a dormirme hasta que esté tranquilo y se marche a la cama... así que, retírese.

—Entonces, buenas noches, señor John.

—Buenas noches —respondió.

Tambaleándose, llegó al sofá y permaneció sentado hasta que se extinguieron los pasos de Jevins y los demás. Entonces trató de ponerse en pie. Su debilidad era demasiado grande. Se dejó caer, desde el sofá, sobre las rodillas, y se arrastró por el suelo hasta un mueble bajo, abrió las puertas torpemente y sacó de él una botella de brandy. Después, se la llevó a los labios y dio un trago. Aquella sustancia le recorrió por dentro, dándole nuevas fuerzas. Finalmente, se puso en pie.

Sintió entonces una horrible punzada en un costado. Se palpó con la mano, para calmar aquella agonía, y al hacerlo, sintió que chorreaba por entre sus dedos un flujo lento y caliente.

Entonces se acordó... una espada le había tocado allí... la espada de uno de los hombres de Klaneth.

Ante sus ojos se encendieron imágenes de las flechas, temblando en el escudo del vikingo, la maza de Gigi, los guerreros... la enorme red que se abatía sobre Sharane y sus mujeres; las caras, con expresión interrogante...

Y después... ¡aquello!

Volvió a levantar la botella, pero se detuvo antes de que le llegara a la boca, con los músculos rígidos y los nervios en tensión. Enfrente había una sombra: un hombre salpicado de rojo de la cabeza a los pies. Vio un rostro fuerte, fiero, con unos ojos llenos de amenaza asesina; a su alrededor se retorcían unos largos rizos negros de elfo, enredados hasta los hombros, totalmente manchados de escarlata. Desde la raíz del cabello hasta las orejas, cruzándole la frente, tenía una herida, de la que goteaba sangre. Aquel hombre iba desnudo hasta la cintura, y tenía una raja que llegaba desde el pezón del pecho izquierdo hasta el centro del costado, roja como una boca abierta, dejando las costillas al descubierto.

Ensangrentado, amenazador, terrible, con aquel esmalte rojo de la vida, un fantasma viviente, procedente de la mortal cubierta de alguna nave pirata, le estaba observando.

¡Alto! Había algo familiar en el rostro... ¡sus ojos! Un resplandor de oro en el brazo derecho, por encima del codo, le llamó la atención. Conocía aquel brazalete...

¿Quién era aquel hombre? No podía pensar con claridad... ¿Cómo podía... con aquel aturdimiento en el cerebro, con aquella neblina roja delante de los ojos, aquella debilidad que se estaba apoderando de él otra vez?

Le invadió una súbita rabia. Empuñó la botella para lanzarla contra aquel rostro fiero y salvaje.

La mano izquierda de la figura se elevó, agarrando una botella igual...

Era él, John Kenton, reflejado en el espejo de cuerpo entero que había en la pared. Aquella sombra iracunda, horriblemente herida y ensangrentada, ¡era él!

Un reloj dio las diez.

Entonces se produjo un cambio en Kenton, como si las lentas campanadas hubieran obrado un exorcismo.

Se le aclaró la mente, y el propósito y la voluntad volvieron a ocupar su lugar. Dio otro trago del licor, y, sin volver a mirarse en el espejo, sin volver a mirar a la nave enjoyada, se dirigió hacia la puerta.

Se detuvo con la mano en la cerradura, reflexionando. No, no lo haría. No podía arriesgarse a salir al pasillo. Jevins podía estar aún merodeando por allí, o podía verle otro de los sirvientes. Y si él mismo no se había reconocido, ¿cuál no sería el efecto de su visión en ellos?

No podía ir a donde hubiera agua para lavarse las heridas y quitarse la sangre. Tenía que apañarse con lo que encontrara allí.

Se volvió hacia el armario, quitando al pasar el mantel de la mesa. Sus pies se toparon con algo que había en el suelo. Allí estaba la espada de Nabu, que ya no era azul sino teñida de rojo, desde la punta hasta la empuñadura. De momento la dejó allí, caída, vertió un poco de licor en el mantel, y se las apañó para limpiarse. De otro armario saco su botiquín de primeros auxilios. Allí tenía gasas, vendas, y yodo. Dejó caer este último sobre la gran herida del costado y lo extendió por el corte que tenía en la frente, apretando los dientes al sentir la tortura de su caricia. Después hizo una compresa con las gasas y se enrolló las vendas alrededor de la frente. La sangre dejó de fluir. La horrible agonía del yodo disminuyó. Se dirigió al espejo y se examinó.

El reloj dio la media.

¡Las diez y media! ¿Qué hora era cuando se había agarrado a las cadenas doradas de la nave, la había invocado, y había sido elevado por aquellas cadenas, que le sacaron de su habitación y le llevaron a ese mundo misterioso por el que navegaba?

¡Sólo las nueve!

¡Hacía sólo una hora y media! Y sin embargo, durante aquel tiempo, en aquel otro mundo intemporal había sido esclavo y conquistador, había luchado en grandes batallas, había ganado la nave y la mujer que se había burlado de él, y se había convertido... ¡en lo que era ahora!

¡Y todo en menos de dos horas!

Se dirigió a la nave, recogiendo la espada al pasar. Limpió la empuñadura de sangre, pero no tocó la hoja. Apuró la botella antes de atreverse a bajar los ojos.

Miró primero al camarote de Sharane. Había un vacío en los pequeños árboles en flor. La puerta estaba rota, caída sobre cubierta. Los marcos de la ventana estaban desencajados. En el borde del tejado se posaba una hilera de palomas, con las cabezas bajas, de luto.

De los orificios de los remos salían sólo cuatro remos por cada lado, en lugar de siete. Y en el foso ya no estaban los veintiocho remeros. Sólo quedaban diez, dos a cada uno de los remos principales y uno a cada uno de los restantes.

En el costado de estribor, en el casco, había cortes y profundas dentelladas... las marcas del barrido del birreme en aquella nave de Ishtar que ahora estaba navegando por alguna parte de aquel mundo desconocido del que había sido expulsado en medio de un remolino.

Al timón había un muñeco, conduciendo la nave de juguete. Una figura de hombre, con el pelo largo y claro. A sus pies se sentaban otras dos figurillas, una con una cabeza brillante, sin pelo, con brazos simiescos; la otra tenía una barba roja, con ojos de ágata y una brillante cimitarra apoyada en las rodillas.

La añoranza le hizo estremecer; se le partió el corazón; era una nostalgia igual a la que puede experimentar cualquier ser humano que se encuentre aislado en algún planeta extraterrestre, en el espacio exterior.

—¡Gigi! —rugió—. ¡Sigurd! ¡Zubrán! ¡Llevadme con vosotros!

Se inclinó sobre los tres, tocándoles con ternura, respirando sobre ellos, como para transmitirles el calor de la vida. Se detuvo largo rato sobre Gigi, y sintió instintivamente que en el ninivita residía, más que en los otros, la fuerza que podía socorrerle. Sigurd era fuerte, el persa sutil, pero era el gigante de piernas rechonchas el que contenía aquella savia de los dioses terrenales en la juventud exultante de la tierra: arcaico, lleno de un poder desconocido que el hombre había perdido mucho tiempo atrás. —¡Gigi! —susurró, junto a su rostro... y una y otra vez—. ¡Gigi! ¡Escúchame, Gigi!

¿Se había movido la figura?

Un grito rompió su empeño en concentrarse. Los vendedores de periódicos, voceando algún absurdo suceso de importancia en aquel mundo absurdo. Aquello rompió los hilos, destrozó los débiles eslabones que había sentido formarse entre él y la figura. Se estiró, maldiciendo. Su vista se debilitó y cayó al suelo. El esfuerzo había sido demasiado para él. Se arrastró hacia el armario, descorchó otra botella y dejó que la mitad de su contenido le bajara por la garganta.

La sangre revuelta cantó en sus oídos y sintió fluir la fuerza. Apagó las luces. Un rayo de luz de la calle pasó a través de las pesadas cortinas,

destacando la figura de los árboles de juguete. Una vez más, Kenton se preparó para reunir fuerza de voluntad.

—¡Gigi! ¡Soy yo! ¡Te estoy llamando! ¡Gigi! ¡Contéstame! ¡Gigi!

La figura se movió, su cuerpo tembló, y levantó la cabeza.

Lejos, muy lejos, delgada y fría como la escarcha sobre un cristal, fantasmal y etérea, procedente de una lejanía inconmensurable, escuchó la voz de Gigi.

—¡Lobo, te oigo! ¡Lobo! ¿Dónde estás?

Su mente se aferró a aquel hilo de sonido como si fuera una línea que, atravesando vastos abismos, estuviera conectada a él.

—¡Lobo! ¡Ven con nosotros!—. La voz era fuerte.

—¡Gigi! ¡Gigi! ¡Ayúdame a ir!

Las dos voces, aquella tan fina, tan fría y lejana, y la suya, se encontraron, se unieron y se entrelazaron. Ambas se estiraron sobre aquella laguna que había entre el lugar en el que él se encontraba y la dimensión desconocida en la que navegaba la nave.

La figura ya no estaba agachada. Ahora estaba erguida.

La voz de Gigi sonó más fuerte:

—¡Lobo! ¡Ven con nosotros! ¡Te escuchamos! ¡Ven con nosotros!

Y después, como si cantara palabras llenas de poder:

—¡Sharane! ¡Sharane! ¡Sharane!

Bajo el azote del nombre de su amada, su voluntad fluyó, llena de fuerza.

—¡Gigi! ¡Gigi! ¡Sigue llamando!

Ya no volvió a tener conciencia de la habitación. Vio la nave a lo lejos, mucho más allá de donde estaba él. Estaba flotando sobre ella, sólo un punto por encima de ella, gritando, llamándola, llamando a Gigi para que le ayudara. La banda de sonido que les unía se estiraba, y temblaba como el hilo de una telaraña. Pero se mantenía, y le arrastraba hacia allí.

La nave empezó a aumentar. Era nebulosa, pero crecía poco a poco, y Kenton se dejaba caer, también poco a poco, por aquel hilo de sonido, hasta llegar a ella. Fortaleciendo aquellas dos voces llegaban otros sonidos; entretejiéndose con sus hilos: el canto de Sigurd, la llamada de Zubrán, el rasguear de los dedos del viento en el arpa de los estays de la nave, aquella letanía murmurante de las olas al romper, hablando con perlas de espuma.

La nave se hizo más real. Palpitando dentro de su propia sustancia, le llegó la imagen vacilante de su habitación. Parecía luchar ante la nave, esforzarse por ocultarla, pero la nave se defendía, gritándole las voces de sus camaradas y las voces del viento y del mar, todas en una.

—¡Lobo! ¡Te siento cerca! ¡Ven con nosotros...! ¡Sharane! ¡Sharane!
¡Sharane!

Las líneas fantasmales dieron un respingo y se convirtieron en seres; le rodearon.

Los brazos de Gigi se extendían hacia él; le agarraron y le sacaron del espacio de un tirón. Y al agarrarle éstos, sintió un caótico remolino, un rugido como de otro mundo que giraba bajo él, al que agitaban fuertes vientos.

Volvía a estar sobre la nave.

Estaba fuertemente aferrado al pecho peludo de Gigi. Sigurd tenía las manos sobre sus hombros. Zubrán agarraba y daba palmaditas a las de Kenton, que se aferraban a la espalda de Gigi, canturreando en medio de su júbilo complicadas maldiciones persas.

—¡Lobo! —rugió Gigi, con las lágrimas llenándole los surcos de su cara arrugada—. ¿Adónde fuiste? En nombre de todos los dioses... ¿dónde has estado?

—No te preocupes —sollozó Kenton—. No te preocupes por dónde he estado, Gigi. ¡He vuelto! ¡Oh, gracias a Dios, he vuelto!

16

Cómo organizaron la nave

Empezó a desmayarse. Las heridas y el enorme esfuerzo de voluntad habían debilitado sus fuerzas hasta el límite. Cuando recobró la conciencia, estaba en el diván del camarote arrasado de Sharane. Le habían cambiado los vendajes y le habían vuelto a curar las heridas. Los tres hombres, y cuatro de las doncellas de Sharane, estaban allí mirándole. No había reproche en su expresión: sólo curiosidad, atemperada por el respeto.

—Ese lugar al que has ido debe ser muy extraño, lobo —dijo Gigi al final—, porque mira, el corte que yo tenía en el pecho ya ha sanado, y los cortes de Sigurd también, y sin embargo, tus heridas están tan frescas como si te las hubieran hecho hace un momento.

Kenton miró y vio que así era. El corte que cruzaba el pecho de Gigi ya sólo era una cicatriz roja.

—También fue extraña la forma en que nos abandonaste, hermano de sangre —dijo el vikingo con voz cavernosa.

—¡Por el fuego de Ormuz! —juró el persa—. ¡Fue la manera idónea! Fue estupendo para nosotros que nos dejaras como lo hiciste. El rey Ciro nos enseñó que el buen general era el que sabe cómo retirarse para salvar a sus tropas. Y tu retirada fue magistral, camarada. De no haber sido por ello, no habríamos estado aquí para recibirte.

—¡No fue una retirada! ¡No pude evitar marcharme! —susurró Kenton.

—Bueno —el persa sacudió la cabeza, dubitativo—, fuera lo que fuera, nos salvó. Te estaban levantando aquellos perros del sacerdote negro con sus garras, y al instante te desvaneciste hasta convertirte en una sombra. Y luego, ¡zas!, ¡hasta la sombra se desvaneció!

—¡Cómo gritaban aquellos perros que te sostenían! ¡Y cómo corrían! —rió Zubrán—. Y los perros que nos mordieron a nosotros también se fueron... de vuelta a sus perreras, en el birreme. Estaban muertos de miedo, camarada. En realidad, yo también lo estuve, por un momento. Entonces bajaron los remos y su nave voló, y todavía se oía maldecir a Klaneth, incluso después de que se hubieran apartado de nuestra vista.

—¡Sharane! —gruñó Kenton—. ¿Qué hicieron con ella? ¿Dónde la llevaron?

—A Emakhtila, la Isla de los Hechiceros, creo —respondió Gigi—. No temas por ella, lobo: los sacerdotes negros os quieren a los dos. Torturarla a ella sin que tus ojos lo vean, o sacrificarla a ti sin que ella contemple tu agonía, no

sería venganza para Klaneth. No. Hasta que te ponga las manos encima, Sharane está a salvo.

—Tal vez no estará cómoda, ni alegre, pero seguro que esta a salvo — confirmó el persa.

—Capturaron a otras tres doncellas con la red —dijo Sigurd—. Mataron a tres más. Y estas cuatro se marcharon cuando tú desapareciste.

—Se llevaron a Satalu, mi pequeña vasija de placer —lloró Gigi—. Y por eso también pagará Klaneth cuando llegue el momento de la venganza.

—La mitad de los esclavos murieron cuando el birreme chocó con nosotros —continuó el vikingo—. Los remos se les hundieron en las costillas, o les rompieron la espalda. Otros murieron después. ¡Pero el negro que pusimos en lugar de Zachel es todo un hombre! Luchó contra los que se metieron en el foso y mató a los que pudo. Ahora sólo tenemos ocho remos, en lugar de siete pares. El negro se sienta a uno de ellos, sin encadenar. Cuando tomemos nuevos esclavos volverá a ser vigilante, y recibirá los honores.

—Y ahora que recuerdo —dijo Gigi, que volvía a su anterior pensamiento —, cuando yo te arrastré hasta el camarote de Klaneth, aquel día en que combatiste con sus sacerdotes, tú todavía sangrabas por las heridas que te hicieron las muchachas de Klaneth. Y entre nosotros había pasado tiempo suficiente para que sanaran. Y ahora estás aquí otra vez, con las viejas heridas aún frescas. Ese lugar del que vienes debe ser un sitio muy extraño, desde luego, lobo. ¿Es que allí no existe el tiempo?

—Es vuestro propio mundo —respondió—. El mundo del que venís todos vosotros.

Y mientras le contemplaban, se incorporó en el diván.

—¡Navegad hacia Emakhtila! ¡Rápido! ¡Buscad a Sharane! ¡Liberadla! ¿Cuándo, Gigi? ¿Cuándo?

Sintió que la herida que tenía en el costado se abría, y que su arrebató de fortaleza se extinguía.

—No hasta que tus heridas hayan sanado —dijo Gigi, y empezó a abrir los vendajes enrojecidos—. Además, tenemos que preparar la nave para el viaje. Necesitamos más esclavos para que remen. Ahora reposa tranquilo, hasta que te cures. Klaneth no hará ningún daño a Sharane mientras tenga esperanzas de cogerte. Yo, Gigi, te lo aseguro. Así que deja en paz tu corazón.

Y así empezó para Kenton un período de impaciente espera. Estaba allí encadenado por sus heridas mientras, a pesar de lo que Gigi le aseguraba, el sacerdote negro podía estar gozando de la venganza definitiva en Sharane. No podía soportarlo. Tenía fiebre. Las heridas eran más graves de lo que se había imaginado. Gigi le cuidó.

La fiebre pasó, y según se iba mejorando, le contaba cosas de su mundo perdido, lo que había sucedido durante todos aquellos siglos que llevaban

navegando en aquella nave intemporal. Le hablaba de las máquinas y de las guerras, de sus nuevas leyes y de sus costumbres.

—Y ningún sitio al que pueda ir un vikingo —musitó Sigurd—. Está claro que no hay allá un lugar para mí. Es mejor para Sigurd, hijo de Trygg, acabar sus días donde está.

El persa asintió.

—Tampoco hay sitio para mí —repitió—. Para un hombre de gusto como yo, no parece que exista un mundo en el que vivir. No me gusta vuestra forma de librar las batallas, ni creo que pudiera llegar a sentirme atraído por ellas, yo, que soy un viejo soldado de una escuela muy antigua, desde luego.

Incluso Gigi dudaba.

—A mí no creo que me preocupara demasiado —dijo—. Las costumbres son tan diferentes... Y me he dado cuenta, lobo, de que tú has estado dispuesto a arriesgarte a la esclavitud y la muerte con tal de salir de ese mundo, y no has perdido el tiempo para regresar a este.

—Los nuevos dioses parecen tan estúpidos —exclamó Zubrán—. No hacen nada. Por los Nueve Infiernos, los dioses de este lugar son bastante estúpidos, pero al menos hacen algo. Aunque tal vez sea mejor no hacer nada que hacer las mismas estupideces una y otra vez —meditó.

—Yo me construiré una guarida en alguna de estas islas —dijo Sigurd—, cuando hayamos rescatado a la mujer de Kenton y matado al sacerdote negro. Buscaré una mujer fuerte y tendré muchos hijos. Les enseñaré a construir naves. Y seremos vikingos, y saldremos a navegar como yo hacía. ¡Skoal! ¡Skoal, con los drakkars, a deslizarse por el baño de Ran con los cuervos rojos en las velas, y los cuervos negros volando sobre nuestras cabezas! —gritó Sigurd.

—Dime, hermano de sangre —se volvió hacia Kenton—: cuando recuperes a tu mujer, ¿construirás un refugio al lado del mío? Si Zubrán y Gigi se buscan una mujer, si es que éste no es muy viejo, y criamos niños, y con los que se unan a nosotros... por Odín, podíamos ser muchos Jarls en este mundo...

—Eso no es de mi gusto —replicó el persa de pronto—. Primero, porque lleva mucho tiempo criar hijos fuertes, que puedan luchar con nosotros. No... cuando hayamos terminado el asunto de Klaneth yo me volveré a Emakhtila, donde hay muchos hombres ya hechos. Será raro que no encuentre alguno descontento, hombres a los que se puede movilizar para que se rebelen. Si no hay bastantes, pues bien... el descontento es una de las cosas más fáciles de criar en el mundo, mucho más fácil que los hijos, Sigurd. Además, yo soy un buen soldado. El propio rey Ciro me lo dijo. Con mi ejército de hombres descontentos me apoderaré de ese nido de sacerdotes y gobernaré Emakhtila. Y después de eso... ¡ten cuidado de no asaltar mis naves, Sigurd!

Así hablaban entre ellos, contándole a Kenton cosas de sus vidas, tan extrañas para él como la suya debía serlo para ellos. Y poco a poco,

rápidamente, sus heridas sanaron hasta convertirse en simples ribetes rojos, y la fuerza volvió a fluir por sus venas.

Durante varios sueños, mientras se restablecía, se habían quedado escondidos dentro de una cala cercada por la tierra de una de las islas doradas. Sus mandíbulas de piedra apenas eran suficientemente amplias para que pasaran. Pero el lugar parecía bastante seguro para ocultarse a los perseguidores o a los ojos de entrometidos. Sin embargo, habían llevado la nave junto a una elevación cuya vertiente caía muy profunda y habían recogido los remos. Las ramas de plumas de los árboles caían sobre la nave, ocultándola.

Llegó el momento en que Kenton, al despertar, sintió que le invadía una marea de bienestar. Fue hasta el timón, donde Sigurd, Gigi y el persa estaban echados, charlando.

Se detuvo una centésima de segundo junto a la extraña brújula, que era la guía del timonel en aquel mundo, donde no había sol, ni luna, ni estrellas, ni este ni oeste, ni norte ni sur. Fijo en la parte superior de un soporte de madera, había un recipiente de plata cubierto por una lámina de cristal transparente. En el borde del recipiente había dieciséis símbolos cuneiformes de color escarlata. Unidos a una aguja que se elevaba verticalmente desde el fondo del recipiente, había dos finos punteros, con forma de serpiente, azules. El más largo, él lo sabía, apuntaba siempre hacia Emakhtila, aquella tierra a la que, si Gigi estaba en lo cierto, había llevado el sacerdote negro a Sharane. El pequeño señalaba siempre hacia la tierra más cercana.

Como siempre, se preguntó qué misteriosas corrientes les hacían moverse en aquel mundo sin polos; qué flujo magnético, procedente de aquellas islas diseminadas, atraía al pequeño; qué flujo constante, procedente de Emakhtila, mantenía fijo el grande. Mucho más fijo que las agujas de las brújulas de la tierra que señalaban al norte.

Y al observarlo, le pareció que la pequeña aguja azul giraba en su polo escarlata y se colocaba en paralelo con la grande, señalando ambas hacia la Isla de los Hechiceros.

—¡Una profecía! —gritó—. ¡Mira, Sigurd! ¡Gigi, Zubrán! ¡Mirad!

Se inclinaron sobre la brújula, pero en el instante que medió entre la llamada y su reacción, la aguja pequeña se había vuelto a mover; ahora señalaba de nuevo hacia la isla en la que estaban aislados.

—¿Una profecía? —preguntaron, sorprendidos—. ¿Qué profecía?

—¡Las dos agujas estaban señalando hacia Emakhtila! —les dijo—, ¡hacia Sharane! ¡Era una profecía... una señal! ¡Tenemos que irnos! ¡Rápido, Gigi... Sigurd... soltad las velas! ¡Nos vamos a Emakhtila!

Le miraron, dubitativos; después se volvieron a mirar a la brújula, luego se miraron entre ellos, furtivamente.

—Yo lo he visto, ¡de verdad! —repitió Kenton—. ¡No era un espejismo... ¡estoy bien! ¡Sharane está en peligro! ¡Tenemos que irnos!

—¡Shhhh! —Gigi levantó la mano en señal de advertencia y escuchó con interés; después abrió las cortinas que formaban las hojas y miró al exterior—. ¡Un barco! —susurró, volviendo la cabeza—. Decid a las muchachas que cojan las flechas y las jabalinas. Y vosotros armaos. En silencio... ¡y de prisa!

Ahora podían oír caer los remos y las voces, el sordo golpear de un martillo, marcando el ritmo a los remeros. Las muchachas de Sharane se alinearon rápidamente junto a la barandilla de babor, cerca de proa, con los arcos preparados, las flechas en la cuerda. A su lado, las punzantes jabalinas, y también las espadas, y los escudos a sus pies.

Los cuatro hombres se agacharon, mirando por entre los árboles. ¿Qué era aquello? ¿La nave acechante de Klaneth, que les había descubierto? ¿Cazadores que rastreaban el mar para capturarles, movidos por las promesas de recompensa del sacerdote negro?

Por la estrecha entrada que daba al puerto escondido navegaba una galera. El doble de larga que la nave de Ishtar, sólo tenía un banco con quince remos a cada lado y dos bancos con dos hombres a cada remo. En la cubierta de proa había una docena de hombres, o más, de pie; y no se sabía cuántos habría que no podían ver desde allí. La galera entró silenciosamente. Avanzaba por la orilla. Cuando estaba a menos de doscientos pies de los vigilantes escondidos, tiraron los rezones por la borda y la embarcación quedó sujeta.

—Aquí hay buen agua, y todo lo que necesitamos —oyeron decir a uno.

Gigi rodeó un árbol con el brazo, y les hizo acercarse.

—¡Lobo! —dijo—. Ahora creo en tu profecía. Porque pisándole los talones viene otra, y es aún mejor. Un signo, desde luego. Son los esclavos que necesitamos para nuestros remos vacantes. Y oro también, te lo garantizo. Eso es lo que queremos conseguir para cuando lleguemos a Emakhtila.

—Esclavos y oro, sí —musitó Kenton; y después, sardónicamente, al ver subir a un grupo de hombres y unirse a los de proa, añadió—: sólo nos queda encontrar el modo de atraparles, Gigi.

—Bah, eso será fácil —susurró Zubrán—. No sospechan nada, y un hombre cogido por sorpresa está casi vencido. Nosotros nos deslizaremos por la vertiente hasta colocarnos justo enfrente de proa. Cuando llevemos allí tanto tiempo como Zala... —se dirigió a una de las muchachas guerreras— ...cuente hasta doscientos, las doncellas lanzarán sus flechas al grupo, disparando tan rápido como puedan, pero apuntando con cuidado de ir derribando a todos los que sea posible. Entonces saltaremos a bordo, sobre los que queden. Pero cuando las doncellas nos oigan gritar, deberán dejar de disparar a proa, porque podrían darnos a nosotros. Así les impediremos que se unan a los de delante.

¿Es éste un buen plan? Yo os garantizo que nos haremos con la nave en menos tiempo del que me ha llevado decirlo.

Una náusea sacudió Kenton.

—Ahora, por todos los dioses. —La voz que les llegó era sin duda la del capitán de la galera— ...esa maldita nave de Ishtar ha estado aquí. Si ha estado... bueno, creo que ninguno de nosotros va a necesitar ir a Emakhtila otra vez. ¡Dioses! Si hubiéramos podido abordarla aquí mismo, y ganar la recompensa de Klaneth.

Los escrúpulos de Kenton desaparecieron; allí estaban los cazadores, entregados a los perseguidos.

—A la derecha, Zubrán —susurró con fiereza—. Dile a Zala que venga y cuéntale el plan.

Y cuando esto se hubo llevado a cabo, les condujo hacia el lado de la nave que estaba a cubierto. Había un saliente que les ayudaría a avanzar, y según le pareció a Kenton, que miraba enfadado a aquella nave, una nave ganada, significaba encontrarse con Sharane.

Al fin llegaron, zumbando y en enjambre, como abejas, y se confundieron con el grupo de hombres de la nave extranjera. Las doncellas seguían apuntando. Cayeron la mitad del primer grupo, ensartados, antes de que pudieran echar mano al escudo, gritando como locos. Kenton gritó y saltó sobre la nave, cortando con su espada, mientras la maza de Gigi golpeaba, y la hoja de Sigurd y la cimitarra de Zubrán se cobraban nuevas víctimas. Vencidos antes de que pudieran levantar una mano, los que quedaban vivos se arrodillaron y suplicaron piedad. Un pequeño grupo que corría en su ayuda, procedentes de popa, se encontró con una tormenta de flechas lanzadas por las muchachas. Entonces, dejaron caer las armas y levantaron las manos en señal de sumisión.

Reunieron a los cautivos, les desarmaron y les encerraron en el camarote delantero. Allí les dejaron, asegurándose primero de que no tenían armas y de que no había forma alguna de escapar. Después, echaron la llave a las cadenas de los remeros. El vikingo bajó al foso, cogió diecinueve esclavos de los más robustos, les soltó y les condujo, de dos en dos, a la nave. Allí les esposó a los remos vacantes.

Encontraron también mucho oro, y otras cosas que podían resultar útiles en Emakhtila: ropa de marinero al estilo del lugar, largas túnicas con las que cubrirse y evitar que les reconocieran.

Surgió la pregunta de qué hacer con el botín y la gente que había en el barco. Gigi les estaba despachando con su espada. El persa pensaba que era mejor volver a traer a los esclavos, dejar la nave donde estaba y, después de matar al resto de la nave cautiva, navegar en ella hacia Emakhtila. En este plan había mucho que elogiar. La nave de Ishtar era una embarcación marcada. No había forma de confundirla. Esta otra nave no despertaría sospechas entre los

que la vieran navegar, y, una vez llegados a Emakhtila y hecho lo que tenían que hacer, podían volver en aquel barco a recuperar el suyo.

Pero Kenton no lo aceptaba. De modo que el capitán fue llamado para ser interrogado y se le informó de que si respondía con sinceridad se salvaría su vida y la de los demás hombres.

No había mucho que decir, pero fue suficiente para que el corazón de Kenton volviera a latir con fuerza y también para llevar a él nuevos temores. Sí, había una mujer que Klaneth, el sacerdote de Nergal, había llevado a Emakhtila. La había ganado en una batalla, había dicho Klaneth, una batalla en el mar en la que habían muerto muchos hombres. No dijo dónde había tenido lugar ni contra quién, y había advertido a sus soldados que guardaran silencio. Pero se había empezado a correr la voz de que aquella mujer pertenecía a la nave de Ishtar. Entonces, las sacerdotisas de Ishtar la reclamaron, pero Klaneth, que tenía un gran poder, se resistió a entregarla. Y, en señal de compromiso, el Consejo de los Dioses la había ordenado sacerdotisa del Dios Bel, y la habían destinado en el refugio de Bel, en lo alto del Templo de las Siete Zonas.

—Conozco ese templo, y el refugio de Bel —dijo Sigurd—. Y sé por qué debe vivir allí su sacerdotisa —susurró, como pidiendo su parecer a Kenton.

Esta mujer aparecía de vez en cuando, cargada de velos, para asistir a algunas ceremonias en honor del Dios Bel, continuó el capitán. Pero parecía vivir en un sueño. Le habían despojado de los recuerdos, o al menos eso se rumoreaba. No sabía nada más, excepto que Klaneth había doblado su recompensa por tres de ellos, y señaló a Gigi, Zubrán y el persa; y la había triplicado para aquél... y señaló a Kenton.

Cuando hubieron acabado de interrogarle, soltaron a los restantes esclavos y los mandaron a la orilla. Después, hicieron señas a la nave y el de Nubia la condujo hacia ellos. Observaron cómo el capitán y sus hombres saltaban por encima del costado de la galera y desaparecían entre los árboles.

—Hay mucha agua y alimentos —refunfuñó Gigi—. Y han salido mucho mejor parados de lo que habríamos salido nosotros de sus manos.

Amarraron la galera cautiva a su barco. Lentamente, la sacaron del puerto por aquella boca de labios de roca. Y una vez que se hubieron alejado de allí, Sigurd saltó a la galera, golpeó con un hacha y soltó las amarras. Pronto la galera se llenó de agua y se hundió.

—Ahora —gritó Kenton, y tomó el timón, dirigiendo la nave a donde señalaba la flecha azul.

Señalaba hacia Emakhtila... hacia Sharane.

¡Sharane!

Buscando la Isla de los Hechiceros

La suerte les acompañaba. Las nieblas plateadas parecían colgarse de la nave, cubriéndola de forma que iba navegando dentro de una esfera no superior al doble de su longitud. Las nieblas la ocultaban. Kenton, que apenas dormía, hacía remar a los esclavos hasta que caían exhaustos.

—Se está preparando una buena tormenta —previno Sigurd.

—Ruega a Odín que la contenga hasta que estemos bien entrados en Emakhtila —respondió Kenton.

—Si al menos tuviéramos un caballo, lo sacrificaría al padre de todas las cosas —dijo Sigurd—. Entonces sí que contendría esa tormenta todo lo que fuera necesario.

—Habla bajo, no sea que nos ataquen los caballos del mar —advirtió Kenton.

Después le preguntó al vikingo más detalles sobre la historia que había iniciado cuando el capitán de la galera capturada dijo que la mujer cautiva era la sacerdotisa del refugio de Bel.

—Allí estará a salvo, incluso de Klaneth, mientras no tome otro amante que no sea el dios —dijo Sigurd.

—¡Otro amante que no sea el dios! —rugió entonces Kenton, echándose la mano a la espada y mirando fijamente a Sigurd—. ¡Ella no aceptará otro amante que no sea yo, hombre o dios, Sigurd! ¿Qué quieres decir?

—Retira la mano de la espada, lobo —replicó Sigurd—. No era mi intención ofenderte. Pero los dioses... dioses son. Y había algo en la charla de ese capitán acerca de tu mujer... que si vivía en un sueño, que si le habían arrebatado la memoria... ¿no? Si eso fuera cierto... hermano de sangre... tú estás en esos recuerdos que ella ha perdido.

Kenton dio un respingo.

—Nergal trató en una ocasión de separar a un hombre y una mujer que se amaban —dijo— igual que Sharane y yo. No lo logró, y no creo que el sacerdote de Nergal sea capaz de hacer algo que su Señor no consiguió.

—Ese no es un buen argumento, lobo. —Era Zubrán, quien se había acercado a ellos en silencio—. Los dioses son fuertes, y no tienen necesidad de andar con sutilezas ni astucias. Destruyen... y ya está. No es muy artístico, lo reconozco... pero no admite discusión. Y el hombre, que no tiene la fortaleza de los dioses, debe recurrir a la astucia y a la sutileza. Por eso los hombres cometen actos más terribles que los dioses. Su debilidad les obliga a ello. Los dioses no

tienen la culpa, excepto por haber hecho al hombre más débil que ellos. Por esta razón, debes temer más a Klaneth que a Nergal, su señor.

—¡Él no podrá borrarne del corazón de Sharane! —gritó Kenton.

El vikingo bajó la cabeza y miró la brújula.

—Tal vez tengas razón —musito—. O quizá la tenga Zubrán. Lo único que sé es que mientras tu mujer sea fiel a Bel, ningún hombre puede hacerla daño.

El vikingo fue tan vago al afirmar esto como duro y tajante solía ser en muchas otras cosas. El nórdico había sido muy observador cuando fue esclavo de los sacerdotes de Nergal. Conocía la ciudad y el Templo de las Siete Zonas perfectamente. Y lo que mejor conocía era el camino de acceso a Emakhtila sin necesidad de atracar en el puerto.

Esto, desde luego, era importante, pues no entraba dentro de lo probable que pudieran entrar en aquel puerto sin ser reconocidos al instante.

—¡Mirad, camaradas! —Sigurd arañó con la punta de la espada un tosco mapa dibujado en los tablones de cubierta—. Aquí está la ciudad. Está al final de un fiordo. A cada lado de éste se elevan unas montañas, que se extienden formando dos profundas pendientes hasta hundirse en el mar. Pero aquí —señaló un punto en la línea costera, donde la montaña del margen izquierdo se unía a la costa— hay una ensenada con una entrada muy estrecha. La utilizan los sacerdotes de Nergal para realizar sacrificios secretos. Entre la ensenada y la ciudad hay un sendero semioculto que atraviesa las colinas. Este camino nos llevará al gran templo. Yo he caminado por esa senda secreta y he estado en las orillas de esa ensenada. Fui allí con otros esclavos, transportando a los sacerdotes en literas y llevando instrumentos para los sacrificios. Mientras que a cualquier barco le llevaría dos buenos sueños llegar desde Emakhtila a este lugar, por el camino secreto la distancia es la mitad, de forma que un hombre fuerte podría hacer ese recorrido en mi tierra entre el amanecer y el mediodía de una jornada de invierno. Además, hay muchos lugares donde podemos ocultar la nave. No pasan muchas galeras, y en los alrededores no vive nadie: por eso lo escogieron los sacerdotes de Nergal.

»También conozco el Templo de las Siete Zonas, ya que fue mi hogar durante un tiempo —siguió Sigurd—. Su altura es de treinta veces el mástil de la nave.

Kenton lo calculó rápidamente. Eso significaba que el templo tenía unos ciento ochenta metros... una altura desde luego respetable.

—La parte central —dijo el vikingo— está compuesta por los santuarios de los dioses y de la diosa Ishtar, construidos unos sobre otros. Alrededor de esta parte central se distribuyen las estancias de los sacerdotes y sacerdotisas, y los altares menores. Estos santuarios secretos son siete en total, y el último de todos es la morada de Bel. De la morada de Bel sale una escalera que conduce a su refugio. En la base del templo hay una gran sala con altares y otros lugares

sagrados donde la gente acude a orar. Las entradas están muy protegidas. Ni siquiera nosotros cuatro podríamos entrar allí.

»Pero, rodeando al templo, que tiene esta forma —dibujó una línea, representando un cono truncado—, hay una escalera, así —dibujó una espiral desde la base hasta la parte superior del cono—. A intervalos, en toda la escalera, hay centinelas. En la base hay una guarnición. ¿Está todo claro?

—Lo que está claro —gruñó Gigi— es que vamos a necesitar un ejército para tomarlo.

—No tanto —respondió el vikingo—. Recuerda cómo tomamos la galera, y eso que eran más que nosotros. Entraremos con el barco, remando, por ese puerto secreto. Si los sacerdotes están allí, tendremos que hacer lo que podamos: matarlos, o huir. Pero si las estrellas decretan que allí no haya sacerdotes, esconderemos la nave y dejaremos a los esclavos al cuidado de los negros. Después, los cuatro, vestidos de marineros con las ropas y las capas que cogimos de aquel barco, iremos por el camino secreto y entraremos en la ciudad.

»Por lo que respecta a la escalera, tengo otro plan. La bordea un muro de cierta altura, que llega hasta el pecho de un hombre. Si logramos pasar sin que se enteren los guardias de la base, podemos deslizarnos, a la sombra del muro, matando a los centinelas que nos encontremos, hasta alcanzar el refugio de Bel. Cuando lleguemos, liberaremos a Sharane.

»Pero si hace buen tiempo no podremos conseguirlo —concluyó—. Tiene que estar oscuro, o haber tormenta, para que no nos vean por la calle. Y por eso estoy rogando a Odín, para que esta tempestad que se está preparando no estalle hasta que hayamos llegado a la ciudad y estemos en la escalera. Porque si hay tormenta, es seguro que podremos hacerlo como os he contado, y con gran rapidez.

—Pero en todo esto no veo ninguna ocasión de matar a Klaneth —rugió Zubrán—. Entramos en silencio, subimos en silencio, salimos otra vez en silencio con Sharane... si podemos. Y eso es todo. Por Ormuz, mis rodillas están demasiado débiles para agacharme. Y mi cimitarra está ansiosa por batirse en el escondrijo del sacerdote negro.

—¡No estaremos seguros mientras Klaneth viva! —gritó Gigi, volviendo a su antigua canción.

—Ahora no estoy pensando en Klaneth —protestó el vikingo—. Lo primero es la mujer de Kenton. Y después, ya cogeremos al sacerdote negro.

—Estoy avergonzado —dijo Zubrán—. Tenía que haberlo recordado. Pero es verdad que me sentiría más a gusto si pudiera matar a Klaneth cuando la rescatemos. Porque estoy de acuerdo con Gigi: mientras él viva, no hay seguridad para tu hermano de sangre ni para ninguno de nosotros. Sin embargo, Sharane es lo primero, desde luego.

El vikingo había estado observando la brújula. Volvió a mirar, con gran interés, y se retiró, señalándola.

Las dos serpientes azules estaban paralelas en el baño escarlata, con sus cabezas vueltas hacia un punto.

—Vamos derechos a Emakhtila —dijo Sigurd—. Pero ¿estamos ya dentro de las mandíbulas de ese fiordo, o fuera de ellas? Sea como sea, debemos estar cerca.

Puso el timón en posición. La nave viró. La aguja más grande se movió un cuarto del espacio hacia la derecha, entre los símbolos rojos del borde del recipiente. La pequeña se mantuvo fija.

—Eso no significa nada —gruñó el vikingo—, excepto que ya no vamos derechos a la ciudad. Pero puede que estemos cerca de esos montes. Mira a ver cómo están los remeros.

La nave aminoró la velocidad, y, cada vez más despacio, fue abriéndose camino entre la bruma. De pronto, la niebla se oscureció ante sus ojos. Algo surgió de ella despacio, muy despacio. Algo que se reveló como una orilla baja, que subía repentinamente y se confundía con las sombras, más profundas, que tenía detrás. Las olas batían suavemente hacia ella, acariciando sus rocas. Sigurd hizo un voto de agradecimiento.

—Estamos al otro lado de las montañas —dijo—. En algún lugar, por aquí cerca, está la bahía secreta de que os hablé. Haz que el vigilante siga orientando la nave por la ruta que llevamos.

Movió el timón abruptamente hacia estribor. La nave giró; bordearon despacio la orilla. Pronto, ante ellos, surgió una elevada cresta de rocas. La rodearon, pasaron bordeando su extremo, y, todavía remando en silencio, llegaron por fin a otro pequeño estrecho, por el que el vikingo hizo entrar la nave.

—Un buen lugar para esconderse —dijo—. Llevaremos la nave junto a aquel grupo de árboles. Eso es. Allí hay agua, los árboles salen del agua. Una vez allí, no nos podrán ver desde la orilla ni desde el mar.

Se metieron en el bosquecillo. Unas ramas largas, cubiertas de densas hojas, les cubrían.

—Ahora la amarraremos a los troncos de los árboles —susurró Sigurd—. Id con cuidado. Los sacerdotes pueden estar por aquí. Después los buscaremos, cuando estemos en camino. Dejaremos a las mujeres al cuidado de la nave. Los negros están detrás. Dejaremos que se acerquen hasta que regresemos...

—Tendrías más posibilidades de regresar si te cortaras esos pelos, y la barba, Sigurd —dijo el persa, y añadió—: Y también las tendríamos nosotros.

—¿Qué? —gritó el vikingo, indignado—. ¡Cortarme el pelo! ¡Pero si hasta cuando era esclavo me lo dejaron intacto!

—¡Sabio consejo! —dijo Kenton—. Y, Zubrán, esa barba de fuego, y tu pelo rojo. Sería mejor para vosotros y para nosotros, que os afeitarais, o que os cambiarais el color.

—¡Por Ormuz, no! —exclamó el persa, tan indignado como Sigurd.

—¡Va por lana y sale trasquilado! —rió el vikingo—. Sin embargo, es un buen consejo. Es mejor quedarse sin pelo en la cara y en la cabeza, que quedarse sin cabeza sobre los hombros.

Las muchachas trajeron tijeras. Riendo, cortaron la mata de pelo de Sigurd hasta que quedó a la altura del cuello, y le recortaron la barba hasta que sólo fue una sombra. Fue sorprendente la transformación de Sigurd, hijo de Trygg, que llevaron a cabo las tijeras.

—Aquí hay uno al que Klaneth no reconocerá si le ve —rugió Gigi.

Entonces le tocó al persa ponerse en manos de las mujeres.

Le empaparon la barba y el pelo con paños mojados en un líquido negro que llevaban en un recipiente. El pelo, de tonalidad rojiza, se oscureció hasta convertirse en castaño. La diferencia entre él y el antiguo Zubrán era la misma que entre Sigurd y el antiguo Sigurd. Pero Kenton y Gigi asintieron con aprobación: al menos el color rojo, que le hacía tan notorio como al nórdico su cabellera, había desaparecido.

Quedaban Kenton y Gigi. No se podía hacer gran cosa con ninguno de los dos. No había forma de cambiar aquella ranura que hacía que la boca de Gigi pareciera la de una rana, ni sus ojos chispeantes como cuentas de azabache, ni su coronilla calva ni sus hombros inmensos.

—Quítate los pendientes, Gigi —ordenó Kenton.

—¡Quítate tú ese brazalete que llevas en el brazo! —replicó Gigi.

—¡El regalo de Sharane! ¡Nunca! —exclamó Kenton, tan indignado como antes lo estuvieran el nórdico y el persa.

—Estos pendientes me los puso una mujer que me amó tanto como ella te ama a ti. —Por primera vez desde que Kenton había conocido a Gigi había ira en su voz.

El persa rió suavemente. Eso rompió la tensión. Kenton sonrió al tamborilero, algo culpable Gigi le devolvió la sonrisa.

—Bien —dijo—. Parece que todos debemos de hacer sacrificios... —y empezó a aflojarse los pendientes.

—¡No, Gigi! —Kenton no era capaz de romper aquella banda dorada en la que Sharane había grabado los símbolos de su amor—. Déjalos. Los pendientes y el brazalete pueden ocultarse.

—No sé... —Gigi hizo una pausa, dubitativo—. Me parece mejor así. Esa idea del sacrificio... lo hace más fuerte.

—No hay mucho sentido en lo que dices —dijo Kenton, tozudamente.

—¿No? —musitó Gigi—. Pues muchos hombres vieron ese brazalete tuyo cuando luchaste con los hombres del sacerdote negro y perdiste a Sharane. Klaneth debió verlo también. Algo me dice que ese regalo es más peligroso que mis pendientes.

—Bueno, a mí nadie me obliga a nada —dijo Kenton, lacónico.

Luego se dirigió hacia lo que había sido el camarote de Klaneth y empezó a quitarse las ropas y a ponerse el traje de marino que habían cogido de la galera capturada. Se puso una amplia camisa de piel, finamente teñida, cuyas mangas se abrochaban en las muñecas.

—¿Ves? —le dijo a Gigi—. Ya está escondido el brazalete.

Después se puso unos pantalones, también muy amplios y del mismo material, que se ajustaban con un cinturón, y unas botas hasta la rodilla. Sobre la camisa se puso una túnica sin mangas, hecha de malla. En la cabeza se colocó una gorra en forma de cono, recubierta de metal, de cuyos lados almohadillados caían hasta los hombros unos pliegues de seda engrasada.

Los otros se vistieron con atuendos similares. Únicamente el persa no quiso despojarse de su propia malla. Conocía su resistencia, dijo, y las otras ropas eran nuevas para él. Dijo que era una vieja amiga, muchas veces probada y siempre fiel, y no se iba a despojar de ella para ponerse una nueva cuya lealtad no había sido aún probada. Pero sobre ella se colocó una de las camisas, y una túnica. Y Gigi, después de ponerse el gorro, se colocó los pliegues de seda de forma que ocultaran sus orejas, y los pendientes. También se puso alrededor del cuello una larga tira de seda, que sujetara las otras telas y ocultara su boca.

Y cuando se hubieron cubierto con las largas capas, se examinaron unos a otros, con el corazón alegre. El vikingo y el persa eran como auténticos niños que hubieran sido cambiados por otros. No había el menor temor de que les reconocieran. Kenton estaba, según les pareció, bastante cambiado con su nuevo atuendo. La capa ocultaba las piernas rechonchas de Gigi, y las telas que llevaba en el rostro, y el gorro cónico, le transformaban curiosamente, haciéndole irreconocible.

—¡No está mal! —murmuró el vikingo.

—¡Está muy bien! —repitió Kenton.

Se pusieron los cinturones y se colocaron en ellos las espadas, cada uno la suya y la que le había forjado Sigurd. Únicamente Gigi no llevaba ni la espada de nueve pies que le había hecho el nórdico ni la enorme maza. Esta última era demasiado conocida; la anterior, demasiado incómoda para el viaje y, al igual que la maza, imposible de ocultar. Cogió dos espadas de un tamaño mediano, y al final, cortó un trozo de soga, largo y delgado, unido a un pequeño rezón. Se ató la soga a la cintura y colgó el gancho del cinturón.

—Guíanos, Sigurd —dijo Kenton.

Uno por uno, se dejaron caer por la proa del barco, vadearon las aguas, no muy profundas, y se quedaron junto a la orilla mientras esperaban a Sigurd. Las nieblas se habían hecho más espesas. Las hojas doradas, los racimos escarlata y los brotes amarillos les rodeaban como si fueran un antiguo biombo chino. Sigurd se movía entre la niebla, rodeado de sombras.

—Vamos —dijo el vikingo al unirse a ellos—. He encontrado el camino.

Todos le siguieron en silencio a través de la bruma, bajo las sombras plateadas de los árboles.

PARTE IV

18

En la Ciudad de los Hechiceros

Había un camino semioculto, efectivamente. Cómo lo siguió Sigurd, en medio de aquella niebla plateada, guiado por qué signos, era algo que Kenton no podía decir. Pero el vikingo seguía caminando, sin titubear.

La estrecha senda discurría entre las escarpadas rocas, cubiertas por altos helechos, y atravesaba bosquecillos donde el aire tranquilo se mostraba lánguido por el perfume de millares de extraños capullos. Cruzaba también a través de densos racimos de esbeltos troncos que eran como cañas de bambú, lacados de escarlata, y a través de bosquecillos donde los árboles crecían ordenadamente, con una precisión de jardín botánico, y cuyas sombras de plata pulida eran espesísimas. Sus pasos no producían sonido alguno sobre el mullido liquen. Hacía rato que no escuchaban el murmullo del mar. No se oía a su alrededor el menor ruido.

El vikingo se detuvo al borde de uno de los ordenados bosquecillos.

—El lugar de los sacrificios —susurró—. Voy a ver si hay por los alrededores algún perro de los de Nergal. Esperadme aquí.

El vikingo se perdió en medio de la bruma. Los demás esperaron en silencio. Todos ellos sentían que algo malvado dormía oculto entre aquellos árboles, y que si hablaban o se movían lo despertarían, atrayéndolo hacia ellos. Y de ese ser emanaba, como si aquel durmiente perverso lo respirase, aquel olor dulzón y pegajoso a osario que había en el camarote de Klaneth.

Sigurd regresó en silencio, tal como se había ido.

—Aquí no hay túnicas negras —dijo—. Y, sin embargo, en ese bosquecillo siempre hay algo de sus oscuros dioses. Estoy deseando dejar atrás este sitio. Marchad deprisa y en silencio.

Continuaron andando. Al final Sigurd se detuvo, dando un profundo suspiro de alivio.

—Ya hemos pasado —les dijo.

El vikingo les hizo andar más deprisa. Y luego empezó a trepar por un lugar muy empinado. Atravesaron un largo y profundo barranco, en el que aquella luz plateada de bruma apenas era lo suficientemente intensa para que pudieran seguir el camino sobre los cantos rodados de que estaba hecho.

Pasaron por entre dos enormes monolitos, y se detuvieron. El silencio que les envolvía se había roto de repente. Ante ellos no había nada más que una

muralla de bruma, pero de ella procedía un murmullo muy, muy lejano, el bullicio de una gran ciudad, el chirriar de los mástiles, el movimiento de los aparejos, el salpicar de los remos, y de vez en cuando, un grito, que salía disparado como una cometa por encima del vago clamor.

—El puerto —dijo Sigurd, y señaló hacia abajo, a la derecha—. Emakhtila está bajo nosotros... muy cerca. Y allí —volvió a señalar hacia abajo, un poco hacia la izquierda— está el templo de las Siete Zonas.

Kenton siguió el dedo de Sigurd. Una poderosa masa se perfilaba oscuramente en medio de la neblina. Sus líneas borrosas tenían forma de cono, y la punta estaba truncada. Su corazón empezó a latir con fuerza.

Descendieron un buen trecho. El murmullo de la ciudad les llegaba cada vez más fuerte. El enorme bulto del templo se hizo más claro, elevándose cada vez más alto, hacia los cielos, a medida que descendían. Las nieblas ocultaban la ciudad casi por completo.

Llegaron hasta una alta muralla de piedra. Sigurd se volvió entonces hacia ellos y les condujo hasta un bosquecillo de árboles, espeso y con densas sombras. El grupo se metió entre los árboles, siguiendo al Vikingo, que ahora avanzaba con más precaución.

Al final se paró tras un enorme tronco, para observar, y les hizo señas de que siguieran. Más allá de los árboles se veía un camino, amplio y lleno de profundos baches.

—El camino que lleva a la ciudad —dijo—. Un camino libre, por el que podemos caminar sin temor.

Bajaron por una pendiente y siguieron aquella senda, caminando de dos en dos. Los árboles pronto dejaron paso a los campos, cultivados hasta donde las nieblas les permitían ver; campos llenos de enormes plantas cuyas hojas tenían una forma parecida a las del maíz, aunque eran amarillas como el azafrán en lugar de verdes, y en vez de mazorcas, tenía racimos alargados de brillantes granos blancos; se veían hileras de arbustos en cuyas ramas brillaban pequeños frutos verdes como esmeraldas, frutos desconocidos; viñas de tres ramas de las que colgaban calabazas en forma de estrella.

Vieron casas de dos pisos; otras en forma de bloque, con alas como los pequeños cubos que construyen los niños. Estaban pintadas con dibujos y colores llamativos. Las fachadas alternaban las rayas verticales, bandas azules de un metro de anchura, con el amarillo o el azul, recorridas por zigzags escarlatas que parecían simbolizar, convencionalmente, el rayo. Otras tenían anchas bandas horizontales de color carmesí, con rayas verdes.

La carretera se estrechó y se convirtió en una calzada pavimentada con bloques de piedra. Las casas pintadas adquirieron consistencia. Hombres y mujeres pasaban junto a ellos. Eran negros o morenos, y parecían de arcilla, con sus trajes blancos sin mangas y cortados justo debajo de la rodilla. Todos

llevaban en la muñeca derecha un aro de bronce del que caían media docena de cadenas. Todos llevaban alguna carga: cántaros, cestas con frutas y calabazas, barras de pan de un color pardo rojizo, pastelillos... Al pasar los cuatro, les miraron con curiosidad.

—Esclavos —dijo Sigurd.

Ahora las casas pintadas parecían más sólidas, unas junto a otras. Tenían galerías en las que había árboles en flor y plantas como las del camarote rosado de la nave. En algunas había mujeres asomadas, que les llamaban la atención al pasar.

Desembocaron después en una concurrida avenida. Kenton se detuvo enormemente sorprendido.

Al fondo se alzaba el enorme bulto del templo escalonado. Había tiendas a ambos lados de la calle. En las puertas, los hombres gritaban su mercancía. De las paredes colgaban tejidos de seda con letras cuneiformes que anunciaban la mercancía.

A su lado pasaron unos asirios, hombres de Nínive y babilonios de cabello y barbas rizadas; fenicios de nariz ganchuda y ojos fieros; egipcios de ojos violeta y con faldas de muselina; etíopes con grandes aros dorados en las orejas; hombres sonrientes de piel amarilla y ojos ovalados. Soldados con corazas de cota de malla, arqueros con aljabas a la espalda y el arco en la mano; sacerdotes con túnicas negras, carmesíes y azules. Durante un instante se detuvo ante él un musculoso guerrero de piel rojiza, que llevaba al hombro el hacha de doble hoja de la antigua Creta. Sobre su otro hombro caía el brazo blanco de una mujer vestida con una falda plisada que lucía un estampado extrañamente moderno, con un cinturón que figuraba una serpiente y con el pecho alto asomando por la abertura de la blusa, sorprendentemente actual, también. Sabía que aquella pareja era de Minos, y que quizás hubieran contemplado cómo los jóvenes y las doncellas, tributo de Atenas al Minotauro, atravesaban la puerta del laberinto hasta el altar donde el monstruoso hombre—toro les aguardaba.

Había también un romano con coraza, que llevaba una espada corta de bronce, y que tal vez había contribuido a abrir los caminos por los que pasó el primer César. Tras él iba un gigantesco galo de cabellos rizados con los ojos tan azules y tan fríos como los de Sigurd.

En una y otra dirección, pasaban por el centro de la calzada hombres y mujeres en literas transportadas por esclavos. Sus ojos se fijaron en una muchacha griega, liviana y de largos miembros, con el pelo tan amarillo como el trigo maduro. Siguieron también a una cartaginesa de ojos cálidos, lo bastante bonita como para ser la desposada de Baal, que se asomó por un lado de la litera y le sonrió.

—Tengo hambre y sed —protestó Sigurd—. ¿Por qué nos hemos parado aquí? Vámonos.

Y Kenton se dio cuenta de que este desfile de otros tiempos no les resultaba chocante a sus camaradas, que también pertenecían al pasado, por lo que asintió distraído. Entonces se confundieron con la multitud, y se detuvieron ante una plaza donde los hombres se sentaban a comer y a beber.

—Será mejor que entremos de dos en dos —dijo Gigi—. Klaneth busca a cuatro hombres, y somos extranjeros. Lobo, tú entra primero, con Sigurd. Zubrán y yo os seguiremos... pero no nos miréis cuando entremos.

El tabernero les puso la comida y unos grandes porrones de vino tinto. Era parlanchín; les preguntó dónde habían atracado, y si habían tenido una buena travesía.

—Este tiempo no es bueno para hacerse a la mar —cotilleó—. Se avecina una tormenta... y grande. Estoy rogando Al Que Dona las Aguas para que la sujete hasta que haya terminado la ceremonia de Bel. Voy a cerrar pronto el establecimiento para ver a la nueva sacerdotisa, de la que tanto se habla.

Kenton había mantenido la cabeza inclinada, con los velos del gorro cubriéndole el rostro. Pero al oír aquello la levantó, y miró al hombre a los ojos.

El tabernero palideció, empezó a titubear, y le devolvió la mirada con los ojos muy abiertos.

¿Le habría reconocido? La mano de Kenton buscó la espada a hurtadillas.

—Perdón —jadeó el tabernero—. No le había reconocido... —Entonces se inclinó para mirarle de cerca, se volvió a apartar, y rió—. ¡Por Bel! Creí que era... otro... ¡Dios!

Después se fue, presuroso, y Kenton se quedó mirándole. ¿Era aquella partida un ardid? ¿Le había reconocido como el hombre que Klaneth buscaba? No podía ser. Su sobresalto había sido demasiado real; su alivio, demasiado sincero. ¿A quién se parecía entonces Kenton, para despertar en él tal pánico y tal alivio?

Terminaron rápidamente de comer, pagaron con el oro que habían cogido de la galera, y salieron a la calle. Casi en seguida se unieron a ellos Gigi y el persa.

Bajaron por la calle de dos en dos, sin prisas, como hombres que acaban de llegar de un largo viaje. Pero en su caminar, Kenton veía, cada vez con mayor sorpresa y aprensión, que le miraban unos y otros, que se detenían maravillados, y después, que los ojos que le descubrían se apartaban rápidamente. Los otros también se dieron cuenta.

—Ponte los velos del gorro por la cara —dijo Gigi, incómodo—. No me gusta la forma en que nos miran.

Kenton le contó lo del tabernero.

—¡Qué mala pata! —dijo Gigi sacudiendo la cabeza—. Pero, ¿a quién puedes parecerte para asustar así a los que te miran? Bueno... tápate la cara lo mejor que puedas.

Y Kenton se cubrió la cara, manteniendo la cabeza inclinada al caminar. A pesar de todo, las cabezas se seguían volviendo.

La calle daba a un amplio parque. La gente paseaba por el césped, se sentaba en bancos de piedra y en las raíces de árboles gigantescos, cuyos troncos eran tan gruesos como los de los secuoyas, y cuyas copas se perdían en las brumas, cada vez más espesas. Después de caminar por un pequeño sendero, Sigurd cogió una calzada más amplia, para entrar al parque.

—Lobo —le dijo—, Gigi tiene razon. Te miran demasiado. Se me ha ocurrido que será mejor para todos no acercarse más. Siéntate en este banco. Baja la cabeza como si estuvieras borracho o dormido. Aquí no hay mucha gente, y aún habrá menos a medida que se vaya llenando el vestíbulo del templo. Las brumas te ocultarán de quienes pasen por la calle. Nosotros tres entraremos en el templo y estudiaremos la escalera. Después volveremos contigo, y veremos qué hacemos.

Kenton sabía que el vikingo estaba en lo cierto. Su incomodidad había ido creciendo por momentos. Y sin embargo, le era difícil quedarse allí, no ver por sí mismo aquel lugar en el que estaba cautiva Sharane, dejando a los otros la oportunidad de encontrar el camino que le llevaría hasta ella.

—Valor, hermano —dijo Sigurd al marcharse—. Odín ha sujetado la tormenta como le pedimos. Odín nos ayudará a rescatar a tu mujer.

Después, durante mucho, mucho tiempo, según le pareció a él, estuvo sentado en aquel banco, cubriéndose el rostro con las manos. El deseo de ver con sus propios ojos la prisión de Sharane y de estudiar sus puntos débiles se hizo cada vez más fuerte. Después de todo, sus camaradas no estaban tan interesados como él; no tenían la vista agudizada por el amor. Él podría tener éxito allí donde los otros fracasaran; sus ojos verían lo que los de los otros pasarían por alto. Y al final, aquel deseo le dominó. Se levantó del banco y volvió a la calle abarrotada. Cuando se hubo alejado unos pasos, se dio la vuelta y regresó bordeando el parque, en paralelo a la calle, pero a cierta distancia.

Poco después llegó al final del parque, se detuvo semioculto y observó.

Justo ante él, y a menos de cincuenta metros, se elevaba la inmensa mole del Templo de las Siete Zonas.

Ocupó toda su vision como si fuera un cono ciclópeo. La enorme escalera lo rodeaba en espiral, como una enorme serpiente. Desde la base hasta una altura de unos treinta metros el templo brillaba como la plata bruñida. Luego cortaba el cono una terraza circular. Encima de ésta, la superficie estaba cubierta de algún metal de color rojo dorado, o anaranjado intenso, hasta una altura de otros cien pies. Y sobre esta zona, otra terraza y otra fachada de negro azabache, mate y sin vida. Y luego otra terraza. La bruma ocultaba las paredes que se elevaban sobre esta última, pero a Kenton le pareció ver, emanando de ellas, un destello de brillante escarlata y, sobre él, una sombra azulada.

Sus ojos siguieron la escalera que rodeaba la torre como un cinturón. Dio un paso hacia adelante, para ver mejor. Unos anchos peldaños llevaban de la base a una amplia plataforma en la que había muchos hombres con armadura. Aquélla, advirtió, era la guarnición que deberían burlar o hacer desaparecer. El corazón le dio un vuelco cuando contó los soldados que la guardaban.

Miró detrás de ellos. La escalera subía gradualmente desde la plataforma de los guardias. A unos mil quinientos metros de allí, el parque parecía llegar hasta el templo. Había un grupo de altísimos árboles cuyas ramas casi tocaban la escalera en aquel punto.

¡La soga y el gancho de Gigi! Ah, qué sabio había sido el ninivita, anticipándose así a aquella posibilidad. Kenton era el más ligero de los cuatro: podía subirse a aquellos árboles, dejarse caer en la escalera, o, si ello no fuera posible, agarrar el gancho que colgaría por la muralla, balancearse y trepar por la cuerda.

Después podía dejar caer la cuerda para que los otros tres subieran por ella. ¡Podía hacerlo! Y con aquella tormenta que Sigurd profetizaba, tenía la certeza de no despertar la alarma entre la guarnición.

De pronto, tuvo la sensación de que le estaban observando. Vio que en el espacio que mediaba entre él y el templo no había nadie; y vio que el oficial de la guarnición estaba de pie, en la base de la escalera, mirándole.

Kenton se volvió, bordeó rápidamente la calle y regresó al banco. Luego se sentó como estaba antes, inclinado y con el rostro entre las manos.

Y mientras estaba allí sentado, alguien se paró junto a él.

—¿Qué sucede, marinero? —dijo una voz, toscamente amable—. Si estás enfermo, ¿por qué no te vas a casa?

Kenton habló con voz ronca, manteniendo oculto el rostro.

—Demasiado vino de Emakhtila —respondió—. Déjame en paz. Ya se me pasará.

—¡Ja! —rió el otro, y le agarró por un codo—. Mira, será mejor que te busques un refugio antes de que estalle la tormenta.

—¡No, no! —dijo Kenton, pesadamente—. No te preocupes por la tormenta. El agua me hará bien.

La mano que asía el brazo le soltó. Por un momento, quienquiera que fuera el que estaba a su lado, se quedó callado. Después se levantó.

—Bien, marinero —dijo cordialmente—. Quédate aquí. Túmbate en el banco y duerme un poco. Que los dioses sean contigo.

—Y contigo —musitó Kenton.

Luego oyó cómo se retiraban los pasos de aquella breve camaradería. Con cautela, volvió la cabeza y miró en la dirección del templo. Había varias figuras caminando entre los árboles. Una de ellas era un viejo con una larga capa azul;

otra, un oficial vestido como el que le había mirado desde el pie de la gran escalera; un marinero, un ciudadano apresurado. ¿Cuál de ellos había sido?

El hombre que se había sentado a su lado le había agarrado por el brazo, justo donde llevaba el brazalete de Sharane. Y aquel oficial... ¡el soldado que le había mirado desde la guarnición! ¿Había sido él? ¿Le había seguido?

Se sentó, erguido, se puso la mano derecha en la manga de la camisa de cuero. Su mano tocó el brazalete. ¡Un cuchillo había rajado la manga, para dejarlo al descubierto!

Kenton se puso en pie de un salto... y echó a correr. Antes de que pudiera dar un paso más, se produjo un crujido tras él, un ruido de pasos. De pronto, le echaron una pesada tela sobre la cabeza, como un saco. Unas manos le agarraron por el cuello. Otras le amarraron con una soga, y otras le rodearon los brazos, sujetándoselos a los lados del cuerpo.

—Quitadle esa tela de la cara... pero no le quitéis las manos del cuello — dijo una fría voz.

Su rostro quedó al descubierto. Estaba mirando a los ojos de Klaneth.

Entonces, del doble anillo de soldados que le rodeaba, llegó un aspaviento de sorpresa, un movimiento de terror. Un oficial se adelantó y le miró incrédulo.

—¡Madre de los dioses! —rugió, y se arrodilló a los pies de Kenton—. Señor... no lo sabía... —Se puso en pie y sacó el cuchillo.

—¡Alto! —intervino Klaneth—. ¡Es el esclavo! ¡Mírale otra vez!

Temblando, el oficial estudió la cara de Kenton, levantó el velo del sombrero y empezó a jurar.

—¡Dioses! —exclamó—. Pero si creí que era...

—Pues no lo es —interrumpió Klaneth suavemente. Sus ojos se recrearon sobre Kenton. Le echó la mano al cinturón y sacó de él la espada de Nabu.

—¡Alto! —El oficial se la arrebató—. Este hombre es mi prisionero hasta que lo entregue al rey. Y hasta entonces guardaré su espada.

Brilló una luz en las pupilas del sacerdote negro.

—Irás a la Casa de Nergal —gruñó—. Será mejor que tengas cuidado, capitán, de no enfadar a Klaneth.

—Enfadado o no —respondió el oficial—, yo soy el enviado del rey. Obedezco sus ordenes. Y tú sabes tan bien como yo que ha ordenado que todos los prisioneros sean llevados primero a su presencia... y no importa lo que diga el sacerdote. Además —añadió astutamente—, está el asunto de la recompensa. Mejor será que esta captura conste en el registro. El rey no es más que un hombre.

El sacerdote negro se quedó callado, con un dedo en los labios. El oficial rió.

—¡Marchando! —exclamó—. Al templo. Si este hombre escapa, todas vuestras vidas pagarán por la suya.

Kenton empezó a caminar rodeado por tres círculos de soldados. A un lado iban los oficiales; al otro, el sacerdote negro con su mirada, recreándose en él, relamiéndose aquellos labios sin piedad.

Así atravesaron el bosque y salieron a la calle. Finalmente, pasaron por debajo de un arco, y la puerta de acceso al templo se los tragó.

El Señor de las Dos Muertes

El Rey de Emakhtila, Señor de las Dos Muertes, estaba sentado, con las piernas encogidas, en un alto diván. Se parecía mucho al Viejo Rey Cole, el de la canción infantil, incluso en esa jovialidad rubicunda del monarca, con sus mejillas redondas y rojas como una manzana. En sus ojos azules, algo acuosos, brillaba la felicidad. Llevaba puesta una amplia túnica escarlata. Su larga barba blanca, salpicada aquí y allá con gotas de vino rojo, púrpura y dorado, se agitaba pícaramente.

La sala del tribunal del Rey de Emakhtila tenía unos cuarenta metros cuadrados. Su diván descansaba sobre una plataforma de un metro y medio de alto, que iba de lado a lado, como un escenario. El suelo, a cuadros, se levantaba en una abrupta concavidad. El lado curvo estaba atravesado por una amplia escalera de escalones anchos y bajos, que ascendía desde el piso bajo y terminaba a un metro y medio del diván del rey.

Doce arqueros con faldillas de plata y escarlata, sujetas por cinturones, vigilaban de pie en el peldaño más bajo, hombro con hombro, los arcos preparados, las flechas en la cuerda, listas para ser colocadas a la altura de las orejas y salir disparadas. Veinticuatro arqueros se arrodillaban a sus pies. Treinta y seis flechas mortíferas apuntaban a Kenton, al sacerdote negro, y al capitán.

A ambos lados de los escalones, y alrededor de toda la concavidad, hasta donde ésta se encontraba con las paredes de la cámara, había otra fila de arqueros, con uniforme de plata y escarlata, hombro con hombro y con las flechas preparadas. Los ojos brillantes del rey podían ver la parte posterior de las cabezas, alineadas al borde de su escenario como si fueran candilejas.

En las otras tres paredes, hombro con hombro, las flechas en la cuerda, los ojos fijos en el Rey de Emakhtila, había otro friso impecable de arqueros de plata y escarlata. Estaban en silencio; tensos como autómatas que, colocados en rígida postura, esperan que alguien toque su resorte oculto.

La cámara no tenía ventanas. Unos tapices de color azul pálido cubrían sus paredes. Un centenar de lámparas la iluminaban con tenues llamas amarillas.

A la altura de dos veces un hombre de buena talla, y a la izquierda del rey, había una sombra oculta por un velo, inmóvil como los arqueros. Pero, incluso a través de los espesos velos llegaba la sutil huella de su belleza.

A la misma distancia de la mano derecha del rey había otra sombra cubierta con velos. Tampoco podían estos velos cubrir del todo el horror que ocultaban.

Una de las sombras empezó a palpar. La otra también.

En el suelo, a los pies del rey, había un gigante chino, agachado, con una espada curva de color carmesí.

A ambos lados del diván había varias jóvenes de piel clara, de pie y desnudas hasta la cintura. Seis a un lado y seis a otro. Sostenían unas jarras llenas de vino. A sus pies había grandes recipientes de vino rojo, púrpura y dorado, y otros recipientes más grandes con nieve.

A la derecha del Señor de las Dos Muertes había una muchacha arrodillada, con una copa dorada en sus manos extendidas. A su izquierda se arrodillaba otra, con una jarra dorada entre las manos. Y el rey utilizaba para beber tanto su mano derecha como su mano izquierda, levantando la copa o la jarra, llevándoselas a los labios y volviéndolas a dejar en su sitio, donde volvían a llenarse al instante.

El capitán y el sacerdote negro habían llevado a Kenton apresuradamente, atravesando varios pasadizos, hasta llegar a la cámara. Y allí estaba el rey, bebiendo. Cuando les vio, dejó la copa y aplaudió.

—¡El Rey de Emakhtila juzga! —proclamó el chino, sonoramente.

—¡Él juzga! —susurraron los arqueros dispuestos a lo largo de las paredes.

Kenton, el sacerdote negro y el capitán se acercaron hasta tocar con el pecho las puntas de las flechas de la primera fila. El rey se inclinó hacia delante, con sus alegres ojos brillantes puestos en Kenton.

—¿Qué broma es ésta, Klaneth? —gritó, con voz aguda y débil—. ¿Es que se han declarado la guerra mutuamente las Casas de Bel y Nergal?

—No están en guerra, señor —respondió Klaneth—. Este es el esclavo por el que ofrecí una gran recompensa, que reclamo, ya que yo le he cogido.

—Ya que «yo» le he cogido, Todopoderoso —interrumpió el capitán, al tiempo que se arrodillaba—. Y por ello me pertenece la recompensa de Klaneth, ¡oh, Justo!

—¡Mientes, Klaneth! —rió el rey—. Si no estás en guerra, ¿por qué has atado...?

—Mirad, señor —interrumpió Klaneth—. Yo no miento.

Los ojos acuosos se fijaron en Kenton.

—¡No! —rió el rey— Tienes razón. Es lo que el otro hombre sería si fuera la mitad de hombre. Bien, bien...

Levantó la jarra, y antes de que estuviera a medio camino de sus labios, se detuvo y miró dentro de ella.

—¡Está a la mitad! —barbotó el rey—. ¡Sólo a medio llenar!

Miró la jarra, y luego a la muchacha que estaba de pie, la más cercana a la doncella que se arrodillaba a su izquierda. Su cara redonda se reflejó en la de ella.

—¡Insecto! —dijo el rey socarrón—. ¡Has olvidado llenarme la jarra!

Luego levantó un dedo.

Sonó la cuerda de un arco en la pared izquierda, y una flecha silbó. La flecha alcanzó a la temblorosa muchacha en el hombro derecho. La doncella se tambaleó con los ojos cerrados.

—Has fallado —gritó alegremente el rey, y volvió a levantar el dedo.

Del friso que cubría la pared derecha surgió la nota de otra cuerda de arco. Una flecha atravesó la sala, silbando. La saeta se clavó en el corazón del primer arquero. Y antes de que su cuerpo tocara el suelo, volvió a cantar el mismo arco.

Una segunda saeta se clavó profundamente en el costado izquierdo de la muchacha herida.

—Muy bien —rió el rey.

—Nuestro señor otorga la muerte —cantó el chino—. ¡Alabémosle!

—¡Alabémosle! —respondieron los arqueros y las doncellas.

Pero Kenton, ciego de ira ante aquella matanza sin honor, dio un respingo. Instantáneamente, las cuerdas de los arcos de los treinta y seis arqueros que tenía delante se tensaron, y las flechas tocaron sus orejas. El capitán y el sacerdote negro le agarraron y le tiraron al suelo.

El chino sacó un pequeño martillo y golpeó la hoja de su espada. Sonó una campana. Del estrado bajaron dos esclavos y se llevaron a la muchacha muerta. Otra ocupó su lugar. Los esclavos retiraron al arquero muerto, y otro salió de entre las cortinas y se colocó en el sitio del anterior.

—Ponedle en pie —graznó el rey, y vació su jarra llena.

—Señor, es mi esclavo. —Toda la voluntad del sacerdote negro no era suficiente para disimular la arrogante impaciencia de su voz—. Ha sido conducido a tu presencia en obediencia a tu mandato. Y ya le has visto. Ahora reclamo mi derecho a llevarle al lugar de castigo.

—¡Jo, jo! —El rey dejó la copa y miró a Klaneth—. ¡Jo, jo! Ah... ¿así que no le vas a dejar ponerse en pie? ¿Y te lo vas a llevar? ¡Jo, jo! Eres la uña de un dedo del pie de una asquerosa pulga. ¿Soy el rey de Emakhtila, o no? ¡Responde!

En la sala se dejó escuchar un sonido de arcos que se tensan. Cada una de las flechas de aquel friso de arqueros de plata y escarlata apuntaba al enorme cuerpo del sacerdote negro. El capitán se tiró al suelo, junto a Kenton.

—¡Por todos los dioses! —murmuró a su oído—. Los infiernos te van a llevar, a ti y a tu recompensa. ¡Por qué tendría yo que encontrarte!

El sacerdote negro habló, con la voz estrangulada por la rabia y el odio.

—¡Eres el Rey de Emakhtila!

Luego se arrodilló. El rey movió la mano. Las cuerdas de los arcos se destensaron.

—¡En pie! —gritó el rey.

Los tres se pusieron en pie. El Rey de Emakhtila señaló a Kenton con un dedo tembloroso.

—¿Por qué estás tan irritado? —rió entre dientes—. ¿Porque he bendecido con la muerte a aquellos dos? Hombre... ¿cuántas veces crees tú que desearás que te llegue la muerte, y rogarás que mis ágiles arqueros vengan a ti, antes de que Klaneth acabe contigo?

—Eso ha sido un sacrificio inútil —dijo Kenton, con sus ojos clavados en los ojos acuosos del rey.

—Mi copa ha de mantenerse llena —respondió el rey suavemente—. La muchacha conocía el castigo. Y quebrantó la ley. Por eso fue sacrificada. Soy justo.

—¡Nuestro señor es justo! —cantó el chino.

—¡Él es justo! —respondieron los arqueros y las doncellas.

—El arquero la hizo sufrir, cuando yo deseaba para ella una muerte sin dolor. Por lo tanto, él también fue sacrificado —dijo el rey—. Soy clemente.

—¡Nuestro señor es clemente! —cantó el chino.

—¡Él es clemente! —respondieron los arqueros y las muchachas.

—¡Muerte! —La cara del rey se llenó de joviales pliegues—. ¿Qué importa, hombre? ¡La muerte es la primera de las bendiciones! Es aquello de lo que los dioses no pueden privarnos. Es algo más fuerte que la veleidad de los dioses. Es lo único que es propio del hombre. Por encima de los dioses, sin que los dioses cuenten... y más fuerte que los dioses, ya que ellos han de morir a su debido tiempo. ¡Ah! —suspiró, y por un breve instante, toda la jocosidad del Rey Cole desapareció—. ¡Ah! Había un poeta en Caldea, cuando yo vivía allí, un hombre que conocía la muerte y sabía escribir sobre ella. Maldronah era su nombre. Aquí nadie le conoce.

Y añadió suavemente:

*Es mejor estar muerto que vivo, dijo...
¡pero lo mejor es no estar!*

Kenton escuchó, y el interés que le despertó este personaje hizo que su furia se desvaneciera. Él también conocía a Maldronah, del antiguo Ur. Había leído una y otra vez aquel poema, del que el rey había citado un verso, en algunas tablas de arcilla con inscripciones que había encontrado Heilprecht en las arenas de Nínive, en aquella otra vida suya, ya casi olvidada. E involuntariamente recitó el principio de la última estrofa, tan macabra:

*La vida es un juego, dijo;
Su final no conocemos, ni nos preocupa,
Y antes de llegar a él, bostezamos.*

—¿Qué? —rugió el rey—. ¡Conoces a Maldronah! Tú...
Otra vez el Viejo Rey Cole se moría de risa.
—¡Sigue! —ordenó.

Kenton sintió cómo el mastodonte de Klaneth temblaba de ira junto a él. Y Kenton rió también, mirando a los ojos chispeantes del rey. Y, mientras el Señor de las Dos Muertes mataba el tiempo, con la copa y la jarra, él terminó el poema de Maldronah con su curiosa melodía saltarina combinándose con el ritmo corto de la marcha fúnebre:

*Y sin embargo, le gusta jugar con las trampas,
Bordear el pozo, desafiar al peligro,
Y gastar con ligereza las ganancias.
Se ha abierto una puerta, dice,
Un espacio al que puedes aventurarte.
Pero las cosas que has visto y las cosas que has hecho
¿Qué son cuando empieza la carrera,
Y aún te paras ante la última puerta?
Como si nunca hubieran sucedido, dijo...
Han pasado por completo, como el pulso de la muerte
Y después sigue adelante, sin nada por lo que llorar.
¿Va a temer el que nada tiene, por el resultado?
Ah, mejor estar muerto que vivo, dijo,
Pero es mejor nunca haber nacido.*

El rey se recostó, un buen rato, en silencio. Al final se movió, levantó su jarra y llamó a una de las doncellas.

—¡Éste bebe conmigo! —dijo, señalando a Kenton.

Los arqueros se separaron y dejaron pasar a las doncellas con las copas. Una de ellas se detuvo ante Kenton y le sostuvo la jarra mientras él bebía. Kenton dio un largo trago, levantó la cabeza y la inclinó en agradecimiento.

—¡Klaneth! —dijo el rey—, ningún hombre que conozca a Maldronah es un esclavo.

—Señor —respondió el sacerdote negro—, a pesar de ello este hombre es mi esclavo.

El rey volvió a recostarse en silencio, bebiendo alternativamente de su copa o de la jarra; sus ojos iban de Kenton a Klaneth.

—Ven acá —ordenó al fin. Y señaló a Kenton con un dedo, y con otro a un lado del chino.

—¡Señor! —dijo Klaneth, más incómodo, pero todavía tozudo—. Mi esclavo se queda junto a mí.

—¿Ah, sí? —rió el rey—. Una úlcera de estómago en un mosquito.

Las cuerdas de los arcos suspiraron en toda la sala.

—Señor —dijo con voz entrecortada Klaneth, bajando la cabeza—, va hacia ti.

Al pasar a su lado, Kenton oyó rechinar los dientes del sacerdote negro. Le oyó jadear como hace un hombre tras una larga carrera. Y Kenton, riendo entre dientes, avanzó por el espacio que dejaban abierto los arqueros y se detuvo de pie ante el rey.

—Hombre que conoces a Maldronah —sonrió el rey—, te preguntarás como, yo sólo, tengo más poder que estos sacerdotes y todos sus dioses. Bien, pues la razón es que en toda Emakhtila yo soy el único que no cree en dioses ni en supersticiones. Soy el único hombre que sabe que sólo hay tres cosas reales. El vino, que hasta cierto punto hace que el hombre vea más claro que los dioses. El poder, que combinado con la astucia del hombre le hace superior a los dioses. Y la muerte, que ningún dios puede abolir y que yo administro a voluntad.

—¡Vino! ¡Poder! ¡Muerte! —cantó el chino.

—Estos sacerdotes tienen tantos dioses que cada uno de ellos está celoso de los demás... ¡Jo, jo! —rió el rey—. Yo no tengo dioses. Por eso soy justo con todos ellos. El juez no debe tener prejuicios; no debe tener creencias.

—¡Nuestro señor no tiene prejuicios! —cantó el chino.

—¡Él no tiene creencias! —entonaron los arqueros.

—Yo estoy en un lado de la balanza —declaró el rey—. En el otro lado están muchos de los dioses y sus sacerdotes. Sólo hay tres cosas que estoy seguro de que son reales. El vino, el poder, y ¡la muerte! Aquellos que tratan de compararse conmigo y pesarse en la misma balanza tienen tres veces más creencias que yo. Así pues, yo peso más que ellos. Si sólo hubiera un dios, una creencia opuesta a mí, entonces, se nos podría poner en la misma balanza. Sí. ¡Tres a uno! Es una paradoja, pero también es una verdad.

—¡El señor de Emakhtila dice la verdad! —susurraron los arqueros.

—Es mejor tener tres flechas rectas en la aljaba que tres flechas en forma de gancho. Y si surgiera en Emakhtila un hombre con una sola flecha, y esa flecha fuera más recta que las tres que yo tengo... ese hombre pronto ocuparía mi lugar para gobernar —afirmó el rey.

—Arqueros, ¡escuchad al rey! —cantó el chino.

—Y así —dijo el rey, enérgicamente—, como todos los dioses y todos los sacerdotes están celosos unos de otros, me escogen a mí, que me importa un

rábano cualquier dios o sacerdote, como rey de Emakhtila, para mantener la paz entre ellos y evitar que se destruyan entre sí. Y así, como ahora tengo diez arqueros por cada uno de los que tienen ellos, y veinte espadachines por cada espadachín de los sacerdotes, me arreglo muy bien. ¡Jo, jo! —rió el soberano—. Eso es tener poder.

—¡Nuestro Señor tiene poder! —gritó el chino.

—Y, como tengo poder, puedo beber lo que me dé la gana —dijo el rey, riendo entre dientes.

—¡Nuestro señor está bebido! —susurraron los arqueros, por toda la cámara.

—Bebido o sobrio... ¡Yo soy el Rey de las Dos Muertes! —rió entre dientes el soberano de Emakhtila.

—¡Las Dos Muertes! —susurraron los arqueros, mirándose entre sí.

—A ti, hombre que conoces a Maldronah, te las desvelaré —dijo el rey.

—¡Arqueros de laterales y de la parte trasera! ¡Bajad la cabeza! —gritó el chino.

Las cabezas de los arqueros que formaban tres de los lados de aquel friso viviente bajaron inmediatamente a la altura de su pecho.

Entonces cayeron los velos que cubrían la sombra que había a la izquierda del rey.

Y allí, mirando a Kenton con unos ojos profundos en los que había ternura de madre, la timidez de una doncella, la pasión de una amante adorada, había una mujer. Su cuerpo desnudo era perfecto. En él se armonizaban la madre, la doncella y la amante, floreciendo en un acorde radiante. De ella emanaban todos los efluvios que jamás hayan acariciado la tierra. Era la puerta hacia un mundo encantado, el símbolo de todo lo que la vida puede ofrecer en belleza y en felicidad. Era toda la dulzura de la vida, sus promesas, su éxtasis, su sustentación y su razón. Al mirarla, Kenton supo que la vida es algo que hay que tomar deprisa. Que es algo que amamos, lleno de maravillas. Exquisita... para dejarla marchar.

¡Y aquella muerte era terrible!

No sintió deseo alguno hacia ella. Pero sí excitó en él una enérgica llamarada de deseo por la continuidad de la vida.

En la mano derecha llevaba un instrumento de extraña forma, largo, con dientes afilados y varias filas de garras.

—A ella —rió el soberano— sólo le entrego aquellos que me disgustan enormemente. Ella les mata lentamente. Al mirarla, se aferran a la vida; se aferran terriblemente, con fiereza. Cada minuto de vida que ella les arranca con esas garras y esos dientes es una eternidad durante la que luchan contra la muerte. Lentamente, les va dejando sin vida, mientras sus víctimas sollozan, se aferran a ella y vuelven a la muerte sus rostros testarudos. Y ahora... ¡mira!

Cayeron los velos que cubrían la sombra que tenía a su derecha.

Allí había un enano negro, agachado, deforme, retorcido, espantoso. Miró a Kenton con sus ojos sin brillo, que reflejaban toda la tristeza, el malestar y las desilusiones de la vida. Reunía toda la inutilidad de la vida, su tedio, su esfuerzo vacío y sin sentido. Y al mirarle, Kenton olvidó la otra figura; supo entonces que la vida era terrible, algo que no podía soportarse. ¡Y que la muerte era una cosa buena! El enano llevaba en la mano derecha una fina espada, delgada como un estoque y afilada como una aguja. Kenton luchó contra un deseo cada vez mayor de lanzarse hacia él, ¡y morir!

—A él —dijo el rey, riendo— sólo le entrego a los que me han complacido. Su muerte es rápida, una dulce copa en los labios.

—Eh, tú... —dijo el rey, dirigiéndose al capitán que había capturado a Kenton—. No estoy yo muy satisfecho con que hayas capturado a este hombre, que conoce a Maldronah, aunque sea un esclavo de Klaneth. ¡Ve ante la muerte de mi mano izquierda!

Con el rostro blanco, el capitán se dirigió hacia la escalinata. Pasó al lado de los arqueros, rígido. Avanzaba sin detenerse, hasta que llegó ante la mujer. El chino dio un golpe con su espada y entraron dos esclavos, con la cabeza baja, que llevaban una cesta de metal. Despojaron al capitán de su armadura y le dejaron desnudo. La mujer se inclinó sobre él, con ternura, con amor, con todas las promesas de la vida en su rostro maravilloso. Luego le lanzó aquel instrumento dentado contra el pecho, con gran ternura.

De sus labios salió un chillido angustiados, desesperado; oraciones y maldiciones: el lamento de los recién malditos.

La mujer seguía inclinada sobre él, sonriendo, tierna, con sus ojos en los de Kenton.

—¡Basta! —rió el rey.

La mujer levantó el instrumento de tortura del pecho del soldado; se agachó sobre sus velos y se cubrió con ellos. Los soldados desataron al capitán y vistieron su cuerpo tembloroso. El pobre hombre, sollozando, se puso en pie con dificultad, y cayó de rodillas al lado del sacerdote negro.

—Estoy disgustado —dijo el rey, alegremente—. Y sin embargo cumpliste con tu deber. Por lo tanto, vive algún tiempo, ya que ése es tu deseo. Soy justo.

—Justo es nuestro señor —resono el eco en la cámara.

—Tú... —señaló al arquero que había matado a la camarera y a su propio compañero—. Estoy muy complacido contigo. Tendrás tu recompensa. ¡Acércate a la muerte de mi mano derecha!

El arquero empezó a andar, lentamente al principio, y más aprisa cuando sus ojos se encontraron con los del enano, de los que se quedó prendido. Rápido, más rápido, corrió escaleras arriba, derribando a los arqueros, ¡y se lanzó contra la espada!

—Yo soy generoso —dijo el rey.

—Nuestro señor es generoso —entonó el chino.

—¡Generoso! —susurraron los arqueros.

—Estoy sediento —rió el soberano.

Dio un largo trago del lado derecho y otro del izquierdo. Luego, asintió con la cabeza y se tambaleó ligeramente. Estaba bastante bebido.

—¡Mi mandato! —abrió y cerró sus ojos chispeantes, uno tras otro—. ¡Escúchame, Klaneth! Tengo sueño. Voy a dormir. Cuando despierte, tráeme a este hombre que conoce a Maldronah de nuevo ante mí. Mientras tanto, no permitas que nada malo le suceda. También tendrá una guardia de arqueros. Llévaoles. Y mantenédle a salvo. ¡Este es mi mandato!

Estiró el brazo para coger su copa, pero se le cayó de la mano laxa.

—¡Por mis muertes! —se quejó—. ¡Qué vergüenza, que los barriles puedan contener tanto, y los hombres tan poco!

Acto seguido se hundió en el diván. El Señor de las Dos Muertes estaba roncando.

—¡Nuestro Señor duerme! —cantó el chino, suavemente.

—¡El duerme! —susurraron los arqueros y las doncellas.

El chino se levantó y se inclinó sobre el rey. Le levantó en brazos como si fuera un niño. Las Dos Muertes le siguieron. Los doce arqueros que había en el escalón de más arriba se volvieron y marcharon en círculos rodeando a estos cuatro. Los otros veinticuatro marcharon también, y les rodearon. Los arqueros que había junto a la pared circular formaron un semicírculo, y marcharon, con seis de ellos delante, hacia las escaleras. El friso viviente de plata y escarlata se estremeció al abandonar de seis en seis arqueros la pared para seguirles.

El doble anillo avanzó, pasando por debajo de las cortinas que había al fondo. Tras ellos iban los arqueros.

Seis quedaron fuera de la formación y se alinearon junto a Kenton.

Las camareras recogieron las jarras y los recipientes y desfilaron por entre las cortinas.

Uno de los seis arqueros señaló el nivel inferior del piso, y Kenton bajó las escaleras.

Con el sacerdote negro a un lado, y el capitán con el rostro pálido al otro, tres arqueros marchando delante de ellos y otros tres detrás, salieron de la sala del tribunal del rey.

Detrás de la muralla

Condujeron a Kenton a una estrecha habitación en cuyas altas paredes se abrían unas ventanas. La pesada puerta era de bronce macizo. A los lados había unos bancos de piedra, y en el centro había otro más. Los arqueros le sentaron en él, le ataron los tobillos con correas de cuero, pusieron en el banco unos mantos y le tumbaron encima. Luego se sentaron, de dos en dos, en las tres paredes del cuarto, con los ojos fijos en el sacerdote negro y el capitán, que ya estaban listos.

El capitán dio un golpecito en el hombro al sacerdote negro.

—Mi recompensa —preguntó—, ¿cuándo voy a recibirla?

—Cuando el esclavo esté en mis manos, no antes —respondió Klaneth bruscamente—. Si hubieras sido... más sabio, ahora la tendrías.

—¡De mucho me habría servido, con una flecha atravesándome el corazón, o... —se estremeció— lamentándome ahora a los pies de la muerte que el rey tiene a su izquierda!

El sacerdote negro miró con maldad a Kenton y se inclinó sobre él.

—No pongas tus esperanzas en los favores del rey —murmuro—. Lo que hablaba era su borrachera. Cuando despierte, lo habrá olvidado. Él te entregará a mí sin dudar. ¡No hay esperanza!

—¿No? —se burló Kenton, enfrentándose con firmeza a los ojos maliciosos—. Y, sin embargo, ya te he vencido dos veces... cerdo negro.

—Pero no me vencerás la tercera vez —escupió Klaneth—. Cuando el rey se despierte, no sólo te tendré a ti sino también a esa ramera del templo que tanto amas. ¡Jo, jo! —tronó el sacerdote negro, al ver cómo Kenton daba un respingo—. Eso te conmueve, ¿eh? Sí. Os tendré a los dos. Y moriréis juntos... lentamente. Ah, tan lentamente, viendo cada uno la agonía del otro. Juntos, juntos los dos hasta que mis verdugos, lentamente, lentamente, hayan destruido lo último que quede de vuestros cuerpos. ¡No! ¡Lo último de vuestras almas! ¡Nunca hasta ahora murió un hombre o una mujer como moriréis vosotros!

—No puedes hacer daño a Sharane —respondió Kenton—. Se coge antes a un embustero que a un cojo. Ella es la sacerdotisa de Bel, y está a salvo de tus garras.

—¡Ha! Ya lo sabes, ¿eh? —gruñó Klaneth; entonces se inclinó y le susurró a Kenton algo al oído, tan bajo que nadie sino él podía oírlo—. Escucha: te diré algo que puedes llevar dulcemente en el pensamiento cuando yo no esté. Mientras la sacerdotisa sea fiel al Dios, está fuera de mi alcance. Pero, escúchame ahora... escucha... antes de que el rey despierte, ¡tu Sharane tomará

otro amante! ¡Sí! ¡Tu amor estará en los brazos de un amante mortal! ¡Y no serás tú!

Kenton se retorció, luchando por romper las ataduras.

—¡La dulce Sharane! —susurró Klaneth, mirando de reojo—. ¡Sagrada vasija de placer! ¡Y mía, ahora y hasta el alba, mientras el rey duerme!

El sacerdote retrocedió hasta el soldado que había cogido a Kenton.

—Ven —dijo.

—Yo no —respondió el soldado apresuradamente—. Por los dioses, prefiero esta compañía. Además, si pierdo de vista a este hombre... a lo mejor pierdo de vista la recompensa que me debes por él.

—Dame su espada —ordenó Klaneth, estirando el brazo para coger la hoja de Nabu, que el oficial había guardado.

—La espada va con el hombre —replicó el capitán, colocándosela detrás y mirando a los arqueros.

—Es cierto —comentaron los arqueros entre sí—. Sacerdote, no podemos darte la espada.

Klaneth refunfuñó y empezó a agitar las manos. Seis arcos se tensaron, y seis flechas le apuntaron al corazón. Sin decir palabra, el sacerdote negro salió de la celda. Un arquero se puso en pie y dejó caer una barra, que cerraba la puerta. Se hizo el silencio. El oficial cavilaba. De vez en cuando se estremecía como si tuviera frío, y Kenton sabía que estaba pensando en aquella muerte que, sonriente y con ojos tiernos, había apretado contra su pecho aquellos dientes torturantes. Los seis arqueros le miraban sin pestañear.

Al fin, Kenton cerró los ojos, luchando por mantener alejado de su pensamiento el terror de la última amenaza de Klaneth contra su amada, luchando contra la desesperación.

¿Qué plan había puesto a funcionar contra ella aquel sacerdote negro? ¿Qué trampa había tendido para estar tan seguro de que pronto la tendría en sus brazos? ¿Y dónde estaban Gigi, Sigurd, y Zubrán? ¿Sabían que le habían capturado? Una enorme soledad se apoderó de él.

Cuánto tiempo había estado con los ojos cerrados, era algo que no podía precisar, ni si había dormido. Pero escuchó, como a una distancia infinita, una voz tranquila y desapasionada.

—¡Arriba! le ordenó.

Abrió los ojos y levantó la cabeza. Había un sacerdote ante él; un sacerdote cuya larga túnica le cubría desde la cabeza a los pies. No podía ver su rostro.

Kenton descubrió que tenía libres los pies y las manos. Se sentó. Las sogas y las correas estaban tiradas en el suelo. Los arqueros, dormidos, se apoyaban en los bancos de piedra uno contra otro. El oficial también estaba dormido.

El sacerdote señaló la espada, la espada de Nabu que estaba sobre las rodillas del soldado dormido. Kenton la cogió. El sacerdote señaló la barra que

mantenía la puerta cerrada. Kenton la levantó, y abrió la puerta. El sacerdote de azul miró por el hueco de la puerta, con Kenton a su espalda.

El sacerdote de azul caminó por el corredor unos cien pasos, y después se quedó pegado a lo que a Kenton le pareció una pared lisa. Se abrió un panel. Ahora se encontraba en un largo corredor pobremente iluminado. Avanzaron por él, recorriendo una enorme curva. A Kenton le pareció que aquel pasadizo secreto bordeaba el enorme arco del templo, y que se extendía tras la pared exterior del mismo.

Entonces, una inmensa puerta de bronce les cerró el paso. El sacerdote de azul apenas la tocó, y la puerta cedió y se abrió. Después, se cerró tras ellos.

Kenton se encontraba en una cripta de unos tres metros cuadrados. En un extremo estaba la enorme puerta a través de la que había pasado; en el otro había otra parecida. A su izquierda había una losa de unos tres metros, de piedra clara y pulida.

El sacerdote de azul habló, si es que a eso se le podía llamar hablar, porque aquella voz calmada y desapasionada que escuchaba Kenton parecía llegar, igual que la que le había ordenado que se levantara, de una distancia insondable.

—La mente de la mujer que amas... ¡está dormida! —dijo—. Es una mujer que vive en un sueño, que se mueve entre sueños que otra mente ha creado para ella. El mal la recorre. No debemos dejar que ese mal nos conquiste... pero el asunto depende de ti... de tu juicio, de tu fortaleza, de tu valor. Cuando tu juicio te diga que ha llegado el momento, abre la puerta del fondo. Tu camino la encontrará. Y recuerda: su mente duerme. Debes despertarla antes de que el mal se apodere de ella.

Algo sonó en el suelo. A los pies de Kenton había una pequeña llave, en forma de cuña. Se agachó para cogerla. Al levantar la cabeza, vio al sacerdote de azul junto a la puerta del fondo.

El sacerdote parecía no ser más que un vestigio de humo llevado por el viento, y siguiendo esta impresión, ¡se desvaneció en el bronce y desapareció!

Kenton escuchó un murmullo de voces, apagadas, vagas. Fue de una puerta a otra, escuchando. Las voces no provenían del pasillo. Parecían surgir de la losa de piedra clara. Kenton apretó el oído contra ella y los sonidos le llegaron con más claridad. A pesar de todo, seguía sin poder distinguir las palabras. La piedra debía ser en ese punto extremadamente delgada, pensó, cuando podía oír algo. Entonces descubrió una pequeña palanca que brillaba a su derecha. La bajó.

De repente, empezó a brillar en medio de la piedra un disco nebuloso, de un metro de ancho. Parecía disolverla. Resplandeció y le deslumbró. En el lugar ocupado por el disco se abrió un círculo, una ventana. En ella se recortaban las siluetas de las cabezas de una mujer y dos hombres. Sus voces llegaban ahora

claramente a sus oídos, como si estuvieran a su lado. Por encima de ellas se escuchaba un murmullo como de olas de una multitud. Kenton retrocedió, temiendo ser visto. La pequeña palanca retornó a su posición inicial y la ventana desapareció. Al desaparecer, las voces enmudecieron. Kenton miró de nuevo a la pared pulida.

Luego bajó despacio la palanca y volvió a contemplar aquel aparente arder de la piedra maciza. Poco después, vio reaparecer las tres cabezas. Tenía la mano libre apoyada sobre la pared visible, al borde del círculo; la puso un poco más arriba, encima del disco. Y siguió tocando la fría piedra. Aquello que parecía un agujero ante sus ojos era, bajo sus dedos tanteantes, ¡piedra!

Entonces comprendió... era un artefacto de los hechiceros, de los sacerdotes. Un artefacto para proporcionarle un lugar por el que espiar, un puesto de escucha dentro de la cripta. El conocimiento de alguna propiedad de la luz que aún no había estudiado la ciencia del mundo de Kenton, el control de una vibración variable que hacía la roca transparente desde su interior, pero no sin ella. Cualquiera que fuera el secreto, la roca era permeable a las ondas del sonido y a las de la luz.

Sin soltar la mano de la palanca, Kenton miró por entre las cabezas, y por encima de los hombros de aquellos que estaban tan cerca de él, y sin embargo, tan ignorantes de su presencia.

21

Ante el altar de Bel

La niebla se había levantado. Se había convertido en densas nubes metálicas que casi se apoyaban en la parte superior del Templo de las Zonas. Frente a él había un enorme patio pavimentado con inmensos octógonos de mármol blanco y negro. En aquel patio, que parecía un bosque encantado, había aquí y allá, rodeándolo en un amplio semicírculo, racimos de esbeltos pilares, ejes élficos de brillante negro y rojo, cuyas puntas en forma de vela estaban coronadas de arbustos tallados, rematados como en encaje, que brillaban como helechos gigantes, húmedos de un rocío de diamantes y zafiros. Sobre las columnas negras y escarlata brillaban misteriosos símbolos de oro y azur, esmeralda, bermellón y plata. Estos pilares se elevaban en pequeños grupos hacia el cielo sombrío y brumoso.

Apenas a unos treinta metros del patio había un altar dorado, guardado por querubines agachados, con cabeza de hombre, alados como águilas y con cuerpo de león, tallados en algún metal de medianoche. Vigilaban cada esquina del altar con expresión cruel en los rostros barbados que escondían entre sus garras, y estaban tan alerta como si estuvieran vivos. Del trípode del altar salía una delgada e inmóvil llama carmesí, en forma de lanza.

En un enorme semicírculo, a doce metros de la parte frontal de las columnas había un doble anillo de arqueros y lanceros. Luchaban por contener a una multitud; hombres, mujeres y niños que surgían del ordenado bosque de pilares y se arremolinaban alrededor de los soldados como las hojas que arrastra el viento hacia un pozo. Un grupo tras otro de aquellos hombres, mujeres y niños que habían sido arrancados de su propia época y colocados en aquel mundo intemporal.

—La nueva sacerdotisa... dicen que es muy bella.

Hablaba uno de los hombres que había junto a Kenton. Era delgado, tenía el rostro blanco y llevaba una gorra frigia sobre su pelo lacio. La mujer era de un atractivo descarado y chillón; tenía el pelo y los ojos negros. El hombre que estaba a su derecha era un asirio barbudo, con ojos de lobo.

—Dicen que era una princesa —dijo la mujer—. Dicen que era una princesa babilonia.

—¡Una princesa babilonia! —repitió el asirio, suavizando su expresión de lobo, y con nostalgia en la voz—. ¡Oh, quién pudiera volver a Babilonia!

—El Sacerdote de Bel la ama... eso dicen —la mujer rompió el silencio.

—¿A la sacerdotisa? —susurró el frigio; la mujer asintió—. Pero si está prohibido —musitó—. Eso significa... ¡la muerte!

La mujer volvió a reírse.

—¡Shhh! —era el asirio, advirtiéndolo.

—Y Narada... la bailarina del Dios... ¡ama al Sacerdote de Bel! —continuó la mujer, sin prestar atención—. Y así... como siempre, ¡habrá que correr hacia Nergal!

—¡Shh! —susurró el asirio.

Se produjo un retumbar ensordecedor de tambores, y el suave canto de una flauta. Kenton buscó la procedencia de aquellos sonidos. Su mirada se detuvo en un sector de las muchachas del templo. Cinco de ellas estaban agachadas junto a unos pequeños tambores, sobre cuyos parches se apoyaban sus dedos rosados. Dos sostenían cañas perforadas contra sus labios rojos; otras tres se inclinaban sobre un arpa. Dentro de su círculo había algo que a Kenton le pareció una pirámide de brillante tela de araña tejida con hilos de azabache, en cuya red dorada quedaban atrapadas las mariposas. La pirámide tembló, y se alzó.

Bajo las tiras de suave seda apareció una mujer, una mujer tan hermosa que, durante el tiempo que dura un latido, Kenton olvidó a Sharane. Era morena, con esa oscuridad aterciopelada de una noche de verano. Sus ojos eran dos estanques bajo un cielo de media noche en el que no brillan las estrellas. Su pelo era de bruma de tempestades agazapadas en nidos de seda dorada. Y aquel oro era oscuro, desde luego, y en toda ella había algo oscuro que era aun mas amenazador, por ser tan dulce.

—¡Es una mujer! —Los atrevidos ojos se volvieron hacia el asirio—. Conseguiré lo que busca... me apuesto el lecho.

Junto a ella se oyó una voz, añorante, sabia y suplicante:

—¡Ah, sí! Pero la nueva sacerdotisa... ¡no es una mujer! ¡Es Ishtar!

Kenton estiró el cuello, buscando al que había hablado. Vio a un joven, de apenas veinte años, con una túnica de color azafrán y muy delgado. Sus ojos y su rostro eran los de un hermoso niño soñador.

—Está medio loco —susurró la mujer morena al asirio—. Desde que llegó la nueva sacerdotisa, ronda por aquí.

—Vamos a tener tormenta. El cielo parece un caldero de bronce —musitó el frigio—. El aire se estremece.

—Dicen que Bel entra en esta casa cuando hay tormenta —respondió el asirio— Tal vez la sacerdotisa no esté sola esta noche.

La mujer rió, maliciosamente. Kenton sintió deseos de agarrarla por el cuello. Se produjo un lejano retumbar de trueno.

—A lo mejor es él, que se está levantando —dijo la mujer con recato.

Se produjo un vibrar de cuerdas de arpa y un rumor de tambores. Una bailarina cantó suavemente:

Para el gozo nació Nala.
Nunca bailaron pies tan blancos;
Cada uno de los corazones en los que se posa
Se muere por ser tocado por ellos.
Ella se suelta el cinturón, de día o de noche.
Para el gozo nació Nala.

Los ojos redondos de Narada se abrieron y cerraron, enfadados.
—¡Silencio! —le oyó susurrar Kenton.

Se oyeron unas risitas entre las muchachas. Las dos flautistas soplaron suavemente, los tambores murmuraron. Pero la que había cantado se sentó en silencio junto al arpa, con los ojos bajos.

—Entonces, ¿es de verdad tan hermosa esa sacerdotisa? —preguntó el frigio.

—No lo sé —contestó el asirio—. Ningún hombre la ha visto sin velos.

—¡Yo tiemblo cuando camina! —susurró el joven—. ¡Tiemblo como el pequeño lago azul del templo cuando lo acaricia la brisa! Sólo mis ojos siguen vivos, y algo se aferra a mi garganta.

—¡Paz! —exclamo una muchacha de ojos castaños, con un recién nacido en brazos—. ¡No tan alto... o sonarán las cuerdas de los arcos!

—¡No es una mujer! ¡Es Ishtar! ¡Ishtar! —gritó el joven.

Los soldados que había por allí se volvieron. Un oficial de gris, con espada corta en la mano, se abrió paso entre ellos. Cuando apareció, los demás se apartaron. Sólo el joven permaneció inmóvil. El portador de la espada miró bajo sus cejas pobladas a derecha e izquierda. Antes de que pudiera poner los ojos sobre el joven, un hombre con gorra de marinero y cota de malla se había colocado entre los dos, había cogido al joven por la muñeca y le había mantenido sujeto tras de sí. Kenton pudo ver sus ojos de ágata, la barba negra... ¡Era Zubrán! ¡Zubrán! Pero, ¿podría pasar? ¿Podría Kenton hacerse oír si lo llamaba? Aunque no pudiera ver su cuerpo desde fuera, ¿podría su voz penetrar la roca?

El portador de la espada examinó al silencioso grupo con incertidumbre. El persa le saludó con gravedad.

—¡Silencio! —gruñó al fin el oficial, y pasó entre sus hombres.

El persa rió dando rienda suelta a su juventud y miró a la mujer morena con unos ojos más atrevidos que los suyos. Luego empujó al frigio hacia su sitio y puso una mano sobre el brazo de la mujer.

—Estaba escuchando —dijo—. ¿Quién es esa sacerdotisa? Yo acabo de llegar a esta tierra y no sé nada de sus costumbres. Pero, ¡por Ormuz! —juró, y echó el brazo sobre los hombros de la mujer—. ¡Mereció la pena el viaje por conocerte a ti! ¿Quién es esa sacerdotisa que decís que es tan bella?

—Es la guardiana del Refugio de Bel —contestó la mujer, que se acurrucó junto a él.

—Pero, ¿qué hace allí? —preguntó Zubrán—. Si se tratara... de ti... lo entendería. Y ¿por qué viene aquí?

—La sacerdotisa vive en el Refugio de Bel, en lo alto del templo —dijo el asirio—. Viene aquí para rezar en su altar. Cuando termina sus oraciones, regresa al Refugio.

—Pues para una belleza como dices que es la suya —comentó Zubrán— su mundo parece ser muy reducido, desde luego. Porque, si es tan hermosa, ¿cómo puede estar satisfecha de vivir en un mundo tan pequeño?

—Ella pertenece al dios —respondió el asirio—. Es la guardiana de su casa. Si el dios llegara con hambre... en su casa ha de haber comida para él, y una mujer que se la sirva. O podría sentirse amoro...

—Así que ha de haber una mujer allí —interrumpió la prostituta de ojos descarados, sonriéndole.

—En mi país tenemos algo parecido —dijo el persa atrayéndola hacia sí—. Pero las sacerdotisas rara vez esperan solas. Los sacerdotes se encargan de eso. ¡Ja, ja!

¡Dios! ¿Es que Zubrán no iba a acercarse nunca a aquella pared? ¿Ni siquiera lo bastante para que Kenton pudiera llamarle? Pero... ¡al fin lo hizo! ¿Podrían oírle los demás también? Y entonces...

—Y alguna de esas sacerdotisas que... esperan... —zumbó la voz de Zubrán—. ¿Alguna de esas sacerdotisas ha... entretenido... al dios en alguna ocasión?

—Dicen que le hablan las palomas... —respondió el joven—. ¡Las palomas de Ishtar! ¡Dicen que es más bella que Ishtar!

—¡Idiota! —susurró el asirio—. ¡Cállate, idiota! Nos vas a traer mala suerte. ¡Ninguna mujer es más bella que Ishtar!

—Ninguna mujer puede ser más bella que Ishtar —suspiró el joven—. Por lo tanto, ella es... ¡Ishtar!

—¡Está loco! —exclamó el frigio.

Pero el persa estiró el brazo derecho, y atrajo al joven hacia sí.

—¿Alguna de estas sacerdotisas ha sido poseída por el dios en alguna ocasión?

—¡Espera! —murmuró la mujer—. Le preguntaré a Narodach, el arquero. Algunas veces viene a mi casa. Él lo sabe. Ha estado con muchas sacerdotisas. —Apretó el brazo del persa contra su cinturón y se inclinó hacia delante—. ¡Narodach! ¡Ven aquí!

Un arquero se volvió, susurró algo a los hombres que tenía a ambos lados y se deslizó entre ellos. Sus compañeros se juntaron para mantener la formación.

—Narodach —dijo la mujer—, dinos: ¿alguna de las sacerdotisas... ha poseído... a Bel?

El arquero dudó, incómodo.

—No lo sé —respondió al fin lentamente—. Cuentan muchas historias. Pero ¿qué son, sino historias? Cuando vine aquí por primera vez, había una sacerdotisa en la morada de Bel. Era como la media luna de nuestro mundo. Muchos hombres la deseaban.

—Eh, arquero —retumbó el persa—. Eso dicen... dicen que la han marchitado sus fuegos. La mujer del carretero del Sacerdote de Ninib me dijo que su rostro estaba muy avejentado cuando se llevaron su cuerpo. Era una palmera que se había marchitado antes de dar fruto, dijo.

—Si yo fuera una sacerdotisa... y tan bella... ¡no esperaría a un dios! —Los ojos de la mujer se clavaron en Zubrán—. Yo poseería a un hombre. Sí... poseería a muchos hombres.

—Después hubo otra —dijo el arquero—. Dijo que el dios había ido hacia ella. Pero estaba loca... y por eso se la llevaron los sacerdotes de Nergal.

—Dadme hombres, digo —susurró la mujer.

Narodach, el arquero, dijo en un susurro:

—Hubo una que se tiró desde la torre. Otra desapareció; hubo otra que...

—Parece que las sacerdotisas que esperan a Bel no son... muy afortunadas —le interrumpió el persa.

—¡Dadme... hombres! —dijo la mujer con intensa convicción.

Hubo un estallido de trueno más cerca. En el cielo tenebroso, que se oscurecía cada vez más, las nubes empezaron a agitarse lentamente.

—Va a haber una gran tormenta —musitó el frigio.

Narada, la muchacha, había empezado a rasgar las cuerdas de su arpa, y cantó, entre maliciosa y desafiante:

Todo corazón que buscaba un nido

Voló derecho al pecho de Nala...

Pues para el deleite nació Nala...

Repitió la canción. De lejos llegó el débil sonido de un canto; luego, unos pasos de marcha. Los arqueros y los lanceros levantaron los arcos y las lanzas para saludar. La multitud se arremolinaba tras ellos, cayendo de rodillas. El persa se acercó más al muro. Ahora era su cabeza la única que podía ver en aquella ventana cuyo cristal era de piedra.

—¡Zubrán! —llamó Kenton suavemente.

El persa, sorprendido, volvió la cabeza hacia la pared, y la apoyó contra ella, con la capa cubriéndole la cara.

—¡Lobo! —susurró—. ¿Te encuentras bien? ¿Dónde estás?

—Detrás del muro —susurró Kenton—. Habla bajo.

—¿Estás herido? ¿Encadenado? —musitó el persa.

—Estoy bien —respondió Kenton—. Pero, ¿dónde están Gigi y Sigurd?

—Te están buscando —dijo el persa—. Nuestros corazones estaban destrozados...

—Escucha —dijo Kenton—. Hay un bosquecillo... junto a la escalera, encima de la guarnición...

—Lo sabemos —respondió Zubrán—. Desde allí hemos subido a la escalera y hemos trepado por el templo. Pero tu...

—Yo estaré en el Refugio de Bel —dijo Kenton—. Tan pronto como estalle la tormenta, ve hacia allí. Si no me encuentras... coge a Sharane, y llévala de vuelta al barco. Yo os seguiré.

—No nos iremos sin ti —susurró Zubrán.

—Oigo una voz que habla a través de la pared. —Era el asirio, que se estaba arrodillando. Zubrán desapareció de la vista de Kenton.

El canto sonaba más alto y los pasos de marcha se acercaron. Entonces, de alguna puerta secreta del templo, salió una compañía de arqueros y otra de espadachines. Tras ellos caminaba un número igual de sacerdotes afeitados, con túnicas amarillas y balanceando dorados incensarios humeantes. Iban cantando. Los soldados formaron un amplio semicírculo ante el altar. Los sacerdotes se quedaron en silencio tras un sombrío acorde. Se tiraron al suelo, boca abajo.

A través de la enorme sala avanzó una figura, tan alta como Kenton. Le cubría una túnica de brillante oro, que ocultaba su rostro por completo, y llevaba uno de los pliegues recogido en su antebrazo izquierdo.

—¡El Sacerdote de Bel! —susurró la mujer, arrodillándose.

Se produjeron algunos movimientos entre las muchachas del templo. Narada casi se había levantado. Nunca aquella aparición había dado lugar a tal griterío, nunca hubo tanto deseo agridulce como el que había en sus ojos de media noche cuando pasó su lado el Sacerdote de Bel, sin prestarle atención. Sus delgados dedos asieron las telarañas que la cubrían, cuyos hilos sobresalían marcando su pecho henchido y temblaban con los suspiros que la sacudían.

El Sacerdote de Bel llegó al altar dorado. Dejó caer el brazo que sostenía el pliegue... y entonces, los dedos rígidos de Kenton estuvieron a punto de soltar la palanca brillante.

Estaba viendo, como en un espejo, ¡su propia cara!

Cómo danzaba Narada

Kenton se quedó sin aliento mirando a su gemelo. Tenía su misma mandíbula cuadrada, su tez oscura, sus labios firmes y los mismos ojos azul claro.

Su mente retrocedió y recordó la trama del sacerdote negro. ¿Iba a ser aquél... el amante de Sharane? Una luz de entendimiento casi iluminó su mente... pero fue demasiado breve como para atraparla siquiera a medias. Así que la dejó fluir.

Oyó maldecir al persa a través de la piedra. Entonces...

—Lobo, ¿estás ahí detrás? —murmuró—. ¿Estás realmente detrás de mí, Lobo?

—Sí —susurro—. Estoy aquí, Zubrán. Ese no soy yo. Es algún truco de magia.

La mirada de Zubrán volvió a posarse en el sacerdote de Bel. Ahora empezó a notar sutiles diferencias entre sus rostros. Los labios no eran tan firmes, sus comisuras caían un poco, había un tinte de indecisión en ellas y en la barbilla. Y los ojos estaban irritados, ensombrecidos con un deseo mitad salvaje, mitad agonizante. Silencioso, tenso, el Sacerdote de Bel fijó su mirada en la cabeza erguida de Narada, su cuerpo liviano, tan rígido como el suyo, sin prestarle atención, directo hacia aquel portal oculto sobre el que él había pasado.

La llama carmesí en forma de lanza que había sobre el altar, parpadeó, osciló.

—¡Que los dioses nos guarden! —oyó decir a la mujer de ojos provocativos.

—¡Silencio! ¿Qué sucede? —dijo el asirio.

—¿Visteis a los angelotes? —susurró la mujer—. ¡Miraron al sacerdote! ¡Se volvieron hacia él!

—¡Yo lo vi! —dijo la mujer del recién nacido—. ¡Estoy muy asustada!

—Fue la luz del altar —dijo el asirio—. Estaba parpadeando.

—Tal vez fueron los angelotes —dijo el frigio en voz baja—. ¿No son mensajeros de Bel? ¿No dijiste que el sacerdote amaba a la mujer de Bel?

—¡Silencio! —Era la voz del oficial, que venía desde detrás del doble anillo.

Los sacerdotes empezaron a cantar en voz baja. En los ojos del sacerdote empezó a brillar un fuego. Sus labios temblaron y su cuerpo se inclinó hacia delante como tirado por una cuerda invisible. Una mujer cruzó andando la

amplia sala... sola. Iba envuelta de la cabeza a los pies en una capa púrpura y tenía la cabeza cubierta por unos velos dorados.

¡Kenton la reconoció!

Su corazón dio un salto, su sangre se aceleró. Tembló, sacudido por un latigazo de deseo que hizo que su corazón pareciera que iba a estallar.

—¡Sharane! —llamó, olvidándose de su situación; y otra vez—: ¡Sharane!

Ella se deslizó por entre las filas de hombres armados, que se apartaron y arrodillaron a su paso. Fue derecha al altar y se quedó de pie en silencio, inmóvil junto al Sacerdote de Bel.

Se produjo entonces un retumbar metálico de trueno, más fuerte. Cuando se extinguió, el sacerdote se volvió hacia el altar y levantó las manos. De los asistentes salió un murmullo largo y sostenido, en una sola nota grave. El sacerdote estiraba y doblaba los brazos. Se inclinó siete veces ante la llama carmesí, y después se quedó en pie, erguido. Los arqueros y los lanceros se dejaron caer sobre sus rodillas; hubo un crujido de arcos, y un sordo golpear de lanzas.

A pesar de aquel extraño murmullo, el sacerdote de Bel comenzó su invocación:

*¡Oh tú, clemente entre los dioses!
¡Oh tú, el del cuello de toro, entre los dioses!
¡Bel Merodach, rey de los cielos y los mundos!
¡Tuyos son los cielos y la tierra!
¡Eres el que insufla la vida!
¡Tu templo está preparado!
Nosotros rezamos, y aguardamos.*

Kenton oyó un susurro... trémulo, dorado... «Yo rezo, y aguardo.»

¡La voz de Sharane! ¡La dorada voz de Sharane, acariciando cada uno de sus nervios como un millar de pequeños dedos acariciaría las tensas cuerdas de un arpa!

Y otra vez el Sacerdote de Bel:

*¡Oh tú, que todo lo otorgas! ¡Tú que has sido otorgado!
¡Oh tú, hermoso, que das la vida al recién nacido!
¡Oh tú, clemente, que das la vida al muerto!
¡Rey de Ezida! ¡Señor de Emakhtila!
Un lugar de descanso para el Rey de los Cielos es tu casa,
Un lugar de descanso para el Señor de los Mundos.
Nosotros rezamos, y te aguardamos.*

Y otra vez, Sharane, trémula: «Yo rezo, y te aguardo.»

El sacerdote entonó:

¡Señor de armas silenciosas!

Mira bien tu casa, ¡Oh Señor del Descanso!

¡Ezida es la paz en tu casa!

¡Emakhtila es el descanso en tu casa!

Nosotros rezamos, y te aguardamos.

Y de nuevo Sharane: «Yo rezo, y te aguardo.»

Entonces, Kenton vio al sacerdote que se acercaba al altar con gesto en el que se esbozaba un inexplicable desafío. Se volvió y miró a Sharane. Su voz sonó alta y jubilosa:

¡Llena de gozo está tu supremacía!

¡Eres el que abre la puerta de la mañana!

¡Eres el que abre la puerta de la noche!

¡Abrir la puerta de los cielos es tu supremacía!

¡Yo rezo, y te aguardo!

Con las primeras palabras cesó el murmullo de los sacerdotes. Kenton les vio moverse y mirarse unos a otros con incertidumbre. Oyó risitas entre los soldados y los fieles arrodillados, cuando levantaron la cabeza. Finalmente, oyó un murmullo atónito e inquieto.

Tras él, el asirio arrodillado murmuró:

—Eso no está en el ritual.

—¿Qué es lo que no está en el ritual? —preguntó el persa.

—Lo que dijo el sacerdote al final —respondió la mujer—. No es de Bel, ¡es de nuestra señora Ishtar!

La mujer del recién nacido se lamentó:

—¿Habéis visto a los querubines sacar las garras? Estoy asustada. Estoy asustada y eso no es bueno para la leche, para el niño. ¡La luz del altar es como de sangre derramada!

—¡Esto no me gusta! —dijo el asirio, inquieto—. ¡No es el ritual de Bel! ¡Y se está acercando la tormenta!

Narada se levantó de repente. Sus doncellas se inclinaron sobre tambores y arpas y se llevaron las flautas a los labios. De ellos salió el sonido de un tema dulce y amoroso, delicado y repiqueteante como el batir de alas de un sinfín de palomas, el contacto de un sinfín de suaves brazos, la vibración de un sinfín de rosados corazones. Y bajo aquel sonido, el cuerpo de Narada se balanceaba

como una caña verde al primer roce del suave viento de primavera. La multitud observó, suspiró, y guardó silencio.

Pero Kenton vio que los ojos del sacerdote no se apartaban en ningún momento de Sharane, que permanecía de pie, inmóvil, como dormida, detrás de sus velos.

La música sonó más fuerte y más rápida, vibrando con todo el amor y el deseo, cargada de pasión y cálida como un simún. Y su cuerpo, como si bebiera de cada nota de aquella música invocadora, imperiosa, se puso en movimiento, se volvió articulado, y Narada empezó a bailar.

Y en aquellos ojos de medialuna que habían estado tan compungidos, empezaron a bailar muchas estrellas, jubilosas y saltarinas. La boca escarlata era una llama tentadora, dulce como la miel, que prometía éxtasis desconocidos; y los enjambres de mariposas doradas, capturadas en redes de gasa de azabache, revoloteaban, recorriendo y acariciando su cuerpo de rosa y nácar como si fuera alguna flor maravillosa. Sobre ella se lanzaron nubes de mariposas doradas, cubriendo con besos toda su hermosura, brillando dentro de sus redes, que hacían un remolino a su alrededor. La danza se hizo más veloz y la música más alta, y en ellas vio Kenton estrellas que se apareaban, soles que se abrazaban, lunas preñadas. Y sintió que en ellas se concentraba toda la pasión, todo el deseo de todas las mujeres que hay bajo las estrellas, y los soles y las lunas...

La música se hizo más lenta, más suave, y la bailarina se detuvo. De la multitud surgió un suspiro, y Kenton escuchó la voz ronca de Zubrán.

—¿Quién es esa bailarina? ¡Es como una llama! ¡Es como la llama que hay encendida ante Ormuz, en el Altar de los Diez Mil Sacrificios!

—Está bailando la provocación de Ishtar a Bel —dijo la mujer—. Lo ha bailado muchas veces. No hay nada nuevo en ello.

—¿Ha preguntado quién es? —dijo el frigio, con malicia.

—¡Por los dioses! —contestó la mujer, con rencor—. Esa danza no es nada nuevo, le digo. La han bailado muchas mujeres.

—Es Narada —dijo el asirio—. Pertenece a Bel.

—¿Es que todas las mujeres bonitas de este país pertenecen a Bel? —intervino el persa, iracundo—. ¡Por los nueve Infiernos...! ¡El rey Ciro habría dado por ella diez talentos de oro!

—¡Shhhhh! —gimió el asirio, y los otros dos le imitaron—: ¡Shhhhh!

Narada había empezado a bailar otra vez. La música subió de volumen. Pero ahora era lánguida, rezumaba dulzura, destilada la esencia misma del deseo.

La sangre golpeó, caliente, en las venas de Kenton...

—¡Ahora está bailando la rendición de Ishtar a Bel! —dijo el asirio, regodeándose.

El persa se quedó boquiabierto.

—¡Sí! ¡Ciro habría dado por ella cincuenta talentos de oro! ¡Es una llama! —exclamó, y su voz era espesa y ahogada—. Y si es de Bel... ¿por qué mira al sacerdote de ese modo?

Nadie le oyó, en medio del rugir de la multitud. Soldados y fieles, todos tenían los ojos puestos en la bailarina. ¡Y Kenton también!

Entonces, el embrujo de medianoche de la mujer desapareció. Como reproche hacia sí mismo, Kenton se golpeó contra la piedra. La quietud de Sharane se había roto. Su mano blanca apartó los pliegues de púrpura que la cubrían. Se volvió y avanzó ligera hacia la entrada oculta por la que había salido.

La bailarina se detuvo, la musica se extinguió y volvió a oírse el movimiento desasosegado de la multitud: un murmullo más fuerte.

—¡Eso no estaba en el ritual! —El asirio se puso en pie de un salto—. ¡Aún no ha terminado el baile!

Casi encima de sus cabezas restalló el trueno.

—Se está impacientando por el dios —dijo la mujer, cínicamente.

—¡Ella es Ishtar! ¡Es la luna, que esconde su rostro tras una pequeña nube!

—El joven dio un paso hacia los hombres armados que protegían a la sacerdotisa.

La mujer de la mirada descarada se puso en pie, y le agarró por un brazo.

—¡Está loco! —les dijo a los soldados—. No le hagáis daño, vive en mi casa. ¡Yo me lo llevaré!

Pero el joven se zafó de ella. La apartó de un empujón, echó a correr entre los guardias y se dirigió hacia el patio para encontrarse con la sacerdotisa, que avanzaba por él. Se lanzó a sus pies presurosos y ocultó el rostro en el borde de su túnica. Ella se detuvo, mirándole a través de los velos. Al momento, el sacerdote de Bel se colocó junto a ella. Dio una patada en la cara al joven y le envió rodando dos metros más allá.

—¡Eh, Alrac, Druchar! ¡Coged a este hombre! —gritó.

Dos oficiales corrieron hacia él, desenvainando sus espadas. Los sacerdotes que estaban esperando se apiñaron y empezaron a susurrar. Toda la multitud estaba en silencio.

El joven se retorció, se levantó de un salto y se enfrentó a la sacerdotisa.

—¡Ishtar! —gritó—. ¡Muéstrame tu rostro, y después, déjame morir!

La sacerdotisa permaneció en silencio, como si no viera ni oyera nada. Los soldados le agarraron y apartaron sus brazos de ella. Entonces pudo verse cómo la fuerza fluía por la delgada constitución del joven. Parecía expandirse, aumentar su altura. Rechazó a los soldados, golpeó en el rostro al sacerdote de Bel, y agarró los velos de la sacerdotisa.

—¡No moriré hasta que haya contemplado tu rostro, oh Ishtar! —gritó, y rasgó sus velos...

Kenton miró el rostro de Sharane. Pero no era la Sharane del barco, vital, llena del fuego de la vida. Aquella Sharane tenía unos ojos enormes y ciegos. Sobre su frente blanca el sueño se sentaba en un trono. Su mente flotaba por los laberintos entrelazados de la ilusión.

La voz del Sacerdote de Bel chilló:

—¡Matad a ese hombre!

Las espadas de dos de los capitanes atravesaron el pecho del joven, que cayó, cogido todavía con fuerza a los velos. Sharane le miró, despreocupada.

—¡Ishtar! —jadeó—. ¡Te he visto, Ishtar!

Sus ojos se volvieron vidriosos. Sharane tiró de los velos para arrancárselos de las manos y se echó sobre la cara los restos desgarrados. Se dirigió después hacia el templo... y desapareció de la vista forzada de Kenton.

Entre la multitud se produjo un clamor. Arqueros y lanceros empezaron a hacer retroceder a la muchedumbre por el bosque de esbeltos pilares lacados. Finalmente, huyeron entre ellos, se confundieron con aquellos a los que estaban vigilando. Los soldados y acólitos echaron a correr, dejando atrás al Sacerdote de Bel. Tras ellos se fueron las muchachas que tocaban el arpa, la flauta y el tambor de Narada.

Dentro del vasto círculo rodeado por las flechas élficas quedaron solamente el sacerdote y la bailarina. El impresionante cielo se oscureció poco a poco. El movimiento lento y agitado de las nubes se había hecho más rápido. La vela en forma de punta de lanza que había en el altar de Bel brillaba con mayor intensidad... como si estuviera airada, como una espada escarlata que se eleva. Las sombras se hicieron más oscuras alrededor de los querubines. El sonido metálico de los truenos se había hecho más continuado, y se estaba acercando.

Cuando pasó Sharane, Kenton estuvo a punto de abrir aquella otra puerta de bronce, pero algo le advirtió que aún no había llegado el momento, que tenía que esperar un poco más. Y mientras esperaba, el sacerdote y la bailarina se dirigieron hacia aquella extraña ventana por la que él estaba mirando. Y se detuvieron junto a él.

PARTE V

23

La Bailarina y el Sacerdote

—¡Bel debería estar satisfecho con los oficios, sacerdote! —oyó decir Kenton a la bailarina.

—¿A qué te refieres? —preguntó ingenuo el sacerdote.

Narada se acercó más y extendió las manos hacia él.

—Shalamu —susurró—, ¿crees que estaba bailando para el dios? Sabes que bailaba... para ti. Y, ¿a quién estabas adorando tú, Shalamu? ¿Al dios? No: a la sacerdotisa. Y, ¿a quién crees que estaba adorando ella?

—¡Ella adoraba a Bel! Nuestro señor Bel, que lo tiene... todo —respondió amargamente el sacerdote.

—¡Se adoraba a sí misma, Shalamu! —respondió la sacerdotisa, sarcástica.

—Ella estaba adorando a Bel —repitió el sacerdote, terca y tristemente.

Narada se acercó mas y le tocó, agitando sus manos, anhelante.

—¿Es que alguna mujer adora a un dios, Shalamu? —preguntó—. ¡Ah, no! Yo soy una mujer.. y lo sé bien. Esta sacerdotisa tendría que ser la mujer de un dios, no la mujer de un hombre. Ella se reserva, demasiado inalcanzable, demasiado preciosa para un hombre. Se ama a sí misma. Se adora a sí misma. Se inclinaría ante sí misma, como si fuera la mujer de un dios. Las mujeres hacen dioses de los hombres, y les aman. Pero ninguna mujer ama a un dios que ella no ha hecho, Shalamu.

—Bueno... ¡yo la estaba adorando a ella! dijo el sacerdote, sombrío.

—¡Igual que ella se adoraba a sí misma! —respondió la bailarina—. Shalamu: ¿desea la sacerdotisa deleitar a Bel? ¿A nuestro señor Bel, que posee a Ishtar? ¿Podemos nosotros proporcionar un gozo a los dioses... a los dioses, que todo lo poseen? El loto se abre al sol... pero, ¿se abre para deleite del sol? ¡No! Es para deleitarse a si mismo. ¡Igual que la sacerdotisa! Yo soy una mujer.. y lo sé bien.

La bailarina puso las manos sobre los hombros del sacerdote, y él las tomó entre las suyas:

—¿Por qué me dices esas cosas?

—¡Shalamu! —murmuró—. Mírame a los ojos. Mira mi boca... y mis pechos. Como la sacerdotisa, yo también pertenezco al dios. Pero me entrego a ti... mi amado.

—Sí... —respondió el sacerdote como en un sueño—. ¡Eres hermosa!

Ella le rodeó el cuello con los brazos, y acercó sus labios a los de él.

—¿Crees que yo amo al dios? —susurro—. Cuando bailo, ¿crees que es para deleite de sus ojos? Yo bailo para ti... mi amor. Por ti desafío la cólera de Bel... —Y apoyó la cabeza de él suavemente contra su pecho—. ¿No crees que soy sincera? ¿Más sincera que esa sacerdotisa que pertenece a Bel y se adora a sí misma, y que nunca se entregará a ti? ¿No te complacen mis perfumes? ¡A mí no me posee ningún dios, mi amor!

—Sí, eres muy sincera... —volvió a responder el sacerdote como en un sueño.

—¡Te quiero... Shalamu!

Él la apartó de sí:

—¡Sus ojos son como los Estanques de la Paz en el Valle del Olvido!
¡Cuando viene hacia mi, las palomas de Ishtar baten sus alas sobre mi cabeza!
¡Ella camina sobre mi corazón!

Narada se retiró, pálidos sus labios escarlata y formando sus cejas una amenazadora línea.

—¿La sacerdotisa?

—La sacerdotisa —respondió él—. Su pelo es como la nube que vela al sol en el crepúsculo. Las ondas de su túnica me abrasan, igual que abrasa las palmeras el viento del desierto al mediodía. Las ondas de su túnica me dejan helado, igual que deja heladas el viento del desierto a las palmeras, a medianoche.

—Ese joven fue mucho más atrevido que tú, Shalamu —dijo Narada.

Kenton vio teñirse de rojo el rostro del sacerdote.

—¿Qué quieres decir? —refunfuñó Shalamu.

—¿Por qué le mandaste matar? —Su voz era fría, como antes.

—Cometió un sacrilegio. Él... —respondió cálidamente el sacerdote.

—Porque fue más osado que tú —le interrumpió ella despectiva—. Porque se atrevió a rasgar los velos que la cubrían. Porque sabes que tú eres un cobarde. ¡Por eso le mandaste matar!

Las manos de Shalamu se crisparon sobre su garganta:

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Claro que me habría atrevido!

—Ni siquiera te habrías atrevido a matarle tú mismo —se burló Narada de nuevo.

Sus manos le atenazaban la garganta y ella las retiró con cuidado.

—¡Cobarde! —gritó la bailarina—. El se atrevió a levantar el velo que cubría a su amada. ¡Él se atrevió a desafiar la ira de Ishtar y de Bel!

—¿Que yo no me habría atrevido? —gritó el sacerdote fuera de sí—. ¿Acaso temo yo a la muerte? ¿Le temo a Bel?

Los ojos de Narada le miraron burlones.

—¡Oh! ¡Te amo tanto! —se burló ella—. La sacerdotisa espera al dios... ¡en una casa solitaria! Tal vez él no venga con la tormenta. Tal vez se ha entretenido con otra doncella... ¡Oh, tú, que nada temes! ¡Amante osado... ocupa su puesto!

Shalamu se retiró de su lado.

—¡Ocupa... su... puesto! —susurro.

—Sabes dónde está escondida la armadura del dios. ¡Ve y tómala, como si fueras el dios! —contestó ella.

Durante largo rato el sacerdote permaneció en pie, temblando. Después, Kenton vio que la falta de resolución volaba y la decisión ocupaba su lugar. Fue hacia el altar.. y la vela en forma de lanza menguó, osciló, y finalmente se extinguió. En la súbita oscuridad, los querubines agachados parecían levantar el vuelo monstruosos.

Se produjo un fognazo de una extraña luz.

Gracias a su fulgor irisado Kenton vio al sacerdote de Bel pasar rápidamente por el camino que había recorrido Sharane. Vio a Narada acostarse, acurrucada, en los nidos de azabache, con los enjambres de mariposas doradas descansando sobre ella. Escuchó un lamento grave, que le partía el corazón.

Kenton había empezado a soltar la palanca lentamente. Era hora de utilizar la llave, pasar al lugar que había señalado el sacerdote de azul. Pero su mano se apartó de la palanca, congelada.

Una sombra, más negra que un crepúsculo sin sol, había pasado ante la ventana. La sombra se detuvo sobre la bailarina. Era un bulto enorme, indómito, familiar.. ¡Klaneth!

—Bien —gruñó el sacerdote negro, y la tocó con los pies—. Dentro de poco ni él ni Sharane te molestarán más. Y tú habrás ganado la recompensa que te prometí.

Narada le miró con un rostro blanco y patético, y atendió hacia él sus manos temblorosas.

—Si él me hubiera amado —gimió ella—, nunca se habría ido. Si me hubiera amado un poco siquiera... nunca le habría dejado marchar. Pero me hizo enfadar... me avergonzó, rechazó el amor que le ofrecía. No fue por ti, serpiente negra, a pesar de tu oferta, por lo que le envié a ella... ¡y a la muerte!

El sacerdote negro la miró fijamente, y se rió.

—Cualquiera que fueran tus motivos... tú le enviaste —dijo él—. Y Klaneth paga lo que debe.

El sacerdote negro dejó caer un puñado de brillantes joyas en sus manos extendidas. Ella gritó, abrió los dedos como si las gemas le quemaran, y las joyas cayeron al suelo y rodaron por las losas.

—¡Si él me hubiera amado! ¡Si me hubiera amado un poquito siquiera! — sollozó Narada... y volvió a agacharse, formando un montoncito entre las mariposas.

Kenton veía ahora claramente la trama del sacerdote negro, y soltó la palanca. Corrió hacia la puerta de bronce del fondo, metió la llave en forma de cuña en ella y pasó despacio por la abertura. Luego corrió por el pasadizo que la puerta había ocultado. Mientras corría, en su interior ardían dos llamas: una blanca, de amor por su mujer, y otra negra, de odio hacia Klaneth. Supo que allí donde estuviera el Sacerdote de Bel estaría Sharane. El final —a menos que Kenton pudiera llegar al refugio de Bel a tiempo, y detenerle— era inevitable. Narada lo había repetido... ¡pero demasiado tarde! El sacerdote negro había jugado... ¡y había ganado!

Kenton iba maldiciendo mientras corría. Si Sharane, envuelta en aquel ensueño, veía al Sacerdote de Bel como al propio dios... ¡habría tomado al amante mortal! Su inocencia no podía salvarla. Klaneth se encargaría de ello. Y si Sharane despertaba... ¡Dios! ¿No le parecería, ya consciente, que el Sacerdote de Bel era él, Kenton?

Pero, fuera como fuera... la presencia del sacerdote y la sacerdotisa en el refugio de Bel sería suficiente para perjudicarles a ambos. Sí... Klaneth se encargaría de ello.

Cruzó un pasillo transversal y corrió a ciegas por un corredor descendente flanqueado por quimeras vigilantes. Luego, se detuvo ante un amplio portal del que colgaban, rígidos e inmóviles, algo que simulaba pliegues de tela, tallados en plata maciza. Algo le susurró que tuviera cuidado. Sacó una mano, separó las cortinas metálicas, y miró a través de ellas...

Lo que vio fue el interior de su propio dormitorio. Allí estaba, ante él, ¡su antiguo dormitorio, en su antiguo mundo!

Vio la nave enjoyada, brillante, resplandeciente, pero como a través de la niebla, a través de una bruma de partículas iluminadas que la cubría. El gran espejo brillaba tras el mismo vapor luminoso. Infinitamente pequeños, en número infinito, los átomos brillantes estaban suspendidos entre él y su cuarto... ¡allá en Nueva York! Y él... allí... ¡en aquel extraño mundo!

Su dormitorio estaba brumoso, nebuloso, y temblaba ante su vista. Ahora se retiraba al infinito.

Y, al mirarlo, incrédulo, aquella vieja y desolada desesperación se apoderó de él, y sintió que las cortinas se volvían leves como una gasa de seda entre sus manos, y que volvían a ponerse rígidas como el metal, de forma alternativa. Se le escapaban de las manos o se volvían más duras dentro de ellas, a medida que la habitación se afirmaba en medio de la niebla plateada o se disolvía en fantasmal delineación.

Pero, al hacerse más claro el interior de su habitación, al hacerse más leve, las líneas que delimitaban la nave enjorada se endurecían, se cristalizaban, brillaban más... invocándole, atrayéndole para que volviera.

Los Dioses... y el deseo del Hombre

Kenton se preparó. Se sujetó con fuerza a las cortinas y luchó con toda su voluntad para evitar que se derritieran. Las cortinas eran como barrotes que dividían su antiguo mundo y el de la gran aventura.

Una fuerza desconocida, semejante a una resaca, le arrastraba hacia delante cada vez que se derretían entre sus manos, mientras las líneas nebulosas de su habitación se cristalizaban en líneas rígidas. Podía captar cada detalle de aquella habitación: el espejo de cuerpo entero, los armarios, el diván... las manchas de su propia sangre todavía húmeda en el suelo.

Y siempre, tanto si la habitación se parecía a una niebla que se deshace como si estaba claramente delimitada, la nave enjorada brillaba sin parar, vigilante.

Después se balanceó en el interior de la habitación y sobre ella. La antigua alfombra china que había en el suelo estaba debajo de él... a la vez cercana y también infinitamente distante Oyó las voces de los vientos atronadores del espacio.

En aquel instante se dio cuenta de que era el brillante juguete lo que le arrastraba hacia allí para que regresara.

Algo surgía de la oscura cubierta de la nave. Algo maligno y burlón que le arrastraba... hacia allí.

La cubierta negra se hizo más oscura... su tirón más fuerte...

—¡Ishtar! —rogó, mirando a la cabina rosada—. ¡Ishtar!

¿Había brillado de pronto la cabina, como si se hubiera llenado súbitamente de luz?

Las líneas de la habitación se confundieron de nuevo, las cortinas volvieron a pesar en sus manos, volvía a estar de nuevo en pie en el umbral de la Morada del Dios Luna.

Una, dos, tres veces más, la habitación tiró de él... pero cada vez era menos real, más espectral. A cada pulsación, Kenton oponía su voluntad. Cerraba los ojos y rechazaba aquella visión con todas sus fuerzas.

Su voluntad venció y la habitación desapareció. Aquel desvanecimiento significaba que se había roto el hechizo y los sutiles lazos.

Sorprendido por la reacción se aferró a las cortinas, con las rodillas temblándole sin fuerza. Poco a poco se encontró a sí mismo, y abrió las cortinas con decisión.

Se encontró con una gran sala, llena de una neblina de luz plateada. Era una neblina inmóvil, y sin embargo palpable, como si los rayos que la formaban

estuvieran entrelazados. La niebla luminosa convertía aquella cámara en una morada con una inmensidad de dimensiones. Pensó, aunque no estaba seguro, que dentro de aquellas telarañas plateadas había movimiento: sombrías siluetas que se mostraban a medias, que se desvanecían, que nunca llegaban a estar del todo a la vista. Advirtió otro movimiento a lo lejos: una figura se acercaba lentamente. Por fin apareció un hombre, con un casco de oro en la cabeza inclinada, y daba la impresión de que caminaba contra una fuerte corriente.

¡Era el Sacerdote de Bel, envuelto en el traje de su dios!

Kenton le observó sin respirar apenas. Sus ojos, tan parecidos a los de él, aparecían negros de terror y respeto, y, sin embargo, llenos de resolución y voluntad. La boca era firme, los labios blancos, y al contemplar el cuerpo del sacerdote, Kenton sintió un escalofrío, un temblor, un estremecimiento profundo, como el alma del sacerdote. Realidades o fantasmas, supo que los horrores de aquel lugar eran verdaderos para aquel extraño doble suyo.

El Sacerdote de Bel pasó. Kenton esperó hasta que la niebla brillante le cubriese, se deslizó a través de las cortinas y le siguió.

Entonces escuchó una voz, una voz tranquila, desapasionada, como la que le había ordenado que se levantara de su cama de piedra. Aquella otra voz no estaba en el lugar al que había llegado ni dentro de él. Era como si le llegara del lejano espacio...

¡Era la voz de Nabu, Dios del Juicio!

Mientras escuchaba, se sintió como si no fuera un hombre, sino tres... Un Kenton con un solo propósito que seguía al sacerdote y que le seguiría al infierno, ya que le llevaría hasta Sharane; un Kenton unido por un eslabón inexplicable a la mente del sacerdote, que sentía, veía, oía, sufría y temía, igual que él; y un Kenton que escuchaba las palabras de Nabu con tanta frialdad, con tan poca pasión como aquellas eran pronunciadas, y observaba las cosas con la misma frialdad y tan claramente como eran descritas.

—¡La Morada de Sin! —sonó la voz—. ¡Dios de los Dioses! ¡Nannar! ¡Tú que les otorgas todo a los dioses y los hombres! ¡Señor de la Luna! ¡Señor de la Media Luna Brillante! ¡El Grande con Cuernos! ¡Nannar de Perfectas Formas! ¡Tú que cumples el Destino! ¡Tú que te creaste a ti mismo! ¡Tú, cuya morada es la primera de las Zonas y cuyo color es el Plata!

»¡Cruza la Morada de Sin!

»¡Pasa por los altares de calcedonia y de sardio, que tienen engarzadas grandes piedras lunares y cristales de roca, los altares donde arden las blancas llamas de las que Sin, el Creador, hizo a Ishtar! ¡Contempla las serpientes pálidas y brillantes de Nannar retorciéndose hacia él, y en las nieblas que velan los cuernos en forma de media luna de Sin, contempla los escorpiones blancos alados, que vuelan hacia él!

»¡Escucha el sonido de los pasos de miles de pies, los pies de todos los hombres que nazcan más allá de la luna! ¡Y escucha el sonido de los sollozos de miles de mujeres, el sollozo de las mujeres que van a nacer y que van a parir! ¡Escucha el clamor de los No Creados!

»¡Y sigue avanzando!

»¡Pues ni el Dios Concesor, ni el temor hacia él pueden oponerse a los deseos del hombre!

Así sonaba la voz... y luego quedó en silencio. Y Kenton vio todas aquellas cosas. Vio las blancas serpientes brillantes retorcerse en la niebla de plata y golpear al sacerdote; vio a los escorpiones alados lanzarse sobre él; visualizó una enorme silueta, tremenda, dentro de las sombras, sobre cuyas cejas nubladas se posaba la media luna. Escuchó con sus propios oídos el golpear de los pasos de ejércitos de no nacidos, el sollozo de universos de mujeres no nacidas, el clamor de los No Creados. Vio y escuchó, igual, según advirtió, que veía y escuchaba el Sacerdote de Bel.

Y continuó.

El casco de oro resplandeció muy por encima de su cabeza. Kenton se detuvo en la base de una tortuosa escalera cuyos amplios escalones ascendían en círculo, variando a medida que se elevaba entre el plata pálido y el naranja luminoso. Esperó hasta que el sacerdote —sin apresurarse, sin mirar atrás— hubo ascendido. Después pasó al lugar al que conducía la escalera y le siguió.

Vio el interior de un templo lleno de una luz amarillenta, del mismo color que la que ya había atravesado, llena de telarañas y rayos de luna. El sacerdote avanzó unos cien pasos, y cuando Kenton se movió, la tranquila voz volvió a susurrar:

—¡La Morada de Shamash! ¡Hijo de la Luna! ¡Dios del Día! ¡Habitante de la Morada de Luster! ¡El que Destierra la Oscuridad! ¡Rey del Juicio! juez de la Humanidad! ¡En cuya cabeza se apoya la Corona de los Altos Cuernos! ¡En cuyas manos reposan la Vida y la Muerte! ¡Aquél que limpia al Hombre con sus manos como si fuera una placa de cobre pulido, cuya morada es la segunda de las Zonas y cuyo color es el Naranja!

»Ahora atraviesa la Morada de Shamash.

»Aquí hay altares de ópalo con diamantes engastados y altares de oro con ámbar, y piedras del sol amarillas. En los altares de Shamash arde el sándalo, el cardamomo y la verbena. Pasa junto a los altares de ópalo y de oro; pasa junto a los pájaros de Shamash, cuyas cabezas son ruedas de llamas que guardan la rueda que gira en la Morada de Shamash, y hay un torno de alfarero sobre la que se dibujan las almas de los hombres.

»Oye el murmullo de miles de voces, ¡el lamento de aquellos que han sido juzgados y el grito de aquellos que han sido juzgados!

»Y sigue avanzando.

»¡Pues ni el Rey del Juicio ni el temor a él pueden oponerse al deseo del hombre!

Y Kenton vio de nuevo todas aquellas cosas y siguió al sacerdote, que entraba en una segunda escalera cuyos escalones iban del naranja brillante al negro ébano. Y le siguió hasta una enorme sala resplandeciente, de cuyo temido dueño supo el nombre antes incluso de que la pausada voz que surgía de aquel espacio secreto y escondido lo murmurase:

—¡La Morada de Nergal! ¡El Poderoso de la Gran Morada! ¡Rey de los Muertos! ¡El que Esparce la Pestilencia! ¡El que Gobierna entre los Perdidos! El Oscuro sin Cuernos, cuya morada es la tercera de las Zonas y cuyo color es el Negro!

»¡Ahora pasa por la Morada de Nergal!

»¡Pasa junto a los altares de Nergal, de azabache y sanguinaria! ¡Pasa junto a los rojos fuegos de algalía y bergamota que arden allí! ¡Pasa junto a los altares de Nergal, junto a los leones que los guardan! ¡Los negros leones cuyos ojos son rubíes y cuyas garras son rojas como la sangre, los leones rojos cuyas garras son negras como el hierro y cuyos ojos son como carbúnculos, y cuyas cabezas son cabezas descarnadas de mujeres!

»¡Escucha el quejido de los habitantes de la Gran Morada, y prueba las cenizas de su pasión! ¡Y sigue avanzando!

»¡Porque ni el Señor de los Muertos ni el temor de él pueden apartar al hombre de su deseo!

Ahora, los escalones por los que subía Kenton desde la Morada de Nergal se fundían, de negro a carmesí, y la luz que llenaba el lugar en el que se encontraba era de un escarlata fiero y airado.

—¡La Morada de Ninib! —susurró la voz—. ¡Señor de las Lanzas! ¡Señor de la Batalla! ¡Señor de los Escudos! ¡Señor del Corazón de los Guerreros! ¡Gobernador de la Lucha! ¡Destructor de la Oposición! ¡Destructor de los Candados! ¡El Devastador, cuyo color es el Escarlata, y cuya morada es la cuarta de las Zonas!

»¡De escudos y lanzas están contruidos los altares de Ninib, y sus fuegos se alimentan con sangre de hombres y lágrimas de mujeres, y en los altares de Ninib arden las puertas de las ciudades devastadas y los corazones de los reyes conquistados. Ahora pasa junto a los altares de Ninib. Contempla cómo te amenazan los clavos carmesí de las tablas de Ninib, cuyos pies están calzados con calaveras de reyes y lenguas escarlatas de las serpientes de Ninib, que lamen las ciudades!

»Y escucha el chocar de las lanzas, el golpear de las espadas, la caída de las murallas. ¡Escucha el llanto de los conquistados!

»Y sigue avanzando.

»¡Pues desde siempre, los altares de Ninib han estado llenos de las frutas del deseo del hombre!

Puso entonces los pies en el cuarto tramo de escaleras; subió escalones que iban del bermellón de la llama al azul claro y sereno de los cielos tranquilos, y se detuvo en una cámara llena de tranquila luz azul. La voz parecía estar ahora más cerca.

—¡La Morada de Nabu! ¡Dios del Juicio! ¡Poseedor de la Esencia! ¡Dueño de las Aguas! ¡Señor de los Campos que dejan paso a las corrientes subterráneas! ¡El que proclama! ¡El que abre los oídos del entendimiento, cuyo color es el Azul, y cuya morada es la quinta de las Zonas!

»Los altares de Nabu son de zafiro azul y de esmeraldas, y en ellos brillan claras amatistas. La llama que arde en los altares de Nabu es un fuego azul en cuya luz sólo la verdad tiene forma. Y las llamas de Nabu son llamas frías, y no hay ningún aroma sobre sus altares. Ahora pasa junto a los altares de zafiro y esmeralda y junto a su frío fuego. Pasa junto a los peces de Nabu, que han visto los pechos de las mujeres, pero sus bocas están en silencio. Pasa junto a los ojos vigilantes de Nabu, que miran desde detrás de sus altares y no tocan la esencia de Nabu, que contiene el juicio.

»Sí, sigue avanzando.

»Pues, ¿cuándo se ha opuesto el Juicio al deseo del hombre?

El sacerdote salió de la Morada Azul de Nabu, y tras él, por una escalera que iba del zafiro al madreperla, subió Kenton. Pequeños zarcillos de incienso le alcanzaron mientras avanzaba, y todo a su alrededor golpeaba con sutiles notas entrelazadas de amorosos sonidos evocadores, infinitamente atrayentes, peligrosamente dulces. Lenta, muy lentamente, Kenton las siguió, escuchando aquella voz, y sin embargo, sólo prestándole atención a medias, casi olvidando la razón de su búsqueda, luchando contra un deseo enorme de atender a la llamada, a aquella música amorosa que le enganchaba y le hacía rendirse al espíritu de aquella cámara enjovada, luchando contra el deseo de no ir más allá, de olvidar a Sharane.

—¡La Morada de Ishtar! —dijo la voz—. ¡Madre de los Dioses y los Hombres! ¡La Gran Diosa! ¡Señora de la Mañana y del Atardecer! ¡La del Vientre Lleno! ¡La Productora! ¡La que escucha las peticiones! ¡La que Mata, y la que Crea el Amor, cuyo color es el Rosa... el de la perla! ¡La Morada de Ishtar es la sexta de las Zonas!

»¡Ahora pasa por la Morada de Ishtar! ¡Sus altares son de blanco mármol y de coral rosado, y el blanco mármol tiene vetas azules, como el pecho de una mujer! En sus altares arden la mirra y el incienso, la esencia y la resina del ámbar. ¡Y los altares de Ishtar tienen perlas engastadas, blancas y rosas, con jacintos, turquesas y berilo!

» Ahora cruza los altares de Ishtar, y contempla cómo las palmas rosadas de las doncellas llenas de deseo, las guirnaldas rosas del incienso se extienden hacia él. Las blancas palomas de Ishtar baten las alas junto a sus ojos. Escucha el sonido de los labios que se unen, el vibrar de los corazones, los suspiros de las mujeres y los pasos de los pies blancos.

»Y sigue avanzando.

»Porque, ¿en alguna ocasión se opuso el Amor al deseo del hombre?

De aquella cámara de embrujos amorosos la escalera partía reacia, cambiando su tono rosado de perla por un color de oro brillante. Y, al subirla, se encontró en otro lugar enorme y luminoso, como si fuera el corazón del sol. Más deprisa cada vez, el Sacerdote de Bel avanzaba, como si todos sus horrores se hubieran concentrado en sus pies presurosos.

—¡La Morada de Bel! —sonó la voz—. ¡Merodach! ¡Gobernador de las Cuatro Regiones, Señor de las Tierras! ¡Hijo del Día! ¡El del Cuello de Toro! ¡Vigoroso como un elefante! ¡El Poderoso! ¡Conquistador de Tiamat! ¡Señor de Igigi! ¡Rey de los Cielos y la Tierra! ¡El que Completa las Cosas! ¡Amante de Ishtar!

»¡Bel Merodach, cuya morada es la séptima de las Zonas y cuyo color es el Oro!

»¡Atraviesa ligero la casa de Bel!

»¡Los altares de Bel son de oro, con rayos como los del sol! En ellos arden los fuegos dorados de los relámpagos veraniegos y el humo del incienso pende sobre ellos, como una nube de tormenta! ¡Los angelotes con cuerpo de león y cabeza de águila, y los angelotes con cuerpo de toro y cabeza de hombre, guardan los altares dorados de Bel, y ambos tienen alas poderosas! ¡Los altares de Bel se apoyan en el vigor de los elefantes, y los sostienen cuellos de toro y garras de león!

»¡Ahora pasa junto a ellos! ¡Contempla cómo se hunde el fuego de los relámpagos, contempla cómo tiembla el altar! En sus oídos está el sonido de los mundos aplastados por el puño de Bel; de mundos que se quiebran bajo Bel el Destructor.

»Y sin embargo, no se detiene.

»¡Pues ni siquiera el poder del dios puede destruir el deseo del hombre!

La voz calló y pareció regresar a aquellas regiones lejanas de las que vino. Al retirarse, Kenton sintió el final y comprendió que ya no habría más sonidos, que ahora estaba abandonado a su propio ingenio y a su propia fuerza. De allí en adelante, debía dirigir su propio camino.

De una de las paredes de la Casa de Bel sobresalía un contrafuerte cuadrado, perpendicular, de unos cincuenta pies de ancho, o más. Se introducía en el templo como si fuera la pila gigantesca de un puente. Su parte superior estaba oculta.

Por la pared bajaba una ancha franja quebrada de oro que Kenton tomó por un instante por un colosal ornamento, el símbolo del rayo de Bel. Se acercó a ella, siguiendo al sacerdote. Y entonces vio que la franja dorada no era un adorno. Era una escalera, construida de forma que representara el culebreante rayo. Una escalera de peldaños muy empinados que, por la resistente pared donde estaba el contrafuerte, ascendía desde el suelo de la Morada de Bel... ¿hasta dónde?

Al pie de ésta, el sacerdote titubeó. Por primera vez miró atrás y pareció moverse como si fuera a retroceder. Entonces, con el mismo gesto desesperado de desafío con el que se había retirado del altar, empezó a subir cauteloso y en silencio por los empinados peldaños.

Y Kenton, tras esperar de nuevo hasta que no hubiera ninguna sombra en las brillantes neblinas, continuó.

En el refugio de Bel

La tempestad había estallado. Al subir, Kenton escuchó los truenos, que recordaban el choque de los escudos de un ejército, el sonido metálico de un sinfín de timbales, el estrépito de millones de gongs de bronce. El estruendo se hizo más fuerte a medida que ascendía; con él se mezclaba ahora el diapasón de un fuerte viento, y el repiqueteo de cataratas y lluvia.

La escalera ascendía, pegada a la pared del contrafuerte, como una parra que trepa por una torre. No era ancha... tres hombres podían subir por ella, no más. Ascendía dando vueltas. Cinco empinados tramos de cuarenta escalones y cuatro tramos no tan empinados de quince peldaños tuvo que subir antes de llegar arriba. Protegiendo el extremo exterior había sólo un grueso cordón de oro trenzado, apoyado en pilares separados unos cinco pies unos de otros.

Tan alto estaba que, cuando se acercaba al final y miró hacia abajo, vio la morada de Bel cubierta por una neblina dorada, como si mirara desde la cumbre de alguna montaña un valle cuya cobertura de nubes estuviera apenas tocada por los rayos del sol de la mañana.

El último peldaño era una losa de unos tres metros de largo y uno y medio de ancho. Sobre ella se abría una puerta... un estrecho portal en forma de arco, lo bastante ancho para que pasaran dos hombres a un tiempo. La puerta, situada sobre una pequeña plataforma, se abría a un espacio nebuloso del interior del templo. La cámara oculta a la que daba paso, descansaba en la parte superior del contrafuerte.

Un hombre podía sostener la parte final de aquella escalera.

La puerta estaba cerrada por una simple cortina de oro, metálica y tan pesada como las que cubrían el portal de la Casa Plateada del Dios de la Luna. Involuntariamente, se impidió a sí mismo abrirlas, recordando lo que aquellas colgaduras argénteas le habían mostrado cuando las abrió. Dominó su miedo y abrió una esquina del cortinaje.

Vio una cámara cuadrangular, llena de relámpagos como danzarinas plumas de pavo real. Supo que había llegado a su objetivo: el lugar de descanso de Bel, donde esperaba la amada de Kenton, prisionera del ensueño.

Vio al sacerdote agachado junto a la pared más apartada, extasiado, junto a una mujer cubierta por un velo blanco que estaba en pie, con los brazos abiertos, al lado de una gran ventana que había en la parte derecha de la pared. La ventana estaba cerrada por un gran cristal transparente en el que la lluvia golpeaba y el viento azotaba. Y pintados con miles de pinceles mojados en

pequeñas llamas irisadas, los relámpagos que representaban los amores de Bel, bordados en grandes tapices que colgaban de las paredes.

En la cámara había una mesa y dos banquetas de oro, y un enorme diván de madera y marfil. Junto al diván había un gran brasero y un incensario con forma de reloj de arena. Del brasero salía una delgada llama amarilla. Sobre la mesa había unos pastelillos de color azafrán en platos de dorado ámbar y botellas de oro, llenas de vino. En las paredes había unas pequeñas lámparas, y debajo de cada una de ellas, una jarra con aceite para llenarlas.

Kenton esperó, inmóvil. El peligro se estaba concentrando en torno a él como si fuera una nube de tormenta, removida por Klaneth, dentro del caldero de un hechicero. Tuvo que esperar, porque sabía que tendría que meterse de lleno en el sueño de Sharane... tenía que medir la fantasía en la que se movía, con su mente dormida, antes de que él pudiera despertarla. Eso le había dicho el sacerdote de azul.

Le llegó la voz de ella:

—¿Quién ha visto el batir de sus alas? ¿Quién ha oído los pasos de sus pies, como el sonido de múltiples carros preparados para la batalla? ¿Qué mujer ha visto el brillo de sus ojos?

Se produjo un fagonazo, un resonar de trueno... según pareció, dentro de la misma cámara. Cuando se le aclaró la vista observó a Sharane, que se cubría los ojos con las manos y se dirigía a la ventana.

Delante de la ventana había una figura que parecía gigantesca en medio de aquel resplandor, con casco y mamparo, todo de reluciente oro... una figura... que parecía un dios.

El mismo Bel Merodach, que había saltado desde sus corceles de la tormenta y estaba aún derramándose con sus relámpagos.

Así creyó Kenton por un terrible instante... pero después supo que era el Sacerdote de Bel con la vestimenta del dios, robada.

La figura blanca, Sharane, apartó lentamente las manos de sus ojos y dejó que aquellos cayeran lentamente sobre la figura brillante. Se arrodilló a medias, y después se irguió orgullosa. Buscó el rostro casi oculto con sus grandes ojos verdes soñadores.

—¡Bel! —susurró; y después—: ¡Señor Bel!

—¡Oh, hermosa!... —respondió el sacerdote—, ¿por quién esperas?

—¿Por quién si no por ti —contestó ella—, Señor de los Relámpagos?

—Pero, ¿por qué me esperas a mí? —preguntó el sacerdote, sin dar un sólo paso hacia ella... Kenton, preparado para saltar y golpearle, se detuvo al oír la pregunta. ¿Qué tenía en la mente el Sacerdote de Bel para estar perdiendo el tiempo así?

—Esta es vuestra casa, Bel —dijo Sharane, perpleja y casi avergonzada—. ¿No ha de haber en ella una mujer esperando por vos? Yo... yo soy la hija de un rey. ¡Y os he esperado aquí durante mucho tiempo!

—Eres honesta —dijo el sacerdote. Sus ojos ardían sobre ella—. Sí... muchos hombres deben haber visto lo honesta que eres. Pero yo soy un dios.

—Yo era la más honesta de las princesas de Babilonia. ¿Quién si no la más honesta iba a esperar por vos en vuestra casa? Yo soy la más honesta de todas. —Así habló Sharane, apasionada.

—Princesa —volvió a hablar el sacerdote—, ¿qué fue de aquellos hombres que te creyeron honesta? Dime: ¿no les mató tu belleza como un veneno, rápido y dulce?

—¿He pensado yo en algún hombre? —preguntó, trémula.

—Pues muchos hombres deben haber pensado en ti, hija de rey —respondió él, implacable—. Y el venen aunque sea rápido y dulce, ha de provocar dolor ¡Yo soy un dios! ¡Y sin embargo, lo sé!

Hubo un silencio; él preguntó de pronto:

—¿Cómo me has esperado?

—He mantenido las lámparas llenas de aceite —respondió ella—; he preparado los pastelillos y he dispuesto el vino. Y mis doncellas me han conducido a ti.

—Muchas mujeres han hecho todo eso... —dijo el sacerdote—, por un hombre, princesa. ¡Yo soy un dios!

—Yo soy la más bella —respondió—. Príncipes y reyes me han deseado. ¡Mira, oh Grandioso!

Los relámpagos irisados acariciaron la maravilla plateada de su cuerpo, oculto apenas por la red de su cabello rojo dorado cuando lo desató y lo dejó caer en libertad.

El sacerdote saltó desde la ventana. Kenton, loco de celos de que otro poseyera aquella belleza blanca, se deslizó entre las cortinas para golpearle.

A medio camino se detuvo, comprensivo incluso, sintiendo por el Sacerdote de Bel una compasión que le sujetaba.

Porque el alma del sacerdote estaba ante sus ojos interiores, y Kenton sabía que aquella alma habría sido igual a la suya si él hubiera sido el sacerdote, y si el sacerdote hubiera sido él.

—¡No! ¡Ni un beso para Bel! ¡Ni un latido de tu corazón para Bel! ¿Qué placer para Bel? ¡No! ¡Éste es el hombre al que has de besar! ¡Yo soy ese hombre! ¡Es el corazón de un hombre el que va a latir junto al tuyo! ¡Es mi corazón! ¡Yo... yo! ¡Ningún dios te poseerá!

La tomó en sus brazos, posando sus labios ardientes en los de ella.

Kenton estaba sobre él.

Echó un brazo por debajo de la barbilla del sacerdote y le echó la cabeza hacia atrás, hasta que el cuello crujió. Los ojos del sacerdote miraron a los ojos de Kenton. Soltó a Sharane, golpeó a Kenton en la cara y se retorció para zafarse de éste. Después su cuerpo quedó laxo; el espanto y el terror sustituyeron visiblemente a la ciega ira. Porque ahora la conciencia del Sacerdote había pasado a Kenton... y éste la veía como suya.

Su propio rostro le estaba mirando desde arriba, prometiéndole... ¡la muerte!

El dios al que había desafiado y traicionado... se mostró al fin. Kenton leyó sus pensamientos con tanta exactitud como silos hubiera expresado con palabras. Lo agarró por otro sitio, se incorporó a medias, hizo casi caer al sacerdote sobre el suelo y luego lo lanzó contra la pared. Este cayó al suelo y se quedó allí, crispado.

Sharane se agazapó, recogiendo los velos con sus manos rígidas y cubriéndose con ellos, en el borde del diván de marfil. Le miró fijamente, compadecida; sus enormes ojos se fijaron en él, salvajes. Muy dentro de sí sintió un tirón de la voluntad que se rebelaba contra las redes del sueño.

Una profunda punzada de amor y piedad hacia ella le recorrió a Kenton por completo. No había pasión en él. En aquel momento, ella no era más que una criatura desquiciada, abandonada, que inspiraba compasión.

—¡Sharane! —susurró, y la tomó en sus brazos—. ¡Sharane! ¡Amada mía! ¡Despierta, amada!

Besó sus labios fríos, sus ojos asustados.

—¡Kenton! —murmuró ella—. ¡Kenton! —Y después, tan bajo que apenas se la podía oír—: Ah, sí... ya recuerdo... tú eras mi señor.. hace años... ¡años!

—¡Despierta, Sharane! —gritó Kenton, y sus labios volvieron a buscar los de ella. Y entonces, los labios de ella se volvieron cálidos y se unieron a los de él.

—¡Kenton! —susurró—. ¡Mi amado señor!

Ella se apartó, retiró sus brazos con unos dedos pequeños pero fuertes como diez dedos de acero. En sus ojos Kenton vio romperse el sueño, igual que se rompen las últimas nubes de la tormenta en presencia del sol, y hacerse más leve, hasta convertirse en nebulosos trazos pasajeros.

—¡Mi amado! —gritó Sharane, ya completamente despierta, liberada totalmente del sueño, y le echó los brazos al cuello, y puso sus labios vivos en los de él—: ¡Kenton! ¡Mi amado!

—¡Sharane! ¡Sharane! —susurró él, mientras el velo de sus cabellos le cubría el rostro al hundir éste en las mejillas de ella, en su cuello, en su pecho.

—¡Oh! ¿Dónde has estado, Kenton? —sollozó ella—. ¿Qué me han hecho? ¿Y dónde está la nave... dónde me llevaron? Pero... ¡qué importa si tú estás conmigo!

—¡Sharane! ¡Sharane! ¡Amada! —era todo lo que podía decir, una y otra vez, con su boca junto a la de ella.

Unas manos le agarraron por el cuello, unas manos fuertes, cortándole la respiración, estrangulándolo. Sus ojos se encontraron con los del Sacerdote de Bel, enloquecidos. Kenton le creía fuera de combate... ¡y desde luego, no lo estaba!

Cruzó su pierna derecha por detrás de la del sacerdote, y se lanzó hacia atrás, con todas sus fuerzas, contra él. El sacerdote cayó al suelo, arrastrando a Kenton. Sus manos se relajaron lo suficiente para dejar que Kenton introdujera una de las suyas entre la garganta y los dedos que la oprimían. Como una serpiente, el sacerdote se escurrió por debajo de Kenton, le echó a un lado, y se puso en pie de un salto. Tan rápido como él, saltó también Kenton. Antes de que pudiera sacar la espada, el Sacerdote de Bel estaba de nuevo sobre él, rodeándole con un brazo que le inmovilizaba su brazo derecho, y con el otro, golpeando a Kenton en el izquierdo y lanzándose a su garganta.

Lejos de allí, a través del sonido de la sangre que le golpeaba en los oídos, Kenton oyó el vibrar de otro tambor que se apagaba, despertándole insistente, amenazador.. como un latido del corazón mismo del «zigurat», alarmado y enojado.

Y muy lejos de allí, Gigi, que se balancea con sus largos brazos simiescos mientras desciende por la soga que ha enganchado lanzándola por encima del borde exterior de la escalera, lo oye también. Sube trepando, frenético, a toda velocidad, por la cuerda. Con la misma velocidad le siguen Zubrán y el vikingo.

—¡Alarma! —dice Sigurd, y les lleva al resguardo de la muralla que rodea al templo, para que puedan oírle—. ¡Rogad a Thor para que los centinelas no nos hayan oído. ¡Y ahora, deprisa!

Pegados a la valía, suben los tres y rodean la terraza de Sin, Dios de la Luna. Los relámpagos casi han cesado, pero la lluvia corre en un torrente presuroso que les llega hasta las rodillas. La negrura de las grandes tormentas los mantiene ocultos.

Haciendo frente al viento y a la lluvia, vadeando el torrente, escalan la muralla... los tres.

En lo alto del refugio de Bel rodaban Kenton y el sacerdote, abrazados el uno al otro con fuerza, y luchando cada uno de ellos por deshacerse del abrazo del otro. Sharane daba vueltas a su alrededor. El sacerdote, con la espada robada en la mano, jadeaba, buscando un hueco para asestar un golpe con la espada. Al no encontrarlo, y como estaban agarrados tan estrechamente, el sacerdote se volvió y la espalda de su amado quedó frente a ella.

—¡Shalamu! ¡Shalamu! —la bailarina de Bel estaba en pie junto a las cortinas doradas, sacudida por los horrores de los santuarios secretos, por el amor, por el remordimiento, por la desesperación. Con el rostro pálido, temblando, se agarró a las cortinas—. ¡Shalamu! —gritó—. ¡Vienen por ti! El Sacerdote de Nergal es el primero.

El sacerdote estaba de espaldas a ella, y Kenton de frente. El sacerdote tenía la cabeza inclinada y luchaba por clavarle los dientes en el cuello y rasgarle las arterias. Sordo y ciego a todo, excepto a la lujuria de matar, tenía todos los sentidos cerrados a Narada.

Y Narada, al ver el rostro de Kenton a la luz intermitente del brasero, pensó que él era el hombre al que amaba.

Antes de que Sharane pudiera moverse, atravesó corriendo la habitación. ¡Y hundió la daga hasta la empuñadura en la espalda del Sacerdote de Bel!

Agazapados en una garita cortada en la muralla para que se refugiaran, los centinelas de la zona plateada sienten que unas armas salen de entre la bruma. Dos de ellos caen con el cuello roto por las garras de Gigi, y otros dos bajo el golpe rápido de la espada de Sigurd. Dos más pierden el equilibrio bajo la cimitarra del persa. Ahora sólo quedan en ese nicho seis hombres muertos.

—¡Rápido! ¡Rápido! —Sigurd abre el camino que les saca de la zona plateada. Rodean entonces la zona naranja de Shamash, Dios del Sol.

Tres muertes vienen abriéndose paso desde el vacío, y los centinelas de la zona naranja yacen muertos tras los pasos apresurados de los tres.

Advierten, a su derecha, una negrura más profunda: las negras murallas de la zona de Nergal, Dios de los Muertos...

—¡Rápido! ¡Rápido!

El Sacerdote de Bel se resbaló entre los brazos abiertos de Kenton y cayó de rodillas, hacia atrás, con sus ojos moribundos mirando fijamente a los de la bailarina.

—¡Narada! —jadeó, echando por la boca una espuma sanguinolenta—. Narada... tú... —La saliva se convirtió en un pequeño reguero rojo.

El Sacerdote de Bel estaba muerto.

La bailarina le miró a él, miró a Kenton, y supo...

—¡Shalamu! —gimió, y gimiendo corrió hacia Kenton, con la daga preparada.

Antes de que pudiera sacar la espada, antes de que pudiera alzar los brazos para deshacerse de ella, antes incluso de que le diera tiempo a caer hacia atrás, ella se le echó encima. Y la hoja bajó, derecha a su corazón. Sintió el mordisco de su punta...

La punta se desvió y rasgó la piel que cubre las costillas. En aquel instante, Sharane había saltado y había agarrado la mano de la bailarina, le había arrebatado la daga y la había hundido en el pecho de Narada.

Como un árbol joven al último golpe de hacha, el cuerpo de la bailarina se mantuvo en pie durante un latido de su corazón, temblando, y después cayó sobre el sacerdote. Gimió, con la última llamarada de vida, y le rodeó el cuello con los brazos, besándole en los labios.

Ahora estaban sus labios muertos sobre los labios de un muerto.

Se miraron: Sharane con la hoja ensangrentada en la mano, y Kenton con una runa roja en el pecho, dibujada por aquella hoja, y bajaron los ojos, contemplando al Sacerdote de Bel y a la bailarina. En la mirada de Kenton había compasión; pero no en los ojos de Sharane.

—¡Te habría matado! —le susurró, y repitió—: ¡Te habría matado!

Un fogonazo cegador inundó la cámara y, a continuación, un caótico estrépito. Habían empezado de nuevo los relámpagos. Kenton corrió hacia el umbral, abrió las cortinas y escuchó. Allá abajo, la morada de Bel estaba en calma, con un resplandor de niebla áurea. No oía nada... y si se hubiera producido algún sonido, no habría podido apreciarlo en medio del tumulto de los truenos. No veía nada, no oía nada, y sin embargo...

Sentía que el peligro estaba cerca, arrastrándose hacia ellos. Tal vez incluso reptando, subiendo por el zigzag de aquella escalera cuya base estaba oculta. El tormento y la muerte para Sharane... y para él... Reptando, arrastrándose, cada vez más cerca.

Volvió a la ventana corriendo. ¡Gigi... Sigurd... Zubrán! ¿Dónde estaban? ¿Es que no habían conseguido llegar por la parte externa de la escalera? ¿O estaban ya en el camino que les conducía a él, y les habían detenido los centinelas? ¿Estaban cerca?

¿No podían reunirse con ellos... Sharane y él?

La ventana tenía mucho fondo. Un metro de mampostería se extendía entre el alféizar interior, y otro metro hasta el cristal sencillo que las cerraba. Se metió en el hueco y comprobó que el cristal era un vidrio grueso y transparente sostenido por un círculo de metal, y lo cerraban unas palancas que encajaban en unos agujeros de la junta de las piedras. Levantó las palancas una a una. La ventana se abrió, y el viento y la lluvia que entraron en la cámara. Después se asomó por encima del alféizar.

Los escalones de la enorme escalinata estaban a unos doce metros por debajo de él.

Entre la ventana y los escalones caía una pared casi perpendicular, chorreando agua de lluvia. Parecía imposible descender, e igualmente imposible escalar.

Miró a ambos lados y hacia arriba.

El refugio de Bel era un enorme cubo situado en la parte más alta del templo cónico. La ventana por la que miraba estaba casi al borde de uno de los lados de este cubo. A no más de un metro de su mano derecha aparecía una de las aristas del cubo; a unos seis metros a su izquierda se extendía la negra pared. Su parte superior subía cinco o seis metros por encima de él.

Sintió a Sharane a su lado y supo que estaba tratando de decirle algo. Pero con el rugido de la tempestad no podía oírla.

Los centinelas de Nergal ven tres siluetas malditas, encastradas en el resplandor de un relámpago, que surgen de la negrura. Las espadas les muerden. Uno chilla y trata de huir. Su grito se ve reducido a jirones por el vendaval que ruge; le atrapan unos largos brazos, y unas largas garras le cogen por el cuello; va girando con el viento por el muro de la escalinata.

Ahora los centinelas de la zona roja están muertos, dentro de sus nichos.

Pasan entonces por la zona azul de Nabu, Dios del Juicio, y no encuentran guardias que les reten. Tampoco hay centinelas ante la morada blanca de Ishtar, ni en el exterior de la zona dorada de Bel.

¡Y allí termina de repente la escalinata circular!

Entonces se ponen de acuerdo, y suben sin detenerse por la mampostería que se eleva sobre ellos. Un lamento que ni siquiera la tempestad puede acallar les alcanza: es el lamento de la bailarina de Bel por su corazón roto, cuando se lanza contra Kenton.

—¡Ese grito viene de allí!

Mientras Sigurd señala hacía afuera, hacia la ventana del refugio de Bel, ven los relámpagos. Y ven cómo la pared de la gran escalera se confunde con uno de los lados de la estructura que remata la parte superior, junto a la esquina. Pero la caída de la pared es tal que ninguno de ellos puede asomarse a la esquina.

—Saca provecho de tus largos brazos, Gigí —gruñe el vikingo—. Ponte lo más cerca que puedas de la escalera. ¡Aquí! Agárrame por las rodillas y empújame al exterior. Tengo una espalda fuerte y puedo rodear esa esquina.

Gigí le coge por las rodillas y le levanta. Echa una de sus musculosas piernas robustas de enano por encima de la tapia, para mantener el equilibrio; con sus brazos poderosos empuja a Sigurd.

Y Sigurd, sujeto a la pared por el viento que le empuja como si fuera una hoja, ve la cara de Kenton, que está muy cerca de él.

—¡Espera ahí! —aúlla el vikingo, e indica a Gigí con un movimiento del pie que le retire de allí.

—¡Es el lobo! —les dice—. Allí, en una ventana, tan cerca que puede tirar de mí y llevarme a su lado. Vuelve a subirme, Gigí. Cuando haga una seña con el pie, me sueltas. Y después, que Zubrán haga lo mismo que yo. Tú quédate

aquí, Gigi, porque sin tu ayuda no podremos volver. Quédate donde estás, con los brazos atendidos, preparado para cargar con lo que caiga en tus manos. ¡Ahora, rápido!

Y vuelve a balancearse hacia afuera. Kenton le agarra por las muñecas. Gigi le suelta. Por un momento se balancea en el espacio, y después Kenton tira de él, por encima del alféizar y le mete dentro.

—¡Vamos, Zubrán! —grita Kenton, y corre hacia la puerta donde está Sharane, con la espada en la mano. Y entonces el persa, sujeto por los largos brazos de Gigi, se balancea por encima del borde del refugio, y Kenton le agarra y se queda de pie junto a él.

Abanicado por el vendaval que pasaba a través de la ventana abierta, el brasero llameaba como una antorcha. Las pesadas cortinas de oro se agitaron y las débiles luces de la pared se apagaron. El persa se echó hacia atrás, encontró las palancas y las empujó con fuerza suficiente para que la ventana se cerrase. De pronto, cogió la mano a Kenton y miro con curiosidad los cuerpos del sacerdote y la bailarina.

—¡Gigi! —gritó Kenton—. ¿Está seguro donde está? ¿No os ha seguido nadie?

—Nadie —respondió el persa, sombrío—. Y si lo han hecho, sus manos son demasiado débiles para llevar una espada, lobo. Gigi está a salvo. Está esperando para tirar de nosotros cuando salgamos por esa ventana... todos nosotros excepto uno —añadió, en voz baja.

Kenton, pensando en Gigi, su vía hacia la libertad, no escuchó aquella extraña frase y corrió a la puerta, hacia el lugar en que se encontraba Sharane, junto a un tenso Sigurd. La atrajo hacia sí en un fiero abrazo. Después la soltó y miró por las cortinas. Muy por debajo de él vio un brillo apagado, reflejos de cascos de armadura y cotas de malla, y el destello de las espadas. Estaban a un cuarto de camino de la escalera angulosa que subía desde la Casa de Bel a su refugio: soldados que se movían con lentitud, cautelosos, silenciosos; arrastrando sus pasos para sorprender al Sacerdote de Bel en los brazos de la ensoñadora Sharane.

Había tiempo, aunque sólo unos minutos, para poner en práctica el plan que acababa de concebir. Se puso el casco dorado de Bel, cogió el escudo y se echó la capa escarlata por los hombros.

—¡Sigurd! —susurró—. ¡Zubrán! Los que vengan deberán creerse que aquí sólo están Sharane... y el hombre que yace ahí. Si no, antes de que podamos pasar de la terraza central habrán dado la alarma y acudirán los soldados de la escalera exterior. Así que, cuando estos que suben estén junto a la puerta, Sharane y yo nos lanzaremos sobre ellos con las espadas. No tratarán de

matarnos, sólo nos capturarán, se confundirán y se echarán atrás. Entonces coge a Sharane rápidamente y pásasela a Gigi. Nosotros os seguiremos...

—La primera parte del plan está bien, lobo —interrumpió el persa suavemente—. Pero no el final. No. Uno tiene que quedarse aquí mientras los otros se marchan del templo para ponerse a salvo. Si no, cuando hayan entrado, el ingenio del sacerdote negro les dirá rápidamente lo que ha sucedido. Y habrá un anillo rodeando el templo que ni un regimiento podría atravesar. No. Uno ha de quedarse atrás... durante un tiempo.

—Yo me quedaré —dijo Kenton.

—¡Mi amado! —susurró Sharane—. ¡Tú vendrás conmigo... o yo no iré!

—Sharane... —dijo Kenton.

—Querido mío... —le detuvo, con toda serenidad—. ¿Crees que voy a dejar que te separes de mí otra vez... que te vayas de mi lado? ¡Nunca! ¡Ni viva ni muerta! ¡Nunca!

—No, lobo... yo me quedaré —dijo el persa—. Sharane no se ira sin ti. Y eso te elimina, porque ella ha de irse. Gigi desde luego no puede quedarse... porque no puede llegar hasta aquí. ¿Estás de acuerdo en eso? Bien. Y Sigurd ha de marcharse para mostrarnos el camino de vuelta, ya que nadie más que él lo conoce. ¿Quién queda? ¡Zubrán! Los dioses han hablado. Nadie puede contradecir su argumento.

—Pero, ¿cómo escaparás tú? ¿Cómo nos encontrarás? —gruñó Kenton—. Dices que sin la ayuda de Gigi no puedes salir por la ventana.

—No —respondió Zubrán—. Pero puedo hacerme una soga con las cubiertas de esa cama, y con las cortinas. Puedo bajar por la soga hasta los escalones que vi detrás de mí. Y uno puede escapar de lo que cinco no pueden. Recuerdo el camino que llevaba a la ciudad, y el camino que tomamos cuando salimos de los árboles. Esperadme allí.

—Están muy cerca, Kenton —dijo Sharane suavemente.

Kenton corrió hasta la puerta. A una docena de pasos más debajo de él estaban los soldados, caminando sin hacer ruido, de dos en dos, preparados sus pequeños escudos y las espadas en mano. Tras ellos, un grupito de sacerdotes, con túnicas amarillas y negras. Y entre los de la tunica negra, Klaneth.

Agachados junto al muro, a la derecha de Sharane, estaba Sigurd, escondido, pero preparado para protegerla. El persa se lanzó al suelo, a la izquierda de Kenton, y se quedó junto al muro, donde los que entraban no podían verle.

—Tapa el brasero —susurró Kenton—. Apágalo. Es mejor que no haya luz detrás de nosotros.

El persa lo cogió, pero no tocó la tapa que servía para matar la llama. Al contrario; lo sacudió, cubrió la llama con las brasas y lo dejó en una esquina, donde el débil fulgor de los tizones no podía verse.

Los pies del primer par de soldados estaban casi en el escalón de arriba. Y allí permanecían ellos: Sharane con sus túnicas blancas de sacerdotisa, y Kenton con los ropajes dorados del Dios, haciendo frente a los soldados, que, paralizados por aquella inesperada aparición, se quedaron mirando a la pareja.

Antes de que pudieran recuperarse de la sorpresa, la hoja de Sharane resplandeció y la espada de Kenton cayó como el rayo de un leve relámpago azul. Los dos líderes cayeron. Pero antes de que el hombre que Kenton había matado cayera, le arrebató el escudo del brazo y se lo pasó a Sharane. Después se volvió para acuchillar a los soldados que iban detrás.

—¡Por Ishtar! —oyó gritar a Sharane, y vio cómo su espada se clavaba profundamente.

—¡La mujer! ¡El sacerdote! ¡Cogedlos! —se oyó rugir a Klaneth.

Kenton se agachó, levantó en sus brazos a un soldado caído y lo lanzó directamente contra la tropa. El cuerpo se agitaba como si estuviera vivo. Los demás cayeron ante el impacto, rodando, maldiciendo. Cayeron por las escaleras, soldados y sacerdotes. Hubo algunos que chocaron contra la esbelta barandilla, se desgarraron contra ella, perdieron el equilibrio y cayeron a plomo través de las brumas para acabar destrozándose en el suelo de la Morada de Bel, mucho más abajo.

Kenton se apartó de un salto. Cogió a Sharane en brazos y se la lanzó a Sigurd.

—¡A la ventana! —ordenó—. ¡Pásasela a Gigi!

Sigurd corrió hacia la ventana y abrió el cristal. Los relámpagos brillaban ahora muy lejos. La negrura había dado paso a un crepúsculo oscuro; la lluvia seguía cayendo en sábanas formadas por un viento aullador. En aquel oscuro crepúsculo vio los largos brazos de Gigi, estirados, rodeando la esquina del refugio. Entonces el vikingo se deslizó, llevando a Sharane fuertemente agarrada. Por un momento ella colgó en el vacío, hasta que Gigi la agarró. Entonces desapareció de la vista.

Se oyó un grito, procedente de la escalera interior. Los soldados se habían recuperado y estaban subiendo. Kenton vio a Sigurd y al persa levantando el pesado diván, quitándole las cubiertas, dándole la vuelta. Lo llevaron hasta la puerta, lo sacaron a empujones y lo echaron escaleras abajo. Se produjeron más chillidos, gritos de agonía, gemidos. La cama había barrido a los hombres que encontró delante igual que hace con los bolos una pelota bien dirigida. Los había barrido y derribado. Se balanceó por la escalera al doblar el descansillo superior y se quedó atascado allí, contra la barandilla de cordel de oro: una barricada.

—¡Vamos, Sigurd! —gritó Kenton—. Esperáanos en el bosque. Yo me quedo aquí, luchando con Zubrán.

El persa le miró, y una luz de afecto que Kenton no había visto jamás suavizaba sus ojos de ágata.

Como si se hubiese cumplido un signo previamente dispuesto, los brazos del vikingo rodearon a Kenton. A pesar de haberse fortalecido tanto, Kenton no pudo soltarse. Y Zubrán le quitó con un movimiento rápido el casco dorado de Bel y se lo puso él. Después le quitó la cota de malla y el manto dorado del dios, cubriéndose con él y tapándose la boca, escondiendo así la barba.

Entonces Kenton fue arrastrado como un niño, pataleando, hasta la ventana. Le sacaron por ella, Gigi lo cogió y cayó al lado de Sharane.

El vikingo se dio la vuelta y estrechó al persa entre sus brazos.

—¡Nada de esperar, vikingo! ¡Nada de sentimentalismos ahora! —espetó Zubrán, soltándose—. Yo no puedo escapar.. tú lo sabes, Sigurd. ¿La sogá? Palabras... para tranquilizar al lobo. Le aprecio mucho. ¿La sogá? Se deslizarían tras mis pasos como serpientes. ¿Soy acaso una liebre que tiembla, guiando a los perros a los escondites de los de mi especie? ¡No! Ahora vete, Sigurd, y cuando hayáis salido de la ciudad, díselo. Y marchad hacia el barco tan rápido como podáis.

El vikingo dijo, solemne:

—¡Se están acercando las doncellas de los escudos! ¡Odín salva al héroe sin que importe cuál es su raza! ¡Tú cenarás con Odín, Padre de Todas las Cosas, dentro de poco en Valhalla, persa!

—Tal vez tenga manjares que no he probado nunca —bromeó el persa—. ¡Sal por la ventana, vikingo!

Y mientras Zubrán le sujetaba las rodillas, el vikingo saltó, y Gigi lo cogió.

Y por las terrazas, con Sigurd delante, Sharane cubierta con la enorme túnica de Gigi y Kenton todavía maldiciendo, bajaron volando los cuatro.

El destino de Zubrán

El persa no cerró la puerta cuando salieron. Dejó que la corriente de aire pasara a través de ella y se paseó pavoneándose por el refugio de Bel.

—¡Por todos los Devas! —juró Zubrán—. ¡No he conocido jamás un sentimiento de libertad como éste! Sí, estoy solo... ¡soy el último hombre de la tierra! Nadie puede ayudarme, nadie puede aconsejarme, ¡nadie puede aburrirme! La vida para mí se ha simplificado por fin... Todo lo que me queda es matar, hasta que me maten. Por Ormuz... noto cómo mi espíritu anda de puntillas.

Echó un vistazo por la puerta.

—¡Nunca ha sido tan difícil subirse a ese diván! —rió entre dientes al ver la barrera de soldados que se afanaban más abajo por saltar la barricada.

Se volvió y empezó a apilar en el centro del refugio de Bel las cubiertas de seda de la cama. Arrancó los tapices que colgaban de la pared y los echó en el montón. Tomó las lámparas, una a una, y las vació en la pira; por encima vertió el aceite de las jarras que había detrás de las lámparas.

—Aquel antiguo mundo mio —musitó el persa mientras trabajaba—, ¡cómo me aburría! Y este mundo me ha llenado de tedio... con la Llama del Sacrificio, sí, ¡pero lo ha hecho! Y estoy seguro de que el nuevo mundo del lobo me aburriría mas que los otros. Yo no tengo nada que hacer en ninguno de los tres.

Cogió el cuerpo del Sacerdote de Bel y lo llevó hacia la ventana.

—A Klaneth le confundirá mas encontrarte fuera que dentro —rió, y deslizó el cuerpo por encima del alféizar.

Se detuvo junto a la ventana.

—¡Qué hermosa eres! —susurró Zubrán, y tocó sus labios y sus pechos—. Me preguntó cómo fue tu muerte... y por qué. Debe haber resultado entretenido... ¡sí! No tuve tiempo de preguntarle al lobo. Bueno... acuéstate conmigo, bailarina. Y tal vez cuando despertemos... si es que despertamos, me lo contarás.

Extendió a Narada sobre la pila empapada en aceite; cogió el brasero humeante y lo puso junto a ella.

Se oía un rugido que provenía de abajo; después un ruido de pasos en la escalera. Los soldados corrían hacia arriba, en grupos. Zubrán se asomó un instante a la puerta, con el manto dorado de Bel al cuello, escondiendo casi su rostro.

—¡El sacerdote! ¡El sacerdote! —gritaron... Y la voz de Klaneth sonó por encima de sus cabezas—: ¡El sacerdote! ¡Matadle!

El persa dio un paso atrás para cubrirse con la pared, sonriendo, y recogió el escudo que había tirado Sharane.

Por el estrecho umbral saltó un soldado, y otro detrás, pisándole los talones.

La cimitarra siseó dos veces, rápida como la más escurridiza de las serpientes. Cayeron los dos a los pies de los que venían empujando desde atrás, haciéndoles caer, confundiéndoles.

Y unas veces arriba, otras abajo, empujando, desgarrando, cortando, bailaba la hoja de Zubrán, hasta que su rojo sudor le tiñó el brazo desde la mano al hombro. Ante él se alzaba una barricada de cadáveres.

Los hombres sólo podían atravesar el umbral para entrar al Refugio de Bel de dos en dos, y de dos en dos iban cayendo, bloqueando el umbral de lado a lado, formando una muralla de cuerpos cada vez más alta. Al final, sus espadas dejaron de brillar hacia él y escuchó los gritos de las filas delanteras, que se agolpaban detrás de la barrera. Entonces saltó por encima de los muertos y les vio volverse y chocar con los que venían detrás.

Después flexionó los cansados músculos de su brazo y rió al oír la voz de Klaneth:

—¡Ahí sólo hay un hombre! ¡Matadle... y traedme a la mujer! ¡Diez veces el peso de ella en oro para quien me la traiga!

Murmuraron entre sí y subieron corriendo la escalera, como una serpiente que se desliza a toda velocidad y treparon la muralla de cadáveres. El goteo rojo de la cimitarra de Zubrán se convirtió en un arroyuelo...

La agonía se apoderó de su costado, por encima de la ingle. Uno de los soldados caídos se había incorporado y había levantado la espada.

Y el persa supo que la herida era mortal.

Dio un tajo en aquella cara que sonreía con soma, saltó sobre los muertos y despejó la entrada con una tempestad de golpes. Después embistió con el hombro contra la muralla de cuerpos y los hizo caer. Éstos resbalaron por los escalones, y bajaron rodando. Cayeron sobre los hombres que subían, haciéndoles tropezar y caer por encima del borde sin barandilla de la escalinata, y arrojándoles a la niebla.

Veinte de los peldaños de la escalera estaban despejados.

Silbó una flecha.

Ésta desgarró el manto enrollado en su cuello y penetró por el lugar donde el casco se unía con la gorguera. Zubrán bebió la sangre salada que corría por su garganta.

Dando tumbos, corrió hasta la pila de sedas sobre la que yacía Narada. Agarró una pata del brasero y volcó los tizones sobre las colchas empapadas en aceite.

La llama se elevó. La ráfaga que entró por la ventana llegó hasta ella y la convirtió en un rugiente abanico de fuego.

Zubrán pasó arrastrándose a través de ellos; se tendió junto al cuerpo de la bailarina, se volvió hacia ella y la tomó en sus brazos.

—Una muerte limpia —susurro—. Al final... como todos los hombres... regreso con los dioses de mis padres. ¡Una muerte limpia! ¡Tómame, oh, fuego inmortal!

Una llama se disparó a su lado. Revoloteó, y se agachó.

La punta de la llama se extendió.

Se convirtió en una copa de fuego, llena del vino de las llamas.

El persa posó los labios en aquella copa. Después bebió de aquel vino de fuego y respiró su incienso.

Sintió cómo caía su cabeza, intacta; su rostro muerto sonreía. Su cabeza descansó sobre el pecho de Narada.

Las llamas formaron un bóveda sobre ellos... Las llamas les cobijaban.

Cómo regresaron a la nave

En aquel momento, los cuatro amigos por cuya libertad había muerto el persa se habían alejado bastante. Habían pasado sin peligro por las terrazas, y los centinelas muertos yacían tal como habían caído. Pero, a medida que pasaban, escucharon un murmullo que se había empezado a producir en el «zigurat», similar a una colosal colmena a la que se ha importunado. Después escucharon cómo el gran tambor volvía a iniciar sus vibraciones y apretaron el paso protegidos por la pared, hasta llegar al lugar donde estaba colgada la soga de Gigi. Uno a uno, bajaron por la cuerda y se refugiaron en los árboles. La tempestad les azotaba, pero también les protegía. No había nadie en la calle que les obligara a marcharse. Emakhtila se escondía de la tormenta dentro de sus casitas pintadas.

Cuando la copa de fuego llegó a los labios del Persa, se encontraban ya en dirección opuesta, en el camino que llevaba al sendero que les conduciría al fin a la nave.

Cuando los soldados reunieron el valor suficiente para subir una vez más las escaleras, con el sacerdote negro pisándoles los talones, e irrumpieron en el silencioso refugio, los cuatro estaban ya más allá de las casas arracimadas, tambaleándose en el barro de los campos. El vikingo les guiaba y Kenton guardaba la retaguardia, observando, siempre alerta por si venía Zubrán.

Y en aquella habitación, donde las cenizas de Zubrán se mezclaban con las de la bailarina, el sacerdote negro estaba de pie, perplejo y con algo de miedo punzándole su corazón perverso... hasta que su mirada vagabunda se percató de las mariposas de los velos de Narada, que se habían escapado de allí cuando el persa la levantó, y observó también el reguero de sangre que llevaba a la ventana abierta. Al mirar por aquella ventana, el sacerdote negro vio en medio del pálido atardecer el cuerpo destrozado del Sacerdote de Bel, muerto, con el rostro blanco vuelto hacia él, allá abajo, a unos cuarenta pies.

¡El sacerdote! Entonces, ¿de quién eran los cuerpos calcinados en la pira? ¿Quién era el hombre que estuvo luchando, con el casco dorado y el escudo, con el rostro escondido tras el manto del dios? El juego de espadas había sido tan rápido, aquel hombre estaba tan tapado por los soldados, por las coberturas de la pared, que Klaneth no había podido verle bien. Había dado por seguro que era el Sacerdote de Bel.

El sacerdote negro se echó hacia atrás y pateó salvajemente las cenizas de la pira y lo que aún quedaba entre ellas.

Algo resonó en el suelo: ¡una cimitarra rota! Conocía aquella empuñadura... ¡perteneía a Zubrán, el persa!

Algo brilló a sus pies... una hebilla, con las gemas intactas a pesar del baño de fuego. También la conocía: ¡era la hebilla del cinturón de Narada!

Entonces, aquellas siluetas ennegrecidas eran... el persa... y ¡la bailarina!

¡Sharane había quedado libre!

El sacerdote negro permaneció rígido, con una expresión tan aterrada en el rostro que los soldados se retiraron de su lado y se echaron contra la pared, apartándose de su camino.

Entonces Klaneth salió del Refugio de Bel, se lanzó aullando escaleras abajo y atravesó los altares secretos, uno tras otro, hasta que llegó al sótano en el que había dejado a Kenton con seis arqueros.

Abrió la puerta bruscamente, y vio a los arqueros y al oficial durmiendo profundamente, y Kenton. .. ¡se había escapado!

Maldiciendo a gritos, salió tambaleándose del sótano, ordenando a los hombres que fueran a rastrear la ciudad en busca de la ramera del templo y del esclavo. Ofrecía por ellos todo lo que tenía... ¡Todo! ¡Si se los traían vivos!

¡Vivos!

En aquel momento, los cuatro habían salido del camino y se habían detenido en el bosque, donde comenzaba el sendero escondido y donde el persa les había pedido que esperasen. Entonces Sigurd les habló del sacrificio de Zubrán y de por qué aquel sacrificio había sido necesario. Sharane empezó a sollozar, y a Kenton empezó a dolerle la garganta de tristeza. Los ojos negros como cuentas de Gigi se suavizaron, y las lágrimas le corrieron por los pliegues del rostro.

—Lo hecho, hecho está —dijo Sigurd—. ¡Ahora está cenando con Odín y sus héroes!

Siguieron caminando. La lluvia les empapaba y el viento les golpeaba. Cuando amainó la tormenta, continuaron más deprisa. Cuando estaba tan oscuro que el vikingo no podía seguir la ruta, se detenían. Y así continuaron, luchando contra la tormenta hasta llegar a la nave.

De pronto Sharane se detuvo y cayó. Los otros tres se agruparon en torno a ella y vieron que tenía las sandalias destrozadas y que sus delgados pies estaban descalzos y llenos de heridas. Durante mucho tiempo cada paso debió haber sido una agonía. Entonces Kenton cargó con ella, y cuando éste se cansó, la cogió Gigi, y Gigi era incansable.

Llegaron por fin al lugar donde estaba escondida la nave. Vieron a las amazonas vigilando y les hicieron una seña. Después les entregaron a Sharane, y ellas llevaron a su señora a su camerino y la atendieron.

Entonces surgió una discusión sobre si debían quedarse escondidos hasta que la tempestad hubiera cesado. Al fin decidieron que no lo harían, que era

preferible salir al mar a quedarse cerca de Emakhtila y del habitáculo embrujado de Nergal. Así que soltaron las cadenas de los árboles y la nave salió de su refugio.

A continuación izaron el ancla y bajaron los remos. Poco a poco la nave fue cogiendo velocidad y se balanceó esquivando las puntas de las rocas, con Sigurd al remo principal. Entonces salió disparada al corazón del viento, se enfrentó a las rugientes olas encrespadas y saltó a mar abierto.

Kenton, completamente agotado, se dejó caer. Gigi se acercó a él, le levantó y le llevó al camarote negro.

Gigi permaneció mucho tiempo junto a él, completamente despierto, mientras escuchaba vigilante y observaba con ojos atentos, pues le parecía que la cabina negra no estaba donde había estado siempre, y creía oír susurros y fantasmas que iban y venían.

Y entonces Kenton empezó a gruñir y a murmurar en su sueño, jadeando como si unas manos le estuvieran agarrando la garganta. Gigi puso su zarpa en su corazón y le calmó.

En el nicho vacío donde había estado el ídolo de Nergal, sobre la losa de sanguinaria que formaba el altar, se arremolinaba la oscuridad en una nebulosa silueta cuajada de sombras.

La sombra se oscureció. Dentro de ella se empezó a formar algo parecido a un rostro, un rostro que anidó entre los dos durmientes, lleno de odio, amenazador...

Y Kenton volvió a gruñir y a respirar con dificultad ante el horror de su pesadilla. Y el tamborilero estiró sus largos brazos, se puso en pie de un salto, miró a su alrededor...

Y con la misma rapidez con la que había llegado, antes de que los ojos pesados y somnolientos de Gigi pudieran abrirse, el sombrío rostro se había desvanecido: el nicho estaba vacío.

La visión de Kenton

Cuando Kenton despertó, era el vikingo y no Gigi el que estaba a su lado, medio desnudo y roncando. Debía llevar mucho tiempo dormido, porque los ropajes empapados que el ninivita le había quitado ya estaban secos. Se puso un sayo y una túnica, metió los pies en unas sandalias, se echó por los hombros una capa corta y abrió la puerta con suavidad. La negrura y la oscuridad del crepúsculo dieron paso a un pálido atardecer que daba al mar un tono gris apagado. La lluvia había cesado, pero el mundo de la nave vibraba entero al firme rugido del viento que se derramaba sobre ella.

Con aquel viento volaba la nave, cabalgando como una gaviota en la cresta de una ola gigante, retrocediendo un poco al pasar sobre las olas, a través de las superficies de agua, suavemente onduladas, como si fueran de pizarra líquida, y se elevaba para volar de nuevo sobre la cresta de la ola gigante.

Luchando contra el viento, Kenton fue hasta el puesto del timonel, con las salpicaduras de las olas golpeándole la cara como si fueran granizo. Uno de los remos de dirección lo agarraba Gigi, y el otro dos esclavos del pozo de los remeros. El ninivita le hizo una mueca y señaló la brújula. Miró y vio que la aguja que se mantenía constante señalando a Emakhtila apuntaba a popa.

—Ya hemos dejado atrás ese cubil —gritó Gigi.

—¡Baja! —gritó Kenton sin dejar de escuchar, disponiéndose a relevarle en el remo. Pero Gigi se limitó a reírse, sacudió la cabeza y señaló en dirección al camarote de Sharane.

—Ése es tu camino —dijo—. ¡Síguelo!

Kenton se dirigió hacia la puerta del camarote rosado y la abrió. Sharane yacía dormida, con la mejilla apoyada en una de sus esbeltas manos, y los mechones de su pelo la cubrían como una red de seda de oro rojo. Dos doncellas, vigilantes, se agazapaban junto a su cama.

Como si hubiera llamado, ella abrió los ojos somnolientos, ojos que se iban volviendo dulcemente lánguidos al mirarle.

—¡Mi querido señor! —susurro Sharane.

Se sentó e indicó a las muchachas que se marcharan. Cuando se fueron, extendió hacia él sus brazos blancos. Como una paloma mensajera, Sharane anidó en los brazos de Kenton y le ofreció sus labios.

—¡Mi querido señor! —susurró Sharane.

No volvió a oír rugir el viento... No oyó nada, sino los susurros, los suspiros de Sharane, y olvidó todos los mundos excepto aquél que se extendía entre los tiernos brazos de Sharane.

Viajaron mucho tiempo en las alas de la tempestad. En dos ocasiones Kenton tomó el lugar de Gigi a los remos, y en otras dos ocasiones el vikingo le relevó antes de que el fuerte viento se apagara y volvieran a navegar en el mar de aguas rizadas, de brillantes turquesas.

En aquel momento empezó para los que iban en la nave una vida de persecución... y hechizos.

Lejos, muy lejos de ellos quedaba ya Emakhtila, y sin embargo, sobre los cuatro se cernía la incertidumbre de una persecución. No tenían miedo, no sentían horror, pero tenían conciencia de que la nave era un objeto maldito y de que no podrían burlar la maldición, dejarla atrás, surcando aquellos extraños mares, hasta que encontraran un puerto seguro y secreto.

Tampoco creía ninguno de ellos, en lo más profundo de su corazón, que existiera tal santuario.

Y sin embargo eran felices. La marea de la plenitud de la vida invadía a Kenton y a Sharane. Disfrutaron al máximo de su amor Y Sigurd cantaba antiguas sagas, y una nueva que había compuesto para Zubrán, el persa, mientras él y Gigi forjaban enormes escudos y flechas para los arcos. Colgaron los escudos por toda la borda e hicieron unas ranuras para disparar las flechas a través de ellas. Fijaron dos de estos escudos a cada lado de la popa para proteger al timonel.

Y Sigurd cantaba batallas venideras, y sagas sobre las doncellas del escudo, que revolotearían sobre la nave para llevarse el alma de Sigurd, hijo de Trygg, a su sillón del Valhalla, donde le esperaba Zubrán. Cantaba sobre el lugar que ocuparía Kenton, y Gigi también, pero no cuando Sharane pudiera oírle, porque en Valhalla no había lugar para las mujeres.

¡Perseguida... y hechizada!

En el camarote negro las sombras se espesaron y desaparecieron, se hicieron más intensas, pasaron, y volvieron de nuevo. Algo había allí del Oscuro Señor de las Tinieblas, algo había vuelto a apoderarse de la nave. Ni Gigi ni el vikingo se preocupaban ahora por ir a dormir al camarote negro; buscaban un lugar en cubierta, al aire libre, o en la cabina de las muchachas guerreras.

Y los esclavos murmuraban sobre las sombras que revoloteaban en la cubierta negra, y se reunían junto a la barandilla y las observaban.

En una ocasión, estando Sigurd medio dormido sobre el timón, se despertó dándose cuenta de que el curso de la nave había variado, que la aguja mayor de la brújula señalaba directamente a proa... hacia Emakhtila; que la nave se iba moviendo, al impulso de los remos, hacia la Isla de los Hechiceros.

Después de aquello remaron de dos en dos: Kenton y Sharane, Gigi y el vikingo.

Tampoco los poderes de Sharane podían hacer que desaparecieran las sombras.

Sólo encontraron una isla, y allí repusieron agua y comida. Había un buen puerto, escondido, y más allá un gran bosque. Permanecieron en la isla algún tiempo, y hablaron de llevar la nave tierra adentro y esconderse. Después buscarían un lugar en los bosques para construir un fuerte, y se defenderían allí si se producía un ataque.

Pero la Nave de Ishtar les atraía.

Estaban desasosegados y a disgusto en tierra. En lo más profundo de su corazón, a cada cual le asustaba que los otros tres decidieran quedarse. Volvieron a sentirse felices cuando la nave salió de nuevo al mar y hundió la proa en las olas, mientras el limpio viento gritaba y la isla se hundía tras ellos.

—Una prisión —decía Kenton.

—¡Eso no es vida! —gruñía Sigurd—. ¡Escondidos en una madriguera hasta que vengan los perros a echarnos! Aquí podemos ver cualquier cosa que se acerque.

Se toparon con otro barco, un unirreme como el suyo, pero con veinte remos. Era un mercante, muy cargado, y no parecía tener intención de acercarse. Pero el vikingo dijo que no debía escapar, pues podría llevar noticias a Emakhtila. De modo que lo persiguieron, chocaron contra él y lo hundieron, mientras los esclavos gemían, encadenados a los remos. Kenton, Gigi y Sigurd, no mostraron piedad. Sharane sollozaba, con el rostro pálido.

Se cruzaron con otro barco, una embarcación ligera no mayor que su nave, pero en esta ocasión era un barco de guerra, un cazador. Fingieron una huida y el barco se lanzó en su persecución. Cuando se encontraba cerca de ellos, el vikingo empezó a trepar y cayó por la popa; después llevó rápidamente la nave de Ishtar contra el costado del otro, arrancándole los remos. Sus ocupantes lucharon valientemente; sin embargo, cohibidos por la orden del sacerdote negro de cogerlos vivos, apenas eran partido para la maza de Gigi, la hoja del vikingo y la espada de relámpagos azules de Kenton. Cayeron ante ellos y ante la tormenta de flechas de Sharane y sus doncellas. Pero se marcharon antes de ser totalmente derrotados. Una de las muchachas guerreras murió con una flecha clavada en el corazón, y tanto Gigi como Sigurd resultaron heridos.

En otra nave encontraron provisiones de metal para la forja del vikingo. Y mejor aún, balas de estopa y aceites para empaparlas, pedernal para prenderlas, fuertes varas de flecha donde ensartar las balas ardientes, y unas ballestas de extraña silueta para lanzar las flechas con sus cabezas de fuego. Se apoderaron de todo y hundieron el barco con vivos y muertos.

La nave siguió navegando. Sigurd martilleaba sus enormes escudos, y Gigi y Kenton disponían las ballestas en su sitio, junto al camarote negro y al rosado, con la estopa, el aceite y el pedernal listos para el fuego.

Y el tiempo pasaba. La marea de la vida, que fluía a través de Kenton, jamás disminuía. Cada día se hacía más fuerte en él y en Sharane.

Kenton despertó —o creyó haber despertado— acostado junto a su amor, y al abrir los ojos no vio la cabina, sino dos rostros que le contemplaban desde una dimensión desconocida; rostros enormes, vagos y nebulosos. Sus ojos sombríos se alojaban en él.

Habló uno y... ¡era la voz que le había guiado por los santuarios secretos del templo! ¡La voz de Nabu!

—...Y Nergal vuelve a centrar su ira sobre la nave, ¡oh Ishtar! —dijo—. La lucha entre él y su hermana volverá a perturbar a dioses y hombres, haciendo las sombras aún más profundas en muchos mundos. Gran Madre... ¡sólo tú puedes acabar con ello!

»Mis palabras fueron más allá —prosiguió la voz, como un viento que golpea sobre miles de cuerdas de arpa—. Mis palabras fueron mas allá; y esa hermana mía a la que los hombres de la antigüedad llamaban Iracunda Ishtar.. ¿no tiene unos derechos? No ha conquistado a Nergal. Ni Nergal la ha conquistado a ella. No ha habido una solución a la lucha, como yo decreté. Entonces, ¿cómo puede mi hermana descansar cuando las palabras que en mi ira he pronunciado, no se han cumplido? Y mientras ella lucha, lo mismo ha de hacer Nergal, que también está comprometido por mis palabras.

»Y la llama que tú encendiste dentro de las almas de Zarpanit y Alusar, las llamas que fueron la vida de aquellas almas... no se extinguieron —susurró la tranquila voz—. ¿No escaparon tu Iracunda Hermana y el Oscuro Nergal? Y; ¿por qué, Ishtar? ¿No fue porque tú lo quisiste así? ¿No los encubriste tú? ¿Qué fue, entonces, de tu palabra?

—Eres sabio, Nabu —habló la voz de Ishtar—. Ahora deja que este hombre cuyos ojos hemos abierto vea a esa sacerdotisa y a su amante sobre los que cayó la ira cuando llevaron, uno a los brazos del otro, a la Madre de la Vida y al Señor de la Muerte. ¡Deja que el hombre juzgue si mi ira fue justificada o no!

—¡Dejemos que el hombre juzgue! —repitió la voz de Nabu.

Los enormes rostros se desvanecieron. Kenton miró y vio la profundidad y la infinidad de los espacios. Miles de soles formaban allí un enjambre, y a su alrededor giraban miles y miles de mundos. Por el espacio infinito se movían dos poderes; se confundían, y sin embargo estaban siempre separados. Uno era un resplandor que fructificaba, que daba a luz la vida y proporcionaba el gozo de la misma; el otro era una oscuridad que destruía, que arrancaba al resplandor lo que éste creaba; lo dejaba inmóvil, y lo ocultaba con su negrura. Dentro del resplandor había una silueta de inefable luminosidad, y Kenton supo que aquello era el alma de la luz. En la oscuridad anidaba una profunda sombra, y supo que era su alma oscura.

Ante él surgieron las siluetas de un hombre y una mujer; y algo le susurró que el nombre de la mujer era Zarpanit y el del hombre Alusar, la sacerdotisa de Ishtar y el sacerdote de Nergal. Vio en cada uno de sus corazones una clara llama blanca, maravillosa. Vio cómo oscilaban las dos llamas, como se inclinaban la una hacia la otra. Y al hacerlo, unos brillantes hilos de luz salieron del resplandor, uniendo a la sacerdotisa con su espíritu; mientras tanto, del negro núcleo de la oscuridad salían hilos de sombra que corrían y se cuajaban en torno al sacerdote.

Cuando las llamas se tocaron, los hilos brillantes y las tiras oscuras se unieron de pronto, y por un instante se confundieron en uno.

Y en aquel instante tembló el espacio, los soles se balancearon, los mundos giraron y todas las mareas de la vida, que van y vienen presurosas, se pararon.

—¡Contempla el pecado! —la voz onduló en las cuerdas del arpa.

—¡Abre más los ojos! —dijo la voz tranquila y fría.

Y entonces, Kenton contempló una cámara llena de luz en la que se sentaban los temidos poderes, velados por la gloria de la luz... Todos excepto uno, que se escondía en la oscuridad. Ante ellos estaban el sacerdote y la sacerdotisa, y al lado de la sacerdotisa... ¡Sharane!

Y volvió a ver las llamas blancas de los corazones de aquellos dos seres... imperturbables, serenos, indiferentes a los dioses o a la diosa enojada. Se inclinaban las unas hacia las otras, inextinguibles, inmutables, indiferentes a la ira de los dioses y a sus castigos.

El cuadro empezó a oscilar y se desvaneció. Entonces vio sobre el suelo de la luminosa cámara al sacerdote y a la sacerdotisa, a Sharane y a Klaneth, y rodeándoles, los cuerpos de muchos hombres y mujeres. Había un altar medio escondido por una nube de chispeante neblina azul. Dentro de esa neblina, sobre el altar, unas manos invisibles estaban construyendo una maravillosa nave.

Y mientras la nave iba tomando forma, mucho más allá, como si su sombra fuera proyectada a otra dimensión, crecía otra nave; una nave que parecía construirse a sí misma, a partir de un mar de turquesa, en un mundo de nubes de plata. Paso a paso, la sombra de aquella nave seguía el crecimiento de la nave de juguete sobre el altar.

Él sabía que la sombra era la nave verdadera... El juguete que se estaba formando en el altar era el símbolo.

Y sabía, también, que el símbolo y la realidad eran la misma cosa; cosas unidas por un antiguo juicio; cosas creadas por antiguos poderes, por los que el destino y la fortuna de uno debían de ser el destino y la fortuna del otro.

¡Dos formas! ¡Uno de juguete y el otro real! ¡Y eran lo mismo!

Entonces, las manos invisibles que había dentro de la neblina de azur terminaron la nave. Bajaron y tocaron, uno por uno, los cuerpos de la

sacerdotisa de Ishtar y el sacerdote de Nergal, de Sharane y Klaneth, y de todos los que estaban a su alrededor. Y al tocarlos, aquellas siluetas inmóviles se desvanecieron. Las manos invisibles levantaron y colocaron, una por una, las pequeñas figuras, y las colocaron en la nave de juguete.

Los cuerpos yacían sobre la cubierta de la nave de sombra, que flotaba en el mar turquesa del mundo de nubes plateadas. Habían aparecido uno a uno sobre ella cuando los muñecos se fueron colocando sobre la nave de juguete del altar.

Al final, el suelo de la cámara del consejo de los dioses quedó despejado de aquellas figuras.

La nave estaba construida y dotada de tripulación.

Un rayo salió disparado del resplandor que velaba a Ishtar y tocó la proa de la nave. Un zarcillo de oscuridad salió de la negrura en la que se escondía el Señor de la Muerte, y esta oscuridad tocó la popa del barco.

El cuadro osciló y se desvaneció.

Apareció otra habitación; pequeña, casi una cripta. En ella había un sencillo altar. Sobre el altar colgaba una lámpara nimbada por una aureola de azur; y el altar era de lapislázuli y turquesa, y tenía engastados zafiros del más pálido azul. Y Kenton supo que aquel era un santuario secreto de Nabu, Señor del Juicio.

La nave descansaba sobre el altar. Cuando Kenton la miró, pensó otra vez que aquel juguete enjoyado, su brillante símbolo, estaba ligado de forma inseparable a aquella otra nave que navegaba en otro espacio, en otra dimensión. Navegaba en un extraño mar de un mundo desconocido...

¡La nave en la que navegaba él!

Y a medida que avanzaba el juguete, avanzaba la nave de Ishtar. Y según navegaba la nave de Ishtar, así navegaba la de juguete. Ambas sufrían la amenaza cuando una era amenazada, compartiendo el mismo destino.

La imagen desapareció. Vio una ciudad amurallada, en la que se alzaba un templo alto como una torre, un «zigurat». Una ciudad sitiada por el enemigo, con murallas cubiertas de soldados. Kenton sabía que aquella ciudad era Uruk, y el alto templo el lugar donde se habían construido los barcos. Y mientras la contemplaba, los sitiadores atravesaron las murallas, pues excedían en número a los defensores. Tuvo la visión de una roja carnicería, y después la imagen se desvaneció.

De nuevo contempló la cripta de Nabu. En aquel momento había dos sacerdotes. La nave yacía apoyada sobre el piso de arabescos de metal plateado. Sobre el altar revoloteaba una pequeña nube azul brillante.

Pensó que los dos sacerdotes obedecían a una voz que salía de aquella nube, una voz que intentaba salvar a la nave y a los que navegaban en ella de los invasores. Esparcieron sobre ella una fina pasta contenida en enormes

recipientes, semejante a polvo de marfil salpicado con polvo de perlas. Esa sustancia cubría la nave y la mantenía oculta. Donde había estado la nave de juguete ahora sólo había un bloque de piedra. La nube desapareció. Entraron otros sacerdotes, cargaron con el bloque, lo arrastraron por los pasillos hasta llegar a la sala del templo y allí lo depositaron.

La horda victoriosa penetró en la sala, saqueando y matando. Pero siempre pasaban de largo, sin reparar en el bloque de piedra.

Entonces vio otra ciudad amurallada, grande y hermosa. Supo que era Babilonia en la plenitud de su poderío. Otro «zigurat» tomó su puesto. El otro se deshizo y Kenton contempló el santuario secreto de Nabu. El bloque estaba allí dentro.

Después parpadearon ante él estampas fugaces de batallas y triunfos, esplendores y desastres... Escenas rápidas, quebradas, del templo, de la ciudad perdida y ganada, y de nuevo perdida... Una ciudad destruida para ser construida de nuevo, con mayor grandeza.

Y después, caída... abandonada por los dioses.

Reducida a escombros... y abandonada por el hombre, mientras el desierto reptaba hacia ella, hasta devorarla por completo.

Y por último... olvidada.

Llegó un remolino de imágenes, grises e indefinidas, por la velocidad de vértigo. Al fin se detuvieron. Vio hombres que trabajaban en las arenas que cubrían Babilonia, y entre ellos reconoció a... ¡Forsyth!

Vio el bloque desenterrado, y cómo se apoderaban de él unos altos árabes. Después lo vio encajonado en un carro arrastrado por pacientes ponies de pelo duro... Vio cómo se agitaba en un barco que navegaba por un mar conocido, y cómo lo transportaban a su propia casa...

¡Entonces se vio a sí mismo... liberando la nave!

Volvió a mirar a los ojos sombríos.

—¡Juzga! —suspiraron las cuerdas de arpa.

—¡Aún no! —susurró la voz tranquila.

Kenton volvió a contemplar aquel espacio inconmensurable, en el que había visto por primera vez la oscuridad y el poder resplandeciente. Pero ahora sólo veía un sinfín de llamas, como las que habían ardido en el pecho de la sacerdotisa de Ishtar y el sacerdote del Señor de la Muerte. Vio cómo parpadeaba y llameaba la infinitud y cómo ardían aquellas llamas en la profundidad de las sombras, mientras surgían con su luz multitud de llamas diferentes que la oscuridad había mantenido ocultas. Comprendió que sin aquellas llamas el poder resplandeciente no habría sido sino oscuridad.

Entonces vio la nave, como si flotara en el mismo espacio. Mientras miraba, una profunda sombra salió revoloteando del alma de la oscuridad y anidó en la nave. Al instante, una parte del alma de aquel resplandor surgió en

forma de rayo y tocó la sombra. Después lucharon una contra otra. La nave era un foco de odio y de ira del que brotaban ondas en círculos cada vez más grandes. Y, a medida que se formaban más círculos concéntricos, las líneas de sombra que surgían del corazón de la oscuridad se hacían más oscuras, más consistentes, como si absorbieran su fuerza. Bajo sus golpes, la luz se atenuaba, y las llamas infinitas parpadeaban y oscilaban, y después, se turbaron.

—¡Juzga! —susurro el tono frío de Nabu.

Y Kenton, en aquel sueño, si es que aquello era un sueño, se enfrentó al dilema, y dudó. No era fácil diferenciar aquel poder: Ishtar, diosa de lo que fuera en aquel extraño mundo en el que, desde luego, tenía mandato. Además ¿no había rogado a Ishtar, y no había respondido ella a su oración? Sí, pero también había rogado a Nabu, y Nabu era el Señor de la Verdad.

Sus pensamientos tomaron forma y se convirtieron en palabras de su propia lengua, en frases familiares.

—Si yo fuera un dios —dijo— y hubiera creado seres vivos, con una vida para disfrutar, hombres y mujeres, o lo que fuera, no les habría hecho imperfectos para que transgredieran mis leyes a causa de sus imperfecciones. No si yo fuera poderoso y sabio, como se supone que son los dioses y las diosas. A no ser, claro está, que les hubiera creado como simples juguetes, para divertirme con ellos. Y si me diera cuenta de que les había creado imperfectos, y que a causa de tal imperfección hubieran obrado mal, pensaría que soy yo el responsable de sus pecados, pues siendo tan poderoso y sabio, pude haberles hecho más sabios, y sin embargo no lo hice. Y si les hubiera creado para que fueran meros juguetes, no les depararía el dolor, la tristeza y la angustia. Oh Ishtar, no les castigaría... No si fueran juguetes capaces de sentir tales cosas. Porque, ¿que serían entonces sino marionetas que se mueven a lo largo de su vida según mi libre antojo?

»Desde luego —dijo Kenton inocentemente, sin la menor ironía—, yo no soy un dios, y hasta llegar a este mundo no había tenido contacto con ninguno de ellos. Y sin embargo, hablando como hombre, aunque castigara a alguien que ha transgredido mis leyes, no permitiría que mi ira se desbordara y perjudicara a aquéllos que no tienen nada que ver con la causa originaria de mi cólera. Si lo que he visto es cierto, tal cosa parece suceder en nuestra nave.

»No —dijo Kenton con honradez, y casi olvidando los vagos rostros que revoloteaban a su alrededor—. No veo que se haga justicia en el tormento de ese sacerdote y esa sacerdotisa, y si la lucha por la nave acarrea tal daño, yo detendría esa lucha si estuviera en mi mano. Porque a mí me daría miedo que la sombra se hiciera demasiado intensa y cubriera todas esas pequeñas llamas. Y, si hubiera pronunciado una palabra airada que provocara toda esta miseria, no habría permitido que esa palabra fuera más fuerte que yo. Como hombre no lo

habría permitido. Y si hubiera sido un dios, o una diosa, desde luego tampoco lo habría permitido.

Hubo un silencio; entonces...

—¡El hombre ha juzgado! —susurró la voz apacible.

—¡Ha juzgado! —El ondular de cuerdas de arpa era casi tan frío como la otra voz—. ¡Recordaré mi palabra! ¡Que termine la lucha!

Los dos rostros desaparecieron. Kenton levantó la cabeza y vio a su alrededor las familiares paredes del camarote rosado. ¿Había sido un sueño? No del todo: las escenas que había visto eran demasiado claras, demasiado consecutivas, demasiado convincentes.

Sharane se movió a su lado y se volvió hacia él.

—¿Qué estabas soñando, Jonkenton? —preguntó—. Estabas murmurando y musitando palabras extrañas, que no pude comprender.

Se inclinó hacia ella y la besó.

—Tengo mucho miedo, corazón mío, de haber ofendido a tu diosa —dijo él.

—Oh, Jonkenton, ¡no! ¿Cómo? —Los ojos de Sharane fulguraban aterrados.

—Le he dicho la verdad —respondió Kenton, y le contó a Sharane todas las circunstancias de su visión.

—Olvidé que... ¡es una mujer! —terminó él.

—Oh, pero amado mío... ¡ella es todas las mujeres! —gritó Sharane.

—Bueno... ¡eso empeora las cosas! —dijo Kenton, con pesar.

Se incorporó, se echó la capa y salió a hablar con Gigi.

Pero Sharane se quedó pensativa y preocupada durante un buen rato. Después fue caminando hasta el altar vacío y se postró ante él, rezando...

Cómo terminó la lucha

—¡Lo que empezó en la nave ha de terminar en la nave! —dijo Gigi, asintiendo con su cabeza calva cuando Kenton le contó la visión de las dos caras—. Y no creo que tengamos que esperar mucho para ver ese final.

—¿Y después? —preguntó Kenton.

—¿Quién sabe? —Gigi encogió sus amplios hombros—. Para nosotros no hay descanso, lobo, mientras viva Klaneth. No. Creo que sé lo que significa este aumento de las sombras sobre la cubierta negra. Klaneth nos vigila por medio de esas sombras. Son el hilo por el que nos sigue. Además, mi piel está sensibilizada, y me dice que el sacerdote negro no está tan lejos. Cuando llegue... bueno, o nosotros le vencemos o él nos vence a nosotros, eso es todo. Además, no creo que podamos esperar ningún tipo de ayuda de Ishtar. Recuerda que en tu sueño lo único que prometió ella fue que terminaría la contienda entre la Iracunda y el Oscuro. No hizo ninguna promesa, que yo sepa, a Sharane o a ti... o a alguno de nosotros.

—Estará bien —dijo Kenton, animoso—. Siempre y cuando se me dé la oportunidad de mantenerme en pie cara a cara con ese cerdo criado por el infierno, llamado Klaneth, estaré satisfecho.

—Pero supongo que te darás cuenta de que ella no debe estar muy complacida con lo que le dijiste —rió Gigi maliciosamente.

—Ese no es motivo para castigar a Sharane —respondió Kenton, volviendo de nuevo a su anterior idea.

—¿De qué otra forma podría castigarte? —preguntó Gigi maliciosamente... Después se puso serio, y toda su picardía desapareció—. No, lobo —dijo, y puso una mano en el hombro de Kenton—; no tenemos muchas posibilidades. Y si todo lo que pasó en tu sueño era cierto, y si las pequeñas llamas que vimos eran reales, qué importa... Sólo que —añadió—, cuando esas llamas que erais tú y Sharane sigáis viajando en el espacio y llegue a vosotros otra llama que una vez fue Gigi de Nínive, ¿la dejaréis viajar con vosotros?

—¡Gigi! —había lágrimas en los ojos de Kenton—. Dondequiera que vayamos, no importa lo que suceda... tú vendrás con nosotros, siempre que así lo desees.

—¡Bien! —susurró Gigi.

Sigurd gritó desde el timón, señalando a la proa de la nave. Todos corrieron hacia la puerta de Sharane, y luego, con ella, al camarote de las doncellas, y salieron a la proa destrozada. En el horizonte se extendía una lejana línea de torres y minaretes, torretas, agujas y torrecillas, obeliscos y mezquitas...

y un enorme caballo en un friso. Desde donde estaban, las líneas que dibujaban esta erizada barrera parecían demasiado regulares, demasiado bien formadas, para haber sido ejecutadas por otro medio que no fuera la mano del hombre.

Aquello era otra ciudad... ¿el refugio que habían buscado? ¿Un lugar en el que podrían descansar a salvo de Klaneth y su tropa, hasta que pudieran salir para enfrentarse a ellos y a su caudillo, en términos de igualdad?

Y sin embargo, si era una ciudad... ¿qué clase de titanes eran para haber llegado hasta allí?

Los remos se hundieron en las profundidades. La nave aumentó su velocidad, y la barrera se acercó más...

¡No era una ciudad!

De las profundidades del mar de turquesas salieron miles de piedras. Piedras azules y amarillas, piedras con franjas carmesí y de vívida malaquita, piedras de brillante ocre y piedras escarpadas, en el escarlata de una puesta de sol otoñal. Una Venecia policromada, de un pueblo de piedra perdido, esculpida por Titanes de piedra. Aquí se erguía un esbelto minarete de unos sesenta metros de altura y más de treinta de ancho; allí, una pirámide tan grande como la de Keops, con sus cuatro lados exactamente medidos... Y a millares, tan lejos como podían ver los ojos, las rocas subían en fantasías de conos y picos multicolores, en forma de aguja, minaretes y obeliscos, de campanarios y torres.

Surgían de las profundidades, y entre ellas fluía el mar, en un haz de canales de distintas anchuras. En algunos canales corría el agua mansamente; en otros, con rápidos remolinos y veloces torrentes; y en otros, el mar yacía manso como un lago.

Se oyó otro grito del vikingo, urgente, presuroso, y con él, el eco de su espada golpeando sobre el escudo. Por encima de la nave, y a poco más de mil metros, se acercaba un grupo de naves con una o dos filas de remos... Embarcaciones de guerra aceleradas por remos que se hundían y se elevaban con la rapidez de un golpe de espada. Entre ellos y la nave de Ishtar pasó un pequeño birreme negro, saltando como un lobo por entre las olas.

¡Y la banda de Klaneth, con el sacerdote negro, iba en el primero!

El grupo había rasgado las brumas sin que Sigurd los viera, pues sus ojos, como los de los demás, estaban fijos en aquella colosal fantasía de piedra que parecía ser el final de aquel extraño mundo.

—¡Entre las rocas! —gritó Kenton—. ¡Rápido!

—¡Es una trampa! —dijo Sigurd.

—Una trampa para nosotros, pero también para ellos —respondió Kenton—. Al menos no podrán acorralarnos allí con sus barcos.

—¡Es la única oportunidad! —rugió Gigi.

Los esclavos inclinaron sus espaldas. Atravesaron volando un amplio canal entre los dos monolíticos minaretes pintados. Tras ellos escucharon un griterío, un gemir de perros hambrientos a la caza de un ciervo.

Ahora se encontraban dentro del laberinto y los remeros debían ir despacio. La pericia del vikingo al timón resultaba imprescindible, porque las corrientes les balanceaban y las rocas les amenazaban. Retorciéndose, siguieron adelante hasta que las cubiertas pintadas cerraron su visión del mar abierto. Incluso entonces, Klaneth y su flota estaban ya en el laberinto. Escucharon el crujir de los remos, las órdenes de los timoneles, buscándoles y descubriéndoles.

Abruptamente, como si hubiera estallado, se desvaneció la luz y cayó la negrura. La oscuridad borró el canal por el que discurrían y las rocas apiladas. De los barcos que les perseguían llegaban estallidos de bocinas, órdenes gritadas con temor, chillidos.

Un brillo purpúreo salió de la negrura.

—¡Nergal! —susurró Sharane—. ¡Viene Nergal!

Toda la cubierta negra se borró, como si hubiera caído sobre ella una nube de tinta. Y de esa nube emergió Sigurd con un salto y fue corriendo hasta donde se encontraban los otros.

Y entonces, de todas las esquinas del horizonte empezaron a surgir en espiral columnas de oscuridad. Sus pilares estaban sobre el sombrío mar, y sus cabezas perdidas en el manto que se extendía sobre ellas. Del frente venía un olor a osario, el olor de la muerte.

—¡Es Nergal en todo su poder! —gimió Sharane—. ¡Oh, mi amado! ¡Ishtar no vendrá más a mí! ¡Y todos mis poderes han desaparecido!

—¡Ishtar! ¡Ishtar! —gritó, y tomó a Kenton en sus brazos—. ¡Madre: doy mi vida por la de este hombre! ¡Mi alma por la suya! ¡Madre Ishtar...!

La primera fila de columnas espirales desapareció. El círculo que había entre ellas y la nave se redujo poco a poco. Como el eco del llanto de Sharane, una luz cegadora, blanca como una perla y rosada como el nácar, se encendió sobre ellos, por encima de Sharane. Los tres hombres y las muchachas guerreras se agacharon, con el rostro pálido, a los pies de Sharane.

Muy por encima de sus cabezas, a tres veces la altura del mástil, un enorme globo de fuego lunar colgaba, refulgente, sereno, y más brillante, mucho más brillante que un puñado de lunas llenas. De su perímetro caían unos rayos que encerraban toda la parte delantera de la nave como si fuera una pirámide de luz; un resplandor que les rodeaba y en cuyo centro estaban ellos, como prisioneros en un agujero cónico cuya parte superior era el globo lunar.

Y alrededor de aquella pirámide luminosa se agitaban los oscuros pilares, pugnando por entrar, sin conseguirlo.

Débil al principio, y muy lejano, empezó a sonar un agudo chillido. Se hizo más fuerte, como si viniera de un rebaño al que Abaddón acabara de soltar y se acercara corriendo. La oscuridad púrpura se iluminó, y se convirtió en un violeta resplandeciente. Estaba salpicada por una infinidad de puntos de fuego carmesí.

Y entonces, los millares de fogosos puntos, pasaron a la nave, golpeando el globo y la pirámide luminosa como pequeñas serpientes de fuego, lanzándose contra ellos como pequeñas puntas de flechas de fuego, disparadas como pequeñas puntas de lanzas de fuego.

Se produjo un batir y revolotear de miles de alas. Alrededor del globo y el cono de luz revolotearon las palomas de Ishtar a millares. A medida que las puntas de fuego golpeaban y se clavaban, las palomas avanzaban para ir a su encuentro. Como pequeños escudos de brillante plata, recibían los golpes de las jabalinas de fuego en su pecho.

¿De dónde venían las palomas? Una nube de ellas, y otra más, salía encima del globo lunar, y por cada una de las que caían, cuyas cenizas eran retiradas, aparecía otra bandada corriendo a enfrentarse con los fuegos que salían disparados, y todo el aire palpitaba con el batir de sus alas.

El griterío subió una octava. La nube de tinta que había saltado sobre la cubierta negra se disparó hacia arriba, se elevó, gigantesca, hacia el cielo. Los infinitos puntos de fuego salieron juntos, y se unieron. Se convirtieron en una cimitarra carmesí cuyo fuego cayó sobre el brillante globo y sobre el barco.

Antes de que cayera el primer golpe, las falanges de palomas se habían desplazado, y se habían convertido en un escudo tan poderoso que era digno de que lo manejara el brazo de Ishtar.

Y cuando la cimitarra de fuego caía golpeando el globo luminoso, el escudo de palomas se enfrentaba a ella. Los puntos de fuego y el filo de fuego ennegrecían con sus golpes la plata viva, pero no la podían traspasar. Y con la misma suavidad que brillaban las heridas abiertas en aquel escudo, blancas como la luna, los buches de plata, intactos, se acercaban para curarlas.

A la mitad de su recorrido se encontraron con otra espada de brillante luz: una espada forjada de aquellas llamas blancas que había visto Kenton en su sueño, y que eran la vida de aquella luminosidad que fructificaba el enjambre de los mundos.

¡La cimitarra se estaba apagando! Su fuego no era ya de un carmesí tan brillante.

El globo de la luna tembló; su luz llameaba inmensa, parpadeante, cegadora, rechazando las sombras.

Y rápidamente, igual que había llegado, se fue.

Y con él se fueron las palomas.

Kenton vio pararse a la gigantesca cimitarra, temblar con incertidumbre... como si la terrible mano que la sostenía se hubiera detenido con repentina duda, y después golpeó una vez más.

La roja cimitarra cayó hecha pedazos.

Y oyó una voz... la voz de Ishtar...

—¡Te he vencido, Nergal!

Y a Nergal, gruñendo:

—¡Es un truco, Ishtar! ¡La batalla no iba a ser contigo, sino con tu hermana!

Y de nuevo Ishtar:

—¡No hay trucos, Nergal! Yo nunca dije que no lucharía contigo. Pero garantizo una cosa: aunque has perdido la nave, no me quedaré con ella. ¡La nave queda libre!

Y durante el tiempo que dura un latido, Kenton creyó ver un enorme y vago rostro sobre la nave, un rostro en el que se remansaba toda la ternura de todas las madres, de todas las mujeres enamoradas que hay más allá del sol... Los ojos sombríos se posaron levemente en Sharane, y suave, pero enigmáticamente, en él.

¡El rostro había desaparecido!

Y de la misma forma que se extingue la luz cuando se cierra una puerta que está delante de una lámpara, llegó la oscuridad. Y tan repentinamente como cuando la puerta se abre, la oscuridad desapareció y la luz ocupó su lugar.

La nave marchaba por un amplio canal. A su alrededor, en la fantasmagoría del mar, se elevaba una ciudad de piedra. En el puerto, un grupo de obeliscos de verde mate y vivo bermellón elevaba sus puntas al cielo. Tres ráfagas de flechas surgieron a estribor, formando un monolito piramidal cuya punta ascendió a gran altura.

Y por uno de los extremos, se deslizaba el birreme negro de Klaneth.

La última batalla

La visión de aquella diminuta embarcación que se precipitaba sobre ellos como un perro hambriento, era para Kenton como estar bebido. Para los demás, como estar muy borrachos.

La lucha que acababa de terminar había sido dura, y ellos no eran más que menudencias, bailando desamparados al fiero resplandor del espíritu de la vida, para detenerse después, con el mismo desamparo, en la negrura de la negación de la vida. El olor a osario persistía en las pituitarias de Kenton; la frialdad de la tumba estaba aún en su corazón, y el tacto de los gusanos, sobre sus ojos.

Pero allí... en la embarcación del sacerdote negro... había cosas que él conocía.

Filos de espada y puntas de flecha. Muerte... tal vez... Muerte, con su pulso latiendo como un tambor de guerra; muerte caliente, golpeando en la roja marea de la vida, que se precipita hacia afuera. Cosas comprensibles; la realidad.

Escuchó los sonidos dorados del desafío de Sharane, el rugido de Gigi, el grito de Sigurd. Y él estaba gritando también, retando al sacerdote negro, burlándose, amenazándole.

En silencio, la nave se acercó a ellos.

—¡Sigurd, al timón! —Kenton recobró la cordura—. Vete hacia un canal estrecho. Uno en el que podamos remar, pero que les obligue a ellos a recoger los remos de arriba. Así iremos, al menos, a la misma velocidad.

El nórdico volvió corriendo al timón. El silbido del vigilante sonó en el foso; la nave avanzó.

Rodeó los obeliscos. La nave llevaba ahora sólo dos nubes de flechas tras ella, y entró en un amplio lago de aguas azules, bordeado por un centenar de cúpulas de magenta, sobre enormes cubos de damasco. Las mareas turquesa corrían por entre las aristas de los cubos, separados con matemática precisión, en un centenar de canales, cada uno con apenas anchura suficiente para que los remos de la embarcación pudieran sumergirse sin tocar la piedra.

—¡Allí! ¡Por cualquier canal! —gritó Kenton.

El barco se inclinó y se dirigió a la abertura que tenía mas cerca. Una nube de flechas procedente del birreme silbó, interponiéndose en su camino, cuya longitud era igual a la de cinco barcos.

Los enormes bloques con forma de mezquita en su parte superior, bordeaban el estrecho canal al que habían entrado. Más de mil metros se

extendía el camino abierto, por delante de ellos. Un tercero se cruzó, y escucharon el sonido metálico de los remos del birreme. Lo vieron venir balanceándose sobre una sola hilera de remos al entrar al canal. Más rápidas, a la orden de Kenton, las hojas de los remos volvieron a hundirse. Al ser más pesado que la nave, el birreme frenó tras ellos.

Y mientras volaban por el mar azul, Kenton y Sharane se pusieron a hablar rápidamente con Gigi y Sigurd atrás, en popa.

—¡Reunión de cuervos! —gritó Sigurd, con un brillo de fuego moribundo en los ojos—. Vienen de Valhalla las doncellas con los escudos! ¡Oigo los cascos de los caballos!

—¡Tal vez regresen con las manos vacías! —exclamó Kenton—. No, Sigurd. Ahora ha llegado nuestra única oportunidad. Nadie, excepto Klaneth, sabe de nosotros. Tomemos posiciones y luchemos contra él.

—Pero si sólo somos siete, y en ese birreme hay muchas veces siete, lobo —dijo Gigi. Parecía dubitativo, aunque sus ojos brillaban.

—¡No pienso volver a huir de ese cerdo negro! —gritó Kenton, con ardor—. Estoy cansado de escabullirme y de esconderme. Yo digo que juguemos el juego, por esta vez. ¿Qué piensas tú, Sharane?

—Yo pienso lo que tú pienses —dijo ella, tranquilamente—. Lo que tú quieras, es mi voluntad, amado.

—¿Qué dices tú, vikingo? —preguntó Gigi—. ¡Rápido! ¡Decide!

—Yo estoy con el lobo —replicó Sigurd—. No va a haber un momento mejor que éste. En los viejos tiempos, cuando era yo timonel de un dragón, había un truco que empleábamos cuando nos perseguían. ¿Has visto lo que hace un perro cuando el gato se vuelve? Ho, ho... —rió Sigurd—. El gato va deprisa hasta llegar a una esquina. Y allí se queda espiando hasta que pasa el perro ladrando. Entonces el gato salta, le clava las garras, se le tira a los ojos, le araña los costados. ¡Ho, ho! —rugió Sigurd—. Nosotros correremos ligeros como gatos hasta que encontremos un lugar por el que girar para escondernos y ponernos al acecho. Y entonces, cuando pase otro dragón, saltaremos sobre él. Como el perro, empezará a aullar mientras nosotros le agarramos y le descuartizamos. ¡Ja! Vamos a buscar una esquina detrás de la que podamos espiar hasta que pase este perro. Después saltaremos. Dame dos muchachas para que vigilen mientras yo llevo el timón. Vosotros tres, con la otra muchacha, permaneced junto a las ballestas, y cuando yo les destroce los remos, les arrojáis las flechas.

—Mientras tanto —preguntó Gigi, con el rostro arrugado—, ¿qué pasará con sus flechas?

—Tenemos que enfrentarnos a los acontecimientos a medida que se vayan sucediendo —dijo Kenton—. Gigi, yo estoy de acuerdo con Sigurd, a menos que tú tengas un plan mejor que ofrecernos.

—No —respondió Gigi—. No... no lo tengo, lobo. —Levantó su enorme cuerpo, y sacudió los brazos, que mantenía alzados.

—Por las profundidades del infierno y por Ishack, que lo guarda —rugió Gigi—. ¡Yo también estoy harto de huir! Huí de mi princesa por culpa de mi cabeza rapada, ¿y qué suerte me trajo? Por Nazzur, Comedor de Corazones, por Zubrán —su voz se suavizó— que dio su vida por nosotros... ¡no pienso seguir corriendo! ¡Ocupa tu puesto, lobo...! Y tú, Sigurd... ¡Vamos a luchar!

Se alejó con pasos lentos; luego se volvió.

—El fin del canal está cerca —dijo—. Sharane, entre tu corazón y el de tus doncellas, y las flechas afiladas de ellos no hay más que un suave pecho y el pliegue de vuestros mantos. Poneos cotas de malla como las nuestras, y cascos y botas, y grebas para las rodillas. Yo voy a ponerme otra camisa de malla y a coger mi maza.

Bajó los escalones. Kenton asintió, y Sharane y sus tres doncellas bajaron tras Gigi para despojarse de sus túnicas y sus faldones y ponerse el traje de batalla.

—Y; ¿después de haber roto sus remos, si es que lo consigues? —preguntó Kenton al vikingo, rezagado.

—Después volvemos y lo pisoteamos —dijo Sigurd—. Así lo hacíamos en los viejos tiempos. La nave es más ligera que el barco de guerra del sacerdote negro, y puede girar con más rapidez. Cuando atacemos, todos vosotros debéis de estar en proa, preparados para golpear a cualquiera que pretenda subir a bordo. Una vez que la galera de Klaneth esté resquebrajada y aplastada, podremos despedazarle a voluntad... como hacen los gatos.

El fin del canal estaba cerca. A quinientos metros, detrás de ellos, el birreme se mantenía pegado a la ruta de la nave.

Sharane y sus tres doncellas salieron de su camarote, cuatro esbeltas guerreras en cota de malla, con el pelo escondido bajo los cascos de malla; con botas de piel hasta por encima de la rodilla, y en éstas, grebas. Colocaron las flechas apiladas en proa y en popa. Gigi se aseguró de que las ballestas estaban en orden, y el remolque, el aceite y el pedernal preparados.

La nave salió del canal, avanzando con los remos vueltos, mientras Kenton y el vikingo pasaban revista. A derecha e izquierda, en dos grandes arcos, se extendían altas murallas de piedras carmesí de una pieza. Suaves o escarpadas, continuaban hasta formar un círculo de mil metros o más de diámetro, pero Kenton no podía ver si continuaban.

Las murallas seguían por fuera de las aguas encerrando en su centro un enorme pináculo con una punta de tres veces la altura de las murallas, que les impedía ver más allá. Su pedestal era un bloque colosal, octaédrico, en forma de estrella. De él salían las puntas de la estrella, largas y estrechas como titánicas

cunas, y sus extremos eran de quince metros de largo y estaban afilados como cuchillos.

—Vayamos hacia la izquierda —dijo Sigurd—. Que sepa ese perro negro hacia dónde giramos.

Kenton corrió a la parte superior del camarote, agitó los brazos burlonamente y se detuvo al escuchar unos gritos.

—Bien —espetó Sigurd—. Ahora, dejemos que se acerquen. Porque aquí, lobo, es donde nos vamos a quedar. Mira —señaló al pasar la nave junto a la primera punta de la estrella—, entre la punta de piedra y la muralla hay sitio para poco más de una nave cruzándose con una galera. Además, la piedra es alta, nos esconderá cuando ya hayamos pasado. Sí. Este es el lugar Pero no debemos escondernos detrás de la primera punta. Klaneth puede esperárselo, y tal vez se acerque lentamente; tampoco debemos quedarnos junto a la segunda punta, porque puede también acercarse despacio, aunque no tanto como antes. Pero al no encontrarnos, creará que hemos pensado otra cosa: en la huida; así que pasará junto a la tercera punta a toda velocidad, muy cerca de nosotros. ¡Y entonces nos precipitaremos sobre él!

—¡Estupendo! —dijo Kenton. Volvió a cubierta y se quedó junto a Gigi y Sharane.

Gigi gruñó su aprobación y fue hacia las ballestas otra vez, para comprobar cómo estaban. Pero Sharane rodeó el cuello de Kenton con sus brazos enfundados en mallas, y éste puso su rostro junto al suyo, y ella lo bebió con sus ojos añorantes que parecían no poder beber más de él.

—¿Es éste el fin, mi amado? —susurró.

—No habrá fin alguno... para nosotros, corazón mío —respondió él.

Y así se quedaron, en silencio, mientras la segunda punta de la estrella pasaba junto a ellos. Entonces surgió a su lado la tercera punta y Sigurd ordenó que subieran los remos. Y cuando la nave hubo avanzado unos cien metros o así, la hizo girar bruscamente. Llamó al vigilante.

—Vamos a emplear la fila de remos de la izquierda —dijo—. No tengo ningún deseo de arriesgarme a partir la nave por medio con el borde de esa roca. Cuando grite, recoged los remos de la izquierda. Cuando haya pasado la nave, fustigad a los esclavos para que vayan a toda velocidad, y cuando hayamos atacado, volved los remos y tirad más fuerte. ¿Está claro?

Los ojos negros brillaron. Dejó al descubierto sus blancos dientes y volvió corriendo al foso.

Entonces llegó el débil rascar de los remos y su salpicadura, procedente de la gran cuña de piedra. Dos de las muchachas guerreras volvieron corriendo con Sigurd, se agacharon a su lado, con las flechas preparadas en la abertura de los escudos. Una enorme tensión se apoderó de la nave.

—Un beso —susurró Sharane, con los ojos nublados. Sus labios se acercaron a los de él.

El sonido de los remos se iba acercando, se acercaba más y más, más deprisa, a toda velocidad...

Un silbido del vikingo, y los remeros se inclinaron al recibir el picotazo del látigo. Una docena de golpes fuertes y la nave saltó como un delfín, directamente a la punta de la estrella.

Salió disparada al pasar la punta, y después se inclinó al poner el vikingo el timón en posición de descanso.

A una distancia de diez naves de ellos estaba el birreme, navegando a toda velocidad sobre sus múltiples remos dobles, como una enorme araña acuática. Y al aparecer la nave, se produjo un rugido que procedía de sus cubiertas abarrotadas, un griterío confuso y estruendoso, mezcla de órdenes desesperadas, y en medio de todo el clamor, aturdimiento.

Los remos del birreme titubearon. Se detuvieron en medio de su recorrido y se quedaron rígidos, tocando apenas el mar.

—¡Más rápido! —aullaba Sigurd, y al crujir el látigo, con un giro del timón, puso la nave en paralelo a la ruta de la galera.

—¡A los remos! —volvió a aullar.

La proa de la nave de Ishtar golpeó los orificios de los remos del birreme. Los arrancó como una cuchilla corta el frágil rastrojo. Rotos, astillados, los largos palos cayeron, sin hacer perder a la nave de Ishtar más velocidad que si hubieran sido pajas. En el birreme, sin embargo, los que iban agarrando los remos cayeron hacia atrás con las costillas rotas, las espaldas partidas, al caer contra ellos los pesados palos.

Desde el costado de la nave, directamente contra las filas de soldados que les observaban y que se quedaban de piedra ante aquel ataque imprevisto, silbaron las bolas de fuego que salían de las ballestas. Siseando como serpientes de fuego, haciendo caer a los soldados, rasgándoles, encendiéndose cuando caían sobre cubierta o en el vacío, y tocando con sus dedos de llamas inextinguibles todo lo que podía arder.

Y la galera volvió a rugir, y ahora había terror en su voz.

La nave de Ishtar estaba intacta. Bajó los remos que tenía recogidos y voló, siguiendo su camino, hacia un espacio más amplio, pasada la punta de la estrella de piedra y rodeando la muralla. El vikingo volvió a hacerla girar rápidamente. Y la nave corrió en sentido contrario, hacia el birreme.

El birreme se tambaleó, indefenso, se movió hacia los lados, grotescamente, como una araña inmensa a la que le han sido cortadas todas las patas de un costado, deslizándose hacia el borde afilado de una de las puntas de aquella estrella de piedra. De la bodega y de la cubierta salían en remolino pequeñas columnas de humo.

Entonces Sigurd se dio cuenta del peligro que corría la nave enemiga. Vio que estaba casi al lado del cortante filo de piedra y que podía llevarla hasta aquel filo... enviarla hasta aquella cuchilla de piedra para que la mordiera, para que la destruyera.

—¡Vigilad la proa! —gritó Sigurd.

Tiró del timón hacia atrás e hizo un giro más amplio, y se lanzó sobre la galera no por popa, como había planeado, sino más bien por el centro del costado. El espolón de la nave de Ishtar golpeó y mordió con fuerza, la proa también. A causa del golpe, Kenton y los demás se tambalearon y antes de que pudieran poner los pies en la proa cayeron de bruces, pegando contra cubierta.

Ante aquel golpe, el birreme empezó a dar vueltas, y se inclinó hasta que las aguas se tragaron su parte posterior. Los remos de estribor se hundieron, intentando apartarse de la roca amenazadora. Los remos se revolvieron, pero con el peso de la nave, que estaba echada sobre un flanco, la proa se dio la vuelta bruscamente.

Golpeó el borde afilado de la roca.

Se produjo un crujido, al golpear el casco contra la roca.

—¡Ho! —rugió el vikingo—. ¡Ahogaos, ratas!

Y una nube de flechas silbó sobre la nave. Las saetas chillaron al pasar sobre Kenton, y se clavaron vibrantes a sus pies. Agujerearon la cubierta y el foso. Antes de que los remeros pudieran tirar de los remos y empezar a remar, cayeron, laxas, sobre ellos, y se erizaron, temblando.

Sobre la proa de la nave cayeron una docena de cuerdas con ganchos, que la sujetaron firmemente a la galera destrozada. Las sogas cayeron en remolino, y deslizándose por ellas, llegaron los guerreros.

—¡Atrás! —chilló Kenton.

Agarró a Sharane por un brazo. Cuando las flechas de Sigurd y sus doncellas salieron volando del puesto del timonel, echaron a correr con la cabeza baja, y se dirigieron a la masa de hombres que se arremolinaban encima del camarote rosado.

El birreme se deslizó por el cortante borde de piedra. Estaba medio hundido, con la mitad de la proa bajo el agua, y sin embargo todavía lo sostenía el espolón de la nave. Pero el último resbalón había desgarrado profundamente su proa aprisionada. Y al inclinarse la cubierta, Kenton cayó, arrastrando con él a Sharane. Vio de pasada como caían los hombres por un costado del birreme, tirándose al mar, luchando por volver al barco.

Mientras sorteaba a los soldados de proa, se enredó con sus propios pies. Gigi pasó corriendo por su lado, haciendo girar su enorme maza. Kenton se colocó de un salto junto a él, con Sharane pisándole los talones.

—¡Atrás! ¡Detrás de Sigurd! —graznó el ninivita, barriendo con su palo a los soldados que tenía delante, como un mayal con el trigo.

—¡Demasiado tarde! —gritó Sharane.

Demasiado tarde.

Había hombres subiendo por las cadenas de popa, hombres que trepaban desde el agua, desgarrando los escudos.

Del birreme llegó un aullido, frenético y bestial. Al oírlo, hasta los soldados se detuvieron, y la maza de Gigi quedó colgando en el aire.

Entonces saltó sobre la nave de Ishtar.. ¡el sacerdote negro!

Sus ojos eran charcos de fuego infernal, su boca abierta era un orificio cuadrado del que salía despedido un negro odio. Atravesando el grupo de guerreros, y pasando por debajo de la maza de Gigi, que estaba ya cayendo, se lanzó contra Kenton.

Pero Kenton estaba preparado.

La hoja azulada resplandeció y salió al encuentro de la espada del sacerdote negro. Más rápido que Kenton, su espada se retiró, y mordió otra vez la antigua herida de su costado.

Kenton se tambaleó, con la empuñadura casi cayéndosele de las manos.

Aullando su triunfo, Klaneth asestó el golpe de gracia.

Pero antes de que cayera la espada, Sharane se había deslizado entre Kenton y el sacerdote, y había desviado el golpe con su propia espada.

La mano izquierda del sacerdote negro salió disparada, empuñando la daga. ¡Y hundió aquella daga en el pecho de Sharane!

Entonces, para Kenton todo quedó reducido a una llama roja... una llama roja que no era más que el rostro de Klaneth. Antes de que el sacerdote negro pudiera moverse, más rápido que la caída del rayo, Kenton lo golpeó.

Su espada se clavó profundamente, desgarrando la mitad de la cara del sacerdote, dejando en el lugar de la mejilla y la quijada sólo una mancha roja, que le llegaba hasta el hombro.

La espada del sacerdote negro chocó al caer sobre cubierta.

La espada de Kenton volvió a morder.. justo en el cuello.

La cabeza de Klaneth se separó de sus hombros, cayó golpeando sobre la barandilla y, haciendo una pirueta, fue a parar al mar. Durante un instante más el enorme bulto de su cuerpo quedó en pie, con el cuello chorreando. El cuerpo se desmoronó.

Y Kenton no se preocupó más de él ni de la tripulación del birreme. Se inclinó sobre Sharane y la levantó.

—¡Amada! —dijo, y besó sus labios pálidos, y sus ojos cerrados—. ¡Vuelve a mí!

Abrió los ojos. Sus delgadas manos hicieron un esfuerzo por acariciarle.

—¡Amado! —susurro Sharane—. ¡Yo... no puedo... yo... esperaré... —Y su cabeza cayó junto al pecho de él.

Kenton, allí de pie con su amada muerta en brazos, miró el barco. Le rodeaban los que quedaban de la tripulación de la galera negra, le miraban fijamente, en silencio, sin hacer ningún movimiento.

—¡Sigurd! —gritó, sin prestarles atención. En la cubierta, en el puesto del timonel, desde donde había luchado el vikingo, sólo había ya un montón de cadáveres.

—¡Gigi! —susurró.

No estaba. Donde Gigi había blandido su mayal gigante, se amontonaban los muertos.

—¡Sharane! ¡Sigurd! ¡Gigi! —sollozó Kenton—. ¡No están! ¡Se han ido todos!

La nave se tambaleó; tembló. Kenton dio un paso adelante, con Sharane colgada de su pecho.

Vibró un arco; una flecha se prendió de su costado.

No le importaba; que le mataran... Sharane se había ido... y Gigi...

Y ¿por qué no podía sentir ya el peso de Sharane en los brazos?

¿Dónde habían ido los soldados que le miraban?

¿Dónde estaba... la nave?

No había a su alrededor más que oscuridad... oscuridad y una tempestad que rugía al acercarse a él, procedente del espacio exterior.

Y a través de aquella oscuridad, buscando a Sharane mientras volaba, estirando sus brazos temblorosos para tocarla, giraba Kenton...

Tambaleándose, llorando de pena, llorando de debilidad, abrió los ojos.

¡Y volvió a ver su antiguo cuarto!

PARTE VI

31

La nave se marcha

Kenton se quedó allí de pie, entre el estupor de ver su habitación y las rápidas imágenes de aquella última batalla. Una campana sonó tres veces.

¡Las tres! Claro... aquél era un mundo con tiempo... no como el mundo de la nave.

¡La nave!

Fue tambaleándose hacia el misterio resplandeciente que le había dado todo lo que había deseado en la vida, y que al final se lo había llevado todo.

¡Sharane!, que para él había sido toda la alegría, toda la dulzura, todas las cosas deseables y deliciosas.

El muñeco sin cabeza que estaba a su lado.

¡Klaneth!

Miró a la cubierta negra. ¿Dónde estaban todos los cadáveres? Allí, en la plataforma de goma, sólo quedaban tres figuras: una con cabello amarillo y una armadura abollada... Sigurd, y las doncellas guerreras que habían luchado a su lado. Pero ¿dónde estaban todos los soldados que habían matado?

Más allá del cuerpo decapitado del sacerdote negro... estaba Gigi. Gigi, con sus grandes brazos extendidos y sus piernas rechonchas dobladas bajo su cuerpo. Y sus muertos, también habían desaparecido.

¡Gigi! La mano de Kenton se retiró de Sharane y le acarició a él.

Un mordisco de agonía se apoderó de su costado y le hizo caer de rodillas. Bajó la mano y se encontró con una vara emplumada. ¡La flecha! Y de pronto supo que la vida le estaba abandonando rápidamente.

Con la otra mano sintió el temblor de la nave. La miró, aturdido. En aquel breve instante de agonía su proa se había desvanecido, se había derretido, y con ella el camarote rosado.

La nave empezó a hacer guiños. Al desaparecer el camarote, desapareció también la cubierta de marfil casi hasta la altura del foso de los remeros, y con ella... ¡Gigi!

—¡Sharane! —sollozó, y agarró fuertemente al muñeco—. ¡Mi amor!

La nave se deshizo hasta quedar a poco más de una pulgada del lugar que ocupaba la figura.

—¡Sharane! —gimió Kenton... y los criados despertaron al oír aquel grito de su corazón destrozado, y se dirigieron corriendo a la puerta.

Kenton concentró sus últimas fuerzas en los dedos, y agarró la figura... Estaba suelta... en su mano...

Y donde había estado la nave ya no quedaba nada más que la base ovalada de olas de lapislázuli con bordes de plata.

Sabía lo que significaba aquello. En las profundidades del extraño mar de aquel otro mundo estaba el birreme, arrastrando con él a la nave de Ishtar al hundirse. Y al hundirse la nave, el símbolo debía hundirse también. ¡Y se había hundido!

Resonaron golpes en la puerta, y gritos. No les presto atención.

—¡Sharane! —le oyeron gritar, pero ahora con voz de alegría.

Kenton cayó de bruces, con la pequeña figura junto a los labios, fuertemente asida con su mano agarrotada.

La base de pequeñas olas se disolvió. Algo se removió y tomó forma en el lugar donde había estado la nave: un sombrío pájaro, enorme, con alas de plata y con el buche, las patas y el pico de color escarlata, levantó el vuelo y revoloteó alrededor de Kenton.

Una paloma de Ishtar.

Revoloteó... y se fue.

La puerta se abrió y los criados se arracimaron en el umbral, mirando al interior de la oscura habitación.

—¡Señor John! —tembló el viejo Jevins.

No hubo respuesta.

—¡Hay algo allí... en el suelo! ¡Enciende la luz! —susurró uno.

La luz eléctrica relució sobre un cuerpo tendido boca abajo, encima de una alfombra manchada de sangre. Un cuerpo hendido y una cota de malla teñida de carmesí; en un costado tenía la vara de una flecha negra; en uno de sus fuertes brazos llevaba un ancho brazalete de oro. Se apartaron del cuerpo, mirándose unos a otros con ojos interrogantes, llenos de temor.

Uno, más calvo que los demás, se adelantó y dio la vuelta a la tranquila forma.

El rostro muerto de Kenton les sonreía, y sobre él había una gran paz, y una enorme felicidad.

—¡Señor John! —gimió el viejo Jevins. Se arrodilló y le levantó la cabeza con las manos.

—¿Qué es lo que tiene en la mano? —susurro un criado.

La mano de Kenton estaba junto a sus labios, cerrada. Abrieron los dedos testarudos.

Pero la mano de Kenton estaba...

¡Vacía!